

SECRETOS



COMPARTIDOS

- [Portada](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Diez pasos](#)
- [Prólogo. Dauphine](#)
- [1. Cassie](#)
- [2. Dauphine](#)
- [3. Cassie](#)
- [4. Dauphine](#)
- [5. Cassie](#)
- [6. Dauphine](#)
- [7. Cassie](#)
- [8. Dauphine](#)
- [9. Cassie](#)
- [10. Dauphine](#)
- [11. Cassie](#)
- [12. Dauphine](#)
- [13. Cassie](#)
- [14. Dauphine](#)
- [15. Cassie](#)
- [16. Dauphine](#)
- [17. Cassie](#)
- [18. Dauphine](#)
- [18. Cassie](#)
- [20. Cassie](#)
- [21. Cassie](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Biografía](#)
- [Créditos](#)

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Diez pasos

Paso uno:
ACEPTACIÓN

Paso dos:
CORAJE

Paso tres:
CONFIANZA

Paso cuatro:
GENEROSIDAD

Paso cinco:
AUDACIA

Paso seis:
SEGURIDAD

Paso siete:
CURIOSIDAD

Paso ocho:
ARROJO

Paso nueve:
EXUBERANCIA

Paso diez:
LIBERACIÓN

Prólogo

Dauphine

Me reí. ¿Qué más podía hacer? Aquello estaba sucediendo de verdad. Él estaba allí. Y parecía lo más natural del mundo que un hombre atractivo, sumergido hasta las rodillas en las cálidas aguas del río Abita, me pidiera que me desnudara para él. El agua que le lamía las torneadas pantorrillas oscurecía sus tejanos arremangados, mientras su esbelto torso desnudo brillaba bajo el cálido sol de abril.

Me tendió un brazo bronceado.

—Dauphine, ¿aceptas este paso?

En lugar de contestar enseguida que sí y lanzarme al agua con él, tal como deseaba, me quedé paralizada en la orilla alfombrada de hierba, con mi vestido verde de verano, que había acertado de modo que me llegaba justo por encima de las rodillas. Ahora me arrepentía. Era provocativo, no como la ropa que yo solía llevar. «¿Me quedará fatal? ¿Y si no le gusta? ¿Y si nos pillan? ¿Y si no sé hacerlo? ¿Y si me ahogo? Nadar no se me da muy bien; de hecho, el agua siempre me ha dado miedo.» Estábamos ocultos tras los tupidos rosales y las malvas imperiales que descendían hacia la ribera, y aun así, el miedo me embargaba. «Control y confianza, control y confianza. Mis dos demonios enfrentados.» ¿Por qué ahora? ¿Acaso no había superado todavía mi época escolar? ¿No había montado con éxito un negocio de ropa de segunda mano, antes incluso de licenciarme? ¿No había superado recesiones y huracanes, sacando a flote mi negocio con la ferocidad propia de un héroe de guerra que rescata a un camarada herido? Había hecho todo aquello, y más, pero para eso lo único que hacía falta era disciplina y control, y mano de hierro.

Aceptar la tentadora proposición de aquel desconocido para que me reuniera con él en el agua implicaba una invitación a cambiar la dirección de las corrientes que movían mi vida. Significaba permitirme entrar en un mundo nuevo, lleno de espontaneidad y riesgo, deseo y, posiblemente, decepciones. Significaba renunciar al control y aprender a confiar. Aun así, y pese a toda la bravuconería que había mostrado ese día en la Coach House, de repente no sentía ningún deseo de dejar que las cosas se desarrollaran tal como me habían dicho que sucedería, aunque me había jurado hacerlo.

Pero maldita sea, aquel hombre era guapo, y mucho más alto que yo. Aunque, bien mirado, con mi metro sesenta y dos yo era más baja que la mayoría de los hombres. Su mirada escondía una sonrisa y era esbelto, con el pelo castaño, que el sol había teñido con reflejos cobrizos, despeinado. No habría podido decir si sus ojos eran azules o verdes, pero el caso es que no los apartaba de mí. El sol nos calentaba cada vez más, haciéndome sentir que mi pelo era un velo largo y pesado. Me quité lentamente las sandalias y noté la hierba fresca bajo los pies. Tal vez pudiera meterme en el agua. Empezar poco a poco.

—¿Aceptas este paso? Sólo puedo preguntártelo una vez más —dijo él, sin rastro de impaciencia en la voz.

«Ahora. Ve hacia él. Eso es lo que tienes que hacer.» Noté cómo mis manos se desplazaban hacia mis hombros, siguiendo el borde de la parte superior de mi vestido. Mis dedos se detuvieron en el nudo de la nuca y mis manos empezaron a moverse por su cuenta; de pronto, las tiras cayeron. Me bajé la parte superior del vestido y desnudé mis pechos para él. Desvié la mirada enseguida. Debía moverme con rapidez, antes de que mi mente tomara conciencia del miedo que sentía. «¿Y si mi cuerpo lo decepciona? ¿Y si no soy su tipo? Deja de pensar. Actúa.» Me bajé la cremallera trasera del vestido y lo dejé caer sobre la hierba. Luego deslicé las bragas por las piernas y me incorporé de nuevo, desnuda excepto por la cadena de oro que me rodeaba la muñeca izquierda.

—Me lo tomaré como un «sí» —dijo él—. Ven aquí, preciosa. El agua está caliente.

Mi corazón empezó a latir desbocado. Con toda la calma de la que era capaz, avancé hacia él, hacia el agua. Mientras caminaba, me cubrí estratégicamente. Introduje un dedo del pie en la orilla del río; el agua estaba más caliente de lo que esperaba. Metí el resto del pie en la suave corriente y luego avancé por el camino de rocas planas y cubiertas de musgo que me llevaban hacia él. Se veía el fondo. Todo iba a ir bien.

A medida que me acercaba, la diferencia de altura entre nosotros resultó casi lo suficientemente divertida para dejar de sentirme atractiva y que me diera por reír: ¡por lo menos medía un metro noventa y cinco! Pero antes de estallar en carcajadas, antes incluso de llegar hasta él, sus manos se desplazaron hacia el botón de sus tejanos, lo que me hizo detenerme y guardar silencio. «¿Lo miro? ¿No lo miro?» Mi educación sureña me obligó a darme la vuelta para ocultar el rubor que sabía me teñía las mejillas. Clavé la mirada en un roble alejado que daba sombra a la plantación que quedaba más allá.

—No hace falta que te vuelvas.

—Estoy nerviosa.

—Dauphine, estás a salvo. Sólo somos tú y yo.

Aún de espaldas, oí una salpicada y el sonido de la tela al rozar la piel. Luego lanzó los tejanos por encima de mi cabeza y aterrizaron en la orilla, junto a sus botas gastadas, mis sandalias y mi vestido verde.

—Vale. Ahora también yo estoy desnudo —dijo.

Oí como se desplazaba lentamente por el agua hacia mí, hasta que noté su cálida piel contra mi espalda. Apoyó la barbilla en mi coronilla y luego me acarició con la cara el pelo y el costado del cuello. «Dios.» Cerré los ojos, respiré hondo y ladeé la cabeza para ofrecerle la piel de mi cuello. Sentía cuánto lo deseaba él, y yo también. Mis sentidos estaban a flor de piel. Un hormigueo me recorrió la piel caldeada por el agua, enfriada por el aire, suavizada por su contacto. La atmósfera transportaba los aromas del sur: hierba recién cortada, el río, magnolias. «Deseo esto. Deseo esto. ¡Le deseo a él! ¿A qué vienen tantas dudas? ¿Por qué soy incapaz de volverme delante de él? Este hombre está aquí sólo para darme placer. El único obstáculo es mi incapacidad para dejarle que lo haga.»

Entonces, mientras él colocaba las manos sobre mis caderas, oí de nuevo esa voz interior, estridente, insistente, con el acento de Tennessee característico de mi madre: «Cree que estás demasiado fofa, que tienes demasiadas curvas, que eres demasiado baja. Lo más probable es que no le gusten las pelirrojas.»

Cerré los ojos con fuerza para espantar aquella voz, y entonces oí un gruñido profundo, que enseguida reconocí como el de la satisfacción masculina. «Vale, le gusta lo que toca.» Colocó la boca sobre mi oreja, mientras tiraba de mis caderas hacia atrás y nos llevaba a ambos hacia las corrientes más profundas.

—Tienes una piel increíble —murmuró mientras seguía tirando de mí hacia atrás, hasta que el agua me llegó a la cintura—. Como de alabastro.

«Está mintiendo. Le han instruido para que diga estas cosas.» Le supliqué a mi voz crítica que se perdiera.

—Date la vuelta, Dauphine. Quiero mirarte.

Lentamente, dejé caer los brazos a ambos lados del cuerpo y toqué el agua con los dedos. Abrí los ojos y me volví para quedar frente a la extensión de su torso y la inequívoca señal de su deseo por mí. «¡Está sucediendo! ¡Deja que fluya!» Levanté la cabeza para contemplar su atractivo y tranquilo rostro. Y entonces... ¡zas! Me alzó del suelo, con tanta destreza y rapidez que solté un grito de júbilo, aunque se me encogió el estómago. Cuando acabé de pasar un brazo alrededor de su cuello musculoso para agarrarme, él ya me estaba meciendo en las aguas relucientes del río, provocándome, sumergiéndome poco a poco.

—¡Está fría! —jadeé, y me agarré a él con más fuerza.

—Enseguida te calentarás —susurró él, y me tendió sobre el agua.

Con sus brazos a mi espalda, rendí mi cuerpo a él y al río. Me estiré y me dejé flotar, mientras mi cabeza se sumergía y el pelo se hundía centímetro a centímetro en el río.

«Muy bien; allá vamos.»

—Perfecto, sólo tienes que relajarte. Te tengo sujeta.

Experimenté una sensación maravillosa al dejarme flotar. El agua no me daba miedo. Cerré los ojos y dejé que mi pelo vagara en el agua y, por primera vez en mucho tiempo, supe que se extendía por mi rostro una sonrisa real.

—Mírate, Ofelia —me pidió él.

Dejó un brazo en el centro de mi espalda para sostenerme y retiró el otro; con mano firme, recorrió mi pierna, mi muslo, se detuvo en el monte de Venus y luego continuó hacia mi estómago, donde se paró para besar el agua acumulada en el charco creado por mi ombligo.

—Me haces cosquillas.

Yo seguía con los ojos cerrados. «Eres ingrátida y divina. Tu cuerpo es hermoso, Dauphine.»

—¿Y ahora? —susurró él pasando su mano por mis curvas; luego la ahuecó detrás de mí y me exploró con los dedos.

«Oh, Dios.»

—Un poco —contesté.

Mi cuerpo se abrió como una estrella de mar y me mantuve a flote moviendo los brazos. Me encantaba lo que el agua hacía conmigo. El frío me tensaba la piel, y tenía los pezones erectos y duros. Abrí los ojos y me encontré con su rostro; percibí en él su deseo. Vi cómo se inclinaba para besarme los pechos mientras con la otra mano me abría los muslos.

—¿Qué me dices de esto? —preguntó mientras introducía poco a poco uno y después dos dedos dentro de mí.

—No —jadeé—, eso no me hace cosquillas.

Noté que me atravesaban oleadas de cálido placer. «Podría pasar tan rápido», pensé al tiempo que él subía mi temperatura interior con sus firmes dedos. Me agarré a él mientras jugueteaba con delicadeza con mi sexo, primero con rodeos y luego de forma insistente y profunda. Sentí el agua formar pequeñas olas sobre mi piel, una combinación que me aceleró la respiración. Una y otra vez me entraban ganas de correrme, podría haberlo hecho... pero me contenía para seguir saboreando la sensación de flotar. Me arqueé levemente para permitir que sus dedos se hundieran más hondo en mí, con el pelo sumergido hasta tal punto que se desparramaba alrededor de mi cabeza. Me lo imaginaba con la apariencia de una corona ardiente.

—Eres digna de verte, Dauphine —murmuró él, al tiempo que metía y sacaba con delicadeza de mi sexo los dedos de una mano y me mantenía a flote con la otra.

Entonces, con una maniobra experta, hizo girar mi cuerpo cuarenta y cinco grados sobre el agua y se colocó entre mis piernas. Pero antes de que pudiera rodearlo con ellas para introducirlo en mí, se inclinó y su boca rozó el agua que me acariciaba el interior de los muslos y que ahora brillaba bajo el sol, sin apartar la otra mano de mi espalda. La calidez de sus labios se mezcló con la corriente de agua, y la urgencia de sus dedos generó una sensación tan intensa que di un manotazo para tratar de agarrarme a algo. En ese momento me colocó las rodillas, primero una y luego la otra, sobre sus hombros, con sus fuertes brazos por debajo de mí para sujetarme la espalda y mantenerme a flote. Con las dos manos en mi espalda, acercó la lengua a mi suave sexo, allí donde mis ingles se poblaban de rizos cortos y rojizos, y le contemplé mientras frotaba su rostro contra mí y yo sentía el agua como un millón de dedos que me recorrieran el cuerpo. Durante un segundo, fui incapaz de diferenciar el golpeteo del agua del río sobre mi piel de su boca ardiente, hasta que su lengua, cálida e insistente, encontró mi lugar perfecto y lo aisló con unas pocas y expertas caricias de sus dedos. Aaaaah... Elevé la pelvis al tiempo que mis muslos se abrían aún más, de forma instintiva, hambrientos, y mi cabeza permanecía por encima de la suave corriente y mis orejas por debajo de la superficie. El ímpetu del agua intensificó el camino hacia el orgasmo mientras él dibujaba círculos con la lengua sobre mi sexo, una y otra vez, y metía y sacaba un dedo. Oh, Dios... Notaba la ancha palma de su otra mano extendida sobre mi espalda, al mismo tiempo que su boca y sus dedos bailaban sobre mí. Entonces alargó la mano para jugar con mis pezones. Su boca era líquida y cálida, su lengua me lamía, se frotaba contra mí, me absorbía por completo. Creo que él lo notó antes que yo: la tensión que se apoderaba de mi cuerpo, las rodillas contrayéndose, los brazos estirándose con las palmas vueltas hacia el sol. «Sí...»

La primera oleada resultó cálida y familiar. «Oh, sí —pensé—, me acuerdo de esto.» Entonces se intensificó hasta convertirse en otra cosa, algo más hondo, con una urgencia que me hizo chillar hacia el cielo radiante. Sus dedos me exploraron cada vez más adentro mientras su lengua trazaba círculos más y más rápidos, y me eche a reír cuando sucedió, cuando por fin me corrí, una vez, dos, oleada tras oleada de placer. Me retorcí y me agarré a sus hombros con la parte interna de las rodillas, y por un instante fuimos un solo cuerpo. Luego, tras ese momento colmado de dicha, los pechos arqueados hacia el sol, mis propios dedos sobre mi piel fría, regresé a la realidad.

—Mmmm, qué delicia —susurró él al tiempo que me alzaba con delicadeza hacia la superficie del agua, como un barco de papel, al ver que me hundía.

—Pero... no ha terminado, ¿no? —pregunté con los muslos temblorosos y las piernas alrededor de su cintura.

Una vez nos acercamos a la orilla, deslicé mis piernas de su cintura y apoyé los pies sobre las piedras de la parte menos honda del río para recuperar el equilibrio. Permanecí de pie, cubierta hasta la cintura, mientras el agua me resbalaba entre los pechos, con los pezones aún erectos. Me aparté el pelo de la cara; me sentía eufórica, agotada, satisfecha.

—Hasta aquí es hasta donde puedo acompañarte en este paso, Dauphine. No es lo que yo deseo, pero tengo que llevarte de vuelta.

Se dirigió hacia la playa de guijarros desde la que nos habíamos adentrado en el río. Cerca de nuestras ropas había un montón de relucientes toallas blancas. Me solté la mano y ascendió por la orilla; el agua le brillaba en la espalda. Se dio la vuelta y me ayudó a subir por la hierba. Me estremecí mientras cogía una toalla del montón y me envolvía con ella, me atraía hacia él y devolvía el calor a mi cuerpo frotándome con fuerza los brazos.

—Me siento tan... No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Ha sido un placer.

Se volvió para secarse él también.

Me arrebujié en la toalla mientras contemplaba cómo se ceñía los tejanos por encima de sus torneados muslos y se ponía una camiseta blanca que se le ajustaba al torso. Volvió a acercarse a mí y esta vez me cogió la cara con sus dos grandes manos y me acercó a él para darme un beso que pareció eterno.

—Lo digo en serio —aseguró al separarnos—. Ha sido un placer, Dauphine.

Tras estamparme un último beso en el centro de la frente, retrocedió unos pasos. Luego dio media vuelta, se dirigió hacia la plantación y al fin desapareció tras una esquina cubierta de hiedra.

Me entraron ganas de gritarle mi agradecimiento por dejarme sumergida en un naufragio tan hermoso, pero las palabras todavía seguían bajo el agua, junto con partes de mi antiguo yo, aquellas que sentían temor a entregarse, a desear aquello, a limitarse a sentir placer y confiar en que era posible. En lugar de eso, rompí a reír en alto, y esta vez pensé: «Lo he hecho. Ha sucedido algo, ¡y he dejado que pasara!».

Me volví hacia mi vestido y lo deslicé sobre mis piernas húmedas y temblorosas. Al ajustármelo en las caderas, noté algo en el bolsillo y lo saqué. Era una pequeña caja violeta. Dentro, acomodado en un algodón, había un amuleto de oro pálido y con los bordes afilados. Lo cogí. En uno de los lados había un número romano: I, y en el otro estaba grabada la palabra «Entrega». El corazón me dio un vuelco mientras sacaba el colgante de la caja y lo agarraba con fuerza en la palma cerrada. Era como una piedra cálida y plana. Era mío. Lo colgué de la cadena que hacía tres semanas que llevaba puesta.

Subí lentamente la colina hacia el coche que esperaba. Al pasar junto a una alta pared de piedra cubierta de buganvillas, rocé con la mano los pequeños pétalos rosados. «Lo has hecho; has renunciado al control. Es el momento de dar los siguientes pasos hacia tu nueva vida, aunque sea con cautela. El momento de alejarte de esas voces, del desengaño, de tu triste pasado.»

Cassie

Esa mañana, mientras me desperezaba al despertarme en mi cama en Marigny, pensé tres cosas.

Una, que habían pasado seis semanas desde aquella increíble noche con Will.

Dos, que me había quedado dormida otra vez con el brazalete de S.E.C.R.E.T. puesto, lo cual no había supuesto ningún problema cuando sólo tenía dos amuletos, pero ahora eran diez, y las piezas de oro se me clavaban en la delicada carne de las muñecas y me dejaban marcas.

Y tres, que era mi cumpleaños. Mi gata, *Dixie*, me miró y parpadeó a los pies de la cama. Alargué los brazos, la cogí y la abracé, y ella volvió a quedarse dormida, una capacidad que yo deseaba haber tenido.

—Hoy cumplo treinta y seis años, *Dixie*—anuncié mientras le rascaba las orejas.

Había pasado un año más, como una broma de mal gusto. Tras mi noche con Will, no había prestado atención al transcurso del tiempo. Tras seis semanas, el tiempo había empezado a reducir su velocidad. Algunos días el pasado resultaba doloroso; trabajar en el Café Rose constituía tanto un consuelo superlativo como la sal en la herida que necesitaba sanar. ¿Cómo iba a superar lo de Will si lo veía cada día? ¿Cómo podía seguir comportándome como si nada hubiera sucedido entre nosotros la noche que bailé en Les Filles de Frenchmen y nos besamos durante todo el trayecto de vuelta al café y por la escalera que llevaba a la polvorienta habitación, donde él me había despojado de mi ropa de cabaré y me había tumbado boca arriba sobre un colchón iluminado por la luz de la luna? Aunque él no lo sabía, esa noche yo lo había escogido como mi fantasía final. Lo único que él sabía era lo mucho que yo lo deseaba.

La frontera entre los hechos y la fantasía se había desdibujado y él se había convertido en algo real. Su piel se asemejaba a un hogar. Nos besamos como si lleváramos décadas haciéndolo. Encajamos, y nuestros cuerpos se amoldaron a la perfección para las cosas que nos hicimos mutuamente de forma natural, sin necesidad de palabras. Todo superó con creces mis fantasías. Y pensar que todo aquel tiempo había estado frente a mis narices y yo no lo había visto; había sido incapaz de verlo... Pero tras un año en S.E.C.R.E.T., tras un año de superar barreras autoimpuestas, había liberado algo muy real en mi interior. Y cuando Will me contó que Tracina y él habían roto, sentí que por fin el universo se ponía de mi parte. La mañana después de nuestra noche mágica, pensé que Will era mi premio por haber regresado a la vida.

Me equivocaba.

De todos los recuerdos de esa noche, el que más me asaltaba era el del rostro de Tracina, ceniciento pero aún esperanzado, con su voz firme revelando la clase de hechos desnudos que asesinan las fantasías. Me contó que estaba embarazada de Will y que, al enterarse, él se había entusiasmado.

¿Qué hace una con esa información tan real, justo en el momento en que ha encontrado al amor de su vida? Siente como la última burbuja estalla alrededor de su fantasía y decide alejarse. Eso fue lo que hice yo: crucé la ciudad hacia la Coach House, donde Matilda enjugó mis lágrimas y me recordó que dentro de cada fantasía está incrustada la realidad.

—La gente ama las fantasías—me dijo—, pero ignoran los hechos que no les convienen. Y siempre que uno hace eso, paga un precio. Siempre.

Hecho número uno: Will y yo estábamos por fin juntos.

Hecho número dos: era más que posible que estuviera enamorada de él.

Hecho número tres: su exnovia estaba embarazada.

Hecho número cuatro: cuando ella se lo dijo, volvieron a salir.

Hecho número cinco: Will y yo no podemos estar juntos.

Porque Will era mi jefe. Mi plan era renunciar al trabajo sin dilación, pero Matilda me conminó a no dejar nunca que un desengaño amoroso se interpusiera en los aspectos prácticos de mi vida, como el trabajo, el alquiler, mis responsabilidades y el cumplimiento de mis obligaciones.

—No otorgues ese poder a los hombres, Cassie. Asume la tarea de vivir. A lo largo de este último año has podido practicarla.

Esa mañana yo estaba hecha tal mar de lágrimas, que ni siquiera estaba segura de que unirme a S.E.C.R.E.T. hubiera sido una buena decisión. Aunque al menos había tomado una decisión, lo cual constituía una novedad en mi vida. Antes de eso, siempre me dejaba llevar por la fuerza más potente que gobernara mi vida en un momento determinado, por lo general las de mi último marido, Scott. Era él quien nos había llevado hasta Nueva Orleans casi ocho años atrás, pero su afición a la bebida había borrado cualquier posibilidad de empezar de nuevo. Cuando murió en un accidente de tráfico ya estábamos separados; en aquella época permanecía sobrio, pero seguía siendo un ser destrozado. Yo también lo estaba. Y durante los siguientes cinco años, me esforcé mucho y dormí fatal; caí en un patrón de soledad y autocompasión, hasta que un día encontré un diario que detallaba el viaje de una mujer a través de una serie de misteriosos pasos que parecían guardar relación con el sexo; un viaje que, simplemente, la había transformado.

Entonces conocí a Matilda Greene, la mujer que se había convertido en mi guía. Si bien afirmó que su presencia en el Café Rose se debía a que buscaba el diario que había perdido su amiga, en realidad había venido por mí, para introducirme en S.E.C.R.E.T., un grupo secreto dedicado a ayudar a las mujeres a liberarse sexualmente, garantizándoles fantasías sexuales a su elección. Según me dijo, si me unía al grupo, dejaba que estas mujeres organizaran mis fantasías sexuales y encontraba la valentía para llevarlas a cabo, aquello me curaría de mi enfermedad. Ella me aseguró que me ayudaría, guiaría y apoyaría. Al final, tras darle vueltas a la idea durante una semana, acepté. Fue un sí reticente, pero, al fin y al cabo, un sí. Y después de eso, mi vida cambió por completo.

A lo largo de un año, había hecho cosas asombrosas con hombres increíblemente atractivos, cosas que nunca habría creído posibles. Había dejado que un masajista arrebatador me proporcionara placer sin pedir nada a cambio. Había conocido en un bar oscuro a un atractivo británico que me llevó al orgasmo sin que nadie se diera cuenta en medio de un bullicioso concierto de jazz. Un cocinero cubierto de tatuajes me cogió por sorpresa en muchos aspectos y me robó un poco el corazón mientras me azotaba sobre una de las mesas de la cocina del café. Había aprendido cómo hacer que un famoso cantante de hip hop tuviera un orgasmo espectacular, quien a su vez me había devuelto con entusiasmo el favor y cuyo recuerdo sigue haciéndome vibrar cuando oigo sus temas en la radio. Volé en helicóptero hasta un yate, y en medio de una tormenta me entregué al hombre más atractivo que había visto nunca; y no sólo me rescató, sino que, además, todo su increíble cuerpo restauró mi fe en mí misma. Y el multimillonario sureño en persona, Pierre Castille, me había poseído en la parte trasera de una limusina, tras hacerme sentir la chica más guapa del baile. Había esquiado por pistas negras con Theo, el adorable francés que había expandido mis límites sexuales más allá de lo que nadie antes había logrado. Y luego disfruté de una sobredosis sensorial con un hombre al que sólo pude sentir, y no ver, a lo largo de una noche ciegamente excitante en más de un sentido.

Y entonces llegó mi fantasía final, cuando escogí a mi amado Will. Elegí a Will sin tener en cuenta a S.E.C.R.E.T. y fue la noche más feliz que pudiera imaginar, igual que la mañana siguiente.

Ahora, seis semanas después, Will no estaba allí para despertarme con mil besos el día de mi cumpleaños. En lugar de eso, con toda probabilidad dormía profundamente junto a Tracina, tal vez abrazándola por la espalda y con los brazos alrededor de su estómago, que crecía día a día. Estaba embarazada de apenas tres meses, pero el día anterior por la tarde de repente había empezado a moverse con pesadez por el café como si estuviera a punto de ponerse de parto. Apoyaba una mano en la parte inferior de la espalda mientras servía los cafés, y gimoteaba y se estiraba entre las mesas. Aun así, no había renunciado a sus turnos; aún no había llegado al punto de pedir ayuda. Aunque yo no era la única que levantaba los ojos hacia el cielo ante sus exageradas muestras de incomodidad. Dell pasaba la bayeta por las mesas mientras yo rellenaba los saleros y los pimenteros y, cuando Tracina exageraba el gesto para agacharse a recoger un estropajo, dejó escapar un silbido largo y lento.

—Esa chica trata de ganar un Oscar por su papel de llevar un bebé en la barriga. Yo tuve gemelos tardíos y no fue tan duro.

Observábamos a Tracina deambular entre la cocina, los clientes y la caja registradora, a un ritmo que hacía que todos a su alrededor parecieran moverse a cámara rápida. Conseguía incluso que Dell, que tenía sesenta años, pareciera vivaz. Durante una pausa, se acercó con pesadez al lugar donde Dell y yo recogíamos una mesa grande. Su barriga apenas sobresalía por debajo de su camiseta ceñida.

—Oh, déjame que te ayude, Dell —le pidió, al tiempo que hacía un gesto para que dejara la bandeja llena de botes de ketchup—. Tengo las piernas hinchadas; ocúpate tú de las próximas mesas. No me importa quedarme sin propinas; no quiero forzar la máquina mientras aún pueda trabajar. Dentro de poco tendré que quedarme en casa con las piernas en alto mirando la tele, ¿a que sí?

—Vaya, gracias, Tracina —repuso Dell, al tiempo que se levantaba de la silla—. Qué detalle que una mujer embarazada cargue con más trabajo a una vieja.

—Quería decir que... —empezó a decir Tracina, pero Dell hizo un gesto con la mano y se acercó al timbre que, en la cocina, indicaba que había platos listos.

Tras las prisas de la hora de la comida, casi sin pausa, empezó el martilleo.

Will necesitaba aumentar sus ingresos, y la única forma de conseguirlo era expandir el negocio y servir cenas de postín en el piso de arriba. Tras conseguir los permisos necesarios y un crédito para ampliar el negocio, había empezado las reformas. Y ahora, con el bebé en camino, el trabajo resultaba más urgente. El crédito cubriría el gasto en materiales pero no la mano de obra, así que Will hacía las reformas él mismo: de pared en pared, de ventana en ventana, de viga en viga.

En las seis semanas transcurridas desde que Will y yo habíamos estado juntos, había hecho cuanto estaba a mi alcance por evitar las charlas intrascendentes con Tracina, porque éstas parecían minadas con trazos de verdad. Así pues, evitaba el tema de Will y del trabajo tanto como me era posible y, en cambio, charlaba sobre Dell o el bebé o los cotilleos habituales. Aún desconocía cuánto sabía ella sobre la noche que Will y yo habíamos pasado juntos. Todo el mundo en el Blue Nile nos había visto irnos juntos, y media Frenchmen Street nos había visto besarnos, así que sin duda sabía que algo había ocurrido. Y aunque ella no había participado en el espectáculo de cabaré debido al embarazo, había salido después con Angela y Kit, que eran miembros de S.E.C.R.E.T. y bailaban en el Revue. Ahora, sentadas una al lado de la otra a la gran mesa redonda, nos dedicamos mutuamente un arqueamiento de cejas y una sonrisa de labios fruncidos.

—¿Y qué, cómo va todo? Con el embarazo y eso... Se te ve bien —le dije mientras hacía gestos con la cabeza como una idiota.

—Sí, bueno, estoy muuuuy bien. Estupenda, de hecho. El médico dice que el bebé está suuuper sano, aunque Will y yo coincidimos en no querer saber el sexo. Yo juraría que es un niño. Un *linebacker*, sin duda. Will preferiría una niña —murmuró mientras se acariciaba la barriga.

El sonido de la sierra de Will, procedente del piso superior, le provocó un sobresalto que casi la hizo caer de la silla. La agarré del brazo para ayudarla a mantener el equilibrio.

—¡Oh, Dios mío! ¿Lleva toda la mañana arriba? —preguntó, en un intento por disimular la pregunta que subyacía a sus palabras: «¿Has pasado todo el día a solas con él?».

Tras reconciliarse, Tracina había vuelto a vivir con Will, así que yo daba por hecho que sabía dónde estaba él en cada momento.

—No tengo ni idea —mentí.

Lo había visto por la mañana. Habíamos intercambiado nuestro saludo incómodo habitual al cruzarnos en el comedor antes de que él subiera a grandes zancadas la escalera, con sus nuevas y relucientes herramientas colgadas a la cintura.

—Ayer trajo unos rollos grandes de alambre. Pero no empieza a hacer ruido hasta que se marchan los clientes del desayuno y el almuerzo.

Tracina se apoyó en la mesa con la mano para darse impulso, se levantó y, sin pronunciar una palabra más, subió la escalera.

Si evitar las charlas intrascendentes con Tracina era un pasatiempo, evitar pasar tiempo a solas con Will se estaba convirtiendo en todo un arte. Las últimas palabras que me había dirigido en las últimas seis semanas, o las últimas que yo le había permitido dirigirme, habían sido: «Tenemos que hablar, Cassie». Las pronunció en susurros en el pasillo de su despacho y del cuarto del personal.

—No hay nada que hablar —repliqué.

Ambos miramos alrededor para asegurarnos que Dell y Tracina no andaban por allí.

—Supongo que eres consciente de que ahora mismo no puedo...

—Soy consciente de más cosas de las que tú crees, Will —repuse.

En ese momento oímos la voz de Tracina, que cobraba a unos clientes.

—Lo siento.

Ni siquiera fue capaz de mirarme a los ojos mientras lo decía, y la angustiada situación dejó más que claro que yo no podía quedarme allí.

—A lo mejor no deberíamos trabajar juntos, Will. De hecho, será mejor que lo deje.

—¡No! —dijo él en un tono demasiado alto, y luego añadió en voz más baja—. No, no te vayas. Por favor, te necesito. Como empleada, quiero decir. Dell es... mayor, y dentro de poco Tracina no será de gran ayuda. Si te marchas, estoy acabado. Por favor.

Juntó ambas manos bajo la barbilla, en un gesto de súplica. ¿Cómo podía dejar tirado a aquel hombre, cuando él me había contratado hacía tantos años ya y me había salvado la vida?

—De acuerdo, pero tenemos que establecer unos límites. No podemos dedicarnos a susurrar en los pasillos como ahora —señalé.

Con las manos apoyadas en las caderas, se tomó un momento para reflexionar acerca de las condiciones, y luego asintió hacia sus zapatos. Las sustancias químicas generadas por nuestras relaciones sexuales seguían corriendo por mi cuerpo, y necesitaba fijar ciertas reglas hasta que remitieran.

Quizás en un principio Will no estuviera ilusionado por el bebé, quizás hubiera supuesto una sorpresa total y le fastidiaba tanto como a mí que nuestra relación se hubiera visto truncada, pero a lo largo de las últimas seis semanas nadie lo habría dicho. Le había visto pasar de una tibia solicitud hacia Tracina a la lectura de manuales sobre paternidad, a no perderse una visita con el ginecólogo y a leer los libros que sólo las mujeres embarazadas parecían soportar, al tiempo que ayudaba a Tracina a subir y bajar de la furgoneta, aunque a ella apenas se le notase el embarazo. Todo ello parecía haber aportado también nuevas comodidades a Tracina, aunque éstas implicaran que su vida fuera más sencilla y, la de los demás, un poco más difícil.

Justo antes de que terminara mi turno, ayudé a Dell a servir una mesa de seis. Ya había cerrado mi caja, había rellenado los botes de condimentos y había limpiado los mostradores. Tenía planeado salir a correr y acostarme no muy tarde cuando Tracina bajó la escalera frotándose el cuello. Se la veía pálida, así que cuando nos anunció que se marchaba pronto, Dell no se sorprendió.

—Estoy muy mareada; me parece que voy a vomitar. Will me ha dicho que me vaya a casa. Lo siento, chicas. Supongo que durante un tiempo las cosas irán así. Dicen que en el segundo trimestre todo mejora.

Era imposible que Dell pudiera hacerse cargo ella sola de las cenas. Fingí contener mi exasperación, pero lo cierto es que tenía ganas de quedarme. Necesitaba el dinero y no tenía nada mejor que hacer. Además, cabía la terrible, dolorosa, maravillosa posibilidad de quedarme accidentalmente a solas con Will, algo que deseaba a pesar de mis genuinos esfuerzos por evitarlo. Y así fue: al cabo de una hora, después de que los clientes se fueran y minutos después de que el taladro poscena terminara, se oyó su voz lastimera desde el piso de arriba:

—¿Puede subir alguien, por favor? Necesito que me echéis una mano. ¿Cassie? ¿Estás ahí?

En lugar de subir, esperé a que Dell sirviera la guarnición del segundo plato de los clientes que aún había en el local.

—¡Por favor! ¡Es sólo un momento!

—¿Oyes a ese hombre? ¿O sólo lo oigo yo? —murmuró Dell mientras me tendía el especial de pavo.

—Le oigo.

—Me alegro, porque no está hablando conmigo.

—¡Voy corriendo! —grité por encima de mi hombro, y pensé: «Y no es un juego de palabras».

Incluso mientras me lamía las heridas, había conservado mi sentido del humor.

Serví los platos y me dirigí a la escalera. Me vino a la memoria la imagen de la caída fingida de Kit DeMarco, la cual me había asegurado un lugar junto a Angela Rejean en el espectáculo de cabaré, seis semanas atrás. Yo no tenía ni idea de que ambas pertenecían a S.E.C.R.E.T. Mientras miraba ahora la escalera, recordé más imágenes: la cara de Will encima de mí, retorcido por el éxtasis, la luz procedente de la calle que iluminaba sus facciones. «He deseado esto desde el día en que nos conocimos», había susurrado Will mientras yo permanecía tendida debajo de él. «Yo también te deseaba, Will. Pero no sabía cuánto.»

«¿Cuándo terminará esto? ¿Cuándo dejarán de doler tanto los recuerdos?»

Si él me decía una vez más: «Tenemos que hablar, Cassie», le contestaría: «No, Will —y añadiría—: Te dije que no debíamos quedarnos a solas». Todo ello mientras

me sacaba la camisa por la cabeza y la lanzaba a una esquina junto con todos los recuerdos no deseados que se amontonaban en la habitación del piso superior. «Tienes razón, Cassie. No deberíamos estar a solas», diría Will, y yo daría un paso hacia él, posaría una mano sobre su pecho desnudo y dejaría que me rodeara con los brazos y desabrochara el sujetador. «Esto es una mala idea», diría yo mientras apretaba mi cuerpo contra el suyo, le besaba en la boca, le arrinconaba contra el alféizar de la ventana. Allí él me rodearía los muslos con los suyos, me cubriría el cuerpo con las manos, no muy seguro de dónde tocarme primero, hasta que sus dedos se enredaran en mi pelo y tirara de mi cabeza hacia atrás para dejar mi cuello al alcance de su boca hambrienta. Yo le diría: «¿Ves? No hace falta que hablemos. Lo que nos hace falta es esto: hacernos gemir y sudar uno al otro. Necesitamos follar otra vez, bien, y a menudo. Y yo tengo que decidir qué hacer, porque no puedo estar contigo a solas, porque mira qué nos hacemos, porque todo nos señalaba a ti y a mí y ahora no hay un “tú y yo”».

Y entonces las palabras se interrumpirían y todo serían manos y bocas y jadeos y piel... y consecuencias desagradables.

Mientras subía los escalones hacia el primer piso, volvió a recorrerme ese anhelo delicioso y penetrante, el causante de que palparan lugares de mi cuerpo que habían estado dormidos y que ahora despertaban cada vez que me hallaba cerca de él. En lo alto de la escalera, rodeé un andamio y pasé por encima de un rollo de cables. El corredor estaba sembrado de restos de reformas recientes: cubos vacíos de yeso, clavos, virutas de madera. Will se hallaba detrás de un tabique donde estaba construyendo los lavabos, frente a los ladrillos vistos entre dos ventanas. No llevaba camiseta y se encontraba cubierto de polvo blanco. En la habitación no había muebles, ni rastro de la noche en que una docena de mujeres risueñas se preparaban para un espectáculo amateur de cabaré: ni una silla ni una cama preparada para una tempestad. Will sujetaba con una mano el extremo de una barra de cortina de hierro, y con la otra un destornillador eléctrico, y tenía la camiseta remetida en el cinturón.

—Gracias por venir. ¿Puedes decirme cómo queda, Cass?

Cass. ¿Cuándo me había llamado así? Hacía que yo pareciera una colega.

—¿Qué tal así? —preguntó al tiempo que colocaba la barra.

—Un poco más arriba.

Alzó demasiado la barra.

—No, más abajo... más abajo.

La había colocado casi perfecta cuando con un gesto de bromista empedernido la dejó caer por debajo del marco de la ventana, en un ángulo extraño.

—¿Qué tal así? ¿Bien? —me preguntó al tiempo que me dedicaba una sonrisa jocosa por encima del hombro.

—No tengo tiempo para esto; abajo hay clientes.

Volvió a poner la barra recta y, una vez le di el visto bueno, introdujo con rapidez un tornillo para sujetarla en su sitio y bajó la escalera.

—Vale, ¿vas a estar enfadada conmigo para siempre? —preguntó acercándose a mí—. Sólo trato de hacer lo correcto, Cassie. Pero contigo estoy perdido.

—¿Tú estás perdido? —siseé—. Hablemos de lo que hemos perdido, ¿vale? Tú no has perdido nada, y yo... yo lo he perdido todo.

Matilda me habría dado una bofetada para que me callara. «¿Es que no has aprendido nada? —habría dicho—. ¿Por qué te tildas de perdedora?»

—Tú no has perdido nada —susurró Will. Su mirada se encontró con la mía y mi corazón dejó de latir durante tres segundos enteros. «Yo te elegí a ti y tú me elegiste a mí»—. Sigo estando aquí. Seguimos siendo nosotros.

—No existe ningún «nosotros», Will.

—Cassie, hace un montón de años que somos amigos. Lo echo de menos.

—Yo también, pero... ahora sólo soy tu empleada. Así son las cosas. Vendré, trabajaré y me iré a casa —repuse, evitando su mirada—. No puedo ser tu amiga, Will. Y tampoco puedo ser esa chica, la que... la que se mantiene en la sombra, a la expectativa, como un buitre que vuela en círculos a la espera de que tu relación con Tracina se enfrie y muera.

—Vaya. ¿Eso es lo que crees que te estoy pidiendo?

Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. La expresión de su rostro reflejaba tristeza, cansancio y tal vez también resignación. Un silencio tenso se instaló entre nosotros, y me pregunté si era posible seguir trabajando en el café mientras mi corazón siguiera herido. Pero también sabía que eso era problema mío, no de él.

—Cassie, siento mucho todo lo que ha pasado.

Nuestras miradas se cruzaron, en lo que parecía la primera vez en muchas semanas.

—¿Todo? —pregunté.

—No, todo no —contestó él, mientras dejaba el martillo sobre el caballete y se sacaba la camiseta del cinturón para secarse la cara.

El sol empezaba a ponerse en Frenchmen Street, señal de que debía apresurarme a regresar abajo y cerrar el local.

—Muy bien, tú estás ocupado y yo también. La barra de la cortina está perfecta; no tengo nada más que hacer aquí —declaré—. Si me necesitas, estaré abajo cerrando la caja.

—No se trata de si te necesito. Sabes que es así.

Nunca sabré cuál fue la expresión de mi cara en ese momento exacto, pero me imagino que me resultó imposible ocultar un atisbo de esperanza.

Me marché a casa y me hice una serie de firmes promesas. Se habían acabado los lamentos y los llantos. Aquello pertenecía al pasado.

Era mi cumpleaños y había quedado con Matilda para hablar de mi nuevo puesto en S.E.C.R.E.T. Las cosas son difíciles el primer año: una no puede formar parte del Comité, tiene que ganarse el puesto. Pero te dan a elegir entre tres tareas, y yo me moría de ganas de lanzarme de cabeza, de tener algo que hacer, un sitio distinto al que ir, alguien en quien pensar que no fuera Will o yo misma.

Uno de los cargos disponibles era el de coordinadora de fantasías, que se encargaba de materializar las fantasías: compraba billetes de avión, actuaba como intérprete secundaria o participaba en escenas como la que Kit y Angela habían protagonizado la noche del espectáculo de cabaré. Si Kit no hubiera fingido su caída, yo no habría subido a bailar al escenario. Y sin la ayuda de Angela y su provocativa coreografía, habría hecho el mayor de los ridículos. Aquel año ambas iban a convertirse en miembros de pleno derecho del Comité, por lo que sus puestos quedaban vacantes.

También podía convertirme en reclutadora, como Pauline, la mujer cuyo diario extraviado me había puesto en contacto con S.E.C.R.E.T. Estaba casada, pero su marido no se sentía amenazado por su labor como reclutadora de los hombres que más tarde participarían en las fantasías, ya que... bueno, en su momento, él había sido uno de ellos. Reclutar hombres para S.E.C.R.E.T. no era lo mismo que entrenarlos; Pauline se limitaba a atraerlos hasta el grupo. La instrucción completa, o el perfeccionamiento de las habilidades sexuales de los reclutados, era una tarea reservada a los miembros de pleno derecho del Comité, así como la participación sexual de éstas en las fantasías; aunque yo tampoco estaba preparada para aquello.

El tercer trabajo lo realizaban las guías, que proporcionaban aliento y apoyo a las nuevas candidatas de S.E.C.R.E.T. Yo misma habría sido completamente incapaz de orientarme por el extraño territorio de mi alocado año sexual sin la ayuda de mi guía, Matilda. Así que me decidí por el puesto de guía, el menos imponente de los tres, aunque el consejo de Matilda era que mantuviera la mente abierta. «En cualquier momento pueden surgir las oportunidades más sorprendentes», me había dicho. Lo único que me quedaba era firmar mi compromiso con S.E.C.R.E.T. y llevarlo a la comida.

Yo, Cassie Robichaud, me comprometo a servir a S.E.C.R.E.T. como guía durante un trimestre, y hacer todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que todas las fantasías sexuales sean:

Seguras

Eróticas

Cautivadoras

Románticas

Euforicas

Transformadoras.

Prometo mantener el anonimato de todos los miembros y participantes de S.E.C.R.E.T., y respetar los principios: sin prejuicios, sin límites y sin vergüenza, durante mi trimestre, y por siempre.

CASSIE ROBICHAUD

Estampé mi firma con una pequeña rúbrica, mientras *Dixie* daba zarpazos a los reflejos de los amuletos de mi pulsera sobre la colcha. Había llegado el momento. El momento de dar un nuevo paso que me alejaría de Will y de mi pasado, y me acercaría a un futuro nuevo, con independencia de lo que éste me deparase.

Dauphine

Esa mañana me quedé de pie mirando desde el otro lado de la calle mi tienda en la esquina de Magazine con la Novena, y a mi empleada, Elizabeth, que disponía otro de sus atrevidos montajes en el escaparate. La había contratado tras robársela a la tienda de ropa de segunda mano que me hacía la competencia al final de la calle, porque tenía un criterio único, la clase de intuición que no se aprende. Pero dada mi obsesión por el control, no estaba del todo segura de que me gustara la dirección que estaba tomando el nuevo escaparate de Elizabeth. Distinguí corpiños y cestas, y muchas cintas de papel amarillo arrugado. Elizabeth odiaba que yo me entrometiera, dirigiera, modificara; siempre me hacía cargo de las tareas que no confiaba en que los demás pudieran llevar a cabo. Sin embargo, ésa era la forma en que había llevado mi negocio hasta ese momento, y no me había ido tan mal, ¿no?

Cuando mi mejor amiga Charlotte y yo compramos el Funky Monkey diez años atrás, aposté por mantener el nombre original de la tienda así como la mayor parte del género, y propuse que hiciéramos un inventario de lo que no podíamos vender. No me gustaban los cambios. Como la mayoría de los sureños, era muy reacia a cualquier novedad. Pero ella insistió en que vendiéramos discos de vinilo y bolsas de DJ de diseño, para atraer al sector masculino y no sólo a mujeres, así que accedí a regañadientes. No obstante, cuando Charlotte insistió en que abriéramos aún más nuestro abanico: disfraces para el Mardi Gras, pelucas y trajes para gente que quisiera llamar la atención, me opuse. Pero tuve que admitir que era una buena idea, y fueron esas ventas las que nos permitieron mantenernos a flote durante las épocas de vacas flacas. Así que dejé que ella se ocupara de la orientación comercial mientras yo me mantenía en un segundo plano, un lugar del que siempre he sido partidaria. Por fortuna, se me daba bien hacer brillar a los demás, y ahora, con esta tienda, tenía un tesoro secreto en el que trabajar.

Mi exnovio, Luke, era de la misma Nueva Orleans, nacido y criado en el Garden District. Me contó que el edificio que albergaba el Funky Monkey había sido una zapatería y una tienda de pinturas, y antes de eso un taller de reparación de bicicletas y una tintorería. Mientras contemplaba a Elizabeth desplazarse por detrás del cristal del escaparate, ahora con una cesta de corpiños de color pastel en los brazos («Vale, ya veo qué es lo que pretendes»), me vino a la cabeza que mientras que aquel edificio no había dejado de reinventarse, yo en cambio no lo había hecho. El cambio era el punto fuerte de Charlotte, lo que la convertía en una socia excepcional. Hasta que, de un día para otro, un acto egoísta la llevó a acabar con el negocio y con nuestra amistad.

Aunque lo que yo era incapaz de superar era la traición de Luke.

Le conocí en la clase de música de la universidad, y al final de nuestro penúltimo año de carrera me pidió para salir. Yo estudiaba bellas artes, especializada en diseño y con teoría del jazz como especialidad secundaria. Nunca había tocado ningún instrumento ni cantado, nunca había querido hacerlo, pero me encantaba escuchar música y aprender cosas sobre ella: jazz, clásica, alternativa, cualquier estilo. Luke no era muy entusiasta de la música, sólo se había matriculado en la asignatura porque era fácil conseguir los créditos. Su pasión era la literatura. Cuando en su segundo año de carrera publicó de forma precoz su primera novela, una historia de iniciación ambientada en Nueva Orleans, me sentí muy orgullosa de él. Las *groupies* literarias empezaron a perseguirle, pero eran del tipo respetuoso y educado, así que apenas me sentí amenazada. Aunque ahora, al echar la vista atrás, me doy cuenta de lo ingenua que había sido. Nuestro distanciamiento empezó cuando Luke comenzó a recibir invitaciones para asistir a actos y festivales literarios. Yo sólo le acompañaba a las lecturas y presentaciones que se daban en nuestra ciudad porque era incapaz de subirme a un avión. Cuando tenía ocho años, un tío mío había muerto en un accidente de avión sobre el océano. No estábamos muy unidos, pero yo era una niña y me estaba formando; a los ocho años una elabora imbricadas teorías para mantener a raya las pesadillas. Tras ese dramático acontecimiento de mi infancia, mi miedo a volar se había extendido a todo lo que no pudiera entender y controlar. Y si bien intentaba que el miedo no afectara al resto de mi vida, no siempre lo conseguía. Prefería dormir con pijama por si había una emergencia y hacer el amor con las luces apagadas por si entraba alguien. Este último hábito no tenía nada que ver con el peso que había ganado en la universidad o con los tiempos en que mi madre me llamaba *zafitig*, una palabra cuyo significado tuve que buscar.

—¿Me has llamado gorda? —le grité.

Ella protestó con ademán dramático:

—¡No, cariño! Significa voluptuosa. Lo cual es un halago.

No quiero que se me malinterprete: Luke me decía constantemente lo hermosa y deseable que era, y yo le creía. Mis curvas no me daban miedo. No era una persona remilgada, sino lanzada. Me gustaba el sexo, pero prefería que fuera con mis condiciones, a mi manera, en posturas que me favorecieran, a oscuras y siempre que pudiera ducharme inmediatamente después.

Tras licenciarnos, Luke, Charlotte y yo compartimos un apartamento de dos habitaciones en el segundo piso de Philip Street, cerca de Coliseum, donde sigo viviendo, uno de esos viejos edificios victorianos revestido con tablillas pintadas de amarillo con los bordes blancos. Las ventanas del apartamento eran las originales y daban a la esquina. Luke instaló su escritorio y se puso a escribir lo que denominaba su «Obra Sureña». Nuestro dormitorio tenía corrientes de aire en invierno, pero a mí no me importaba porque Luke me proporcionaba calor casi todas las noches y pagaba su parte del alquiler cuando conseguía algún trabajo a tiempo parcial. Durante una breve temporada le contraté en la tienda, pero me arrepentí en cuanto comenzó a hacer sugerencias para mejorar el negocio o a mover el género de un lado a otro para que se vendiera más rápido. «Ten cuidado —me advirtió mi madre—. A los hombres no les gustan las mujeres críticas o autosuficientes. Quieren sentirse necesitados.» Mi padre no estaba de acuerdo: «Los hombres sólo quieren que los deseen», argumentó.

Y el modo en que Charlotte le tomaba el pelo a Luke o le rodeaba con el brazo... siempre di por hecho que era un trato fraternal e inofensivo. Luke era un escritor raro, un solitario como yo. Charlotte no era su tipo. Una vez aseveró que era alguien en quien no se podía confiar, mientras que yo era sólida, recia. Ella era un helado de chocolate con trozos de malvavisco y almendras, mientras que yo era de vainilla, y añadió que eso no era un insulto, ya que yo era su sabor preferido.

Pero los gustos cambian. Yo trabajaba en el mundo de la moda; debería haberlo sabido.

Era mi día libre, así que se suponía que no debería haber entrado en el despacho de la parte trasera y habérmelos encontrado allí: Charlotte sobre una pila de maletas antiguas que estábamos restaurando, con los delgados muslos blancos rodeando a Luke y los estúpidos tejanos negros de él enrollados en sus estúpidos tobillos, el culo apretado, en medio de una embestida.

—Dios mío, lo siento mucho —murmuré al tiempo que retrocedía y cerraba la puerta a mi espalda.

Una se da cuenta de que está perdiendo sus modales sureños cuando su primer impulso al encontrar a su novio follándose a su mejor amiga es ser educada. Con la espalda apoyada en la jamba de la puerta de un vestidor, me tapé la boca con la mano durante el rato que tardaron en vestirse y recomponerse frente a mí, confusos y avergonzados.

Luke, el escritor, me ofreció un montón de palabras.

«Lo siento mucho...»

«No queríamos...»

«No sé cómo pasó...»

«No lo habíamos planeado...»

«Intentamos olvidarlo, pero...»

Todas estas palabras se agruparon y compusieron las únicas respuestas que resultaban relevantes. Uno: aquello llevaba un tiempo pasando. Dos: estaban enamorados.

Esa noche dejaron el apartamento.

Le compré a Charlotte su parte del negocio por una cantidad suficiente para que pudieran trasladarse a Nueva York, donde Luke quería instalarse antes de que se publicara su segunda novela. Seis meses después, *Big Red* llegó a las librerías con una gran fanfarria. Una «historia morbosamente honesta sobre los corrosivos efectos de la educación sureña en una mujer sensible y con sobrepeso que intenta romper con su pasado». Al leer la descripción de su protagonista, Sandrine, una «pelirroja rígida y controladora», con una «silfide» por hermana y una mejor amiga «de armas tomar», quedé en estado de *shock* durante días, semanas, meses... años. La novela se

apudó a la lista de los libros más vendidos, y las chicas entraban en la tienda (que en el libro se llamaba Fancy Pansty) y preguntaban con timidez si era cierto: ¿de verdad el trágico personaje de Sandrine, de la famosa *Big Red*, estaba inspirado en mí?

Elizabeth se ponía como loca con esas chicas. «¿Veis a alguna pelirroja gorda en esta tienda?», les gritaba. Y es que eso era lo peor: yo nunca me había considerado gorda hasta que se publicó el libro. Más bien me habían gustado siempre mis curvas. Sólo llevaba vestidos de segunda mano de buen corte, del tipo que se confeccionaba antes de la «era de las supermodelos», tras la cual la ropa se convirtió de repente en un envoltorio de salchicha que sólo favorecía a las mujeres extremadamente delgadas. Y nunca había dudado de que Luke se sentía atraído por mí hasta que lei su descripción de los muslos de Sandrine y la «blanca extensión de la parte superior de sus brazos», lo cual me mandó de cabeza a una espiral de inseguridad y dudas que se prolongó casi una década.

La gente me decía que me fuera de viaje, que me marchara de la ciudad, que me largara a alguna parte. Pero yo era incapaz; de forma exasperante, sólo podía imitar a la Sandrine de Luke, llena de fobias y que se había marchitado durante toda su vida en el mismo lugar. Incluso dejé de hacer salidas a la playa, pues me daba vergüenza que me vieran en traje de baño. Siguiendo el consejo de mi hermana Bree, empecé a ir a clases de yoga, y siguiendo el de mi madre, me apunté a una página web de citas. Ambas propuestas resultaron ser pésimas. Mi único refugio era el trabajo, así que me aferré a él y convertí la tienda en el centro de mi vida y en la principal excusa para no ir a ninguna parte.

Entonces, un día Bree dejaba caer de pasada que Charlotte volvía a estar embarazada o que el guion independiente de Luke se había vendido por «millones» o que su *loft* en Williamsburg había salido en *Elle*, donde Charlotte también trabajaba como estilista *freelance*. Aquella clase de información me hacía retroceder en el tiempo, hundida, y aniquilaba todos los progresos que había hecho gracias a algunas citas poco trepidantes con algún chico con el que había mantenido relaciones sexuales con cierta desgana. Que mi amiga siguiera siendo amiga de Charlotte constituía la menos sorprendente de todas las traiciones.

«El hecho de que vosotros os peleáis no significa que yo tenga que renunciar a ella, Dauphine. También era amiga mía, y a lo sabes. Es injusto.»

«¿Pelearnos? Ella era mi mejor amiga y él, mi novio. Hicieron saltar por los aires todo mi mundo.»

«¡Hace ocho años! ¡En ese tiempo la mayoría de nuestros órganos principales han renovado todas sus células! ¡Necesitas un hombre!»

¿Y qué pasa si no necesitas a un hombre sino que sigues queriendo a uno? Yo quería un hombre, pero no el resto del paquete: ese charco turbio de sentimientos en el que los peores de ellos te abandonan.

A pesar de ello, los hombres eran prácticamente el único tema en el que le concedía autoridad a mi madre, un ejemplar típico de Tennessee que creía saberlo todo sobre los hombres y sus motivaciones. También creía saber mucho sobre mí. No aprobaba mi forma de vestir; su expresión lo dejó bien claro el día que papá y ella vinieron desde Baton Rouge para celebrar conmigo mi treinta cumpleaños, y yo me puse para el *brunch* un precioso vestido de los años cuarenta con un casquete y un pequeño velo negro.

«Seguro que la historia de ese sombrero es conmovedora, pero lo que dice es: “Mantente alejado de mí; soy rarita y vivo anclada en el pasado”», me dijo. «Rarita» era lo peor que se le podía decir a una mujer sureña de cierta edad.

Meneé la cabeza frente a este breve arrebato de nostalgia y contemplé a Elizabeth colocar un nido amarillo de tiras de papel arrugadas. El Mardi Gras había terminado, y ahora nos preparábamos para la Pascua. El día anterior había ido a dar una vuelta para recabar ideas y me daba cuenta de que había sacado jugo a una de ellas. Di unos golpecitos en el cristal y le dediqué mi mejor mirada de: «¿Qué demonios es esto?».

–¿Qué haces aquí tan pronto, Dauphine? ¡No trabajas por la tarde! –me espetó a través del cristal.

–Te prometí que te vestiría. Para tu cita de esta noche.

Abrió desmesuradamente los ojos.

–¡Es verdad!

–¿Cuál es el plan? –pregunté al tiempo que señalaba el montón de piernas y brazos de maniquí.

–¡Corsés!

Elizabeth alzó un puñado de encajes y lazos.

–Claro. Cuando pienso en la Pascua me viene a la mente: lencería.

La gente que pasaba por la calle se detenía para mirar el maniquí casi desnudo y las dos mujeres que se gritaban a través del cristal rodeadas de corpiños. Elizabeth sacó unas orejas de conejita Playboy auténticas de una bolsa y las colocó junto a un osito de peluche rosa pastel.

–¡Mira qué mono!

Mi padre siempre dice que si uno quiere mantener cerca a la gente buena, de vez en cuando tiene que dejarlos a su aire. Así que sólo me quedaba confiar en que Elizabeth montara otro escaparate que parara el tráfico. «Deja que otro lo haga; deja que sea otro quien asuma el control.»

Le dediqué un gesto con los pulgares hacia arriba, sin mucha convicción, y me dirigí adentro.

Mi estómago rugió. Me había saltado el desayuno, pero acabábamos de recibir el envío de una venta de patrimonio que me había costado mucho obtener y quería revisar las cajas antes de abrir. Así que dejé que Elizabeth hiciera magia con su escaparate, abrí la puerta y miré mi conjunto en el espejo de cuerpo entero que había frente al mostrador principal: un vestido azul marino acampanado de finales de los sesenta, de esos con sujetador incorporado, con cinturón a juego, forro y manga tres cuartos, y zapatos de tacón bajo. Llevaba el pelo recogido en un moño, que debido a la humedad me había quedado suelto y crespo. También llevaba unas gafas de sol grandes y oscuras, estilo Jackie Onassis. Debía admitir que hacía demasiado calor para llevar aquel vestido, pero ya no los confeccionaban, algo que mi madre celebraba y que yo, por supuesto, lamentaba. Pero ¿cuándo se habían vuelto tan cerrados mis cuellos, mis faldas tan largas y mis gafas tan grandes? «¿Quién tarda ocho años en superar que un tío la ha dejado?»

Con Elizabeth ocupada en el escaparate y la tienda aún tranquila, busqué el almuerzo en mi bolso y me di cuenta de que me lo había dejado en la encimera de la cocina. Los clientes tenían prohibido entrar en la tienda con comida o bebida, pero yo siempre comía encaramada a la escalera, detrás de la caja registradora. Al diablo, me saltaría también la comida y cenaría a lo grande.

Arrastré las cajas más pequeñas de la venta de patrimonio hacia el mostrador de delante. La primera estaba llena de accesorios, la especialidad de Elizabeth, así que la dejé a un lado. En la segunda había vestidos de verano, sombreros de paja (horribles) y bailarinas. Hasta dentro de unas semanas no tendría que sacar la ropa de verano, pero me quedé prendada de un vestido verde oscuro de los setenta con cuello halter. La tela de crepé era alucinante; el diseño, bonito, y era largo hasta los pies. Me di cuenta de que el dobladillo estaba deshilachado; podía acortarlo hasta la rodilla y conseguir un buen precio. O podía quedármelo para mí. ¿Y llevar los brazos al descubierto? Ni hablar. Aun así, aquel verde era tan bonito, y con mi melena pelirroja...

Lo coloqué en el montón de las cosas que quería quedarme y que estaba aumentando más que el de las que iba a vender. ¿Por qué lo hacía? Guardaba cosas para un futuro imaginario o para una clienta ficticia que lo apreciaría como era debido si tenía la oportunidad.

«El despacho de atrás podría ser una tienda en sí misma –había dicho Elizabeth en una ocasión–. Mejor que la de delante.»

La tercera caja estaba llena de ropa de hombre: chaquetas de tweed, varias camisetas, unos pantalones de esmoquin (con la tira de satén en el costado) y la chaqueta a juego, con unas solapas estrechas muy elegantes. Acerqué la nariz al grueso tejido y aspiré: estaba limpia y olía a colonia de hombre. Aquel olor tan masculino resultaba embriagador; me recordaba a una velada nocturna, a cigarrillos y a loción para después del afeitado, al asiento trasero de un taxi, a deseo. Se me hizo un nudo en el estómago. Me imaginé llevándome a casa a aquel hombre con esmoquin, bajándome la cremallera de mi vestido largo de terciopelo y dejándolo caer al suelo. Debajo llevaría una combinación de seda. Él se tendería sobre mi colcha de *patchwork*, sonreiría y dejaría a un lado el vaso de whisky. Yo sentiría sus manos sobre mis hombros mientras me atraía hacia él, me agarraba del pelo largo y rojo y me echaba la cabeza hacia atrás para dejar al descubierto mi tierna garganta. Yo gritaría su nombre lo bastante alto como para acabar con las telarañas que se habían apropiado de los pasillos de la casa abandonada en que se había convertido mi cuerpo y...

–¡Dauphine!

Casi me caí de la escalera de mano.

–¿Qué demonios pasa, Elizabeth? –exclamé al tiempo que soltaba la chaqueta que sujetaba.

–¡Te he llamado como un millón de veces!

El estómago me rugió con tanta fuerza que ambas lo oímos. Entonces distinguí chirribitas en mi visión periférica y me agarré al marco de cristal para no perder el

equilibrio.

–¿Estás bien?

–Sí, sólo he desconectado un momento.

–Por el ruido que te hace la barriga parece que tengas dos lobos luchando dentro. Ve a buscar algo para comer y siéntate fuera, al sol. Normalmente no empiezas hasta las dos –me regañó con la adorable autoridad de la juventud. Luego cogió mi bolso de debajo del mostrador de cristal, me agarró del brazo y me arrastró hacia la puerta–. Vuelve cuando hayas recuperado las fuerzas, señorita. Y tómate todo el tiempo que haga falta, joder.

–Vale –acepté; seguía viendo estrellitas.

Ocupé la última mesa vacía de la terraza del local de al lado, el Ignatius, y pedí un cuenco caliente de quingombó. Los compradores dominicales parecían frenéticos, aunque quizá sólo diera esa sensación porque estábamos a principios de primavera y era la primera vez en mucho tiempo que me hallaba al aire libre, rodeada de gente, en lugar de refugiarme en mi tienda y ocuparme del inventario. También me había saltado el desayuno más de una vez, de hecho me había saltado mañanas enteras. Tal vez ésa era la razón de que me estuviera adelgazando, una posibilidad que contemplaba justo en el momento en que lo vi a él, a Mark Drury, el cantante de los Careless Ones.

Nunca antes le había visto con barba; me gustaba. Su grupo tocaba cada sábado a primera hora de la noche en Three Muses, y la voz ronca de Mark era un sueño del country alternativo. De vez en cuando interpretaba una versión de un viejo tema de Hank Williams que me ponía la piel de gallina. Era desgarrado, con el pelo negro y los ojos azules; tenía los hombros encorvados, una postura clásica en los chicos que llevaban siempre un instrumento colgado a la espalda. Y ahí estaba ahora, pasando junto a mi mesa de la terraza para dirigirse al interior. Sus colegas del grupo y él solían pasarse por el Funky Monkey para comprar camisetas, tejanos e incluso pelucas estrafalarias si tenían algún bolo durante el Mardi Gras. Pero yo siempre hacía que les atendiera Elizabeth, pues me daba demasiada vergüenza hacerlo yo. Los Careless Ones eran el único grupo local al que iba a ver sola; el rato que pasaba escuchando música era el único momento en que me dejaba ir de verdad y me sentía bien con mi cuerpo. La música era lo contrario de mí, por eso me fascinaban los cantantes como Mark, que podían subirse a un escenario delante de todo el mundo y concederse permiso para soltarse.

«Habla con él –me decía a mí misma–. Acércate después del concierto, dale un golpecito en el hombro y dile: “Eh, Mark, cuando tengo ganas de beber sola, me dedico a mirarte”.»

Genial. Parecería una loca.

«Me encanta mirarte en la oscuridad cuando estoy sola.»

Puaj.

«Me encanta mirar cómo te mueves.»

Fatal. Fatal, fatal. Era cierto: me estaba volviendo rara.

Traté de no mirar durante demasiado rato a través del cristal mientras Mark Drury se acercaba a la barra de dentro. Maldije a Elizabeth por haberme hecho salir de la tienda. Me maldije a mí misma por llevar un vestido azul marino en un caluroso día de primavera. Pero me habían traído el quingombó, así que no tenía opción. Además, ¿y si tenía novia? «Se trata sólo de hablar con él, de decirle: “Eh, me encanta lo que haces”.»

Al cabo de unos minutos, el camarero le sirvió un café para llevar y un sándwich envuelto. Con la bolsa sujeta entre los labios y el periódico bajo el antebrazo, Mark cogió varias servilletas de papel de un recipiente de acero inoxidable junto a la puerta y se dirigió hacia mí. «¡Aquí! ¡Siéntate conmigo!», grité para mis adentros. Pero mis enormes gafas de sol ocultaban mis ojos. Era como un pez que abría y cerraba la boca apretado contra el cristal de un acuario que lo aislaba del mundo.

Entonces, antes de poder reaccionar, se sentó un poco más allá, con una mujer de pelo oscuro a cuya mesa había una silla libre. Se presentaron mutuamente y se pusieron a charlar mientras comían. Se me encogió el estómago mientras le veía sonreírle y hacerla reír. Observé a mi rival imaginaria con tanta discreción como pude; era guapa y delgada, pero seguro que no sabía que Mark había elegido el nombre de Careless Ones en honor a *El gran Gatsby*, un libro que seguramente ella nunca había leído, ya que en el instituto seguro que era de las que pedían los apuntes a gente como yo. Pero es que ni siquiera le gustaría la música de Mark. Al cabo de unos minutos vi como él se despedía de ella dándole su número de teléfono, y me imaginé que me lo daba a mí.

«¿Qué me ha pasado? ¿Cómo he acabado así?»

–¿Estás bien?

¿Había hablado en voz alta? Sí, lo había dicho en voz alta... a la mujer de pelo oscuro que había hablado con Mark y que ahora estaba sentada sola. Se puso en pie, cogió un vaso de agua de la mesa y avanzó a cámara lenta hacia mí. Dejó el vaso con una expresión de preocupación en el rostro.

–¿Estás bien? –volvió a preguntar.

A día de hoy sigo sin saber por qué le dije que sí cuando me preguntó si podía sentarse conmigo; casi nunca hablo con desconocidos. Pero como diría mi madre: «Hay cosas proféticamente divinas y otras divinamente profetizadas».

Cassie

Era inevitable. Tanto Will como yo tratábamos de no quedarnos a solas, pero el Café Rose era pequeño, con pasillos estrechos y rincones oscuros.

–Gracias por quedarte, Cassie –me dijo la noche que trajeron el pladur. Me había pedido que esperara el camión.

–Quería hacerlo.

–Me preguntaba si podrías hacerme un favor más.

–Claro –repuse–. ¿El qué?

–Ya lo sabes –contestó él en apenas un susurro.

Cruzó los brazos y se recostó en la fría puerta de cristal de la nevera.

–¿Esto? –pregunté al tiempo que me desabrochaba el delantal y lo dejaba caer al suelo.

–Sí, eso. Y ¿puedes hacerme otro favor?

–Sí –dije, con la voz tan embargada por el deseo que parecía sonar debajo del agua.

Me saqué lentamente la camiseta por la cabeza y dejé que la melena saliera en cascada por el cuello de la prenda de ropa. Luego la arrojé al suelo. No llevaba sujetador.

–¿Esto?

–Sí... Eres... tan hermosa –murmuró.

Mi piel causaba ese efecto en él, y yo lo sabía.

–Te toca a ti –susurré.

Sin vacilar, se desprendió de la camiseta y la lanzó junto a la mía; el pelo se le revolvió. Luego se quitó los tejanos y se quedó sólo con los calzoncillos blancos.

Aqué! era nuestro juego.

–No te tocaré, te lo prometo –me dijo–. Sólo quiero mirarte. Eso no es malo.

Me desabroché los tejanos, me los saqué y metí los pulgares en el elástico de las bragas. Él asintió levemente, muerto de ganas de que me las quitara también. Yo vacilé y miré hacia la calle oscura. ¿Qué hora era? ¿Cuánto tiempo llevábamos allí solos? Deslicé lentamente mi ropa interior por los muslos y la dejé caer al suelo. Ahora estaba desnuda.

–Acércate, Cassie. Quiero oler tu piel.

–Sin tocarme.

–Lo sé.

Di unos pasos hacia él y me detuve a quince centímetros de su pecho desnudo. A esa distancia, podía sentir cómo se mezclaba nuestro calor corporal, su aliento cálido sobre mi piel.

Me llevé una mano al pecho y lo agarré por debajo, ofreciéndoselo, mientras frotaba el pezón en círculos con mi pulgar. Un gemido escapó de su garganta mientras alargaba la mano. Me aparté.

–Me lo has prometido –susurré.

–No te tocaré. Pero tú sí puedes tocarme, Cassie. Eso no va contra las normas.

Cierto.

Bajé la otra mano por el estómago y el músculo de mi antebrazo se tensó mientras tomaba conciencia de mi cuerpo, de lo mojada que estaba, y disfrutaba de la insana excitación que aquello le provocaba.

–Es demasiado, no puedo –dijo.

Se había trastornado; es la única explicación al hecho de que con un diestro movimiento del brazo, despejara la mesa que había junto a nosotros y lanzara al suelo los cuencos y utensilios, las bandejas con saleros y pimenteros, los ceniceros con bolsitas de azúcar, los sujetaservilletas. En cualquier otro momento aquello me habría cabreado, pero aquella noche estaba excitada por su impaciencia, su ferocidad. Me dio la vuelta y me tumbó con urgencia sobre la mesa, donde extendí los brazos para sujetarme a los bordes.

–Has dicho que no ibas a tocarme, Will.

–No voy a tocarte, voy a follarte –jadeó él al tiempo que me separaba las rodillas y se colocaba desnudo entre mis muslos.

Ahora se sujetaba la erección con la mano, se acariciaba, y mantuvo clavada en mí su mirada salvaje mientras se introducía en mi humedad, un centímetro, luego otro, volviéndome loca, excitando mi deseo, hasta conseguir que me arqueara, que le pidiera, que le suplicara que me follara, que me follara sin piedad. «Oh, Will»; mis temblorosos muslos se agarraban a sus estrechas caderas y clavé las uñas en sus antebrazos mientras él...

–¿Perdona? ¿Está ocupada esta silla?

Oh, mierda, mi fantasía pinchada como una burbuja. Un hombre –uno real– estaba inclinado sobre la mesa metálica de la terraza del Ignatius, con el rostro en sombra debido a la luz del sol que brillaba desde atrás.

–Lo siento, no quería asustarte –se disculpó–. La terraza está llena y me he dado cuenta de que estás ocupando tú sola una mesa para cuatro. Qué egoísta.

–Oh, lo siento. Sí, claro –contesté, y retiré el bolso de una de las sillas de mi mesa.

Debía de parecer un simio bobo, toqueteando un cubito de hielo y con la mirada perdida mientras fantaseaba con Will... una vez más. Tenía que acabar con aquella mala costumbre, o me volvería loca.

–Me comeré el sándwich, me beberé el café y leeré el periódico –declaró él–. Y podemos fingir que no compartimos la mesa para comer.

–Excelente plan.

Tenía unos ojos azules de mirada traviesa, y aunque normalmente no me gustaban las barbas, ni siquiera las de tres días, la suya resultaba atractiva.

–No vamos a hablar o a mirarnos mientras comemos. Sería muy raro.

–E incómodo –continué yo–. Por no decir grosero.

–Desagradable.

–Toda esa gente que se dedica a comer juntos y a hablar. ¡Por Dios! –añadió con un estremecimiento.

Hubo un instante de silencio, y luego ambos nos echamos a reír.

–Soy Cassie –me presenté, y le tendí la mano.

De pronto se me ocurrió que tan sólo unos meses atrás habría sido incapaz de seguir semejante juego, antes de haber entrado en S.E.C.R.E.T. Había cambiado.

–Mark. Mark Drury.

Los *hipsters* excéntricos nunca han sido mi tipo, pero éste tenía una hermosa sonrisa y un increíble acento cajún. Además de aquellos ojos azules y manos fuertes y estilizadas.

–¿La pausa para comer? –me preguntó mientras cruzaba las largas piernas por debajo de la mesa.

–Más o menos. ¿Y tú?

–Para mí es la hora del desayuno.

–¿Saliste hasta tarde?

–Por trabajo. Soy músico.

–¡Anda ya! ¿En Nueva Orleans?

–Muy raro, ya lo sé. ¿Y tú?

–Camarera.

–Qué sorpresa.

Volvió a sonreír.

La conversación se alargó de forma sencilla y natural; hablamos de los instrumentos que tocaba (cantaba, tocaba el bajo y, además, daba clases de piano) y del café donde yo trabajaba (lo conocía, pero hacía tiempo que no iba). El siguiente paso cuando hablas con alguien que depende del turismo para ganarse la vida es comentar la desagradable dependencia de los desagradables turistas, antes de intercambiar información sobre los lugares que desconocen esos mismos desagradables turistas. Nos llevó veinte minutos terminar con esa parte, tiempo suficiente para que Mark, que parecía un poco más joven que yo (alrededor de treinta años a juzgar por el pelo castaño despeinado, las Vans de cuero beis, los tejanos ajustados y la camiseta roja gastada con el nombre y el número de un garaje), se comiera el sándwich y se bebiera la mitad del café, antes de limpiarse las manos con la servilleta y levantarse para marcharse. Los músicos tienen unas manos preciosas; por lo que dicen, las manos forman parte del propio instrumento...

–Espera –dije–, ¿te apetecería que volviéramos a compartir almuerzo otro día? Podemos hacer lo mismo que hoy: nada de hablar ni de contacto visual, sólo dos desconocidos que no comen juntos.

Por todos los santos.

¿De verdad acababa de decir aquello?

–Hum, claro –repuso él, riendo–. Pareces inofensiva.

Sí, inofensiva, si no tenías en cuenta el hecho de que casi dos meses atrás había bailado casi desnuda sobre un escenario frente a un grupo de desconocidos, me había acostado con mi jefe, me había enfrentado a su novia embarazada por la mañana y luego me había unido a una organización secreta dedicada a ayudar a las mujeres a hacer realidad sus fantasías con completos desconocidos. Sí. Inofensiva.

–Vale, dame tu número –le pedí, y metí la mano en el bolso para sacar el móvil.

Él lo cogió e introdujo el número.

–Muy bien. Ha sido un placer no conocerte, Cassie, y no comer contigo ni hablar ni saber nada de ti –dijo al tiempo que me tendía la mano.

Yo me reí mientras él daba media vuelta para marcharse y me echaba una última mirada por encima del hombro. Vaya. Aquello era tan... sencillo. «¿Será así reclutar?» Por un momento disfruté de mi valor recién descubierto. «Lo he hecho. Por primera vez en mi vida le he pedido una cita a un hombre, a uno guapo, de hecho.» Pero ¿por qué me resultaba igual de difícil que la mitad de las cosas que había hecho a lo largo del año anterior, desnuda, delante de hombres a los que no conocía de nada? Aquella era la clase de cosas (hombres, citas, sexo) que requería práctica. Mi año de fantasías me había ayudado a entenderlo, aunque quizá la fantasía que estaba recreando cuando Mark me abordó también había contribuido a que hiciera lo que había hecho.

Me recliné en mi silla con una sensación de orgullo y, al mirar a mi alrededor, vi a una chica pelirroja con unas enormes gafas de sol que me miraba desde la mesa de al lado.

–¿Qué me ha pasado? ¿Cómo he acabado así? –murmuró, con una expresión completamente atónita.

–¿Estás bien? –le pregunté.

Tal vez le estuviera dando un ataque, pensé, así que cogí un vaso de agua y me acerqué a ella, que asintió y se frotó la nuca. No podía tener más de treinta años, pero, a pesar del calor, llevaba un grueso vestido azul marino que la hacía parecer mayor.

–Toma –dije, y dejé el vaso frente a ella.

Ella dio varios tragos y se secó la boca, recobrando la compostura.

–Lo siento –se disculpó–. Nunca me había pasado nada parecido; a lo mejor es por el calor.

–La verdad es que hace bastante calor para estar a principios de abril –convine.

–Quizá. –Le dio otro trago al agua–. Lo siento, no es por ser cotilla, pero lo que has hecho con ese chico... Pedirle una cita. Ha sido impresionante.

–¿Lo has visto?

–Te juro que nunca me entrometo en la vida de los demás, pero era difícil ignorarlo.

Un extraño cumplido procedente de una extraña... desconocida, pero lo acepté.

–Ha sido impresionante, ¿verdad? –convine, sorprendentemente satisfecha conmigo misma.

–Bueno... gracias por el agua y por tu preocupación, pero ya me siento mejor. Será mejor que vuelva al trabajo.

Se colocó bien las gafas de sol, agarró el bolso y justo en el momento en que se levantaba para marcharse, llegó Matilda. Ambas se enzarzaron en el típico baile incómodo de «pasa tú primero; no, tú» en la terraza abarrotada. La mujer chocó con el hombro izquierdo de Matilda y luego con el derecho. Cuando por fin logró abrirse paso, se alejó como alma que lleva el diablo.

Matilda y yo la observamos mientras entraba en el Funky Monkey, en la puerta de al lado. Matilda se acomodó en la silla y se atusó el pelo como si acabara de sobrevivir a un pequeño tornado.

–¿Quién era ésa? ¿O qué era?

Mis ojos permanecían clavados en la puerta de la tienda.

–No lo sé. Una mujer... Me ha parecido que no se encontraba muy bien, así que le he ofrecido mi ayuda –expliqué–. ¿Sabes qué? –Cambié de tema con una sonrisa–. Acabo de pedir una cita a un chico. ¡Y lo mejor! ¡Ha aceptado!

–Bueno, pues ¡feliz cumpleaños!

–Sí, y esa mujer me ha tratado como si fuera famosa o algo parecido sólo por haberle pedido el número de teléfono a un chico. Ha sido raro. No se parece en nada a mí, y sin embargo me recuerda un poco a mí hace un año. Un poco tímida, y triste. En fin, creo que mi nivel de confianza ha mejorado mucho; estoy preparada para ser guía –añadí, y busqué mi compromiso en el bolso–. Firmado, sellado y entregado.

–Gracias –dijo ella, y lo guardó. De repente adoptó una expresión pensativa–. Me pregunto si nos encontramos ante una posible candidata a S.E.C.R.E.T.

–¿Te refieres a esa mujer?

Matilda asintió.

–Ni siquiera sé si es soltera.

–Eso es fácil de averiguar.

Empecé a ponerme nerviosa.

–¿Crees que debería abordarla? ¿Y si me toma por loca?

–Todo el mundo tiene derecho a tener su opinión. Estás guapísima, por cierto.

Miré lo que llevaba puesto, nada sofisticado: unos tejanos ceñidos de talle bajo y un top gris debajo de una chaqueta de pana color crema. Nunca sería una de aquellas chicas emperifolladas que abarrotaban Frenchmen Street los jueves por la noche y recorrían borrachas la calle llena de baches calzadas con unos tacones de vértigo. Y que me mataran si entendía por qué debía ponerme rimel para ir al súper. Pero después de que algunos de los hombres más atractivos que había conocido se hubieran pasado un año diciéndome lo hermosa y deseable que era, me sentía inclinada a ofrecer la mejor versión de mí misma.

–Entremos en el local después de comer; charlaremos con esa chica.

–¿Hoy? ¿Ahora?

Todo estaba sucediendo muy deprisa. ¿Por qué estaba tan nerviosa?

–No te preocupes, Cassie. Ya me encargo yo, tú límitate a seguirme –me tranquilizó Matilda mientras ojeaba el menú.

Dios mío. Allí íbamos.

Dauphine

Me marché del Ignatius como alma que lleva el diablo. De vuelta en la tienda, pasé como una flecha junto a Elizabeth de camino a mi despacho y cerré de un portazo, antes de levantarme las gafas de sol y echar un vistazo al espejo de mi escritorio. Tenía las mejillas encendidas tras mi encuentro en la terraza con aquella mujer de pelo oscuro. Por primera vez, distinguí pequeñas arrugas alrededor de mis ojos y la sombra de las dos líneas expresión de mi madre en las mejillas. ¿Me estaba desdibujando? ¿Había dejado de ser deseable? Mark se había sentado con esa otra mujer, no conmigo. Había coqueteado y le había dado su número de teléfono a ella, no a mí.

«Sólo sufres un bajón, cariño. Eso te viene de la familia de tu padre», oí a mi madre en mi cabeza, arrastrando las palabras. Se trata de una depresión característica del Sur, más relacionada con la herencia familiar que con los niveles de serotonina.

Me dejé caer en la silla y eché un vistazo a mi despacho. Tenía demasiadas cosas, ya lo sabía, pero me dije a mí misma que debido a mi obsesión por la limpieza y el orden era imposible que fuera una acaparadora. Cada cosa estaba en su sitio y todo estaba etiquetado, incluso el perforador de papel. Y aun así, era incapaz de desprenderme de nada. ¿Y si me adelgazaba y por fin podía ponerme ese traje pantalón lila único? ¿Y si creaba un conjunto perfecto para una cliente pero me faltaba ese colgante en forma de búho que le daría el toque final? ¿Y si necesitaba algo con desesperación y ya no lo tenía? Eso explicaba los seis archivadores y armarios que cubrían la pared, llenos de «maravillosos hallazgos» que jamás me pondría ni tampoco vendería.

«Sácatelo de encima, Dauphine. Líbrate de ello.»

Elizabeth asomó la cabeza por el despacho.

–Vale, la tienda está vacía. Me he arreglado muy rápido, sé sincera –me pidió al tiempo que cruzaba la puerta y me mostraba su largo cuerpo enfundado en un mono negro y botas blancas de gogó que yo había apartado para su cita de cumpleaños–. ¿Qué te parece?

En la época en que la había contratado a tiempo parcial para los fines de semana, aún era una adolescente. Ahora tenía veinticuatro años, estudiaba psicología en Tulane y aplicaba algunas de sus teorías conmigo. Me había dicho que mi motor era el miedo y que era una persona rígida. Yo le había contestado, mientras recogía cinco granos de azúcar del mostrador de cristal con la yema del índice, que hablaba como mi madre.

Ahora estaba de pie frente al espejo, con un aspecto impresionante, de los pies a la cabeza.

–Increíble –le dije.

–¿De verdad?

–Sí. Te falta un pañuelo Pucci. Y pintalabios pálido –añadí, y fui a buscar ambas cosas. No me equivocaba. Nos acercamos al espejo de cuerpo entero de detrás de la puerta y yo me quedé detrás de ella, con la barbilla apoyada en su hombro–. Sí. Un pibón.

–¿Seguro que no parezco una gogó?

–¡No! Estás para quitar el hipo.

–Deberías ser tú quien llevara esto, Dauphine –dijo al tiempo que se apartaba de mí–. Hace tanto tiempo que lo tienes preparado, y tú tienes las curvas para llevarlo. No paras de decir que vas a volver a salir, pero ¿cuándo lo harás?

–Estoy bien. Y tú estás casi lista –repliqué, y saqué un cepillo para la pelusa de un cajón con la etiqueta: «Cepillos para la pelusa».

–Si no te importa, me lo dejaré puesto el resto del día –decidió mientras yo acababa de cepillarle las perneras.

–Claro. Y ahora vete. Saldré dentro de un minuto.

Mientras la contemplaba regresar a la parte delantera de la tienda, sentí una punzada de orgullo. En los años que hacía que la conocía, la había ayudado con no menos de diez perfiles de páginas de citas *on-line*, creando el estilismo para la mayoría de las fotos y algunas de las citas. Su novio actual, Edward, no era ninguna bicoca, pero no cabía duda de que estaban pillados. Elizabeth transmitía una vitalidad que ella atribuía a sus increíbles sesiones de sexo. Esa noche, Edward y ella iban a celebrar su primer aniversario con una cena en el Coop's, seguida de un concierto en la terraza del Commander's Palace. Elizabeth, con su pelo rubio y corto, los ojos demasiado juntos y las extremidades desgarbadas, no tenía una belleza clásica, pero aun así nunca pasaba mucho tiempo soltera. Ocho años sin un novio serio era algo que resultaba impensable para ella. La vida era demasiado corta para aquella clase de tonterías.

Me miré en el espejo y aflojé el cinturón de mi vestido azul. A lo mejor también yo debería cambiarme. Podía ponerme el vestido verde que ahora colgaba del perchero a la espera de que lo etiquetara y lo guardara. Podía pedirle a Elizabeth que me sujetara con alfileres el dobladillo. No, demasiado trabajo, y de todas formas no me lo iba a poner nunca. Entonces ¿por qué lo guardaba? Me obligué a volver a la tienda, pasando junto a un estante saturado de ropa, parte de la cual había que organizar y la otra ya estaba etiquetada con el precio. Era una tarde tranquila de domingo, pero Elizabeth estaba ocupada con un par de clientas cerca de la vitrina. Al acercarme, me di cuenta de que se trataba de las dos mujeres que habían estado sentadas a mi lado en el Ignatius, la que me había robado a Mark Drury y la atractiva mujer madura con un tono de pelirrojo uno o dos tonos más claro que el mío, la misma con la que había chocado. La pelirroja iba vestida con un estilo austero y profesional, como mi madre, y no parecía la clase de persona que hurgara en los percheros de las tiendas de segunda mano. El estilo de la mujer de pelo oscuro era demasiado sencillo para que fuera una compradora del Funky Monkey, y mucho menos la futura novia de un genio de la música.

–¡Ahí estás! –exclamó Elizabeth, lo cual me impidió esconderme en la parte de la tienda destinada a la ropa masculina para evitarlas–. Estas dos señoras estaban admirando mi conjunto y les he dicho que lo has elegido tú para mi cita de esta noche. Se han quedado impresionadas.

–Hola –saludó la pelirroja, y me tendió la mano–. Un gusto excelente; me encantan las botas. Me llamo Matilda.

–Hola. Dauphine –me presenté, y esboqué una sonrisa tensa.

–Y yo soy Cassie –intervino la mujer morena, que parecía mucho más tímida que la chica que había llamado la atención de Drury media hora antes. Apenas era capaz de sostenerme la mirada.

–La tienda es encantadora –comentó Matilda mirando alrededor. No cabía duda de que ella era la parlanchina–. Está muy bien cuidada. A veces, las tiendas de segunda mano parecen un batiburrillo.

–Gracias. Me gusta pensar que sabemos lo que hacemos –contesté.

–Y tu nombre, ¿es por la calle?

–Mis padres vinieron de luna de miel a Nueva Orleans y me pusieron el nombre de la calle.

–¡Ah! ¿De dónde sois? –preguntó, usando el plural y acentuando el acento, para dejar claro que no sólo era sureña sino que también sabía que los sureños estaban obsesionados con la geografía y el linaje.

–De Baton Rouge. Casi todos de Louisiana, con aportaciones de Tennessee.

–¡Ah! Un poco de algodón añadido a la mezcla, como dicen. Cassie es del norte –añadió–. No tiene ni idea de qué hablamos.

Matilda sacó un vestido largo azul brillante sin tirantes y otro amarillo, más vaporoso, del colgador.

–Me probaré éstos –decidió, y miró a Cassie–. Cassie, diría que tú también buscabas algo especial, ¿verdad? A lo mejor Dauphine puede ayudarte.

–Te acompaño atrás –indicó Elizabeth al tiempo que cogía los vestidos.

Tras su marcha, Cassie y yo permanecemos de pie en un silencio incómodo, como dos niñas obligadas a jugar juntas.

–Así que eres del norte –comenté.

–De Michigan, sí. Pero llevo casi ocho años aquí, así que me siento cada vez más como una lugareña.

Su mirada se fijó en la torre de pendientes de bisutería de la vitrina.

–¡Eso es lo que estaba buscando! –exclamó–. Tengo que ir a un evento...

Cogió un par de pendientes de racimo y casi volcó el resto.

–Oh, lo siento. Soy una patosa.

Me costaba imaginar que alguien pudiera invitar a aquella mujer a la clase de evento en el que le harían falta esos pendientes. Era demasiado informal, demasiado convencional.

–La tienda está muy bien –comentó mientras se ajustaba los pendientes de pinza en los lóbulos–. ¿Es tuya?

–Sí. Desde hace diez años. Deja que te ayude.

–Vaya, diez años.

Se apartó el pelo de modo que pudiera colocar los pendientes en su lugar, primero uno y luego el otro. Di un paso atrás.

–¿Y tienes un socio o eres la única dueña?

–Soy la dueña –contesté, mientras le daba la vuelta para que se mirara en el espejo y cambiaba de tema con rapidez–: ¿Qué te vas a poner para la ocasión?

–No... todavía no lo he decidido. Debe de ser difícil llevar un negocio tú sola.

–Tengo a Elizabeth y a algunos trabajadores eventuales.

Sus preguntas se estaban adentrando en un territorio al que nadie la había invitado.

–Has empezado por el final –señalé–. No deberías elegir primero los pendientes, sino el vestido. Tráelo y yo te ayudaré a encontrar los complementos adecuados.

–No pretendía ofenderte al preguntarte si llevabas tú sola el negocio. Estoy segura de que eres capaz de salir adelante sin pareja. Yo lo he hecho.

–Sí, pero eso podría cambiar –observé–. Ese chico de la terraza; a lo mejor la cosa va a más.

«¿Debería contarle quién es? ¿Notará que estoy celosa?» Lo había dicho como un cumplido, pero parecía haberse puesto nerviosa. Oh, Dios mío, sí que me comportaba como alguien raro.

–Créeme, lo de hablar con chicos guapos no es algo que se me dé bien de forma natural. He tenido que aprender a hacerlo y, sinceramente, aún soy una principiante. Cuando llevas bastante tiempo soltera, como me pasa a mí, se te olvida cómo relacionarte con los hombres. Pero en realidad tan sólo es cuestión de práctica. Lo único que me hacía falta era un pequeño empujoncito.

Sus palabras hicieron mella en mí. «Sí, es justo eso. Eso es lo que necesito: un empujoncito.»

Bajó la voz:

–Necesitaba ayuda con los hombres. Mucha. Así fue como conocí a Matilda.

Oí a Matilda y Elizabeth reír y charlar en la parte de atrás de la tienda.

–¿Es *coach* para ligar o algo así? –pregunté.

–Podrías llamarlo así –contestó Cassie mientras hacía girar la torre de los pendientes y examinaba un par de aros dorados que le pegaban más–. Tiene una gran confianza y sabe mucho del tema.

–Bueno, pues apúntame para el próximo curso –le propuse, riendo.

–¡Lo haré! –dijo, como si se tratara de algo real, como si ese curso, esa clase de formación, existiera de verdad.

Matilda y Elizabeth volvieron del probador, triunfantes.

–No tenía ni idea de que el amarillo me sentaba tan bien –comentó Matilda con el vestido sobre el brazo–. Se pueden descubrir un montón de cosas sobre una misma en un sitio como éste.

Algo me decía que Matilda y Cassie no habían venido a la tienda sólo a comprar vestidos y pendientes, una idea que se confirmó cuando Cassie volvió sola dos días después, justo antes de la hora de cerrar.

–He pensado en aceptar tu oferta para ayudarme con los accesorios –dijo, y sacó un vestido negro corto de una bolsa de compra.

–Oh, claro, por supuesto.

Me sorprendió alegrarme tanto de verla. Me siguió a los probadores; los nervios me hacían hablar mucho más de lo habitual.

–Tengo unos aros dorados y un brazalete que quedarán de maravilla con ese vestido. ¿Qué pie calzas? Tienes que probártelo todo con unos zapatos.

–Un treinta y ocho –me indicó mientras se metía en el probador.

Me apresuré hacia mi despacho y me eché un vistazo en el espejo: gafas de ojos de gato, conjunto de cuerpo y rebeca color crema y una falda plisada y acampanada. Parecía un extra de la serie *Días felices*. Ni siquiera necesitaba gafas. Argh. ¿Por qué de repente me preocupaba tanto cómo iba vestida? Fui pasando mis tarjetas con el dedo índice y crucé las referencias, que me llevaron al segundo cajón del tercer archivador, donde guardaba los aros dorados; en el de debajo estaban los brazaletes. Guardaba los aros más grandes para un estilismo en plan Cher, pero con aquel sencillo vestido negro, a Cassie le quedarían deslumbrantes. Cassie abrió la puerta del despacho y trató de no parecer sorprendida por la cantidad de género que albergaba.

–Vaya. Aquí detrás hay otra tienda entera.

–Créeme –repuse–, parece que haya un montón de cosas, pero sé exactamente dónde guardo cada una.

Tiré de ella hasta el espejo más cercano.

–La parte de arriba es un poco ceñida. No me lo he puesto desde el festival de jazz –explicó al tiempo que tiraba del tejido.

El negro le sentaba de miedo, y así se lo dije. Estaba a punto de colocarle el brazalete alrededor de la muñeca cuando me di cuenta de que llevaba una cadena con amuletos. No se parecía a ninguna que hubiera visto antes.

–Es una pieza maravillosa –señalé, y le levanté la muñeca para admirarla mejor.

Por lo general, las pulseras de amuletos me dejan fría. Suelen parecer de baratillo, pero ésta era única. Era de mi clase de oro favorito, amarillo claro, con ese acabado mate. La cadena era gruesa, casi masculina, y en cada amuleto había un número romano grabado en un lado y una palabra en el otro.

–«Curiosidad... Generosidad... Valor...» ¿Dé dónde lo has sacado? –le pregunté.

Cassie retiró la muñeca con delicadeza.

–Me lo... regalaron.

–Es lo más bonito que he visto nunca. Quien te lo regaló debe de quererte mucho.

–Seguramente es así –convino–. Pero ¿crees que pega con el vestido?

–Mmm... la verdad es que no. Le roba protagonismo. ¿Por qué no te pruebas esto?

Le cambié la cadena por un sencillo brazalete. Al dejarla caer en mi palma, la noté pesada, y tuve que resistir la intensa tentación de deslizarla en mi propia muñeca.

–¿Y collar? –me preguntó mientras se colocaba el brazalete sobre la muñeca desnuda.

–No con un vestido de cuello halter –repuse con autoridad, con la atención aún puesta en la pulsera que sostenía en la mano–. Los aros darán un poco de brillo, pero yo me recogería el pelo a los lados.

Cassie cogió los pendientes de mi mano y los sostuvo junto a los lóbulos.

–¿Lo ves? Perfecto –dije.

–Tienes razón; es perfecto. Envuélvemelos.

Me tendió los pendientes y alargó la mano. Me embargó una sensación de lo más extraña: no quería devolverle su pulsera.

–Te explicaré cómo la conseguí –dijo al darse cuenta de mi vacilación–. De hecho, para ser sincera... ésa es la razón por la que he venido. ¿Puedo sentarme un momento?

Respiró hondo y miró a su alrededor; ella estaba nerviosa y yo, azorada. ¿Qué estaba pasando?

–Lo que voy a contarte es un poco extraño, así que ten paciencia. Tiene que ver con una aventura única.

Se me dispararon todas las alarmas.

—Me encantaría viajar más, pero no cojo aviones —me adelanté—. Además soy la única propietaria del negocio, así que lo tengo difícil para dejar...

—No estoy hablando de un viaje, aunque es posible que vayas a alguna parte. —Adoptó un tono de voz y un gesto cada vez más firmes—. Quizá te sirva de algo que te hable de mis propias aventuras —decidió.

Y fue entonces cuando empezó a contarme su vida, el modo en que la muerte de su marido, casi siete años atrás, había dado un vuelco completo a su existencia. No porque ella lo amara, sino porque se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no era así, lo que la entristeció aún más. Llevaba años anestesiada. Yo conocía la sensación, y se lo dije.

—Sí. Matilda habla de una especie de «aura de tristeza» que rodea a algunas personas. Dice que puede verla, y le pasó contigo. Yo no poseo esa habilidad, pero creo que es muy posible que sepas algo sobre lo que significa sentirse atrapada.

No sé cómo explicar por qué de repente me pareció tan sencillo abrirle mi corazón a Cassie. Tal vez fuera por su calma, su mirada compasiva; el caso es que me puse a explicarle lo de la traición de Luke, su libro y cómo Charlotte y él me habían roto el corazón, hasta el punto que me resultaba muy difícil confiar no sólo en los hombres, sino también en las mujeres. Me escuchó con paciencia y supe, sin necesidad de que ella lo dijera, que me entendía.

—Bueno, pues cuéntame para qué has venido en realidad —le pedí.

—Estoy aquí para hacerte una propuesta. Pero, para aceptarla, vas a tener que confiar no sólo en los hombres, sino también en un montón de mujeres.

Y entonces fue cuando dijo el nombre: S.E.C.R.E.T., y describió su increíble cometido: organizar fantasías sexuales para que las mujeres volvieran a sentirse maravillosas, en ocasiones por primera vez.

—S.E.C.R.E.T. —me explicó— me descubrió una parte de mí que yo desconocía. En tu caso, creo que se trata más de devolver a la vida algo que está dormido, ¿me equivoco?

—No. Hace ocho años.

—Oh, eso es mucho tiempo. Yo pasé cinco años sin sexo, ¡y me pareció terrible!

—¿Qué? ¡No! No, no, no, no. Desde entonces he tenido relaciones sexuales, sólo que no muy satisfactorias, y no con hombres muy buenos. Me refiero a que hace ocho años que no siento verdadera pasión y una conexión real con un hombre.

Cassie hizo una mueca y asintió, y a continuación me describió con exactitud cómo conseguía aquel grupo de mujeres reavivar la pasión.

—Organizamos fantasías sexuales. Las tuyas. Nueve, a lo largo de un año, y por cada paso se te entrega un amuleto —me explicó, y me mostró su brazalete—. La décima implica también una decisión: permanecer en S.E.C.R.E.T., como hice yo, o lanzarte al mundo, y tal vez intentar mantener una relación real si estás preparada. ¿Ves esto?

Fue pasando los amuletos hasta encontrar uno en el que se leía: «Paso diez» en un lado y «Liberación» en el otro.

—Yo completé los diez pasos, y eso me liberó de un montón de cosas, sobre todo del miedo y la inseguridad. Y la decisión de quedarme en S.E.C.R.E.T. la tomé con total libertad, y así la mantengo.

—¿Fantasías sexuales secretas? ¿En Nueva Orleans? —pregunté sin poder reprimir una risita—. Perdóname, Cassie, pero es lo más absurdo que he oído en mi vida.

Una parte de mí quería levantarse, llamar a la policía y acompañar a Cassie fuera de la tienda, pero la otra permanecía pegada a la silla, con los ojos, los oídos y el corazón abiertos de par en par.

—Sé que suena ridículo, pero te aseguro que es lo mejor que me ha pasado en la vida. Lo único que tienes que hacer es aceptar o rechazar la oferta.

—¿Y tú lo has hecho?

Ella asintió.

—¿Durante un año?

Volvió a asentir, y esta vez los extremos de sus labios se curvaron en una sonrisa.

—¿Viviste nueve fantasías sexuales con nueve hombres distintos?

—Así es —confirmó, y parecía tan sorprendida consigo misma como lo estaba yo.

—¿Y tomaste la decisión de permanecer en este... grupo, y ayudar a otras mujeres?

Su expresión y su mirada se ensombrecieron.

—De hecho, no. Decidí abandonar S.E.C.R.E.T. porque creí que... bueno, que me había enamorado. De un viejo amigo. Pero dicen que lo más importante es la sincronización, y la nuestra fue desastrosa, la verdad. Las cosas salieron mal y formar parte de S.E.C.R.E.T. es lo único que me ha permitido superarlo.

—Lo siento.

Un silencio denso se extendió por la habitación, mientras ambas reflexionábamos sobre las extrañas palabras que acabábamos de pronunciar.

—Joder —fue lo único que fui capaz de murmurar—. ¿Por qué yo?

—Sincronización. Te vimos y te reconocimos. Y bueno, creo que podría ser que sí, que te hiciera falta.

Eché un vistazo a mi despacho demasiado lleno y demasiado organizado.

—Supongo que sí —admití—. Pero ¿por qué crees que vivir experiencias sexuales salvajes lo solucionará todo?

—No lo solucionará todo, pero si consigues solucionar una cosa, se produce un efecto en cascada en tu vida. Al menos, eso es lo que me pasó a mí. No debería contarte mucho más; te enterarás de más cosas en la reunión del Comité, siempre y cuando haya despertado tu interés. Hace un año, apenas era capaz de mirar a los ojos a nadie, y mucho menos ponerme a hablar con un chico al que no conocía. Y aquí estoy ahora, compartiendo uno de mis secretos más íntimos con una desconocida. —Eché un vistazo a su reloj—. Tengo que irme a trabajar.

De repente me entró el pánico, como si no fuera a verla nunca más si se marchaba.

—¿Y ahora qué? ¿Qué tengo que hacer?

—¿Te interesa?

—¡Sí! ¡No! Un poco. Oh... Tengo que pensármelo.

—Tómate tu tiempo. Si decides aceptar la oferta, llámame. Yo me encargaré de organizarlo. Y luego... empezará todo.

¿Qué empezaría? Y ¿cómo, con quién, dónde? ¿Cuándo volvería a pasar? ¿A qué hora del día? La controladora que habitaba en mí sentía la necesidad de planearlo todo con meticulosidad. Cubrir todas las salidas, contemplar los posibles inconvenientes, medir y sopesar y cuadrarlo todo. De niña, me quedaba de pie en el borde de todos los embarcaderos y las piscinas mucho más rato que el resto de los niños, con el ceño fruncido y sumida en profundas reflexiones. ¿Se veía el fondo? ¿Hacia pie? Si no era así, no me tiraba.

Y de repente me encontraba con la propuesta de esa mujer segura de sí misma que aseguraba que antes había estado tan perdida como yo.

Nos dirigimos a la caja y pasamos junto a una aturullada Elizabeth, sola al mando de la tienda. Murmuré una disculpa y señalé con un gesto melodramático a Cassie, que caminaba delante de mí.

—Me alegro de que te hayan gustado el brazalete y los pendientes, Cassie —dije en un tono demasiado alto, mientras tecleaba los precios.

¿Qué intentaba disimular?

—Piensa en todo lo que te he dicho —me susurró Cassie al tiempo que me tendía su tarjeta de crédito junto con su tarjeta de visita, con su nombre y su número de teléfono debajo de la palabra S.E.C.R.E.T.

Al salir por la puerta me dijo adiós con la mano y desapareció por Magazine Street hacia el barrio francés. Yo me arrebujé en mi jersey.

¿Quería seguir trabajando siete días a la semana, abrir y cerrar una tienda vacía y volver a una casa vacía y abrir una nevera vacía? ¿Quería vivir mi vida sin anhelar nada? Bajé la mirada hacia su tarjeta de visita. Por una vez, no iba a complicar una decisión que era sencilla. Lo primero que haría al día siguiente sería llamarla. Justo después de acabar con las cajas de la venta de patrimonio. Pero antes de la hora de comer. O a lo mejor más tarde, cuando las cosas en la tienda estuvieran más tranquilas. O a lo mejor cuando empezara el turno de Elizabeth. O antes de abrir la tienda. Sí. Lo haría entonces. La llamaría entonces.

Cassie

En el rato de calma que transcurría entre la hora de la comida y de la cena no solían venir muchos clientes, y el personal básicamente se reducía a mí, que esperaba a que Tracina me reemplazara. Y de lo que no había duda es de que a esa hora no solían aparecer por el Café Rose muchos abogados afroamericanos de dos metros con un traje de tres mil dólares. Pero Carruthers Johnstone estaba en plena campaña para su reelección y su rostro estaba en carteles colgados por toda la ciudad. Me dije que lo más seguro era que estuviera allí para dejar algunos panfletos, pero cuando me preguntó si «una chica negra pequeña, con piernas largas, como así de alta» —y se llevó la mano a la altura del pechotrabajaba en el café, mi cerebro empezó a ir a mil.

Sabía exactamente quién era él: el hombre a quien había visto cómo Tracina lo rodeaba con las piernas en aquel garaje oscuro tras el baile de la Sociedad de Revitalización, la noche que yo me rendí a los encantos de Pierre Castille. Medio desnuda, en la parte de atrás de la limusina de Pierre, distinguí a Tracina con los brazos y las piernas alrededor del cuerpo de ese hombre, al que besaba apoyada en un gran Escalade blanco. Desde entonces, había intentado borrar aquella escena de mi mente tras ponerle la etiqueta: «No me incumbe en absoluto». Pero ahora la incumbencia se había personificado ante mí, y se enjugaba el sudor de la frente y echaba un vistazo al café con gesto incómodo.

—Tracina no está. ¿Quieres dejar algún recado?

Me hice la loca para no involucrarme en el drama que aquel hombre acababa de introducir al cruzar las puertas del local.

—Sí... Bueno, dile que ha venido Carr. Y dale esto —añadió, y me tendió una tarjeta.

¿Carr? ¿Ella lo llamaba Carr?

«Oh, eso haré», quise decir, pero en lugar de ello murmuré:

—Claro —y me metí la tarjeta en el delantal.

Aunque resultaba muy tentador indagar más, lo cierto era que cuanto menos me involucrara en los problemas de Tracina, más fácil sería mi vida.

Pero, ahora, la tarjeta de «Carr» compartía espacio con el número de teléfono de Mark Drury, que llevaba cuatro días quemándome en el bolsillo. Lo había copiado en un trozo de papel porque a Will no le gustaba que lleváramos nuestros móviles encima mientras trabajábamos. Aunque de tanto doblarlo y desdoblirlo, se estaba borrando. Sentía deseos de pegarme por no haber insistido en que él se guardara también mi número, pero por primera vez en mi vida quería ser yo quien tomara la iniciativa. Era yo quien le había pedido el número de teléfono, ¿no? Había pasado una semana desde que nos habíamos conocido en la terraza del Ignatius. Ese día también había conocido a Dauphine, que había tardado un día en llamarme y aceptar la oferta para unirse a S.E.C.R.E.T., algo que iba a cambiar su vida.

Un día.

Así pues, ¿a qué esperaba? Sólo era una maldita llamada de teléfono.

Una hora después, la furgoneta de Will aparó enfrente del café para dejar a Tracina, que cubría el turno de tarde; yo le había pedido que llegara un poco antes para poder asistir a la charla introductoria de S.E.C.R.E.T., que daban esa tarde. Tracina abrió la puerta. Apenas estaba de cuatro meses, pero yo tenía claro que iba a ser una de esas embarazadas que sólo engordan de tripa. Me metí en la cocina. «Maldita sea. Llámalo. Ahora.» Cogí el teléfono que colgaba de la pared y marqué el número.

Tras cinco timbrados, contestó. «Argh. Llámalo desde casa», me dije al tiempo que colgaba tras su «hola», que sonó un poco empanado. Abrí de golpe la puerta de la sala del personal y me encontré a Tracina de pie con un *tetrabrik* de leche, admirando su barriga delante del espejo.

—Esto es nuevo —dijo ella, que estaba examinando algo en su ombligo que le resultaba novedoso—. Esta línea tiene un nombre; no lo recuerdo. Le preguntaré a Will; lo sabe todo sobre el embarazo.

—¿Cómo te encuentras?

Últimamente era lo único que se me ocurría preguntarle.

—Los tres primeros meses han sido un infierno, pero ahora que entro en el segundo trimestre, todo va de lujo.

—Hoy ha venido alguien preguntando por ti. Carson Johnstone, o algo así —la informé, haciendo hincapié en el nombre al tiempo que evitaba su mirada. Le tendí su tarjeta—. Un tipo muy alto. Con un traje muy caro.

Tracina hizo un gran esfuerzo por mantener una expresión neutra. Me desprendí de mi camiseta sucia y saqué una limpia de la taquilla. Nos miramos, ambas en sujetador.

—¿Qué le has dicho?

—Nada. Que no estabas.

—¿Y él? ¿Qué ha contestado? ¿Va a volver?

Hablaba con calma, pero en un tono alto. O bien estaba muy feliz o bien muy triste, resultaba difícil de decir.

—Sólo me ha pedido que te dijera que Carr había venido.

Parpadeó durante unos segundos, meneó la cabeza y luego cambió de tema, adoptando su tono habitual.

—Bueno, Cassie, ¿y a ti cómo te va? Hace tiempo que no hablamos.

Intentaba ser amable, lo cual resultaba inquietante.

—Bien, estoy bien. Y tú estás bien. Y a Will también se le ve bien, lo que es fantástico. Estamos todos bien, supongo —comenté mientras me aplicaba desodorante.

—Supongo que sí. Y tienes razón: Will está superfeliz, eso seguro. Pero también está muy nervioso por lo del bebé. Se preocupa mucho por mi salud, hasta el punto de que... —Se acercó a mí y bajó la voz al tiempo que hacía bocina con la mano—. Le da... miedo hacer el amor conmigo. Bueno, no es que no tengamos sexo; sí que lo hacemos, pero no tanto como a mí me gustaría y...

—¡Vale!

Alcé la mano para evitar que aquella información siguiera introduciéndose en mi cerebro.

—Cree que va a lastimar al bebé...

—Vaya, esa información tampoco me hacía falta. Quiero decir que... es mi jefe.

—Pero tú eres mi amiga, Cassie. Las amigas se lo cuentan todo —añadió, y sacó el delantal de camarera del estante superior de su taquilla.

¿Amigas? No podía creer lo que estaba oyendo. Éramos muchas cosas: colegas, compañeras de trabajo, rivales, pero lo último que me esperaba era que Tracina me considerara su amiga.

—Las amigas se confían los secretos, ¿verdad? —continuó mientras se ataba el delantal a la cintura—. A veces mis amigas me cuentan los secretos de otras personas, pero siempre sin querer, claro. ¿A ti te ha pasado alguna vez?

Su tono de voz me puso los pelos de punta. ¿Quiénes eran sus amigas? Angela Rejean y Kit DeMarco, por mencionar a un par. Habían bailado juntas durante varios años en el espectáculo de Les Filles de Frenchmen. Yo sabía que Kit había hecho de canguro algunas veces del hermano de Tracina, Trey, y Angela se había ofrecido a organizar la *baby-shower* de Tracina. Estas tres chicas compartían una historia. Muchas historias. Y aunque Kit, Angela y yo compartíamos S.E.C.R.E.T., ¿quién me decía que el vínculo que unía a Tracina con ellas no era igual de sagrado?

Tracina ladeó la cabeza.

—Parece como si hubieras visto un fantasma, Cassie. ¿En qué piensas?

«¿Quieres saber en qué pienso? —tenía ganas de gritar—. En todas las formas en que me gustaría que tu novio me follara.»

—En nada.

Me pinté los labios mirándome en el espejo que había a su lado.

–¿Tienes una cita? –preguntó.

–La verdad es que sí –mentí.

Aunque en cierto modo no mentía: iba a llamar a Mark y tendría una cita con él. Eso no era mentira.

–¡Oh! ¿Con quién?

–Un chico al que he conocido.

–¿Alguien especial?

Lo pensé un momento.

–Creo que no. Pero bueno, me lo follaré igualmente.

Y la dejé sola en el vestuario para que recogiera su mandíbula del suelo.

¿Por qué había dicho aquello? Porque sabía que se lo contaría a Will. Joder, quería que se lo contara. Y porque a veces hay que decir las cosas en voz alta para reunir el valor suficiente para llevarlas a cabo.

La puerta de la Coach House estaba abierta. Avancé de puntillas por la zona de recepción y encontré a Danica al teléfono. Tapó el receptor con la mano.

–Llegas pronto. Matilda está en la Mansión, pero vendrá enseguida. Pasa –susurró.

–¿Todavía no ha llegado Dauphine?

–Estaré atenta. ¡Una chica nueva! ¡Qué emoción!

La puerta de la sala de reuniones estaba entreabierta, así que me escabullí en su interior y vi por primera vez la mítica pizarra de las fantasías, a la que sólo tenía acceso el Comité. Por lo general se guardaba detrás de una pared deslizante, pero allí estaba ahora, en todo su esplendor. Algunos nombres masculinos estaban tachados; otros los reconocí enseguida. El corazón se me aceleró al ver escrito «Theo» en una tarjeta lila: mi atractivo monitor de esquí francés, pero una línea negra cruzaba su nombre. También estaba el «capitán Archer», el piloto de helicóptero que me había llevado a «Jake», el capitán del remolcador. A su lado había otra tarjeta en la que se leía: «Comandante Nathan» y un interrogante; no reconocí el nombre. Eché la pizarra un poco hacia atrás y vi más nombres desconocidos, y luego dos que hicieron que me diera un vuelco el corazón, como si tuviera un hematoma y alguien me lo apretara sin piedad. Uno de ellos era «Pierre Castille», tachado con una X. Mi fantasía con el millonario de Bayou había sido extraordinaria: el baile, el trayecto a casa en limusina, todo tan sexy. Era increíblemente atractivo y muy seguro de sí mismo, pero tras el espectáculo de cabaré sus intenciones se volvieron perniciosas, pues dio por hecho que lo elegiría a él y no a Will para mi fantasía final. Supuse que la equis significaba que el Comité lo había desestimado para la lista de fantasías, algo que yo misma habría sugerido si me lo hubieran preguntado.

El otro nombre que me resultaba conocido era el de Jesse, mi fantasía para el paso tres, y en su tarjeta había garabateado un número, el dos. ¡Jesse! Mi chef de repostería lleno de tatuajes y atractivo hasta decir basta. ¿Había pasado ya casi un año desde que me había poseído en la cocina del Café Rose? Cada uno de los hombres con los que me había acostado era increíble por méritos propios, pero con Jesse habíamos conectado de forma especial, una conexión lo bastante intensa para plantearme incluso renunciar a mis fantasías antes de tiempo y conocerlo mejor. Matilda me había convencido de que me quedara en S.E.C.R.E.T., que no las dejara. Y aunque me sentí muy agradecida cuando al final Will y yo acabamos en la cama, ahora no estaba tan segura de haber asumido el riesgo adecuado con el hombre apropiado.

–¡Cassie!

El corazón casi se me salió del pecho al oír la voz de Matilda.

–¡Me has asustado!

Estaba de pie en el umbral, con los brazos cruzados.

–Cassie, sabes que no puedes entrar aquí sin supervisión. Nadie que no sea miembro del Comité puede ver la pizarra.

–No me afecta. Quiero decir que ya sabía que alguno de estos chicos iba a volver. ¿Cómo funciona? ¿Hacen tres turnos? –pregunté intentando que no se me quebrara la voz.

¿Por qué de repente estaba tan molesta?

–Sí, eso es.

–¿Y cuántas fantasías le quedan a Jesse por cumplir?

–Ha participado en dos. Así que... una más –contestó Matilda con delicadeza.

–Veo que habéis tachado el nombre de Pierre.

–¿Después de cómo se portó contigo en el espectáculo de cabaré? El Comité consideró que ya no era apto para S.E.C.R.E.T.

–Estoy de acuerdo, y es una lástima. El tío es muy... bueno, ya sabes. ¿Se lo habéis comunicado?

–Todavía no.

–Me encantaría escuchar esa llamada telefónica, cuando le digas al millonario de Bayou que ya no requerís sus servicios.

–Los hombres poderosos no están acostumbrados al rechazo. Lo más probable es que Pierre Castille no sea una excepción.

–En fin... Jesse. ¿Está prohibido mientras siga en la pizarra de las fantasías?

¿Por qué había preguntado eso? ¡Conocía la respuesta! Oh, Dios mío, hablaba como una adolescente enamorada.

–Sí, está prohibido. A menos que participes en un trío o lo entrenes. Es posible que lo emparejemos con Dauphine si su informe indica que él es su tipo.

–Muy bien, ya veo –dije, apenas incapaz de disimular mi decepción.

–Cassie, si quieres que volvamos a juntaros a Jesse y a ti, para ver si sigue existiendo esa chispa, puede hacerse. Pero la norma es que entonces tienes que encontrar a un sustituto de características similares. ¿Estás preparada para reemplazarlo? ¿Para reclutar a un hombre nuevo? –Me había pillado, y lo sabía–. Creía que este año sólo querías ejercer de guía.

–Así es. Me hace mucha ilusión.

–Entonces todo está en orden. –Eché un vistazo al reloj–. ¿Por qué no preparas café?

Me dirigí a la pequeña cocina que había junto al vestíbulo mientras pensaba en el modo en que me había besado Jesse. Aquel beso. ¡Aquél beso sediento, indagador! Me había apretado contra la pared fría y luego me había izado hasta la mesa y me había llevado al orgasmo con su boca, esa boca, sólo su boca, porque no había llegado a penetrarme... Oh, Dios, ahí estaba, completamente húmeda ante la mera posibilidad de sentir a Jesse dentro de mí, moviéndose encima de mí, con sus torneados brazos flexionados bajo la luz... Sentí la acuciante necesidad de volver a la pizarra y tachar su nombre.

Danica asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

–Dauphine está aquí. En la puerta. ¿Lista?

–Sí, claro. Estoy lista –contesté, con las manos hundidas en los bolsillos delanteros–. ¡Allá vamos!

Dauphine

¿Cuántas veces había pasado junto a aquella mansión sin tener ni idea de lo que sucedía dentro? Se hallaba a sólo unas manzanas de mi casa. Tenía la posibilidad de una vida plena ante mis propias narices, y aun así no la podía ver ni saber de ella. Resulta curioso cómo uno no sabe que está listo para cambiar hasta que la posibilidad llama a la puerta. Me quedé quieta frente a la imponente puerta de la verja de entrada, cubierta de vides, de Third Street, mientras me debatía entre entrar o no. «Siempre puedes marcharte –me dije–. No tienes por qué quedarte. No tienes que hacer nada que no quieras.»

Mi lema en la vida siempre había sido: si no puedes controlar algo, no confíes en ello. Me había funcionado en el trabajo; después de comprarle su parte del negocio a Charlotte, no confiaba en nadie; Elizabeth constituía casi la única excepción y yo sola me había hecho cargo de la tienda. Pero mi carácter controlador también me había impedido avanzar, moverme y crecer. Había dejado de asumir riesgos. Dios, incluso me cortaba y o misma el pelo porque no confiaba en nadie más. Me lo echaba por delante de la cara y me cortaba las puntas frente al espejo. Luke siempre decía que no era Charlotte quien nos había separado, sino el hecho de que yo fuera incapaz de avanzar en la vida.

Cuando Cassie salió de la Coach House no me reconoció enseguida. Llevaba el pelo suelto y no me había puesto un vestido. En su lugar, había elegido unos pantalones pirata de los años sesenta abrochados a un lado, una blusa de flores sin mangas y alpargatas. Quería que mi estilo fuera informal, pero no demasiado; conjuntado, pero no serio. Con unos tejanos y una camiseta blanca, Cassie no parecía ni la mitad de preocupada que yo por su aspecto.

«Vale, ¡deja de pensar, Dauphine!»

–¿Llego tarde?

–Qué va, has sido muy puntual. ¿Estás preparada?

–Igual que la lluvia en Arizona.

Crucé la puerta cubierta de hojas de parra y la seguí. El terreno que se desplegaba tras la valla era tal como lo había imaginado: impecable, con el césped bien cortado, hortensias de un rosa intenso, rosas blancas del tamaño del tutú de ballet de una niña trepando por el porche arqueado. De cerca, la mansión resultaba cautivadora e incitaba a entrar. Tras cogerme del brazo, Cassie me guio con delicadeza hacia la puerta roja de un edificio cuadrado que quedaba a la izquierda.

Matilda abrió la puerta antes de que llamáramos.

–Dauphine, la mujer con un hermoso nombre. Bienvenida a la Coach House. El Comité tiene muchas ganas de conocerte.

Todo sucedió con tanta rapidez que no tuve ocasión de apreciar la decoración, aunque reconocí dos grandes cuadros abstractos colgados en la pared, con unos colores y pinceladas muy característicos.

–¡Oh, Dios mío! ¿Son esos... dos mendozas? –pregunté, para deleite de Matilda.

–¡Sí! Son los dos últimos de nuestra colección. Somos las albaceas del legado de Carolina Mendoza. ¿Conoces su trabajo?

–Tengo una licenciatura en diseño. Una de mis asignaturas era arte moderno de Louisiana –explicé mientras contemplaba el más grande de los dos cuadros, en el que se veían dos cuadrados de un rojo salvaje que se degradaba hasta el amarillo y el naranja en los bordes.

Recuperé con rapidez algunos datos de mi archivo mental acerca de ella: una joven revolucionaria sudamericana, feminista apasionada...

–Era una amiga muy querida y una de las fundadoras de S.E.C.R.E.T. –explicó Matilda–. Cada pocos años vendemos un cuadro para financiar nuestras actividades. De hecho, este año vamos a vender éste: *Furia roja*. Será triste separarse de él.

–Seguro. Es bonito.

Pasamos junto a una joven punky que estaba en recepción, con el pelo negro y los labios pintados de un rojo brillante.

–Danica, ésta es Dauphine.

–¡Hola! –me saludó–. Soy una gran fan de tu tienda.

–Ah, gracias.

La reconocí vagamente, aunque los miembros de la nueva ola de modernillos se confundían unos con otros. Además, era raro que compraran ropa y la dejaran tal cual; la retocaban y alteraban un experto trabajo de costura para dejarlo a su gusto.

–No te preocupes, tus secretos están a salvo con S.E.C.R.E.T. –me tranquilizó Danica.

Matilda se aclaró la garganta.

–Danica, por favor, acompaña a Dauphine a mi despacho para que cumplimente el formulario.

Eché un vistazo a su reloj.

–¿Hay un test? –pregunté con el corazón desbocado.

–No, no –contestó Cassie–. Se trata tan sólo de un listado de cosas que has hecho o que te gustaría hacer. Sexualmente. Eso ayuda al Comité a planificar las fantasías. Sólo te llevará media hora.

Danica buscó en su escritorio y de un pequeño cajón sacó una libreta granate de tapa blanda y del tamaño de un pasaporte. Me la tendió. Parecía una de las Moleskine en las que hacía esbozos durante mis clases de arte. En la tapa había estampado un dibujo de tres mujeres, cuyos cuerpos desnudos apenas cubrían sus largas melenas onduladas. Debajo de ellas se leía una expresión en latín: *Nihil iudicii. Nihil limits. Nihil verecundiae*.

–Significa: «Sin prejuicios. Sin límites. Sin vergüenza» –tradujo Cassie.

Abrió la libreta; en su interior había una introducción:

Lo que tienes en las manos es completamente confidencial. Tus respuestas son sólo para ti y para el Comité. Nadie más las verá. Para que S.E.C.R.E.T. pueda ayudarte es necesario que te conozcamos mejor. Procura que tus respuestas sean completas, sinceras y libres de todo temor. Ya puedes empezar:

–Así pues... ¿tengo que rellenarlo?

–Sí. Sólo tratamos de entender tu historia sexual, tus preferencias, tus gustos y tus aversiones –explicó Matilda mientras yo la seguía hasta un despacho acogedor.

Miré por encima de mi hombro y vi cómo Cassie me hacía un gesto con los dos pulgares levantados.

–¿Té? ¿Agua? –me ofreció Danica, y señaló hacia una silla Eames de cuero negro con reposapiés situada junto a una estantería.

–Estoy bien –contesté.

Eché un vistazo a la estancia, decorada con gusto: paredes blancas, estanterías de nogal barnizadas, toques modernos de mediados de siglo. Aquella gente era de mi estilo, pensé. Y entonces Matilda me dejó a solas con mis cavilaciones.

Iba a tener que ser muy clara con el Comité. Les diría lo que tenía ganas de hacer y lo que no. Haría una meticulosa lista de mis normas: nada de volar, nada de luces encendidas, nada de playas ni de agua. Y si no podían respetar mis deseos, ningún problema. Me iría por donde había venido. No estaba allí para cambiar mi vida, sólo para mejorarla. En algún sentido. En el sexual, al menos.

Pero antes me pedían información básica. Volví a concentrarme en la pequeña libreta y hojeé las preguntas, que abarcaban desde cuántos amantes había tenido, hasta aventuras de una noche, tríos, sexo anal, oral, todo encuadrado, con números y círculos junto a las preguntas. Las primeras resultaron sencillas. Al llegar a los quince dejé de contar, así que lo redondeé en veinte. Si quitaba los cinco años que había pasado con Luke, aquello daba un total de dos amantes por año. Siempre me había tenido por una mujer lanzada, pero dos hombres al año no parecían tantos.

Al cabo de unos minutos, Cassie asomó la cabeza en la habitación.

–¿Cómo va? ¿Estás preparada?

–Tanto como puedo estarlo –contesté, y le tendí el cuaderno con las respuestas.

La seguí por el vestíbulo y atravesamos dos altas puertas blancas. Ahora nos encontrábamos en una sala de reuniones llena de mujeres, que interrumpieron sus conversaciones en el momento en que entramos nosotras. Conocer gente nueva no era mi punto fuerte, y además se trataba de personas ante las que tendría que mostrarme vulnerable. «Esto no ha sido una buena idea.»

Pero antes de que pudiera girar sobre mis talones, Cassie apartó una silla para que me sentara. Mientras me hundía en ella, miré lentamente la sala blanca, un telón de fondo perfecto para las diez mujeres de edades, razas y estaturas diversas, ataviadas con ropa llamativa, como si fuera la comisión de Naciones Unidas para unos Accesorios y un Pelo Perfectos. Yo me moría de ganas de quedarme con sus caras y al mismo tiempo me daba miedo cruzar la mirada con ellas.

–Queridas –empezó a decir Cassie–. Gracias por reuniros hoy con nosotras. Me gustaría presentaros a Dauphine, nuestra próxima candidata a S.E.C.R.E.T., espero. De ella depende.

Sus palabras provocaron encendidos aplausos en la sala. Hubo una pausa, y todo el mundo me miró. Entonces me di cuenta de que se suponía que tenía que decir algo. Pero ¿el qué? «Oh, no, ¡no me he preparado nada! La he fastidiado. Ni confianza ni control.»

–Hola. Gracias. Aún estoy... bueno, tengo muchas preguntas. Y no estoy del todo... Todo es aún muy... reciente.

A pesar de mi tartamudeante introducción, todas aquellas mujeres me miraron con una expresión que inspiraba confianza, amabilidad, así que comencé a relajarme en la silla. Cassie señaló y me presentó a cada uno de los miembros del Comité: Bernice, Kit, Michelle, Brenda, Angela, Pauline, Maria, Marta, Amani y Matilda.

–No te preocupes, en realidad el único nombre que tienes que recordar es el mío –me tranquilizó Cassie–. Por supuesto, yo seré tu guía, mientras que ellas, el Comité –abarqué con la mano toda la estancia–, me guiarán a mí.

–Las dos vais a necesitar ayuda –intervino Angela, y me guiñó un ojo.

También mostraba una actitud cómplice con Cassie.

Tal vez fuera porque algunas de aquellas caras me resultaban familiares; al fin y al cabo, comían, trabajaban y compraban en Magazine Street. Tal vez porque reconocí un cuadro de Carolina Mendoza en la pared opuesta y decidí convertirla en mi propio ángel de la guarda. O tal vez porque sabía que todas ellas eran mujeres que, como yo, habían perdido parte de su seguridad y se ayudaban mutuamente a recuperarla. Fuera por la razón que fuese, de repente me pareció lo más normal del mundo apuntarme a lo que me ofrecían: un renacimiento sexual.

Danica colocó una carpeta frente a mí. Era granate, suave al tacto, con dos palabras grabadas: «Mi secreto».

–Ésta es la carpeta para tus fantasías; hay una hoja para cada una. Puedes rellenarlas en casa –me explicó Cassie–. Cuando hayas terminado, Danica nos la traerá.

En la parte de la derecha había varias hojas de papel de pergamino de color crema. A la izquierda, se enumeraban los principios que gobernaban S.E.C.R.E.T.:

Cada fantasía debe ser:

Segura. No debe suponer ningún peligro para la participante.

Erótica. Tiene que ser de naturaleza sexual, y no una simple imaginación platónica.

Cautivadora. Debe despertar en ella un auténtico deseo de hacerla realidad.

Romántica. La participante tiene que sentirse verdaderamente apreciada y deseada.

Eufórica. Debe producir alegría.

Transformadora. Su cumplimiento tiene que obrar un cambio fundamental en su vida.

Dentro de la carpeta, en cada solapa, había un listado de fantasías. Le eché un vistazo mientras me iba sonrojando: sexo secreto en público... sexo con un hombre poderoso... un profesor... un agente de policía... atada (¡Glups! Confianza y control)... servida, azotada... atendida por un camarero... sexo con alguien famoso... agua... naturaleza... rescatada... ascensor... avión... (¡Dios mío! ¿Habría que volar?)... con los ojos vendados... comida... cogida por sorpresa... tríos... sexo en grupo... mirar... que te miren...

Me sentí fascinada, excitada y aterrorizada a partes iguales.

–Recuerda –indicó Matilda– que tú eliges tus fantasías, estableces los límites y tienes el control total. Puedes parar cuando quieras.

Recorrí el Comité con la mirada. En esta ocasión, me detuve un momento en cada cara, con su expresión cálida y expectante. Todas esas mujeres me hacían sentir que la mayor aventura de mi vida estaba a punto de comenzar. A pesar de ello, me imaginaba a mí misma quejándome y preocupada por cada una de las situaciones, castrando poco a poco mis aventuras, reduciéndolas a interludios cuidadosamente coreografiados. Haré esto pero no eso. O me encantaría probar esto pero sólo si es en este sitio. Me veía a mí misma dándole vueltas y más vueltas a cada decisión. Entonces recordé algo que mi padre me había dicho el día que por fin logré despegarme del borde de la piscina de nuestro jardín trasero. Desde muy pequeña, me había contentado con agarrarme a las paredes y dejar que mis piernas golpearan el agua. Pero él me dijo: «Si no quieres ahogarte, cariño, será mejor que aprendas a sumergirte».

Así que no me quedaba otra opción que hacer lo que hice a continuación.

Lancé la carpeta de las fantasías al centro de la mesa.

–Gracias a todas, pero no voy a completar esta lista de fantasías. No porque no quiera hacerlo; más bien al contrario. No sólo quiero hacerlo: lo necesito. Pero llevo toda la vida haciendo listas, poniendo etiquetas y estableciendo límites, además de vivir dentro de límites estrictos y según ciertas normas. Hoy me habéis explicado que vuestro trabajo es que yo esté a salvo. Me habéis dicho que puedo detener la fantasía en cualquier momento. Me parece un límite razonable. El resto lo dejo en vuestras manos, con una única instrucción: «Sorprendedme».

Había concentrado la atención de toda la mesa, que me miraba con la boca abierta. Cassie se cubría la suya con una mano y su bonita pulsera, la misma que también yo llevaría muy pronto, le colgaba de la muñeca.

–Entonces ¿aceptas? –preguntó.

–Sí –contesté con una sensación desafiante de triunfo–. Acepto.

Cassie

Pese a la admiración que había despertado en mí la valentía de Dauphine y lo emocionada que estaba por ser su guía, tenía que admitir que también sentía celos. No en vano había visto la pizarra de sus fantasías, y a algunos de los maravillosos hombres con los que estaba a punto de experimentar. Ésa fue la razón que me impulsó a sacar mi teléfono en aquel momento, en Third Street, antes de llegar a Magazine. Basta ya de estúpidas reticencias, de miedos sin sentido. Dauphine había dicho: «Sorprendedme» en respuesta a la pregunta del Comité acerca de sus preferencias en las fantasías sexuales que esperaba disfrutar. Si yo iba a ser la guía de alguien, sería mejor que empezara a mostrar también valentía.

Marqué el número de Mark Drury con un vigor renovado.

–¿Hola? –contestó con una voz que sonaba como si estuviera metido dentro de un barril de roble en un sótano húmedo.

–Te he despertado, ¿verdad?

«Oh, mierda.»

–Sí.

–Son las cuatro de la tarde...

–Mamá, ¿eres tú? Creía que habías muerto hace once años. Qué sorpresa más agradable –repuso con un bostezo.

–No, no soy tu... Soy la chica que conociste en la terraza hace unos días. Cassie. Aunque siento mucho lo de tu madre.

–Te estaba tomando el pelo. Sé quién eres, y para tu información, mi madre está viva.

«Vale, es un gracioso. Puedo devolvérsela.»

–Ya verás cuando le cuente lo que has hecho.

–Eso me parece muy atrevido por tu parte. Das por hecho que conocerás a mi madre antes incluso de que tú y yo hayamos salido ni una vez. ¿Dónde estás?

–En el Garden District; acabo de salir... de casa de una amiga –respondí al tiempo que miraba la Mansión por encima del hombro, a medida que la dejaba atrás–.

¿Y? –pregunté.

–¿Y qué?

–¿Quieres que nos veamos?

–¿Ahora? –preguntó con una risita.

–Sí. Ahora mismo.

–¡Sí! –aceptó.

Se había despertado de golpe.

Propuso quedar en el Schiro's al cabo de media hora, lo cual significaba que no me daba tiempo a cambiarme de ropa, pensé mientras miraba mi camiseta y mis tejanos. Y tampoco me daba tiempo a cambiar de opinión. Estaba a punto de quedar con un chico al que acababa de conocer.

Me mareé un poco. ¿Sería capaz de hacerlo? Para eso servía mi año en S.E.C.R.E.T., ¿no? Había llegado el momento de quitar las ruedecillas adicionales de la bicicleta de mi aprendizaje sexual. Conocía mis necesidades, y era el momento de satisfacerlas.

Por supuesto, Mark Drury llegó tarde. Por supuesto, conocía a la guapa camarera, a la tía buena que comía sola, al jefe de cocina andrógino, con el que chocó la mano, y al corpulento camarero al que le pidió una jarra de cerveza antes de sentarse frente a mí en la última mesa vacía. El Schiro's era muy popular entre los habitantes de la ciudad, los músicos y la gente que comía a horas extrañas en los restaurantes. Eran casi las cinco de la tarde, la hora de la comida para aquella gente. El local estaba lleno de cuadros escoceses y *piercings*, y el *bed and breakfast* del piso superior aportaba su cuota de clientes internacionales. Era como la sala de espera de los inadaptados en el cielo. De repente me sentí mayor.

–Hola –me saludó con una sonrisa, y se sirvió un vaso para él y otro para mí.

Al principio casi no lo había reconocido. Se había afeitado y su maravilloso rostro quedaba por completo al descubierto.

–Hola.

–Supongo que te gusta la cerveza.

–No podría vivir sin ella.

Tenía aspecto adormilado, con el pelo pegado a la cabeza y la camiseta verde –que resaltaba sus ojos azules– medio por fuera. Antes de que llegara, había notado mariposas en el estómago, pero, curiosamente, éstas empezaron a calmarse en cuanto se sentó. «Sólo es un chico. Con necesidades. Como tú.» Cogió un menú de la mesa y lo estudió, aunque cada pocos segundos levantaba la vista hacia mí.

–Podemos comer unas hamburguesas. Las hacen muy buenas.

–Hace años que no venía –comenté–. Mi ex y yo veníamos a almorzar aquí cuando nos mudamos a Nueva Orleans.

«¿Por qué había mencionado a Scott?»

–Tu ex, ¿eh? –Cerró el menú–. ¿Qué es, exnovio o exmarido?

–Marido. Pero falleció hace tiempo.

–No me estás tomando el pelo, ¿verdad? Porque de verdad que lo de mi madre era broma.

–No, no bromeo.

No insistió más en el tema.

–¿Y cómo te ha ido desde entonces en Crescent City?

–¿Te refieres a las citas?

Di un largo trago a la cerveza.

–Sí.

–Hum. Un poco de todo. ¿Y tú? –pregunté mientras me secaba la boca.

–Resulta difícil encontrar a alguien a quien le gusten los horarios de los músicos.

–¿Y esto qué es? ¿Una cita?

–Puedes llamarlo como quieras siempre que al final acabes desnuda.

¡No se cortaba! Intenté que no se me notara la sorpresa. Era incluso más lanzado que los hombres de mis fantasías, que me habían ayudado a sentirme cómoda. Pero real decía Matilda, aquello era la vida real, mucho más arriesgada y complicada y conflictiva que la fantasía. En S.E.C.R.E.T. no podían rechazarme ni herirme. En la vida real aquellas reacciones negativas eran posibles, incluso probables. Pero seguía teniendo el apoyo de S.E.C.R.E.T., y la orientación de Matilda mientras me adentraba en aquel nuevo territorio.

Y ahí estaba aquel chico.

Guapo, divertido e insolente. Y lo que yo tenía en mente era exactamente lo mismo que él. «Puedes hacerlo, Cassie.»

Volví a llenar mi vaso de cerveza.

–¿Cuántos años tienes?

–Veintiocho –contestó.

Me eché a reír con la cerveza en los labios.

–¡Eres casi diez años más joven que yo! Qué desagradable.

–A lo mejor para ti.

La camarera se acercó. Mike pidió hamburguesa para los dos.

–¿Y si soy vegetariana?

–No esperaba que fueras perfecta.

Aproveché el momento para cambiar de tema. Necesitaba recuperar el aliento.

–Así que eres músico...

Se encogió de hombros con timidez, pero luego se puso a hablar de su grupo, los Careless Ones. Los cuatro miembros de la banda habían crecido juntos en Metairie.

Y aunque habían empezado como un grupo de punk Dixieland, fuera eso lo que fuese, ahora se centraban más en el blues y el country.

–Aunque la mitad queremos ir en una dirección –añadió–, y la otra mitad en la opuesta. Yo soy el cantante, y hay días en que tengo la sensación de estar en medio de una batalla por la custodia del grupo.

Cogía la jarra de cerveza por el borde en lugar de por el centro. Tenía el pelo húmedo y olía a manzanas. Y sus manos... ¿he hablado ya de sus manos? Tenía los dedos estilizados y los brazos vigorosos de sujetar guitarras o micrófonos o de firmar autógrafos. Continuó hablando, de él, de la música, del grupo, de sus sueños, de sus aspiraciones, de sus influencias, de su inspiración. Yo estaba fascinada. No por su historia, sino por su completo egocentrismo. En lugar de ponerme nerviosa, su juvenil obsesión por él mismo me relajó por completo. Tal vez buscara mi aprobación, pero yo no buscaba la suya. Sólo quería dos cosas de él: su boca en mi boca y sus manos sobre mi cuerpo. Sólo quería de él lo mismo que había disfrutado con los hombres de mis fantasías: sexo, sin ataduras ni compromisos.

Llegaron nuestras hamburguesas y él se metió una patata frita en su extraordinaria boca. Yo le di un bocado a la hamburguesa. Y luego otro. Creía que el silencio le daría pie para preguntarme por mí, pero se puso a hablar de nuevo.

–Quiero decir que no he estudiado música, ¿sabes? Para mí lo importante es el efecto que tienes en el público. Es la única forma de valorar la música, a través de...

–Deja de hablar.

–... la forma en la que se extiende por...

–Deja de hablar.

–... la multitud.

Esta vez me oyó.

Era mi turno de decir algo.

–Tu pasión por la música es adorable, Mark. Pero si quieres que vaya arriba contigo, tienes que prometerme que vas a usar esa hermosa boca que tienes para otra cosa que no sea hablar.

Observé cómo subía y bajaba la nuez de su cuello. Mojó una patata frita en ketchup y le dio un mordisco. Luego pidió la cuenta con un gesto.

Subí con él y acabé sobre la encimera, entre una nevera diminuta y unos fogones aún más pequeños, con su estilizado torso encajado entre mis muslos. De repente ya no llevaba camiseta. Luego me cogió las deportivas por los talones y también me las quitó, primero una y luego la otra, y las lanzó por encima de sus hombros. Lo siguiente que me sacó fueron los tejanos, y me quedé en sujetador y tanga de encaje negro. No lo había planeado; había tenido suerte al elegir la ropa interior por la mañana.

–Joder, qué buena estás –susurró al tiempo que dejaba al descubierto uno de mis pezones, que se puso duro al instante dentro de su boca.

–Te he dicho que no hables.

Me apoyé en los armarios metálicos. Así era como iba a hacerlo, a superar lo de Will, a sacarme de la cabeza las imágenes de Tracina y él. Crearía nuevos recuerdos, con hombres nuevos en los que pensar cuando necesitara aliviarme o liberarme. E iba a empezar con éste.

Miré por encima de su hombro la habitación masculina y oscura, con una bandera británica por cortina y un televisor pequeño de los antiguos sobre un arcón frente a una cama de matrimonio alta con cajones debajo. Estaba ordenada, pero tenía un aire temporal, impersonal. Nadie viviría mucho tiempo allí, sobre todo una chica.

Mientras se introducía mi otro pezón en la boca y lo llevaba de atrás adelante, frotándolo con la lengua, yo le pasé los dedos por el pelo y le agarré la camiseta con los puños. Al sacársela, descubrí una piel suave, en la que sorprendentemente no se veía ningún tatuaje. Él me agarró los muslos con ambas manos y los separó un poco más. Notaba sus palmas calientes sobre la parte inferior de mis bragas, cada vez más mojadas debido al modo en que sus nudillos frotaban mi sexo.

–Mmm, estás muy mojada –murmuró, y me mordió el labio inferior al tiempo que apartaba la goma de la braguita con un dedo.

Excitado, volvió a besarme contra los armarios de la cocina mientras su dedo se desplazaba en movimientos frenéticos y liberaba más flujo.

Mis manos se lanzaron hacia los botones de sus tejanos y desabroché uno, dos, tres, y le bajé la parte de delante del pantalón.

–Oh, virgen santa –exclamé en un susurro, y rodeé con una mano firme su erección, que latió en mi mano–. ¿Es para mí?

No podía creer que hubiera dicho eso, pero me hizo sentir bien. Él me hacía sentir bien. Se la acaricié y se puso aún más duro.

–Oh, joder –gimió.

Me levantó de la encimera y me llevó con facilidad a la zona destinada a la sala, donde me dejó caer de espaldas sobre la cama. Su erección asomaba por encima de sus pantalones abiertos. Mis manos habían tomado bien las medidas: sin duda estaba bien dotado, siguiendo los cánones de las estrellas de rock, y por la expresión satisfecha de su cara, lo sabía. Mientras se bajaba del todo los tejanos, permanecí tumbada en ropa interior: me sentía tan sexy, tan lasciva, tan bien. Le vi desprenderse de los calzoncillos.

–Vaya, vaya –dijo, de pie junto a mí en su cama, hablando como un detective de una serie británica–. ¿Qué tenemos aquí? Creo que hay pruebas que evidencian que se trata de una chica muy cachonda en mi cama. Veamos qué hay debajo de ese sujetador y esas braguitas, ¿te parece?

Deslizó una mano por debajo de mi espalda para desabrocharme el sujetador y lo lanzó por encima de su hombro. La pieza cayó sobre una guitarra de la esquina, creando una naturaleza muerta que habría podido titularse *Sexo con un músico*. Entonces me arqueé mientras él introducía la mano por la parte delantera de mis bragas, y retorcí un poco las caderas para que no pudiera alcanzarme con los dedos, para que tuviera que esforzarse por encontrarme, al tiempo que disfrutaba de la provocación. Impaciente, agarró la cinta elástica y me bajó las bragas hasta el tobillo.

–Así está mejor.

Se colocó a los pies de la cama y se llevó uno de mis pies desnudos a la boca. Esa boca, la boca con la que cantaba, con la que murmuraba, con la que gemía... Me hizo cosquillas con los labios en los meñiques hasta que se metió el pulgar entero en la boca y una dulce y agónica sensación me recorrió las piernas. Luego se dirigió a una mesita, abrió el cajón de arriba, sacó un condón y se lo puso.

–Abre las piernas, Cassie –dijo.

–Pídemelo por favor –le reté, al tiempo que estiraba los brazos por encima de la cabeza y apretaba las rodillas.

Congelé la escena en mi mente. Clic. Un año antes, aquello habría sido impensable, era algo que les pasaba a otras mujeres. Y ahora aquí estaba, explorando, entregando, recibiendo placer.

Deslizó sus manos entre mis muslos y los abrió lentamente y yo me quedé tendida con las piernas abiertas, expectante, excitada por la expresión resuelta de su rostro. O bien los tres meses sin sexo habían tensado mis músculos o bien su tamaño era excepcional, porque a pesar de lo mojada que estaba, su primera embestida me abrió con el dolor más perfecto que quepa imaginar. Me agarré con los muslos a sus esbeltas caderas y con las manos a sus brazos tensos. Dios mío. Jadeé mientras él entraba de nuevo en mí, esta vez con más fuerza.

–¿Te hago daño? –preguntó con dulzura.

–Sí, pero me gusta. Me encanta.

–Y a mí –murmuró saboreando las lentas y profundas embestidas, que empezaron a acelerarse mientras notaba cómo me contraía alrededor de él y al final podía entrar por completo en mí.

–Oh, sí; joder, cómo te siento.

Contemplé cómo se hundía en mí, cada vez más rápido y más salvaje. «Sí. ¡Podría correrme así!», pensé, y levanté más las rodillas mientras notaba como me entraba hasta el fondo.

Entonces él bajó el ritmo y se paró. «¡No!» Luego salió de mí y me dejó sedienta, jadeante. Casi le grité: «¡No pares!», hasta que me di cuenta de que no tenía ninguna intención de parar. Noté su lengua jugueteando con mi ombligo, lo que liberó otra oleada de flujo. Me abrió las piernas aún más, me subió las rodillas y las apretó a ambos lados, me exploró con la cara, me besó los muslos, el sexo, y me chupó con glotonería cada pliegue hasta encontrar mi pequeño clítoris, que para entonces estaba ya duro y erecto, y lo acarició y lo lamió. Se lo metió en la boca y succionó los labios mientras rodeaba con la lengua mi clítoris pulsante, provocándome un placer indescriptible.

–Oooh, sí –suspiré.

«Esto es para tí. Déjale hacer.» Le agarré del pelo mientras él me cogía del culo con la mano y me metía un pulgar, al tiempo que su lengua dibujaba círculos de locura y todo parecía cobrar sentido.

–¿Te gusta? –murmuró entre un lengüetazo y otro-. ¿Sí?

No pude evitarlo. No pude. Me dejé llevar por un orgasmo tan intenso que grité con la cabeza hacia el cielo mientras él me metía los dedos y su lengua seguía dibujando círculos y lamiéndome a través de mis gritos. «Oh Dios oh Dios oh Dios, me corro, me corro, ¡sí!» Tenía una mano agarrada al cabezal de la cama y la otra a su pelo, y me revolví y jadeaba mientras el orgasmo estallaba y se extendía por todo mi cuerpo. Cerré los ojos con fuerza para alargar la intensa sensación hasta que, cruelmente, remitió.

Él se arrastró centímetro a centímetro por mi cuerpo debilitado, me besó el estómago, me rozó los pezones con sus labios mojados, y luego volvió a meterse dentro de mí; estaba tan duro, tan jodidamente duro. Apenas había tenido tiempo de recuperar el aliento cuando nuestros cuerpos se unieron; le agarré de las caderas y le apreté con fuerza con las rodillas, mientras la fricción me enloquecía. Volví a ponerme del revés. «¿Qué coño?» Y entonces, como si fuera un rayo, volví a correrme, echando la cabeza hacia atrás.

–Oh, Dios... ¡Will! ¡Sí! Oh, Will, oh... –grité al mismo tiempo que él se corría diciendo mi nombre, gimiendo entre mi pelo, entrando y saliendo de mi cuerpo...

Mierda.

Me cubrí la boca con la mano y cerré los ojos, tanto por la intensidad del placer como por mi estúpida, estúpida cagada. En cuanto salió de mí con delicadeza y rodó a mi lado, deseé, recé por que no hubiera oído lo que yo había dicho. Vaya, los dos estábamos gritando, y todo era tan intenso, tan placentero... ¿Por qué había tenido que echarlo a perder?

–Entonces... ¿Will es tu ex? –preguntó mirando al techo mientras se quitaba el condón.

Mierda.

Me miró y asentí.

–¿Por qué no estás con él?

–Es complicado.

–Siempre lo es.

–Lo siento. Ha sido... un accidente. No vale la pena ni hablar de ello.

–Si tú lo dices. –Sonaba sincero.

Menos mal.

–Pero ¿sabes de qué sí que vale la pena hablar? –añadí, y me apoyé en el codo para verle la cara. Traté de esbozar una sonrisa traviesa, para cambiar no sólo el tema, sino también el rumbo de la conversación-. De tu cama de capitán de barco.

Él mordió el anzuelo.

–Que tenga cajones debajo no significa que sea una cama de capitán. El apartamento es pequeño, y tengo que aprovechar el espacio.

Pasé los dedos por su terso abdomen, siguiendo la línea de pelo oscuro que llevaba hasta la mata de vello que rodeaba su pene, que, en reposo, descansaba sobre su muslo. Aquel hombre resultaba especialmente atractivo cuando no hablaba.

–Eres... increíble –dije.

Pasé uno de mis dedos alrededor de su pezón, y luego del otro.

–Y tú eres fantástica –contestó él, aún sin aliento-, y fabulosa.

Puse un dedo sobre sus labios, aquellos labios tan bien formados y tan hábiles.

–Eso es –dije-. Fantástica y fabulosa. Creo que las dos palabras son muy adecuadas en este contexto.

–Estoy seguro de que podríamos añadir alguna otra palabra que también empieza con efe –señaló él, mientras se metía mi dedo entre los labios y me lo chupaba.

Cerré los ojos. Vale; todo había pasado. Qué alivio.

Dauphine

Desde mi fantasía en el río Abita un mes atrás, me sentía como si hubieran instalado en mi cuerpo una línea de voltaje adicional. ¿Cómo si no cabía explicar la energía que tenía ese día? No sólo había mandado a Elizabeth a casa, también había clasificado y puesto precio a las prendas de la última caja de la subasta, me había deshecho de género antiguo y había dejado la tienda tan limpia, tan reluciente, que me habían entrado ganas de cerrarla por temor a que los clientes empañaran mi trabajo.

Incluso hice una foto, y en lugar de quedarme agotada tras el esfuerzo, me sentía triunfante, llena de energía. Entonces las vi a través del escaparate: ¡las mesas! Me había olvidado en la acera las mesas plegables con las ofertas.

–Mierda, mierda, mierda –maldije mientras abría rápidamente la puerta.

Era ya tarde y Magazine Street estaba casi vacía. Amontoné las bandejas de plástico arañadas, que contenían de todo, desde guantes para la ópera desparejados hasta pelucas torcidas, pasando por bolsos de raso teñidos y con pequeñas manchas, medias de rejillas de tallas raras y bisutería dudosa. Lo había colocado todo bajo un cartel en el que se leía: CESTAS BENÉFICAS: 2\$ UNA, 20\$ TODAS. La Asociación de Comerciantes de Magazine Street me había advertido varias veces de que no estaba permitido colocar género en la acera a menos que fuera el día de Spring Fling, cuando cortaban el tráfico en toda la calle para hacer un mercadillo al aire libre. El año anterior me habían sancionado con una multa de ochocientos dólares por ignorar la normativa el fin de semana de Pascua, pero yo me sentía tan orgullosa de haber reducido, aunque fuera en una proporción ínfima, el género acumulado, que para mí aquello justificaba la infracción.

Una sombra alargada e imponente se proyectó sobre la mesa que tenía delante.

–¿La señorita Dauphine Mason?

Me di la vuelta poco a poco con una peluca rosa con un corte de paje en una mano y dos guantes desparejados bajo el brazo. A la altura de mis ojos distinguí una camisa azul muy ceñida y una reluciente placa metálica.

–Caramba, que me aspen –dije, con el mejor acento de mi madre.

Los agentes de policía, con su pelo rapado y sus anchos hombros, sacan a la señorita sureña que hay en mí. Y aquél era especialmente... impresionante, con los ojos moteados de gris y un hoyuelo en la mejilla que desaparecía cuando mascaba chicle. Estaba allí de pie con la cadera ladeada, un hombre acostumbrado a su propia autoridad, con unas esposas colgadas del cinturón.

–Tendría que entrar en la tienda, señorita Mason –me indicó mirando a su alrededor, con la mandíbula tensa.

–¿Quién me ha denunciado esta vez?

–Por favor, límitese a entrar. No se preocupe; no hay ningún problema.

Tenía muslos de corredor; ¿sería de perseguir a los malos?

–Por todos los santos –dije con ambas manos apoyadas en las caderas–. Sólo es una maldita mesa, agente.

–Vigile su lenguaje, señorita Mason.

–Si tengo que pagar otra multa de ochocientos dólares por colocar mesas en la acera, no me va a hacer ninguna gracia.

Sin contestarme, me siguió al interior de la tienda, donde fui incapaz de seguir conteniendo mi rabia. Encendí otra vez las luces.

–Esto es ridículo –constaté al tiempo que dejaba las llaves de la tienda sobre el mostrador de cristal–. Debería dedicarse a perseguir delincuentes, no a mujeres que apenas llegan a fin de mes con su negocio.

Mientras yo despotricaba, él se paseó por la tienda y asomó la cabeza en la sección de hombres, echando un vistazo por encima de los colgadores.

–Señorita Mason, tengo un coche patrulla aparcado detrás.

–¿Para qué?

–Para ahorrarle la vergüenza de llevármela custodiada en plena calle. Pero si no cierra...

–¿Quiere que cierre la boca? Bueno, pues no pienso hacerlo. Creo que es muy injusto que...

–Señorita Mason, lo que iba a decir es que si no cierra la puerta de delante, con llave, y « acepta el paso », no podré... arrestarla.

Tras pronunciar esas palabras, se acercó a mí haciendo tintinear las esposas que se había sacado del cinturón. Su sonrisa adquirió un aire juguetón y pícaro.

–No me obligues a usarlas. A menos que sea eso lo que quieras.

–Yo... Yo... Vienes de... ¿Ellas te han enviado?

Mi enfado se desvaneció, sustituido por la vergüenza, seguida de curiosidad y luego cierta excitación.

–¿Cómo quieres que lo hagamos, señorita Mason?

–¿Eres poli de verdad? –pregunté entornando los ojos.

Aquello se estaba poniendo interesante.

–No tengo por qué contestar.

Estaba lo bastante cerca de mí como para que pudiera aspirar el olor de su chicle de menta. Alcé las muñecas y se las tendí.

–Bueno, entonces supongo que ha llegado el momento –dije–. Acepto el paso.

Si un policía pudiera ser grácil, ésa sería la palabra que utilizaría para describir el modo en que me dio la vuelta con destreza, me aseguró los brazos a la espalda y me esposó por las muñecas. Luego acercó la boca a mi oído.

–¿Dónde están las llaves de la tienda? –susurró.

Un escalofrío de placer me recorrió la espalda. Así que eso era lo que se sentía cuando te dominaban. Sinceramente, no sólo era uno de mis mayores miedos, sino también una de mis más oscuras fantasías. Empezaba a distinguir un patrón: primero había superado lo del agua, y ahora esto.

–¿No vamos a quedarnos aquí?

–Me temo que no, señorita. Voy a llevarte a comisaría.

Miré mi vestido de algodón de estar por casa, perfecto para una vagabunda o para limpiar, pero no muy adecuado para seducir. ¿No tener el mejor aspecto posible antes de acostarme con alguien? Otro de mis temores. Malditas fueran.

–¿Voy bien... vestida para ir a la comisaría?

–Serás la mejor vestida, o desnuda, del lugar.

–¿Qué vas a hacerme?

–Todo lo que quieras, y nada que no quieras.

Bien. Me alegré de que me lo recordara y recuperé la calma. Nos dirigimos a la puerta de atrás y al llegar a los probadores me detuve de golpe, como si los pies se me hubieran pegado al cemento pintado.

–¡Espera!

–Ten coraje, Dauphine –me animó, y me empujó con suavidad.

–No. Necesito mi bolso.

Dejó escapar el aire.

–¿Dónde está?

–Debajo del mostrador –dije, y se lo indiqué con un movimiento de la barbilla–. Gracias.

La imagen resultaba chocante: aquel supuesto representante de la autoridad, alto y masculino, regresando con mi bolso de cuero color coral.

En el callejón hacía fresco y la noche estaba silenciosa. Cerró con llave la puerta de delante y la de atrás de la tienda, y luego me metió en el asiento trasero de su vehículo oscuro, con la mano sobre mi cabeza, y dejó el bolso a mi lado.

—Muchas gracias. Eres todo un caballero.

—No, no lo soy. Soy un agente de policía con muy mala leche.

—Vale —contesté—. Lo entiendo.

«Tiene que representar un papel; deja que lo haga, Dauphine. Confianza y control.»

Una vez se hubo acomodado en el asiento del conductor y puesto el coche en marcha, sentí una leve punzada de pánico. Sabía que ese hombre no iba a hacerme daño, ni a detenerme, ni a retenerme en un sitio donde yo no quisiera estar, pero no me gustaba ir de pasajera, y mucho menos enjaulada de aquella forma. Claro que, ¿no me había dado miedo también dejar que aquel hombre tan guapo me hiciera flotar de espaldas en el río Abita? Aquel día, al abandonar la autovía de Covington estaba embargada por el temor, y después me había sentido tan feliz... Traté de relajarme en el asiento de atrás, pero fui alternando entre el miedo y la emoción, lo cual aumentaba la excitación que sentía. Comenzaba a entender el atractivo de la dominación.

Al cabo de unos cuantos giros por las calles oscuras del Garden District, llegamos a nuestro destino: la Mansión. Las puertas se abrieron y engulleron el coche. Mi corazón se aceleró: hasta entonces sólo había estado en la Coach House. Pero mi ilusión se desvaneció al ver que dejábamos atrás la entrada lateral y nos dirigíamos a través de una leve pendiente hacia lo que parecía un gran garaje, junto a la piscina en forma de riñón que brillaba bajo el cielo oscuro.

—¿No vamos a la Mansión?

—Se acabaron las preguntas.

La puerta del garaje se abrió lentamente y mi policía aparcó el coche entre otros dos vehículos, ambos modernos y caros, aunque no habría podido identificar el modelo ni que el policía me hubiera apuntado con el arma a la cabeza. Apagó el motor, salió del coche y abrió la puerta de atrás.

—Sal del vehículo, señorita Mason.

Me puse en pie, todavía esposada. Él me apartó a un lado para cerrar la puerta y luego se apretó contra mí. Noté su erección sobre mi cadera.

—Está consiguiendo que me convierta en un poli muy malo, señorita Mason —dijo, y se inclinó hacia mí para darme un beso firme y apremiante.

Yo abrí la boca justo en el momento en que él se apartaba de mí.

—¿Está preparada para el interrogatorio?

Asentí. «Vale. Esto va a funcionar.» Me llevó del brazo a través de una puerta del garaje y entramos en un despacho pequeño y caldeado. Había dos sillas metálicas una frente a la otra sobre una moqueta gruesa, y una mesa a un lado. Las ventanas estaban cubiertas con cortinas opacas. La única iluminación de la habitación provenía de una bombilla desnuda colgada del techo. Me indicó una de las sillas y me senté. Él hizo lo propio frente a mí, de modo que nuestras rodillas casi se tocaban.

—¿Lista? —preguntó.

Eché un vistazo a la habitación desangelada. No era exactamente el escenario apropiado para un romance, pero de alguna forma el ambiente estaba cargado de tensión sexual.

—Estoy lista si usted lo está —repliqué, y me apoyé en el respaldo con las manos a la espalda.

—Eres muy insolente.

—Suele pasarme con la autoridad.

Era verdad. Decidí que si quería someterme, tendría que obligarme.

—Ponte en pie, por favor. Quiero ver si llevas un micro.

—¿Un qué? —pregunté, riendo.

—Ponte en pie para que pueda desabrocharte el vestido.

Lanzó la gorra sobre la mesa y se arremangó la camisa. Yo me puse en pie frente a él, con la barbilla erguida. Sus grandes manos se dirigieron al botón superior de mi vestido y los fue desabrochando uno tras otro hasta dejarlo abierto de par en par. Oh, Dios mío, las bragas y el sujetador no iban a conjunto. ¿Por qué de repente aquello me parecía una tragedia? No iba a suponer ningún impedimento, y aun así me molestaba. Me habría gustado vestirme mejor, diferente. «Confianza y control.»

Me deslizó el vestido por los hombros de modo que cayó a mi espalda, sobre las esposas.

—¿Lo ve, agente? No hay ningún micro.

¿Me temblaba la voz? ¿Dónde estaba ahora mi autoconfianza?

—Aún no he acabado —repuso. Estaba claro que le gustaba lo que veía, pero yo nunca me había sentido tan vulnerable, ni había dejado que nadie me mirara de forma tan abierta—. Acércate.

Abrió las piernas de modo que pudiera colocarme entre ellas; la parte externa de mis muslos rozaba la interna de los suyos. Se echó hacia atrás, colocó ambas manos detrás de su cabeza y me miró a la cara.

—Para ser tan tan mala, ahora mismo te veo muy muy bien —comentó.

Contemplé mis pechos, mi piel, mis caderas. Puesto que no podía quitarme el sujetador, alargó las manos y me sacó los pechos por encima de las copas, dejándolos a la vista.

—Perfecto —dijo.

Mi corazón se desbocó. Estar esposada, sin poder tocarle, o apartarle, me asustaba un poco. Pero su expresión era tan franca y cálida, y esos ojos...

—Voy a quitarte las bragas, señorita Mason —me anunció—. Tengo que buscar por todas partes.

Colocó con delicadeza los dedos en mi cinturilla, con expresión adusta, y me bajó las bragas. Yo me las quité por los tobillos. Sentía su aliento sobre mi piel, sobre mi estómago. Entonces hizo girar mi cuerpo y me sujetó con firmeza las caderas desde atrás.

—¿Qué haces? —pregunté, embargada por el miedo ahora que no estaba de cara a él.

Paseé la mirada por la habitación.

—Lo voy a comprobar todo.

Apartó a un lado el vestido, que seguía arrugado alrededor de mis muñecas, y me pasó las manos por las nalgas, como si estuviera admirando de cerca una escultura, besando con delicadeza los lugares que tocaba con las manos. Cerré los ojos. Con desesperante lentitud, sentí cómo sus dedos se deslizaban entre mis piernas, allí donde yo sabía que ya estaba mojada.

—Sólo quiero asegurarme de que no escondes nada —dijo, e introdujo un dedo dentro de mí.

«Ooooh.» Su voz revelaba la clase de indefensión que sólo puede generar el deseo.

¿Aquello estaba sucediendo de verdad?

Me atrajo hacia su regazo. «Oh, Dios mío.» Sentí su erección contra mi muslo, cerca de mis manos, y unas ansias crecientes. Desde detrás, me separó las piernas y enterró la cabeza entre mis brazos, mis omoplatos. Me sacó la goma del pelo y dejó que éste me cayera por la espalda. Yo contemplé cómo sus manos se desplazaban por la parte delantera de mi cuerpo y sus dedos volvían a encontrarme, tan mojada que casi me disculpé.

—Has sido una chica mala, Dauphine.

—Sí...

Cerré los ojos y me recosté sobre él. El deseo se multiplicó mientras él se hundía en mí y acariciaba en círculos mi humedad.

—Voy a tener que hacerte algunas cosas malas. ¿Eso te gustaría?

—Sí —contesté, y noté cómo aumentaba su erección.

De forma instintiva, mis caderas se frotaron contra ella.

—Es hora de terminar el interrogatorio —susurró, al tiempo que se levantaba de la silla y me llevaba con él hacia la mesa.

Me tendió boca abajo, con los pechos presionados contra la superficie fría.

–Si te quito las esposas, ¿me prometes que te portarás bien? –preguntó.

Asentí y él me las quitó, y luego colocó una mano y después otra frente a mí. Me froté las muñecas mientras él dejaba caer su cinturón. Eché un vistazo por encima del hombro para ver cómo se quitaba el uniforme y la camiseta blanca, hasta que vi lo que hasta entonces sólo había percibido: un torso amplio y firme; la luz del techo iluminaba todas sus ondulaciones, una extensión de piel suave, una línea de pelo oscuro que le bajaba desde el ombligo y la gruesa parte superior de su erección, visible por encima de la mesa. «Esto me pone muy cachonda.»

–Mírate, abierta para mí –dijo, y luego se chupó un dedo y me lo pasó por la columna hasta llegar a mi culo, que ahora estaba erguido.

«Oh, Dios mío.» Cerré los ojos mientras él se abría camino por el pliegue entre mis nalgas y estimulaba sin complejos mi oscuro y sensible orificio.

–Jesús –murmuré, y me agarré a los bordes de la mesa, pues cada vez que me metía el dedo o me acariciaba, una oleada de placer me recorría el cuerpo.

Nunca antes me habían tocado ahí de forma tan atrevida.

–¿Qué estás haciendo?

–Cosas malas a una chica mala –contestó, y me agarró con firmeza las nalgas para abrir aún más la zona que estaba estimulando.

Se inclinó para acceder mejor a mí y me lamió lenta y lánguidamente. El cuerpo entero me latía preso de intensas sensaciones. Estaba vibrando, hinchada, a punto de correrme sin que ni siquiera se hubiera acercado a los sitios habituales. «Oh, Dios.»

–¿Te gusta?

En pleno delirio, sólo pude emitir un gruñido a modo de respuesta. Entonces oí cómo abría un cajón de la mesa de debajo y el ruido de un paquete de condones.

–Date la vuelta, Dauphine. Quiero mirar tu hermosa cara mientras te follo hasta que pierdas el sentido.

Y eso hice, en trance: volverme hacia él con gesto ansioso para quedar frente a su torso perfecto. Nunca había visto un hombre con un cuerpo como aquél, con los músculos perfectamente torneados, sin vello, hecho justo para eso.

Me apoyé en los codos y lo contemplé con descaro mientras él se ponía el condón. Tiró de mis caderas hasta dejarlas en el borde de la mesa y jugueteó con el glande en mi sexo; lo metía unos centímetros y luego lo sacaba, sin apartar la mirada de mí. Cada pocos segundos se quedaba quieto para que yo pudiera abrirme a él, con la ayuda de sus dedos llenos de saliva sobre mi clitoris. En cuanto la tuvo toda dentro, me dejó caer sobre la mesa, mientras él me acariciaba los pechos, liberados del sujetador. Mis pezones respondieron endureciéndose bajo su tacto. Al ver lo caliente que me había puesto, se movió con más apremio. Eché las manos hacia atrás y me agarré al otro extremo de la mesa para tener un punto de apoyo y me embistió con fuerza. «Oh, Dios, cuánto placer.»

En ese momento llegó la primera oleada, cuando sus embestidas encontraron el punto mágico detrás de mi pelvis, y entonces creí enloquecer, con los brazos deslavazados por detrás de la cabeza, bajé la guardia y abandoné cualquier miedo que pudiera albergar. Nuestras miradas se encontraron en el momento en que el orgasmo me alcanzó de un modo salvaje y lujurioso, y lo mismo le ocurrió a él mientras entraba y salía de mí con ímpetu.

–Para ti, Dauphine –murmuró–. Es todo para ti.

En el momento final se convulsionó y se retorció, pero permaneció dentro y encima de mí, cubierto con una preciosa capa de sudor, mientras yo me agarraba a él entre espasmos. Poco a poco, recuperé la respiración.

Él sonrió. Se rio.

–Huau –exclamó.

–¿Ha obtenido... toda la información... que buscaba, agente?

–Sí, y alguna más. Tengo algo para ti.

Salió de mi interior y se agachó para coger algo de uno de los bolsillos de sus pantalones de uniforme, que estaban en el suelo, a sus pies. Al incorporarse, sostenía entre el pulgar y el índice un amuleto reluciente.

–¿Qué palabra lleva grabada? –pregunté, aún con las piernas abiertas encima de la mesa.

–«Coraje.» Y sin duda lo tienes, señorita Mason.

Lanzó el colgante al aire con el pulgar, como si fuera una moneda, y lo dejó caer sobre mi estómago sudado. Luego lo tapó con la mano.

–¿Cara o cruz?

–¿Qué gano si acierto? –pregunté.

–Lo que quieras, señorita Mason.

–Cruz.

Levantó poco a poco la mano y echó un vistazo debajo.

–Vaya, ¿qué te parece? –dijo.

Me escaneó el cuerpo con los ojos y se agachó para besar el amuleto que descansaba en mi ombligo. Luego siguió bajando y cerré los ojos. De nuevo creí enloquecer con su boca y me llevó otra vez hasta aquel increíble precipicio, aquel éxtasis, y me dejó caer de nuevo.

Después me quedé tumbada sobre la mesa, con los dedos enredados en su grueso pelo dorado, sintiendo su aliento en mi estómago, mientras mi otra mano colgaba del borde de la mesa con el amuleto de «Coraje» agarrado en la palma.

Cassie

Solicité a Matilda una reunión de última hora pocos días después de la fantasía de Dauphine con el policía. El hecho de ser su guía implicaba que pasara menos tiempo con la mía, pero mi rollo de una noche con Mark me había dejado mal sabor de boca.

Mientras ella avanzaba hacia donde yo la esperaba sentada, en el parque Audubon, parecía la viva imagen del refinamiento sureño. Llevaba un sombrero de paja, gafas oscuras y un vestido veraniego color coral con escote palabra de honor que resaltaba su melena pelirroja y la constelación de pecas de su delicado escote. A pesar de rondar los sesenta, presentaba el aspecto fresco y atractivo de alguien que tuviera la mitad de sus años. Y por su manera de caminar, estaba claro que sabía que las llegadas eran su punto fuerte. Había sido idea suya quedar cerca del campo de fútbol, en la entrada de Saint Charles. Se acercó al banco e incluso los jugadores se pararon y se volvieron a mirarla.

Nos sentamos juntas y la puse al día acerca de Dauphine, contándole cómo estaba aprendiendo a renunciar al control.

–El control. Todo un tema –comentó Matilda mientras miraba el partido de fútbol–. Si ejerces demasiado, nunca podrás conocer a los demás, y si no lo ejerces, nunca llegas a conocerte a ti misma. ¿Y tú qué, Cassie, cómo te va por el salvaje mundo?

–Bueno, bien. Yo... y o... lo he hecho. Me he acostado con un hombre –balbuceé.

–Oh, qué maravilla. ¿Con quién?

–Un chico que conocí –expliqué en un tono extrañamente triunfal–. El de ese día en el Ignatius. En realidad no es mi tipo, pero el sexo fue divertido.

–¿Así que no vas a volver a quedar con él?

–No lo sé. Tiene casi diez años menos que yo. Joven, egocéntrico. Aunque muy atractivo. Tal vez quede con él. Lo mejor de todo es que no me importa si lo hago o no. Pero el sexo fue increíble.

–Entonces ¿no quieres que vuelva a llamarte? –preguntó Matilda.

–La verdad es que no... No lo sé. ¿Me convierte eso en una zorra?

Matilda volvió todo el cuerpo hacia mí, dejando de prestar atención por completo al partido de fútbol. Por la expresión de su rostro, parecía que acabara de darle una bofetada.

–La palabra «zorra», a menos que la pronuncie una feminista acérrima o, en tono irónico, un maestro de la ironía, nunca debería salir de la boca de una mujer, ¿me oyes? No si está describiendo su propio comportamiento sexual y sobre todo si describe el de otra mujer. Es la clase de palabra que puede dejar huella, Cassie.

Me dejé atónita. Nunca la había oído usar un tono de voz tan acerado.

–Esa palabra ha sido utilizada como arma arrojada contra mujeres de todo el mundo desde el principio de los tiempos, para hacernos sentir indignas y dividirnos. Para una chica joven puede tener consecuencias trágicas. Algunas se recluyen, otras pierden la confianza en sí mismas, hay quien pierde las ganas de explorar su propia sexualidad y otras incluso se avergüenzan de ella.

En realidad, nunca había pensado mucho en el tema, pero sí había sentido esa vergüenza en mis propias carnes, esa sensación de que desear y disfrutar del sexo era algo vergonzoso. Pero desde que me había incorporado a S.E.C.R.E.T., aquella sensación se había desvanecido. De hecho, me parecía absurdo seguir manteniendo cualquiera de mis viejas ideas. En ese momento se me ocurrió otra cosa.

–Si la humillación y la vergüenza son tan tóxicas, ¿por qué S.E.C.R.E.T. no tiene una presencia más pública? Sería una forma de luchar contra el estigma, la doble moral. ¿Por qué debería ser «zorra» un insulto para una mujer y no serlo «zorro» para un hombre?

–Deja que te pregunte algo. Si nuestra existencia se hiciera pública, ¿admitirías que eres miembro entusiasta de un grupo de mujeres que organizan fantasías sexuales para otras mujeres? ¿Querrieras compartir con el resto del mundo los maravillosos hombres que has conocido y las cosas maravillosas que has hecho con ellos en S.E.C.R.E.T.? –Se levantó las gafas de sol para clavar su mirada en mí. Tenía razón; era imposible que yo sobreviviera a un escrutinio como aquél–. No podemos cambiar el mundo, Cassie, pero sí podemos liberar a las mujeres de una en una. Reducir su vergüenza. Eso es todo lo que podemos hacer. Y ahora háblame de ese chico con el que te has acostado.

–Vale. A ver, me gusta, y me gusta estar con él, pero cuando no lo veo no me acuerdo de él. Entonces me siento culpable porque debería sentir algo por él, ¿no?

–Deberías, no deberías. ¿Qué más da? –repuso haciendo un gesto con la mano–. Creo que es perfectamente saludable, perfectamente necesario, que una mujer de treinta y seis años como tú disfrute de un sexo increíble con un hombre más joven del que no quiere nada más. Te preguntaré algo: ¿fuiste sincera con él sobre lo que querías?

–Sí.

–¿El sexo fue consentido?

–Por supuesto.

–¿Usasteis protección?

–Sí.

–Bueno, pues entonces ¡bien por ti! Debe de ser un gusto haber recuperado tu cuerpo, limitarte a experimentar con un hombre. Así que no vuelvas a hablar de zorras, ¿de acuerdo? Sin prejuicios, sin límites, sin vergüenza. Y eso también incluye lo que pienses de ti misma.

Parecía el momento adecuado para hablar de otra persona, de alguien a quien sí quería volver a ver, por quien seguía albergando ciertos sentimientos.

–¿Qué tal Jesse? –pregunté, en un tono de voz indiferente–. ¿Es el siguiente en la lista de fantasías de Dauphine?

–Seguramente –contestó, volviendo la vista hacia el campo–. Fue el tercero contigo, y creemos que también debería serlo con ella.

¡Ay! Me esforcé por no mirarla, pero ella estaba observando a un futbolista guapo y sudado que recuperaba el aliento con las manos en las rodillas. Debía de rondar la treintena, latino, quizá sudamericano o italiano. No muy alto, fornido, musculoso, con una mata de pelo negro despeinado y los dientes tan blancos que relucían a diez metros de distancia.

–¿Ves a ese chico? –me preguntó.

–Es difícil no verlo –contesté–. ¿Lo conoces?

–Tenemos intención de reclutarlo. Angela tendría que haber venido hoy a hacerme de apoyo, pero tendrás que hacerlo tú.

–¿Ahora?

–¡Chuta! –gritó Matilda–. Cielo, sé por dónde vas con lo de Jesse. No puedes tener a Will y no quieres a ese jovencito, así que buscas algo con lo que entretenerte. No pasa nada, pero no creo que sacar a Jesse de la lista sea una buena idea. Además, me gustaría que hicieras un viaje especial. ¿Sabías que tenemos que sacar a subasta *Rabia roja*?

–¿El cuadro de la Coach House?

–Así es. Hemos decidido sacarlo a subasta en Buenos Aires, en la hacienda de Carolina. Creemos que allí conseguiremos el mejor precio, ya que sólo nos quedan dos cuadros. Necesitamos que viajes hasta allí con la obra y representes a nuestro... consorcio. No tienes que dejarte fotografiar ni contestar preguntas, tan sólo límitate a ponerte un vestido bonito y firmar el certificado de venta.

Vaya, Buenos Aires. Mi último viaje había sido a Canadá, escenario de mi fantasía con el monitor de esquí. Me merecía unas vacaciones... pero con Tracina embarazada y Dell que ya era mayor me resultaba imposible.

–Ojalá pudiera, pero si dejara a Will ahora... el café se hundiría.

–No hay duda de que te preocupas por él.

Antes de que pudiera objetar algo, un balón perdido rodó hasta nuestro banco, seguido del chico al que Matilda había estado observando. Ésta le dedicó una sonrisa.

—Eh, ¿ahora eres nuestra entrenadora? ¿O sólo el árbitro? —le preguntó él, jadeando.

—Los dos os harían buena falta —se burló Matilda, que alzó la cabeza para verlo mejor por debajo del ala del sombrero—. ¿Cómo te llamas?

—Dominic. ¿Y tú?

—Matilda Greene. Y ésta es mi amiga Cassie.

—¿Os gusta el fútbol?

—No —repuso Matilda.

Él se rio mientras uno de los contrarios le instaba a volver a poner el balón en juego.

—No te muevas de aquí, Matilda Greene —gritó Dominic mientras corría hacia atrás y se reincorporaba al partido.

Cada pocos segundos echaba una mirada hacia nosotras para asegurarse de que Matilda seguía allí. Yo estaba alucinada.

—¿Cómo demonios lo has hecho?

—¿El qué?

—Conseguir que el tío más bueno del parque se acerque a hablar contigo. Hay mujeres de treinta años que no lo conseguirían.

Matilda se encogió de hombros sin apartar la vista de Dominic.

—Le he hecho sentir especial; lo he separado del rebaño. Cada una recluta de forma distinta, pero ése es mi método.

Dominic volvió a desmarcarse y echó a correr con el balón hacia el otro lado del campo.

—¡Vamos! ¡Venga!

—¿Lo vamos a reclutar ya?

—De hecho, sí. Nos falta uno desde que prescindimos de Pierre; por eso soy reacia a darte a Jesse. ¿Has visto si Dominic llevaba alianza?

—No me he fijado.

—Eso es lo primero que tienes que mirar.

Tomé nota mental mientras los jugadores se dirigían al centro del campo. En un momento dado, Dominic se subió la camiseta para secarse el sudor y dejó al descubierto su musculoso abdomen.

—¡Uau! —exclamé.

—Sí, es bastante guapo, ¿verdad? Pero para que los reclutemos no tienen que ser modelos: tienen que saber que son atractivos. Ser capaces de mantener una conversación, parecer interesantes, aunque no lo sean. El atractivo es algo subjetivo, pero preferimos ceñirnos al trío «clásico» de atributos: sexy, seguro de sí mismo y masculino. Y, por supuesto, tienen que estar en forma. Éste lo tiene todo. Y mira por dónde, no lleva alianza. —Eché un vistazo al reloj—. Cassie, necesito que cierres el trato por mí. Tengo que encontrar a alguien que vaya a Argentina.

—¿Cerrar qué trato?

—Conseguir el número de Dominic. A lo mejor puede sustituir a Jesse —añadió con un guiño.

El pánico brotó en mis pies y recorrió todo mi cuerpo, hasta llegar a la parte de atrás del cráneo, como cuando tomas un helado demasiado frío.

—Pero a quien él quiere conocer es a ti; a mí casi ni me ha mirado. ¿Y si no me da su número?

Matilda se puso en pie y recorrió el campo con la vista, como una leona contemplando perezosamente a una gacela.

—Lo único que has de hacer es pedirselo. Y mientras, trátate bien. Ese rollo de una noche te ha alterado un poco. No dejes que arruine todos los progresos que has hecho. Estás a punto de alcanzar todo tu potencial. Lo veo.

Matilda se alejó paseando hacia la salida de Saint Charles, y se perdió el gol de Dominic. Él lo celebró corriendo desde la portería hasta el centro del campo, donde le despeinó el pelo a un contrario pelirrojo, se dirigió al banquillo contrario para chocar las manos con los demás jugadores y finalmente se dejó caer en mi banco.

—Eh —dijo sin aliento—, ¿adónde ha ido tu amiga?

—Tenía que marcharse —expliqué, y enseguida añadí—, pero me ha dicho que te pida el número de teléfono.

—¿Ah, sí? Perfecto —dijo, y sonrió.

«Lo único que has de hacer es pedirselo.» Estaba introduciendo su número en mi móvil cuando su amigo pelirrojo se acercó corriendo.

—¿Saludando a tus admiradoras, Dominic? ¿Ésta tiene nombre?

¿Me estaba mirando a mí? Sí, así era.

—Cassie —dijo, haciendo visera con la mano para mirarle la cara, que vista así tan de cerca, era hermosa. Además, tenía un marcado acento escocés y unos brazos torneados y cubiertos de pecas.

—Yo soy Ewan. Oye, olvídate del número de este capullo y guárdate el mío.

—Tengo una idea mejor —repuse, intentando que las mariposas que sentía en el estómago no se traslucieran en mi voz—. Le daré el número de Dominic a mi amiga, y me quedará el tuyo para mí.

—Me parece un plan perfecto —aceptó él.

Con ambos números guardados en el móvil, me puse en pie para marcharme.

—Bueno, chicos, ha sido un placer.

Mientras me dirigía a Magazine Street, me maravillé por el hecho de haber acabado de conocer a dos tíos increíblemente atractivos a los que S.E.C.R.E.T. podía ayudar a materializar sus propias fantasías. Y si eran flexibles y discretos, un miembro del Comité los entrenaría, antes de que los emparejaran con una candidata afortunada, tal vez Dauphine. Eché un vistazo al parque, lleno a rebosar de corredores, padres guapos y ciclistas cachas. ¿Acaso todos esos hombres habían estado siempre allí y yo no los veía? ¿O era que por primera vez ellos veían algo en mí?

Las palabras de Matilda resonaron en mi cabeza: «Estás a punto de alcanzar todo tu potencial. Lo veo».

Dauphine

Elizabeth fue la primera en percibir el olor a petróleo estancado que flotaba en el ambiente, fuera de la tienda. No podía atribuirse al *Katrina* o a ningún otro huracán famoso: las infraestructuras de Nueva Orleans presentaban deficiencias mucho antes de que esas tormentas épicas arrasaran la ciudad. Pero una posible fuga de gas implicaba una evacuación completa, y eso significaba cerrar once tiendas y restaurantes en una de las zonas más concurridas de la ciudad. El Funky Monkey se enfrentaba a un cierre de un mes para reemplazar las viejas tuberías de gas enterradas bajo la acera, frente a nuestro local.

–Y ya sabes, Cassie, que cuando en Nueva Orleans dicen un mes, pueden ser seis. Desde que era adolescente no he estado nunca sin trabajar.

El escenario de mis lamentaciones era el Tracy's, delante de un cóctel margarita. Debía de estar nerviosa: por cada uno que bebía Cassie, yo me tomaba dos. Nos habíamos hecho amigas. Incluso me había contado su historia con su jefe, Will, y cómo casi habían acabado juntos.

Quizá fue por eso por lo que le pregunté tan abiertamente por Mark Drury. Estábamos hablando de hombres, sexo y citas, así que no daba la impresión de que cotilleara sobre mi extraño capricho amoroso.

–Sí, nos hemos visto. Se llama Mark; es músico. Y habla de música sin parar –añadió, y levantó los ojos al cielo–. Quedamos una vez, pero...

–¿Pero?

–Es... no es para mí –contestó–. No sé por qué o qué tengo que hacer para sacarme a Will de la cabeza y del corazón. Pero Mark no va a ayudarme.

No me gustaba admitirlo, pero me sentí aliviada. No es que creyera que yo tenía alguna posibilidad con Mark, y sin duda no tenía ningún interés en perseguir a nadie mientras me aguardaba un montón de fantasías. Y sin embargo... En ese momento, la expresión de Cassie cambió, como si una idea nueva y única se acabara de adueñar de su mente en detrimento de cualquier otro pensamiento.

–Espera un segundo. Déjame hacer una llamada; ahora vuelvo.

Al regresar un minuto después, seguía hablando por el móvil.

–Sí... sí, está justo aquí. Espera. –Tapó el micrófono y me miró con expresión ilusionada–. Matilda quiere hablar contigo.

Desconcertada, cogí el teléfono.

–Hola, Matilda. ¿Qué ocurre?

–Dauphine, cielo, según me han dicho dispones de tiempo libre, ¿verdad? Tengo una misión bastante emocionante que ofrecerte y, al mismo tiempo, le harías un gran favor a S.E.C.R.E.T.

Entonces me planteé lo que para una persona normal habrían sido unas vacaciones soñadas: un viaje pagado a Buenos Aires, donde me alojaría en un hotel de cinco estrellas y acudiría a la subasta de un cuadro único, además de disponer de un montón de tiempo libre para visitar los lugares emblemáticos e ir de compras. Sonaba emocionante y glamuroso. Si no fuera por la parte del avión.

–Tendrás todos los gastos pagados y además te daremos dinero extra, Dauphine. La subasta ya está organizada; sólo tienes que ir allí y firmar algunos papeles en representación de S.E.C.R.E.T.

Le di las gracias y le dije que sonaba muy bien, increíble incluso, y añadí que me sentía halagada por que hubieran pensado en mí. De hecho, siempre había deseado visitar Buenos Aires. Pero había un pequeño problema.

–El caso, Matilda, es que no viajo en avión. Nunca.

La entusiasta sonrisa de Cassie, que estaba escuchando la conversación, se transformó en un ceño fruncido.

–Oh, cielo –dijo Matilda, riendo–. ¿Eso es lo único que te echa para atrás? Cuando un miedo queda al descubierto, ya no es un miedo, sino una oportunidad para tomar una decisión: quedarse paralizado o dar un paso adelante.

Protesté un poco más y traté de explicarme:

–Detesto ir de pasajera; necesito estar al mando de las cosas. Es que... no puedo renunciar a ese control.

–Pero has dejado que un chico te llevara en coche, ¿no?

Le dije que en un coche sabía que tenía la posibilidad de obligarlo a parar en el arcén y bajarme.

–Un viaje en avión no es sólo un compromiso total, es también un acto de fe. Fe tanto en la capacidad del avión para mantenerse en el aire como en la mía para confiar en que el piloto lo mantenga ahí. Y sé que sonará estúpido, pero no tengo mucha fe en ninguna de las dos cosas, Matilda –añadió–. Ni siquiera tengo pasaporte.

–Bah, menudencias. Podemos conseguirte uno en veinticuatro horas. Confía en mí, Dauphine, te digo que puedes y vas a transformar ese miedo en fe. Confía en nosotras. Confía en este proceso.

Mientras ella continuaba enumerando los principios de la aeronáutica, subrayando sus rasgos más positivos y también los de Buenos Aires en otoño, Cassie cogió el posavasos de papel e hizo un avión, que lanzó por encima de mi cabeza. Con efectos sonoros incluidos.

¿Qué puedo decir? Acepté por agotamiento, después de que me recordaran que le había pedido al Comité que me sorprendiera. Después de colgar, Cassie se puso en pie y me dedicó una ovación en medio del Tracy's. Más tarde, cuando le conté a Elizabeth que iba a subirme a un avión, se sintió tan orgullosa de mí que arrastró hasta mi apartamento una maleta antigua, de las que no tienen ruedecitas, para ayudarme a hacer el equipaje. Adelantándome a todas las terroríficas posibilidades que se me ocurrían, le enseñé dónde guardaba todos los papeles importantes y le di instrucciones estrictas de que si el avión se estrellaba, la tienda y todo lo que contenía debía ser para ella, no para mi hermana Bree.

–Puede quedarse una piel –le indiqué–. Pero no de visón.

–Vale –dijo–. Pero estoy segura de que no va a hacer falta que nadie se divida tus posesiones.

–Nunca se sabe. La vida es muy rara. De repente pasan cosas –comenté mientras metía en la maleta un par de zapatos de tacón bajo.

Sólo hacía falta verme a mí: después de mi iniciación en S.E.C.R.E.T., allí me encontraba, haciendo el equipaje para un vuelo transcontinental. El «sí» que al final le había dado a Matilda procedía del mismo lugar en el que encontraba mis síes para los hombres de mis fantasías, una estantería por debajo de mis dudas, frente a todos mis miedos. Con suerte, aún me quedaban algunos síes más antes de embarcar.

Nunca antes había viajado en avión, pero hasta el momento no había encontrado muchas cosas que me inclinaban a recomendarlo. El aeropuerto resultaba al mismo tiempo caótico y aletargado, lo cual generaba ese síndrome de «date prisa y luego espera» que provocaba gotas de sudor y te ponía de los nervios.

–¿Vas a Buenos Aires? –me preguntó una voz grave con un marcado acento, que me despertó del trance y me sobresaltó.

Me volví y me encontré frente a una camisa de vestir blanca, ceñida sobre el esbelto pecho de un hombre negro excepcionalmente alto y atractivo. Estaba detrás de mí en la fila y cargaba con su recipiente de plástico en el que descansaban un voluminoso reloj de platino, una cartera de piel de anguila negra y una bolsa para trajes cuidadosamente doblada. Aunque vestía como un hombre de negocios, su franca sonrisa parecía la de un actor.

–¿Cómo sabes adónde voy? –pregunté mientras dejaba caer mi pulsera de S.E.C.R.E.T. en el recipiente.

Había pensado en dejarla en casa, pero ahora que ya tenía un par de amuletos, disfrutaba llevándola.

–Lo he adivinado. –Su acento era británico, cockney, quizá–. La verdad es que lo pone en tu billete, y es el primer vuelo que sale esta mañana.

Si los dioses estaban realmente de mi parte, me habían enviado a aquel hombre para que me apoyara en él durante las turbulencias.

–¿Tú también vas allí? –pregunté, y sí, pestañeé con coquetería.

Antes de que pudiera contestarme, un agente de seguridad me hizo pasar con brusquedad por la máquina de rayos X de cuerpo completo. Me metí en el espacio,

levanté los brazos en el aire y me volví sobre mis talones, y luego recogí mis pertenencias. Cuando me di la vuelta para proseguir la conversación, dos hombres uniformados escoltaban al hombre, separándolo del resto de la cola. Debía de ser alguien importante. Sin duda iba muy bien vestido. Gracias a mi trabajo en el mundo de la moda, mis ojos estaban habituados a distinguir los botones buenos, unos gemelos bien escogidos y el modo en que una camisa bien confeccionada se ciñe espectacularmente a la espalda en forma de V de un hombre mientras éste se aleja de ti y se da la vuelta, como hizo éste, para mirarte por encima de su hombro.

Desde el momento en que me senté en mi asiento de pasillo en primera, la azafata rubia y simpática pareció específicamente dedicarse a mí.

—Me llamo Eileen. Tengo entendido que es tu primera vez —dijo—. Pideme cualquier cosa; deseamos que la experiencia sea lo menos estresante posible.

Me trajo una toallita caliente, un reposapiés pequeño y unas cuantas revistas de cotilleos, y en cada ocasión me puso la mano en el brazo en un gesto tranquilizador. Mientras nos desplazábamos hacia la pista, me dedicó expresamente su demostración sobre las medidas de seguridad. Y cuando el avión despegó y me hundi en el respaldo del asiento, una sensación sorprendente y muy desagradable, Eileen me guiñó un ojo desde su asiento para la tripulación. Casi me echo a llorar ante tanta amabilidad, por no hablar de la delicadeza de Matilda al informarme de que era la primera vez que volaba. Aun así, hasta que el aparato no se estabilizó no solté los reposabrazos, que agarraba con tanta fuerza que se me habían quedado los nudillos blancos.

La luz del cinturón de seguridad se apagó, pero yo no tenía ninguna intención de quitármelo. De hecho, mi plan era rechazar cualquier bebida que me ofrecieran, para no tener que hacer pis mientras volábamos a tres mil metros por encima de Perú. Decidí que si me quedaba sentada muy muy quieta, podría superar aquella prueba, a unos cuantos cientos de kilómetros por minuto, sin levantarme y sin mirar por la ventanilla, aunque el asiento junto al mío estaba vacío.

Al cabo de una hora y media, seguíamos todos con vida, y empecé a mover un poco las piernas al tiempo que echaba el asiento atrás para acomodarme para pasar la noche. La gente cerró las persianas de las ventanillas y Eileen bajó las luces antes de repartir mantas adicionales. Al arrodillarse frente a mí, por un momento pensé que iba a arroparme. En lugar de eso, depositó una manta doblada sobre mi regazo y se inclinó hacia delante para susurrar:

—Señorita Mason, será un gran honor para el comandante acceder a su petición de visitar la cabina mientras volamos con el piloto automático.

Me eché a reír. Nadie me había confundido nunca con otra persona hasta tal extremo.

—Oh, yo no he pedido nada semejante. Nunca...

Antes de que pudiera terminar la frase, Eileen sacó un sobre de la manta doblada y lo dejó sobre mi regazo.

—Estoy segura de que no nos equivocamos —dijo clavándome la mirada—. Vendré dentro de unos minutos para acompañarla.

No había nada escrito en el sobre, pero reconocí el papel de color crema. El corazón se me disparó. ¿Iba a enfrentarme al tercer paso a cuatro mil metros del suelo? La mano me temblaba al abrir el sobre. Ahí estaba: una tarjeta gruesa con las palabras «Paso tres» grabadas en un lado y una sola palabra en el otro: «Confianza». Claro que, ¿quién era el que tenía que confiar? ¿Yo o el resto de los pasajeros de aquel avión, a los que sin duda les gustaría saber cómo estaba a punto de distraer al piloto? Metí el tarjetón en el bolso y me eché en la mano media docena de caramelos Tic Tac, que apenas tuve tiempo de terminar antes de que volviera la auxiliar de vuelo.

—¿Está preparada, señorita Mason?

Me tragué los trozos de caramelo que me quedaban en la boca.

—Hum, sí. Eso creo —contesté, tratando de disimular el pánico que me embargaba.

—Una vieja amiga me dijo en una ocasión que un miedo que queda expuesto ya no es un miedo, sino una oportunidad para tomar una decisión. Una vez que veas de cerca cómo funciona el avión, todos los pulsadores y las palancas, podrás decidir acabar con tu miedo a volar. El comandante Nathan estará encantado de ayudarnos.

¡Estaba citando a Matilda! Eileen era de las nuestras. Me dio la mano y prácticamente tuvo que tirar de mí para levantarme, porque las piernas se me habían quedado rígidas debido al pavor que sentía.

—Muy bien. ¿Lo ves? No ha sido tan difícil.

Recorrimos el corto pasillo y llamó a la puerta de la cabina con tres golpecitos rápidos. Un segundo después, un chico rubio con gafas gruesas y los dientes delanteros separados asomó la cabeza. «Por Dios.» Aunque no quería, tuve que admitir que mi superficial corazón sureño se encogió, aunque ensanché con educación mi sonrisa mientras me recordaba lo que significaba la C de S.E.C.R.E.T. Si el hombre de mi fantasía no era... *cautivador*, no tenía por qué seguir adelante.

—¿Ésta es nuestra encantadora visita? —ceceó.

«Por Dios.»

—Sí —confirmó la azafata—. Señorita Dauphine Mason, éste es el primer oficial de a bordo, el polifacético Friar. La señorita Mason arde en deseos de ver cómo funcionan las cosas aquí dentro; eso podría ayudarla a superar su miedo a volar.

—Ah, ya. Desvela el misterio y el miedo se desvanecerá. Ésa es la especialidad del comandante Nathan. Él se lo explicará todo mientras yo voy a estirar las piernas. Tres personas aquí dentro son una multitud. ¡Buena suerte!

Tras decir aquello, con un acento que remarcaba todas las eses, el primer oficial Friar se fue directo a la parte de atrás del avión. Por la ventana de delante se veía el cielo oscuro y, debajo, nada exceptuando la negra agua. El rugido de los motores se sobreponía a los gritos que poblaban mi cabeza mientras mis piernas se convertían en cemento. Eileen me empujó con suavidad a través de la estrecha puerta.

—Volveré dentro de un rato —declaró, mirando su reloj—. Disfruta de la lección de vuelo —concluyó, y cerró la puerta tras de sí.

La figura del comandante se recortaba contra la ventana. Lo único que se veía por encima del asiento era la nuca. No llevaba chaqueta, sólo una camisa blanca, y los músculos de los brazos se marcaban a través de las mangas mientras accionaba diversos botones en el panel que tenía enfrente. Por suerte, el ruido estático ahogaba los latidos desbocados de mi corazón.

—En un momento estoy contigo, Dauphine. Sólo quiero asegurarme de que el piloto automático funciona sin problemas. A partir de ahora un robot se hace cargo de la mayor parte del vuelo. Un robot muy listo.

Allí estaba de nuevo aquel acento. ¡El hombre de la cola! ¡Con aquel acento cockney tan sexy! Me quedé sin aire y noté una opresión en el pecho. Sentirme intrigada y aterrorizada a partes iguales no le sentaba nada bien a mi estómago. Me apoyé con ambas manos en las paredes curvas de la cabina para mantener el equilibrio mientras el avión se elevaba y se estabilizaba. El piloto estaba frente a una pared de luces y palancas que parecían parpadear y moverse por su cuenta. Al final, hizo girar la silla, se quitó las gafas y me miró con sus ojos marrones. Yo ahogué un grito.

—No te preocupes; el piloto automático está activado, pero no disponemos de mucho tiempo, así que ruego aceptes mis disculpas por la naturaleza furtiva de nuestro encuentro —dijo mientras se desabrochaba el botón superior de su uniforme—. Pero antes de continuar con la clase magistral de seguridad aeronáutica, hay una cosa que debo saber: ¿aceptas este paso, señorita Mason?

No podía creer que aquello estuviera ocurriendo.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—Sí, aquí y ahora. Confía en mí, puedo ayudarte con tu miedo a volar. Y sospecho que con algunas cosas más —añadió, y se reclinó en el lujoso asiento de cuero y me repasó de arriba abajo.

—Nunca había subido a un avión —murmuré, cambiando de tema.

—Eso me han dicho —dijo, y juntó las yemas de los dedos de ambas manos—. Aunque para ser la primera vez, lo estás haciendo muy bien.

De pie frente a un complejo panel de instrumentos al que el piloto le estaba dando la espalda, vi pasar nubes oscuras por delante del morro del avión a través de las ventanillas altas y estrechas.

—¿Esto es seguro?

—Muy seguro —contestó—. Más que conducir. Más que casi cualquier otra actividad que puedas hacer a cientos de kilómetros por hora, en pleno aire.

—¿Y si hay turbulencias? —pregunté, y justo en ese momento el avión sufrió una sacudida.

Solté un grito y levanté los brazos para agarrarme al techo.

Él lo interpretó como un gesto incitador y me indicó con la mano que me acercara a él.

«¡Ahí vamos!» Lenta y cautelosamente reduje el espacio que nos separaba, y por encima de su hombro obtuve una vista mejor del mundo que se abría ante mí.

Estaba anocheciendo, pero la luz se filtraba por entre las nubes e iluminaba pequeños pueblos enclavados al pie de una cordillera. Parecían un collar de gemas que

alguien hubiera dejado caer desde una gran altura. Era hermoso, pero aun así tenía el estómago encogido y estaba mareada. Las palancas y los interruptores seguían accionándose de forma fantasmal a nuestro alrededor.

—Las turbulencias son sólo bolsas de aire; el avión las atravesará. Y si algo se tuerce, aquí estoy yo.

Ahora me hallaba de pie frente a él, con su cara a la altura de mis pechos.

—¿Aceptas este paso?

Un rostro atractivo, ojos bonitos, muy buen olor, manos masculinas, pero el factor decisivo fue su camisa, de confección perfecta. Muy superficial, lo sé.

—Sí, lo acepto.

—Entonces ¿te ayudo a sacarte las calzas?

Aquel término tan anticuado casi me provocó una carcajada. Llevaba una falda de tubo, zapatos de tacón y una rebeca de angora rosa. Una coleta baja completaba mi look de ama de casa de los cincuenta que sale a hacer recados. No podía evitarlo: planificar lo que iba a ponerme siempre me tranquilizaba, y aquel día necesitaba tranquilizarme.

—Háblame más de lo seguro que es esto —le supliqué mientras sus cálidas manos me bajaban la cremallera de la falda y la dejaban caer al suelo.

—Bueno, Dauphine —empezó a decir, mientras me bajaba lentamente las bragas, o «calzas»—, lo más difícil es el despegue; pueden salir mal muchas cosas. Pero ahora ya ha pasado.

De pie delante de él, cerré los ojos. Notaba cómo sus dedos me desabrochaban los botones de la chaqueta y me la bajaban por los hombros. «Ooh.»

—La parte central del vuelo —continuó, mientras se inclinaba hacia delante para acariciar con la nariz mi pequeño triángulo de vello púbico, y después besarlo—. Ésa es la parte más fácil, más dulce, del trayecto. Pero aun así, no hay que bajar la guardia. A veces puede resultar engañosamente sencillo. Hay que ir con cuidado, buscar señales sutiles.

Me temblaban las piernas. Llevó sus manos a mi espalda, me desabrochó el sujetador de raso rosa, me lo quitó y lo dejó caer también al suelo. Allí de pie y desnuda, por un momento ¡me olvidé de que el avión volaba solo! A través de la ventana se veía todo negro. No sabía si sobrevolábamos tierra o mar, pero cerré los ojos. Si no lo veía, no importaba. Volví a apoyar las manos en el techo y presioné el cuerpo hacia él. Se le veía muy relajado, al mando, mientras me separaba un poco más las piernas y levantaba los brazos para pellizcarme y frotarme los pezones, como si yo fuera un panel de mando que él supiera exactamente cómo manejar.

—¿Cómo sabe el piloto automático lo que tiene que hacer? —pregunté, tan excitada por sus pulgares que ahora se deslizaban por mi sexo que creí que me fallarían las rodillas.

—Me escucha. Yo le digo lo que tiene que hacer y él sigue mis instrucciones —contestó, y se inclinó hacia delante para besar mi clitoris, que sostenía entre los pulgares—. Mmm, sabes muy bien —murmuró.

Sus dedos se añadieron a su boca y empezaron a deslizarse dentro y fuera de mí, volviéndome loca. Sentía sus nudillos sobre mis zonas más sensibles, empujando mi clitoris hacia fuera para abarcarlo entero con la boca. Le cogí la cabeza y noté la oleada, rápida y excitante, y la energía que se acumulaba mientras él me lamía y movía la lengua con rapidez, y metía y sacaba los dedos de mí. Lo único que pude hacer fue cerrar los ojos y arquearme hacia atrás, temblando de gusto mientras explotaba con una nueva clase de placer, gimiendo hacia el techo mientras él seguía dándome lengüetazos sin descanso y yo me cubría la boca para ahogar mis gritos.

—Oh, Dios, oh, sí... ¡sí! —aullé mientras intentaba que no se me doblaran las piernas.

Él se bajó con gesto rápido los pantalones, se puso un condón y me sentó encima de él. Todavía conmocionada, noté cada vena y cada pliegue mientras me contoneaba sobre su regazo y le rodeaba con los muslos sobre la silla del piloto, sin tocar el suelo con los pies. Me rodeó la espalda con un brazo firme, me alzó y se introdujo en mí, con una mirada de placer en sus ojos marrones que recorrió mi cuerpo entero, y yo quedé de cara al puto morro del avión y a la ventana y, «mierda, ¡sólo una miradita! No, no mires. Cierra los ojos, Dauphine. ¡No mires!».

—¿El avión puede volar mucho más alto? —pregunté mientras sus penetraciones se aceleraban.

Oh, aquella sensación de plenitud.

—Mucho más —susurró, y empezó a embestirme con más fuerza, contoneando las caderas, agarrándome las mías para apretarlas contra él—. Sólo has de saber pilotarlo. Tienes que dejarte llevar por tu intuición y conocer los límites del aparato.

Entonces su ritmo se volvió salvaje y nuestros cuerpos empezaron a rebotar sobre el asiento. Me agarré al respaldo para tener un punto de apoyo.

—Oh, Dios.

—¿Notas lo duro que estoy, Dauphine, lo duro que me has puesto? —gimió al tiempo que me penetraba con fuerza y me sujetaba hacia abajo para incrementar la fricción entre su pelvis y mi clitoris.

—¡Sí! Oh, sí, ahí —murmuré, pero él y a lo sabía.

No le hacían falta instrucciones.

Noté cómo el calor volvía a acumularse detrás de mi ombligo y volví a correrme; caí hacia delante mientras él convertía la habitación en una imagen borrosa y alcanzaba su propio orgasmo con una resignación indómita justo después de mí. Tras un último estremecimiento se quedó quieto, feliz, jadeante, con mi torso encima del suyo.

—Ha sido increíble —dijo, también sin aliento, y me pasó los dedos por la espalda, que subía y bajaba al ritmo de mi respiración entrecortada.

Abrí los ojos de nuevo hacia la ventana y vi agrupaciones luminosas allí abajo, pueblos dormidos llenos de gente que no tenía ni idea de lo que acababa de suceder entre las nubes, por encima de sus cabezas. Y yo estaba bien y el avión también, y estábamos muy vivos.

—Será mejor que te vistas, preciosa. Me temo que nos hemos excedido un poco.

Me levantó con cuidado y se agachó para pasarme la rebeca. Luego se levantó para subirse los pantalones del uniforme y abrocharse y remeterse la camisa, y yo me puse las bragas, me enfundé la falda y me recogí el pelo en una cola. Intercambiamos una sonrisa, orgullosos el uno del otro.

Unos minutos después, Eileen llamó a la puerta y lo único que podría habernos delatado, si el comandante Nathan no lo hubiera recogido del suelo y colocado bajo la tapa de plástico de un vaso de poliestireno vacío, era el condón. Me rodeó el cuerpo con el brazo para alcanzar el pomo de la puerta de la cabina y la abrió. Le dediqué a Eileen mi sonrisa más amplia y candorosa, con los brazos a la espalda y la pulsera rascando la pared.

—¿Cómo va la visita? Espero que estés mucho menos estresada con el vuelo.

—Mucho menos —confirmé—. El comandante Nathan ha disipado todos mis miedos.

—Se le da muy bien —convino ella, sin asomo de lascivia—. Será mejor que vuelvas a tu asiento, Dauphine. Qué calor hace aquí dentro. Aquí tiene su Gatorade, comandante. No queremos que se deshidrate.

Luego me cogió del brazo.

—Gracias, comandante —dije—. Volar nunca será lo mismo para mí.

—Me alegro de haber sido de ayuda. ¡Oh! Antes de irte, Dauphine —añadió, y se metió la mano en el bolsillo de la camisa—, nos gusta regalar un detalle a los visitantes. Por confiar en nosotros. Te lo has ganado.

Me tendió una pequeña caja azul.

—¡Unas alas para Dauphine! —exclamó Eileen, y aplaudió.

—Gracias —dije, y el comandante Nathan se puso en pie y me dedicó una profunda reverencia.

El primer oficial Friar ya había vuelto.

—Muy amable de su parte haberle hecho compañía al comandante —dijo mientras se abría paso hacia la cabina—. A veces se está muy solo aquí.

Eileen me acompañó a mi asiento. ¿Acaso eran imaginaciones mías o todo el mundo en primera me miraba, se daba cuenta de que iba un poco desaliñada, de que tenía las mejillas encendidas?

Una vez sentada y con el cinturón abrochado, abrí con discreción la caja azul. Dentro había un broche en forma de alas, con el logo de la aerolínea en el centro. Debajo del diminuto cojín encontré otro adorno bañado en oro, mi amuleto del tercer paso con la palabra «Confianza» grabada al dorso. Me puse el broche en la

chaqueta y la señora mayor sentada al otro lado del pasillo me hizo un gesto de aprobación. Lo que pensó del amuleto que a continuación prendí en mi pulsera no lo sabré nunca. Una vez estuvo bien sujeto en su sitio, eché el asiento hacia atrás, me coloqué los auriculares, cerré los ojos y floté en un profundo sueño durante el resto del vuelo, que gracias a Dios transcurrió sin incidentes.

Cassie

Era sólo cuestión de tiempo que Mark Drury se pasara por el Café Rose un domingo para almorzar, con el periódico debajo del brazo y una sonrisa en la cara. No tenía mi número de teléfono y yo no lo había llamado desde que nos habíamos enrollado, hacía ya casi dos semanas de ello.

–Hola, Cassie –me saludó–. Qué casualidad encontrarte aquí.

–Pues sí –convine–, y tan pronto. La una del mediodía. ¿Has tenido que ponerte la alarma?

–Qué graciosa.

Le llevé un menú, puse boca arriba su taza de café y se la llené hasta el borde.

–Enseguida vengo a tomarte nota.

–No tengo prisa. A diferencia de ti –replicó, y abrió el periódico.

Se refería a la mañana después, porque me fui de su casa bastante rápido. La última vez que lo había visto estaba enredado entre las sábanas, que no conjuntaban, roncando levemente.

Levanté los ojos al cielo y me fui a la cocina.

Al regresar, pidió huevos revueltos, salchicha Boudin y una tostada, que se comió en cuestión de minutos. Tras retirarle los platos vacíos, pidió una ensalada grande de la casa.

–Para la digestión. Como los italianos –explicó.

Después de la ensalada, preguntó por la sopa del día.

–Era de coliflor al curry, pero se nos ha acabado –dije en el mismo momento en que Dell pasaba a nuestro lado con una fuente de huevos Benedict.

–Descongelaré un poco; no tardaré ni un minuto –se ofreció.

–Genial –aceptó él.

–Sí que tienes hambre hoy, señor Drury.

–Esta noche tengo un concierto, y eso siempre me da hambre. ¿Por qué no vienes a vernos? Tocamos en el Spotted Cat.

Se sacó un *flyer* del bolsillo y me lo tendió justo cuando Will, cubierto de polvo blanco de la cabeza a los pies, aparecía por la esquina y se dirigía al piso de arriba.

No estaba segura de que hubiera oído la parte final de la conversación, así que elevé la voz:

–Haré cuanto pueda por estar ahí esta noche, Mark. ¡Gracias por invitarme!

–¡Perfecto! –exclamó Mark, confundido por mi repentino entusiasmo–. Ahora será mejor que me vaya.

–¿No quieres sopa?

–Sólo la cuenta. Tengo que limpiar la casa por si vienen invitados después del concierto.

–No es muy probable –le contesté, esta vez en voz más baja.

–Ya veremos.

Al mirarme, toda la arrogancia de su juventud pareció desvanecerse y por un instante sólo fue un hombre joven que quería pasar un buen rato conmigo. Y aun así... yo sólo tenía ganas de salir a correr un buen rato y acurrucarme en el sofá con mi gato y el mando a distancia.

Le llevé la cuenta a Mark, que me dejó una propina desproporcionada. Luego me dirigí al piso de arriba, para informar a Will de que me marchaba. Llevaba una semana sin subir al nuevo espacio y la transformación resultaba increíble. De un almacén sombrío y lúgubre con el papel de la pared desvaído y el suelo polvoriento, Will había creado un comedor espacioso y moderno, con ventanas batientes nuevas que daban a la calle, dos paredes de ladrillo visto y suelos pulidos y barnizados. Subido a una escalera, estaba pintando el servicio de hombres, junto a la claraboya nueva. Asomé la cabeza y encendí la luz en un gesto de amabilidad, lo que nos hizo parpadear a los dos, deslumbrados.

–Vaya, no me había dado cuenta de lo tarde que es. ¿Qué hora es?

–Hora de irme a casa. Sólo quería decirte que Dell está abajo sola hasta que llegue Tracina.

–¿Hoy ha habido muchos clientes?

Me fastidiaba que su voz todavía pudiera dejarme clavada al suelo. Habían pasado casi cinco meses desde que...

–Bastantes.

También resultaba complicado no percibir que la parte superior de su cuerpo estaba cada vez más definida gracias al trabajo físico, sobre todo los brazos. Tenía trozos de yeso y pintura en la cabeza que yo me moría de ganas de quitarle.

–¿Tienes planes para esta noche? –continuó, mientras yo salía del baño para ver el resto de la reforma.

–De hecho, sí; tengo planes.

–¿Con ese tío delgado que estaba ahí fuera?

–Puede ser –repliqué–. Esto ha quedado precioso. Estoy impresionada.

–¿Sales con él?

–Vaya. Es sólo un amigo, Will –repliqué, decidida a no ahondar en el tema, aunque por dentro me alegré de que él sí quisiera.

La zona del comedor me dejó sin respiración: los apliques de cristal ahumado en la pared, las lámparas metálicas renovadas que colgaban sobre la barra del bar... Me imaginé lo bonito que quedaría todo una vez amueblado y a reventar de gente, lleno de comensales atractivos y deslumbrantes que se enamorarían a la luz de las velas. Fue entonces cuando vi algo raro que asomaba por detrás de la nueva barra de madera de nogal: un flamante colchón individual encajado entre la pared y la nevera, con un edredón encima.

Will entró en la estancia frotándose las manos en los tejanos. Yo me volví hacia él.

–Oh –dijo, alternando la mirada entre el colchón y yo–. He dormido aquí unas cuantas noches. Tracina, con el embarazo... Vaya, si no soy yo quien la despierta, es ella la que no me deja dormir. Y los dos necesitamos descansar. Cuando nazca el niño todo será más sencillo.

–Por lo que he oído de los bebés, es justo lo contrario –señalé. Deseaba desesperadamente cambiar de tema, y eso fue lo que hice–: Ha quedado todo precioso, Will, de verdad. Deberías sentirte muy orgulloso de lo que has hecho. Será uno de los restaurantes más bonitos de Frenchmen Street.

–Quiero tener una carta de vinos realmente atractiva, ¿sabes? Traer algunos de sitios poco habituales, como Uruguay o Texas. En Hill Country hay muy buenos viñedos.

–No lo sabía.

–Lo sabrás. Pronto.

–¿A qué te referías?

–Bueno, vas a tener que desempolvar tus conocimientos enológicos, porque vas a ser la encargada de este sitio. Quiero que lo lleves tú –anunció Will–. Tus horarios cambiarán; tendrás que venir por las tardes, hasta el ajeteo de la cena. Y vestir ropa más bonita. Bueno, no me refiero a vestidos de satén negro, pero tampoco una camiseta negra. Te pagaré más. Te pagaré bien.

Mientras él hablaba, yo no podía parar de mirar su boca. Estar cerca de él, trabajar con él, verle cada día: eso quería. Verle con Tracina y el niño, experimentar continuamente el dolor de contemplar su vida familiar desde fuera: eso no lo quería.

–No se me ocurre nadie que pudiera hacerlo mejor que tú –añadió él, y dio un paso hacia mí.

–¿Tracina lo sabe?

–Aún no se lo he contado. Cassie, ella y yo no somos compañeros. No como lo habría sido... contigo.

Ambos sentimos cómo el peso de sus palabras inundaba la estancia. Alargué la mano y le acaricié el brazo con los dedos, y una descarga eléctrica nos recorrió a ambos. Pretendía ser un gesto de agradecimiento por la gran oportunidad que acababa de ofrecerme, sobre la que aún tenía que pensar. Pero entonces mis manos empezaron a moverse casi por su cuenta: recorrieron su brazo por debajo de la manga de la camiseta, donde se marcaba un nuevo músculo, el que se tensaba cuando tecleaba cifras en la caja registradora o extendía una capa de pintura sobre la pared. Mi mano se desplazó lentamente por su pecho y se detuvo un momento sobre su corazón, que se aceleró con mi contacto e hizo que un escalofrío me recorriera el brazo. Me cogió por el codo, me atrajo hacia él y me puso la mano bajo la barbilla para levantarme la cara y que le mirara a los ojos.

–¿Eres consciente de cuánto te deseo?

Su voz sonaba ronca, tensa.

Abrí la boca para decir algo, cualquier cosa, pero las palabras se me quedaron atrapadas en la garganta. Y entonces lo noté: su boca en la base de mi cuello, besándome. Cuando nuestros labios se encontraron, fue como si llevaran siglos echándose de menos.

–Cassie...

Pronunció mi nombre entre besos y me mordisqueó los labios; me apretó contra él con un brazo tras mi espalda al tiempo que su otra mano se sumergía dentro de mi camiseta y se ahuecaba sobre mis pechos con ternura y avidez. Noté cómo se ponía duro y enterré la cabeza en su hombro y cerré los ojos. Ansiaba congelar aquel momento con el único hombre al que de verdad amaba y que ahora me abrazaba, me deseaba...

–No pararé si tú no me lo pides –susurró mientras deslizaba una mano por mis tejanos y me apretaba el culo.

No quería que parara, y si no hubiera visto mi rostro sonrojado y culpable reflejado en el espejo de la barra, no lo habría hecho.

–No podemos hacerlo –dije, y me liberé de su abrazo y di un paso atrás.

Él también se apartó, aunque no de mí, sino de sus propios actos.

–Hemos sido amigos durante años, Will –dije–. Buenos amigos.

–No quiero otra amiga. Te quiero a ti.

–Créeme, dentro de unos meses vas a necesitar amigos –repuse mientras me metía la camiseta por dentro de los tejanos y me arreglaba el delantal.

–Lo siento, Cassie. De hecho, es muy cutre que te ofrezca un ascenso y a las primeras de cambio me salgas con esto.

–No presentaré una reclamación... si me prometes que no volverás a hacerlo.

–No voy a prometer nada que no pueda cumplir. Pero ¿puedo pedirte una cosa?

–Dispara.

–¿Pensarás en mi oferta de trabajo?

–Lo haré.

–¿Vendrás mañana?

–A primera hora.

–¿Y pasado?

–Y al siguiente.

–Supongo que tendré que conformarme con eso. Por ahora.

Sonreí. ¿Cómo no iba a hacerlo? Me di la vuelta, salí de la sala y recorrí el pasillo hacia la escalera.

–Cassie, sólo quiero que sepas... –Me volví para mirarlo–. Que eres tú; siempre has sido tú.

Me agarré a la barandilla.

–¿Me has oído?

–Sí, te he oído. Tengo que irme, Will.

En el piso de abajo le grité «Nos vemos» a Dell, que me dedicó una mirada extraña desde la cocina. Luego cogí el bolso de mi taquilla y me marché, con lágrimas punzantes en los ojos. Hasta que llegué a Chartres no me di cuenta de que la parte delantera de mi camiseta estaba cubierta de yeso blanco y trozos de pintura seca.

Dauphine

La época en que sólo podía mirar fotos de sitios bonitos se había acabado. Eso fue lo primero que me vino a la mente al despertarme con la voz del comandante Nathan, que con su relajante acento anunciaba que el avión había iniciado el descenso. Esperaba ver pasturas por la ventanilla, pero, al echar un vistazo, descubrí que el sol salía sobre una alfombra de edificios, la ciudad de Buenos Aires, que se extendía hasta donde alcanzaba mi vista. Sus dimensiones me cortaron la respiración. Había leído sobre su deslumbrante expansión, pero ahora la veía con mis propios ojos, y desde las alturas. Nunca antes había visto una ciudad desde aquel punto de vista privilegiado, y la sensación era sobrenatural, como si tuviera un superpoder. No tardaría en convertirme en algo más que en una mera observadora: me sumergiría en la propia ciudad, el París de Sudamérica.

Le di mentalmente las gracias a S.E.C.R.E.T. y, mientras desembarcábamos, hice lo propio en voz alta a mi piloto, además de darle un beso en la mejilla al pasar junto a él.

—Gracias por ayudarme —le dije.

—Ha sido un placer —contestó el comandante Nathan, y se dio un golpecito en la gorra.

A la salida, dos hombres me esperaban tras un letrero con mi nombre escrito en él: uno me llevaría al hotel y el otro trasladaría el cuadro de Carolina a un lugar seguro hasta el momento de la subasta. En el asiento trasero de la limusina me esperaba un cuenco con fruta fría, pastas y café caliente, que saboreé por el camino. Sentía un apetito voraz: de comida, de gente, de vida. Con los ojos desorbitados contemplaba hasta el mínimo detalle a través de la ventanilla.

En una sola manzana distinguí fachadas neoclásicas francesas, cúpulas italianas, puertas *art nouveau* y cristalerías modernistas encajadas entre edificios de seis pisos con la ropa tendida en los balcones. Me resultaba imposible asimilar la sucesión de líneas curvas y cornisas. La gente parecía ignorar los semáforos, lo cual resultaba peligroso en un lugar donde un giro rápido para abandonar una avenida de ocho carriles podía llevarte a una estrecha callejuela de un solo carril y sin aceras. «De modo que esto es lo que se siente al ser un extranjero a la aventura en un sitio nuevo», pensé. Tenía los sentidos despiertos y todo mi cuerpo vibraba con las posibilidades que se abrían ante mí.

Mi chófer, Ernesto, era un guía servicial, y me señalaba todos los puntos relevantes, como cuando la autovía del aeropuerto se convirtió en la avenida Nueve de Julio, una de las calles más anchas del mundo.

—Es... conmemorativo —me dijo, en español y con un acento cantarín—, para celebrar la independencia de Argentina. La mayoría de las calles de Buenos Aires tienen nombres que conmemoran algo o a alguien.

Nos acercamos al hotel atravesando el corazón de un barrio densamente poblado y con una actividad frenética, Recoleta, una zona de clase alta, según me dijo Ernesto, donde la gente aún hacía cola para presentar sus respetos a Eva Perón en el conocido cementerio.

Al detenernos frente al hotel Alvear Palace me sentí como si hubiéramos aparcado ante un castillo. Me reprimí por sentirme como una princesa, algo contra lo cual creía que mi adicción al trabajo me había inmunizado. Pero es que ahí estaba, saliendo del largo y estilizado vehículo con ayuda de Ernesto, sintiéndome valiosa. Una hilera de banderas internacionales ondeaba ruidosamente al viento, y subrayan el hecho de que el hotel ocupaba casi una manzana entera.

—Este será su hogar durante los próximos días —me indicó él, al tiempo que se quitaba la gorra y realizaba una leve inclinación.

Me fijé mejor en su cara: su piel morena y sus ojos levemente rasgados constituían una mezcla espectacular, y para ser tan joven desprendía cierta sensación de seriedad.

—Es muy bonito. Gracias.

Mis maletas desaparecieron a través de las puertas doradas y las seguí con rapidez. La sensación de majestuosidad se acrecentó al subir con el ascensor a mi suite del octavo piso, donde me quité los zapatos. Mi salita daba a una bulliciosa calle con el atasco de la hora punta ya en marcha, pero los cristales triples de las ventanas proporcionaban un silencio de ultratumba. Dios mío, aquello era una suite de verdad, de esas en las que la habitación donde comes es distinta de la habitación donde duermes. Descorrí los pesados cortinajes que iban del techo hasta el suelo y acaricié con los pies la mullida alfombra oriental. El portero se marchó con su propina y por un momento me quedé de pie en medio de las habitaciones con los puños apretados. Entonces solté un agudo grito de alegría, corrí hacia la cama y me lancé encima.

Aún quedaban unos días para la subasta, y de repente fui consciente de la responsabilidad que implicaba. Me habían mandado a una especie de misión, como una mujer misteriosa envuelta en intrigas, decidí. Si algo me daba miedo, fingiría ser esa mujer temeraria, la clase de mujer que disfrutaba placeres exquisitos a tres mil metros de altura y recibía una suite en premio a su audacia.

Después de una ducha caliente, retiré las suaves capas de ropa de cama y me deslicé debajo del pesado edredón. Sólo una cabezadita, pensé; en el avión no había dormido bien. Cerré los ojos y me desperté tres horas después al oír unos golpes suaves en la puerta. La abrí y me encontré con un botones que entró con un carrito. Entre la jarra de café y una bandeja de sándwiches sin corteza había un sobre grueso y cuadrado en el que podía leerse «Dauphine», escrito con la familiar caligrafía florida de S.E.C.R.E.T. Resultaba extraño, además de desconcertante, ver algo conocido en un lugar tan alejado de casa. Cogí el sobre de la bandeja y lo abrí con el cuchillo de la mantequilla. En uno de los lados del tarjetón del interior se leía: «Paso cuatro», y en el otro la palabra «Generosidad», con una frase debajo: «Estamos contigo en cada paso, Dauphine».

¡Iba a suceder! ¡Otro paso!

Colgada de un gancho encima del carrito había una gruesa bolsa de ropa que al llevar a la cama noté que pesaba bastante. Abrí la cremallera y quedó a la vista un sofisticado vestido rojo con lentejuelas en el corpiño y que terminaba en una cascada de plumas alrededor de las caderas y las piernas. Parecía un enorme cisne carmesí. Me lo sujeté frente al cuerpo delante del espejo, y de entre sus pliegues cayó una invitación para un espectáculo nocturno de tango.

¿Bailar? No; bailar, no. Era algo que había evitado casi tanto como volar. Por mucho que me encantara la música, era incapaz de hacer algo que no fuera seguir el ritmo con la cabeza en la esquina más oscura del local. A veces bailaba sola en mi apartamento y también había bailado para Luke una vez, hasta que me cargué el ambiente de seducción sobreactuando, demasiado consciente de mí misma para hacer un verdadero striptease. Pero la idea de bailar delante de desconocidos me encogía el estómago. Yo no era esbelta y grácil como mi hermana.

«Si Bree tuviera la disciplina de Dauphine, o Dauphine las piernas de Bree, habría una bailarina en la familia», señalaba mi madre a menudo. Creo que lo decía como un cumplido, pero a mí me sentaba como una patada.

Aparqué por un momento mis miedos para maravillarme ante aquel vestido, la experta confección del corpiño, cosido a mano y forrado estratégicamente para suavizar el armazón que lo mantenía rígido. No cabía duda de que el bajo asimétrico de la falda invitaba a pensar en el tango y, aunque el rojo me sentaba bien, no puedo decir que el vestido fuera de mi estilo. No. En absoluto. Unas gotas de sudor perlaron mi frente. No podía, no iba a bailar delante de gente. No con mi cuerpo, enfundado en ese vestido. Y el objetivo de S.E.C.R.E.T., como Cassie y Matilda no dejaban de repetirme, era hacer todo lo que quisieras y nada que no desearas.

Quedaban unas cuantas horas para que comenzara el espectáculo de tango. Salí a la calle vestida con mi gabardina y unos zapatos cómodos. Buenos Aires era una ciudad moderna, ruidosa y ajetreada, donde lo nuevo y lo antiguo se mezclaban en cada esquina. Y los porteños parecían adorar sus espacios al aire libre tanto como los habitantes de Nueva Orleans. Incluso en un día fresco de otoño como aquél, la plaza San Martín estaba atestada de paseantes y ciclistas, y perros de todos los tamaños tiraban de docenas de cadenas sujetas por caminantes increíblemente fuertes. Sentí que me embargaba una sensación de calidez. Si no hubiera sido por S.E.C.R.E.T., jamás me habría sentado en medio de una plaza frente a la Casa Rosada observando a los ancianos (vestidos con abrigos de tweed de buen corte) jugar al ajedrez, mientras a mi alrededor las parejas se hacían arrumacos bajo el sol.

Recorrí todos los barrios, desde Recoleta hasta Palermo, desde San Telmo a La Boca, y exploré las tiendas de segunda mano, donde averigüé quiénes eran sus

proveedores y me interesé por los precios. De lo primero que me percaté en una ciudad de mujeres morenas y altas con narices aguileñas (algunas heredadas y otras compradas) es que mis curvas estadounidenses destacaban. Nada de lo que me probé en las tiendas de segunda mano me iba bien, lo que mortificó a algunas de las dependientas más que a mí.

—*Lo siento, señorita*—se disculpó en español la pequeña y nerviosa propietaria de una tienda muy bien conservada cerca del cementerio de Recoleta.

En otra de las tiendas fui incapaz de subirme una falda de tubo.

—Querida—me dijo el amable dependiente, un señor mayor, en un inglés perfecto. Se había dado cuenta de mi abatimiento mientras me cobraba un conjunto de trapos de cocina y una mantelería de lino—. No dejes que tu cuerpo te entristezca; es un buen cuerpo.

Tras darle las gracias salí del local y avancé con cuidado por las estrechas aceras llenas de peatones, tratando sin éxito de comportarme como una lugareña mientras tropezaba con los baches al contemplar las gárgolas y las cúpulas de algunos de los edificios más fascinantes.

En La Boca me comí unos alfajores y bebí mate, mientras observaba a una pareja mayor bailar un tango lento en una plaza. Él era unos centímetros más bajo que ella y dos veces menos corpulento, y ella llevaba demasiado maquillaje para ser de día. Pero esas excentricidades les conferían mayor atractivo. Su baile era desgarradoramente íntimo, la forma en que danzaban delante de una multitud de desconocidos reunidos en la plaza al atardecer. La música casi me hizo saltar las lágrimas, igual que las expresiones de dolor y amor de sus caras. Si esa mujer era capaz de mostrarse así de vulnerable delante de tanta gente, a plena luz del día, ¿de qué tenía yo miedo? Tal vez aquello fuera la verdadera generosidad: entregarte tal como eres, aunque sea en un baile.

Al final, esa noche necesité la mano solícita de Ernesto para que me ayudara a salir del asiento trasero de la limusina y desenredar el revoltijo de plumas rojas que cubrían mi vestido de tango. No me sentaba bien. El corpiño me quedaba ajustado, y la parte superior de los pechos me salía por encima. Por debajo de la cintura baja, el vestido se convertía en una masa de plumas que flotaban hasta los tobillos. Me sentía como una diosa emergiendo de un océano escarlata.

—*Gracias.*

—*De nada*—dijo él, y se inclinó de nuevo—. Está... *lindísima* con ese vestido, señorita Dauphine.

Le dediqué una sonrisa nerviosa y miré la estrecha callejuela que llevaba a la entrada del club de tango, donde colgaba un cartel de neón. Había muy poca gente a medianoche en aquella calle tan apartada.

—La espero aquí... ¿después?

Me dio un leve empujoncito con sus manos enfundadas en guantes blancos. «No me pasará nada. Estaré bien.» Mientras me acercaba lentamente a la música melancólica y rítmica que emergía del oscuro local, un portero de expresión amable, también enguantado, entreabrió las cortinas de terciopelo que colgaban de la entrada.

—Te esperábamos, Dauphine.

«Dios bendito.» Me zambullí en el interior, un poco mareada. Una docena de parejas se volvió a mirarme, como si estuvieran esperándome. A través de las mesas, me acompañaron hasta un banco arrimado a la pared del fondo. En cuanto me senté, una camarera vivaz vestida con un tutú blanco y medias a rayas blancas y negras me sirvió una bebida rosa.

—Estamos a punto de comenzar, Dauphine—me indicó, en un acento que parecía francés—. ¿Te apetece alguna cosa?

Antes de que pudiera abrir la boca, una pequeña banda apenas iluminada a la derecha del escenario empezó a tocar una balada. Los músicos tenían los ojos vendados, y meneaban la cabeza mientras tocaban sus instrumentos. ¿Por qué se habían tapado los ojos? El público centró su atención en la banda y un solitario foco iluminó el escenario. Yo me hundí en mi banco de terciopelo con la esperanza de que sólo tuviera que mirar. Notaba el corazón desbocado contra el corpiño, y estaba segura de que todo el mundo podía oír mis latidos. Entonces oí una voz ronca y grave que cantaba a capela.

Una mujer impresionante con un vestido exactamente igual que el mío, pero en negro, se desplazó lentamente desde un lateral del escenario hasta el centro, bajo la luz del foco. Rodeaba el micrófono con las manos y sus labios brillaban pintados de rojo rubí. La canción era en español, pero me percaté de que la letra era triste. La mujer apretaba los ojos mientras cantaba acerca de una chica, su corazón y sus sueños rotos, creo. Una de las parejas de la primera fila se puso en pie, se rodeó con los brazos y emprendió esa danza de familiares giros del tango; ambos se sujetaban mutuamente, una pierna se alzaba y hacía un gesto brusco de vez en cuando; la luz no se filtraba entre ellos. Otra mujer, enfundada en un ceñido vestido azul con una raja hasta la cintura, sacó a bailar a su acompañante, vestido con esmoquin, lo cual provocó una cascada de cuatro parejas más, hasta que la cantante quedó rodeada de una docena de cuerpos que se movían en círculos al son de la música. En ese momento, la cantante se volvió para mirar en mi dirección y dirigir su pasión hacia... ¿hacia mí?

La canción hablaba del paso del tiempo, de una mujer que se arrepentía de no haber vivido la vida. O quizá de haberla vivido a medias. La cantante era fascinante. Me encogí en el asiento, sin saber muy bien cómo responder a su mirada. Parecía estar seduciéndome delante de todo el mundo, aunque tal vez ésa fuera tan sólo la naturaleza del tango. Encantada y avergonzada a partes iguales por la atención que me prestaba, me sentí aliviada cuando una mano bronceada me invitó a levantarme.

—¿Aceptas este paso?

La mano pertenecía a un hombre alto con el pelo moreno corto y rizado, y hermosos ojos negros. Al sonreír dejó al descubierto una hilera de dientes perfectos y blancos que contrastaban con su piel aceitinada y tersa.

—Me temo que no sé bailar—contesté, tan alto y con tanta educación como pude sin que se me oyera por encima de la voz de la cantante.

—No importa—repuso sin dejar de sonreír, y añadió—: Déjate llevar por mí y todo vendrá rodado. Nosotros cuidaremos de ti.

«¿Nosotros?» Me ayudó a levantarme y quedé sobrecogida por su amplio y perfecto torso, cubierto por una camisa negra ceñida y metida por dentro de unos pantalones negros que se ajustaban a la perfección a las piernas del bailarín. «Entrégate a él, Dauphine. Esto tiene que ver con la generosidad.»

—Acepto—dije, con un nudo en el estómago.

Él me cogió de la mano y me llevó a la pista de baile.

Me rodeó la espalda con el brazo y me atrajo hacia él hasta que nuestros cuerpos quedaron pegados, mis zapatos de tacón entre los suyos. Me cogió la otra mano y la sostuvo en lo alto. De repente noté algo contra mi espalda y, al volverme, me sorprendí al ver a la hermosa cantante, con los ojos cerrados, que juntaba su mano en lo alto con las nuestras y entrelazaba sus dedos con los míos. Con la otra mano me rodeó el cuerpo y me sujetó justo por debajo de los pechos, tirando de mí hacia ella, y su perfume a rosas se mezcló con la suave fragancia a almizcle de mi pareja de baile.

—Deja que ella te ayude. Siente cómo se mueve su cuerpo detrás de ti—me susurró mi pareja—. Muévete como lo hace ella.

La mujer flexionó la rodilla izquierda, flexionando a su vez la mía, y me acarició la pierna con la mano del mismo lado. De cara a mi compañero de baile, noté cómo me levantaba la falda para dejar a la vista el borde de las medias. Antes de que me diera cuenta de lo que ocurría, deslizó una cálida mano por mi muslo apretándome aún más contra su cuerpo. La banda volvió a coger el ritmo. Yo notaba los pechos de la mujer en mi espalda y el pecho del bailarín rozarme levemente por delante. Nos desplazamos sobre el suelo al unísono, con una sensación embriagadora. Sentía que ellos me llevaban, que formaba parte de su baile. ¡Lo estaba haciendo! Las demás parejas no tardaron en retirarse del escenario y sumergirse en la oscuridad, y nos quedamos los tres solos.

Entonces, una vez terminada la lección al son de un arreglo de guitarra, la cantante hizo un giro y se alejó de mí para caer en los brazos de una bella mujer rubia que apareció de entre las sombras. Llevaba el pelo recogido en un moño tirante, una máscara y pantalones de esmoquin negros. Era más alta que la cantante y el top blanco resaltaba sus brazos torneados y morenos. Mi pareja masculina me atrajo hacia él con fuerza, me recorrió la espalda con la mano, me cubrió el culo con ella y presionó su pelvis contra mí. Se le había puesto dura, y noté la pulsión sobre mi pierna. Me levantó en el aire y pataleé con las piernas hasta que me depositó frente a las dos bailarinas. La rubia se movía como una pantera, con la mano en la curva de la espalda de la cantante, sus brazos flexibles como las ramas de una enredadera.

—Obsérvalas—me susurró mi compañero—. Haz lo mismo que haga la cantante, y yo te haré sentir lo mismo que sienta ella.

Imité el movimiento de las caderas de la cantante, un giro, dos, tres, rodilla arriba, al tiempo que mi pareja me cogía, me apretaba contra él, y me movía con mis manos sobre su pecho. Entonces contemplé a las mujeres con los cuerpos apretados uno contra el otro, paso, paso, parada y giro; la mano de la rubia se deslizaba por el cuerpo de la cantante, que se echó hacia atrás con los ojos cerrados. Era muy excitante. Aquellas dos mujeres agarradas resultaban muy excitantes. Me estaban poniendo

tan caliente como las manos de mi compañero. Entonces la rubia bajó lentamente la cremallera del vestido de la cantante y dejó que cayera a sus pies. Se quedó con medias y ligero, sin bragas, los pezones rosados asomando por encima de su sujetador de media copa y el pelo negro cayéndole sobre los hombros. Observé su hermoso cuerpo y la estrecha línea de vello púbico, que destacaba contra la piel blanca de la mano de la rubia, que la recorría con dedos trémulos. Sentí detrás de mí a mi pareja, que me acercaba a la cantante. Entonces oí el sonido de mi cremallera y el vestido me resbaló sobre el cuerpo y quedó hecho un ovillo a mis pies. La cantante y yo nos quedamos frente a frente, ambas casi desnudas, a medio metro de distancia, con medias y sujetador. Yo no había estado nunca con una mujer, pero era evidente que ella me deseaba... y eso me resultaba embriagador. La deseaba a ella, lo deseaba a él, lo quería todo.

Mientras nuestras parejas se movían a nuestras espaldas, la cantante me atrajo hacia ella para sumergirme en su beso... ¡y yo la dejé hacer! Estaba besando a una hermosa mujer, que ronroneaba y exploraba mi lengua con la suya. Me recorrió ávidamente el cuello con los labios mientras los dedos de su rubia compañera la encendían; sus uñas esmaltadas en rojo eran una mancha borrosa que dibujaba círculos sobre su clitoris. Mientras miraba cómo la mujer rubia daba placer a la cantante, que jadeaba sobre mi piel mientras llegaba al orgasmo, mi propio cuerpo se calentó y empezó a vibrar, lo cual excitó a mi compañero de baile, detrás de mí. Incluso después de correrse, la cantante no dejó de chuparme los pezones dentro de su boca fría, al tiempo que las manos cálidas y firmes de mi pareja se deslizaban sobre mi estómago, mi pelvis, me rodeaban y sus dedos encontraban mi entrepierna mojada, al mismo ritmo al que la lengua de la cantante se movía sobre mí. Estaba espléndidamente atrapada entre ambos, abrasados por el placer, y en cuestión de segundos yo también sentí ese placer y todo mi cuerpo se estremeció. Tomé lo que con tanta generosidad me estaban entregando. Con una mano entre el abundante pelo de la cantante observé cómo movía rápidamente la punta de la lengua sobre mi pezón, mientras los dedos de mi pareja masajeaban salvajemente el centro de mi clitoris en círculos perfectos; me volvieron loca, me liberaron, me hicieron correrme y mi orgasmo me recorrió el cuerpo oleada tras oleada.

—Oh... sí.

—*Hermosa* —murmuró la cantante.

Mi compañero me agarró con fuerza y me sujetó con las manos hasta que dejé de temblar. Noté cómo todos los músculos me fallaban; él me besó en el hombro y me dejó con delicadeza en el suelo, hecha un ovillo junto a mi vestido rojo.

Mientras la banda atacaba una nueva melodía, la rubia se enredó con la cantante en una rígida postura de tango y ambas se alejaron de mí bailando hasta perderse entre bastidores. Mi compañero salió tras ellas, tras lanzarme un beso con la mano y pararse a tocar el escenario con la mano, como si quisiera darle las gracias.

Y luego desapareció también.

«Dios mío de mi vida, ¿qué acaba de pasar?»

Parpadeé, sin aliento, y la banda siguió tocando como si actuara frente a una sala llena. Me sentía embriagada de felicidad, cálida bajo el foco; mi vestido de cisne rojo dormía junto a la montaña de plumas de ébano de la cantante. Entonces lo vi, pequeño y redondo y brillante en el suelo del escenario, donde mi pareja lo había tocado: mi amuleto del cuarto paso.

Hermosa.

Cassie

Por la expresión de Mark Drury, parecía que alguien acabara de darle un golpe en la nariz con un periódico enrollado.

–¿No quieres verme más?

Después de que me llamara dos veces en tres días, había accedido a quedar con él en el parque Washington Square al terminar mi turno.

A pesar de la señal que indicaba que los perros y las bicicletas estaban prohibidos, el parque era el sitio perfecto para ir con cualquiera de los dos en un día caluroso.

–No es que no quiera verte... –alegué.

–Creía que nos lo habíamos pasado bien.

–Y nos lo pasamos bien.

–Entonces ¿qué te pasa?

Entorné los ojos y miré un cachorro de cocker spaniel que había un poco más allá, mordisqueando la pierna de su dueño, y pensé que si Mark fuera un perro, sería de esa raza. Will sería el fiel labrador color chocolate del cajón de arena y Tracina el beagle alfa que no paraba de ladrar y de llamar la atención de todo el mundo. Yo sería el retriever de pelo liso que se perseguía su propia cola debajo de las palmeras.

–Mark –dije–, me pareces un tío muy guay.

–¿Es por lo de ese Will?

Se me cayó el alma a los pies. Era por Will. Cada vez que me alejaba de él, bastaba una mirada, un roce, un beso, para que volviera a infectarme.

–En parte sí.

Pero lo otro, la parte que no quería contarle, era que cuando no estábamos en la cama lo veía como si fuera mi hermano pequeño y mimado.

Mark me rodeó con el brazo en un gesto tierno.

–El amor es difícil, Cassie. Lo sé; soy músico.

Casi me eché a reír, pero resultaba tan adorable, joder. Así que acepté el gesto y me incliné un poco hacia él.

Habían pasado tres días desde mi encuentro con Will en el restaurante nuevo, desde que me había atraído hacia él y me había besado de aquella forma. En esos tres días, nos habíamos evitado mutuamente con timidez en el trabajo, disculpándonos mucho más de lo necesario cada vez que teníamos un encuentro incómodo en el pasillo y dándonos las gracias de forma desmesurada cada vez que uno servía café para ayudar al otro o le tendía un martillo. Durante un cambio de turno nos quedamos solos en su despacho por un breve momento, y Will dijo que quería dejar dos cosas bien claras, y que sería la última vez que iba a mencionar lo sucedido.

–Uno: no me arrepiento de nada de lo que hice o dije. Y dos: sigo queriendo que aceptes el trabajo para el restaurante.

–Vale –contesté–. Lo haré, acepto el trabajo. Pero respecto a lo otro, no puede volver a ocurrir. No es justo ni para mí ni para Tracina ni para el niño.

En susurros, atentos los dos por si oíamos pasos que se acercaran por el pasillo, me prometió que nada de dramas ni de besos robados ni de enrollarnos. Incluso lo sellamos con un apretón de manos, y el contacto con su piel fue tan electrificante como siempre.

Y ese día en el parque, mirando el atractivo perfil de Mark, sentado en el banco junto a mí, supe que puesto que era incapaz de mantenerme alejada de alguien a quien quería de verdad y de sentirme atraída por alguien a quien no quería, necesitaba a un hombre que se hallara a medio camino. Necesitaba una cuña entre Will y yo, y entre Mark y yo.

Pero la única persona que me estimulaba tanto a nivel físico como mental era Jesse, escogido para una última cita con Dauphine. A menos que reclutara a un sustituto. Y entonces se me ocurrió, como si acabara de iluminarme un maravilloso rayo de luz.

–... en fin, mira, yo también estoy en una época de rollos, y a lo mejor tú eres uno más. Pero si no te apetece, no hay problema. A mí no me importa.

Yo estaba sumida en mis propios pensamientos. Los dos eran jóvenes y descarados, y altos. Los dos tenían una sonrisa atractiva. A los dos les quedaban bien las camisetas blancas, algo muy extraño si no eras Marlon Brando en los años cincuenta. Pero mientras que Jesse desprendía calidez y bondad, quizá porque era padre separado, Mark era engraido. Jesse tenía tatuajes, aunque aún me sorprendía que Mark no los tuviera. Traté de calcular con exactitud cuándo iban a prepararle a Dauphine la fantasía con Jesse. Dentro de unos días volvería de Buenos Aires, así que sería más o menos al cabo de un mes. Me puse nerviosa. Los hombres reclutados por S.E.C.R.E.T. tenían que pasar toda una batería de pruebas que se alargaba durante semanas. Tenía que actuar con rapidez.

Mark chasqueó los dedos frente a mi cara.

–¿Dónde estás, Cassie?

–Lo siento, estoy aquí. Los perros... son tan monos que me he distraído. –Me volví hacia él–. ¿Sabes? Me ha gustado lo que has dicho sobre los rollos. Eres joven, y eso es justo lo que tienes que hacer. No deberías atarte a una sola mujer.

–Supongo –convino él–. Pero soy músico. A los músicos nos gusta tener novia. Ellas nos cuidan y nosotros creamos.

–Ya.

Los perros se perseguían en círculos y se olisqueaban. Volví la cabeza para mirarle a los ojos con expresión decidida.

–Bueno, pues si lo de tener aventuras iba en serio, creo que tengo una que te interesará. Una muy grande. Increíble. La clase de aventura que no encontrarás en ninguna otra parte.

–¿O con nadie más? –preguntó, y se inclinó para besarme.

Lo frené.

–Esta aventura es... con otras mujeres. Mujeres más interesantes que yo. Mujeres atrevidas. Si te apetece.

Y, de repente, una sonrisa empezó a esbozarse lentamente en el rostro de Mark. No hay duda de que para los hombres es más fácil. No había necesitado preámbulos ni garantías para aceptar mi propuesta, la misma propuesta sorprendente que Matilda me había hecho a mí, y yo a Dauphine unos meses atrás. No hacía falta precalentamiento, ni hacerlo sentir cómodo ni persuadirlo. No hacía falta acercarse a él con cautela. Él no tenía impedimentos físicos que superar ni condicionamientos sociales a los que enfrentarse. Mi oferta no le llevó a cuestionarse todo lo que le habían enseñado sobre su papel en el mundo, sobre su sexualidad. Sólo me había hecho falta agitar ante sus ojos la posibilidad de más sexo, sexo interesante, mucho sexo, justo como a él le gustaba y con las mujeres que le gustaban, para que juntara las manos detrás de la cabeza y dijera:

–Te escucho con atención, Cassie Robichaud. Con mucha atención.

Convencer a Matilda no resultó tan sencillo.

–Tiene que pasar por un proceso de selección muy riguroso, Cassie. Y eso significa pruebas médicas, psicológicas, físicas...

–Las pasará –le aseguré mientras quitaba la etiqueta del botellín de cerveza.

–Eso es una señal de frustración sexual –comentó como quien no quiere la cosa, señalando lo que estaba haciendo con las manos.

–¡Y lo que te pido, también; créeme!

El escenario habitual de nuestros encuentros, el Tracy's, estaba muy tranquilo para ser viernes por la tarde. Ahora que lo pensaba, durante mi turno en el café todo había estado también bastante muerto. Tracina se había alegrado: su embarazo estaba tan avanzado que la gente no se sentía cómoda cuando ella los servía, porque daba la sensación de que el bebé podía caer encima de la mesa en cualquier momento. Era cuestión de semanas que tuviera que guardar reposo absoluto.

Will había puesto un anuncio para encontrar una sustituta, pero su hermano Jackson, que vivía en Slidell, le pidió que contratara a su hija mayor, Claire, una chica de diecisiete años de aspecto estrafalario y con rastas que quería terminar el instituto en el Centro de Artes Creativas de Nueva Orleans, cuyo campus no quedaba muy lejos del café. Entre *piercings* y recitales de poesía, prometió trabajar dos noches a la semana y los fines de semana, y cubrir más turnos durante el verano. Al principio Will se mostró reacio a que su rebelde sobrina adolescente también viviera con él, hasta que Tracina señaló las posibilidades que ofrecía como canguro una vez naciera el niño. Así que Claire comenzó enseguida, y de inmediato encajó en el restaurante, haciendo cabrear a Dell y estorbando el paso.

Matilda no había terminado de enumerar todos los inconvenientes de reclutar a Mark.

—Si Mark supera todas las pruebas, aún tendremos que entrenarlo, Cassie. Y el resto de las mujeres tiene que apoyar la decisión. Ha de ser unánime.

—Les gustará. Y Dauphine tiene debilidad por los músicos.

—Y luego está el tema de Jesse y tú. Cabe la posibilidad de que él te rechace, ya lo sabes. Solamente le queda una fantasía con S.E.C.R.E.T. y quizá quiera disfrutar de esa oportunidad. ¿Estás preparada para que te diga que no?

—Claro, sí. Por supuesto.

Me encogí de hombros, di un trago a la cerveza y me retraje en la silla, porque era mentira. S.E.C.R.E.T. me había hecho muchos regalos, pero la capacidad de aceptar el rechazo no era uno de ellos. Al fin y al cabo, en S.E.C.R.E.T. no había la posibilidad de que te rechazaran, sólo de rechazar tú a alguien. Claro que Jesse podía rechazarme, ¿y por qué no iba a hacerlo? ¿Qué opciones se le presentaban? Por un lado, una cita sosa y típica conmigo, una mujer con la que se había acostado en una ocasión en el marco de una fantasía, hacía más de un año, la misma que había rechazado verlo más cuando se le presentó la oportunidad. Por el otro, la emoción de una fantasía nueva y de una carne nueva contra su piel. En esa disyuntiva, ¿la mayoría de los hombres no elegiría la novedad? ¿No lo haría yo? Bueno, no. Había disfrutado de esa novedad con Mark, y mucho más con Will. A Mark no lo quería y a Will no podía tenerlo. Así que tal como yo lo veía, eso sólo me dejaba a Jesse.

—Mañana me reuniré con Jesse —decidió Matilda—. Si acepta, se pondrá en contacto contigo. Si dice que no, no te dirá nada. En cualquier caso, voy a sacarlo de la lista de Dauphine para prevenir cualquier posible tensión entre Dauphine y tú. Esa relación es sagrada. Y, pase lo que pase, ella no tiene que enterarse de esta conversación. —Matilda hizo una pausa para dejar que yo asimilara la información—. ¡Oh! —añadió al cabo de unos segundos—, por cierto, Dominic ha superado el proceso. Es nuestro nuevo fichaje.

—¿El futbolista?

—En realidad es contratista. Ha pasado las pruebas y ya casi ha terminado el entrenamiento. Si Mark no funciona, podemos contar con Dominic.

—¿Y qué hay de Ewan, ese pelirrojo tan atractivo?

—No pasó la votación inicial. Es curioso. Casi nunca obtenemos una votación unánime con los pelirrojos, lo que como pelirroja me parece un prejuicio. A Marta no acababa de convencerle.

—Pero era muy guapo.

—Bueno, si el año que viene formas parte del Comité puedes volver a presentar su candidatura, si él sigue interesado.

Tras pagar a medias la cuenta y despedirme de Matilda, decidí volver a casa andando. Hacía una noche agradable, aunque un poco sombría, porque no había luna. Oí sirenas en la distancia, y música discordante de jazz que salía de una puerta de cada dos y que aumentó de volumen y se volvió más rara cuando Magazine dio paso a Decatur, en el barrio francés. Me recorrió un escalofrío. El otoño se acercaba, lo notaba en los huesos. De hecho, toda la ciudad parecía de repente tan oscura e inquieta como me sentía yo.

A la mañana siguiente, sonó el teléfono mientras salía de la ducha.

—¿Sí?

—Hola, preciosa —dijo una voz masculina con un acento sureño deliciosamente familiar.

Ni se me había ocurrido que pudiera ser Jesse. No tan pronto. No a las diez de la mañana. Sin duda, Matilda se había limitado a llamarle y explicarle las opciones. Sin duda, él necesitaba tiempo para pensárselo.

No obstante, era él. Se me erizó la piel de todo el cuerpo y la mano que sujetaba el teléfono empezó a sudar. «¿Qué querrá?»

—¿Quién es? —pregunté.

Cuando tengo miedo, aparto las cosas de mí con ambas manos. No las suelto, sino que las mantengo a un brazo de distancia para tomar ventaja, esperando que sean ellas quienes se acerquen a mí. Lo había hecho con Will, y ahora lo estaba haciendo con Jesse.

—Sabes perfectamente quién soy, Cassie Robichaud.

Los pasos de S.E.C.R.E.T. me cruzaron el pensamiento con rapidez. ¡Sí! Podía acceder a todos aquellos atributos; los había sentido, los había experimentado. Podía hacerlo.

Aceptación.

—Ya sé que eres tú; era broma.

—Sí, bueno... Matilda me ha dicho que querías verme.

Coraje.

—Así es.

—¿Dónde estás?

Confianza.

—En casa.

Generosidad.

—He pensado... —continuó—. ¿Te apetece venir a cenar el sábado que viene? Yo cocino.

—¿Tengo que esperar una semana? ¿Dónde vives?

Audacia.

—En Marigny, cerca de mi trabajo.

Seguridad.

—Vaya, que si no te va bien el sábado que viene, no hay problema, podemos quedar el siguiente —añadió.

—Los sábados estoy con mi hijo —explicó—. Pero supongo que me lo podré montar.

Curiosidad.

—Es verdad, tienes un hijo. ¿Cuántos años tiene?

—Seis. Lo tengo todos los miércoles, y viernes y sábados alternos hasta las seis. Luego lo dejo en casa de su madre. Hace cuatro días fue su cumpleaños.

Arrojo.

—Qué guay. Bueno, ¿por qué no te pasas después de dejarlo el sábado que viene? Cocinaré algo para los dos. Trae una botella de vino o lo que quieras para beber.

—Eso haré, señorita Robichaud.

Exuberancia.

—¡Genial! Me apetece mucho. Vivo en la casa verde de la esquina de Chartres con Mandeville. En el segundo piso. Te veo el sábado.

Después de colgar di un salto de medio metro. Tenía una cita con un hombre al que apenas conocía, cuyo apellido ignoraba, un padre separado cubierto de tatuajes al que había conocido durante un increíble y anónimo encuentro sexual debido a que ambos formábamos parte de un grupo clandestino que orquestaba fantasías sexuales para mujeres. Y no podía estar más emocionada.

–Lo he hecho –le dije a *Dixie*, que, tendida de espaldas, jugueteaba con los amuletos de mi pulsera.

Dauphine

Debería haber sabido que algo pasaba cuando un chófer que no era Ernesto llegó veinte minutos tarde a recogerme. Yo estaba sentada en el vestíbulo del hotel Palace Alvear, con mi vestido nuevo de brocado negro, abotonado a un lado y con manga tres cuartos, la mejor para dejar a la vista mi pulsera. Lo había encontrado en un colgador en una tienda de San Telmo, un precioso vestido de cóctel ajustado que llegaba justo por debajo de la rodilla, un largo conservador compensado por la forma en que destacaba mis curvas. Al ver la mirada que me dedicó el nuevo chófer mientras avanzaba a grandes zancadas por el vestíbulo hacia mí me dejó claro que el vestido valía hasta el último peso que había pagado por él. El uniforme le quedaba un poco ceñido; la gorra, un poco grande, y las mangas, demasiado cortas. No tenía el aspecto de un hombre que se pasaba el día sentado tras el volante de una limusina, lo cual, de hecho, era un gran elogio.

—*Lo siento, señorita Dauphine*—se disculpó en español por su tardanza, y al tenderme la mano sin guante sus venosas muñecas asomaron por debajo del puño de la camisa.

Al estrechársela, un estremecimiento me recorrió el brazo. El encanto de Ernesto era infantil, mientras que el nuevo chófer destilaba masculinidad en estado puro. Una segunda alarma se disparó una vez instalada en el asiento de atrás de la limusina.

—*¿Adónde vamos?*—preguntó.

Si era S.E.C.R.E.T. quien lo había mandado, ¿por qué no conocía la dirección? Matilda me había advertido que la subasta era muy discreta y que sólo habían invitado a asistir a ella a unos cuantas personas forradas de pasta. La información sobre la ubicación se había transmitido mediante una llamada telefónica, no por invitación, para evitar que la prensa se enterara.

Mi mirada se cruzó en el retrovisor con la de los sonrientes ojos verdes del chófer. Era el tipo de hombre que sabe que causa un gran efecto en las mujeres.

—*Vamos al teatro Colón, por supuesto*—le indiqué, dirigiéndolo al histórico teatro del centro.

No pude evitar que su aspecto me encandilara. «Qué superficial eres, Dauphine», me reñí, y me acomodé en el asiento.

La siguiente alarma se disparó durante el lento trayecto hasta el teatro, al ver que cada dos manzanas consultaba un GPS y ajustaba una y otra vez el retrovisor. Sin embargo, al parar frente al teatro Colón, un edificio que ocupaba toda una manzana y que parecía un pastel de bodas de mármol cremoso, mis preocupaciones se vieron sustituidas de inmediato por la inquietud de la subasta. Un portero ataviado con esmoquin me esperaba en el bordillo para recibirme. Ignoró al chófer mientras abría la puerta y me ayuda a salir del coche.

—Huau—dije, lo cual sonó tan estadounidense como puede sonar una exclamación.

—Señorita Mason, es un honor conocerla. Y lamento que haya tenido... problemas para encontrar el teatro Colón.—Eché un vistazo al chófer—. *¿Quién es usted?*

—Dante—contestó el, y me cogió por el brazo.

El hombre que me había recibido dejó escapar el aire con un ruido exagerado y se volvió sobre sus talones. Dante y yo lo seguimos a través de la muchedumbre de turistas que tomaba fotos frente al edificio. Cruzamos sin detenernos el vestíbulo dorado con estatuas de mármol alineadas a ambos lados, donde había reunidos otros chóferes de limusina que esperaban a sus clientes, y luego pasamos bajo el techo con vidrieras hasta un cartel que rezaba: EVENTO PRIVADO. Empujamos las puertas talladas y bañadas en oro y entramos en el teatro a oscuras.

El teatro Colón era un cautivador espectáculo de intrincados palcos alrededor de largos y amplios arcos de asientos forrados de terciopelo rojo. Las doce primeras filas estaban ocupadas por los inquietos licitadores, que nos estaban esperando. Por suerte, no éramos los últimos en llegar. Justo antes de tomar asiento, una rubia alta con un traje ejecutivo azul marino bajó apresuradamente la escalera y ocupó el último asiento en la mesa de los agentes, frente a una hilera de teléfonos. Matilda me había informado de que habría compradores de todo el mundo que participarían por teléfono, y que serían los banqueros locales quienes atendieran sus llamadas.

«Relájate, Dauphine. Sólo vas a firmar unos papeles.» Me di unos golpecitos nerviosos en el moño, contenta de haber elegido tacones bajos con el vestido ceñido. Mi asiento asignado junto al pasillo, en la última fila, me proporcionaba una vista privilegiada de la subasta que se iba a celebrar. Me eché hacia atrás para apreciar los frescos color sepia que rodeaban una lámpara de araña tan grande como el sol.

Eché un vistazo a los compradores, en su mayoría mujeres. El dinero obtenido por la venta del cuadro se dedicaría a financiar las poco ortodoxas actividades de S.E.C.R.E.T., como me había explicado Matilda, y no quería que esos fondos procedieran de personas o grupos que pudieran fisgonear demasiado en el fin último de S.E.C.R.E.T., o cuyos valores no encajaran con los nuestros.

Dante permanecía de pie a mi lado en actitud vigilante, como un atractivo perro guardián.

—Es... *lindísimo*—comenté, refiriéndome al lugar.

—Sí, es espectacular—susurró inclinándose hacia mí—. Durante estos últimos años lo han restaurado por completo. Y por cierto, ese vestido también es espectacular.

¡Así que hablaba inglés! Y con acento americano... no, ¡con acento sureño! Ésa fue la señal de alarma definitiva.

—¿Quién eres? ¿Y de dónde eres?

Curvó los labios en una adorable sonrisa justo en el momento en que el mazo caía, y una cortina se abrió revelando el cuadro *Rabia roja*, bellamente iluminado y colocado sobre un caballete negro mate. Su estilo moderno y austero contrastaba con la exuberancia del auditorio, que se llenó de expresiones de asombro. Los aplausos parecieron ser el pie que Dante esperaba para sentarse en la zona vacía del teatro, detrás de mí.

El subastador subió al estrado y dio la bienvenida a los invitados. Tras un breve preámbulo sobre la historia del cuadro, pidió a los asistentes que saludaran a un representante enviado para autenticar la transmisión de la propiedad.

—Por favor, den la bienvenida a la señorita Mason, que ha acompañado la obra *Rabia roja* desde Nueva Orleans en representación de su anónimo propietario.

Sentí que la sangre abandonaba completamente mi rostro. Sin levantarme, agité la mano en el aire, la bajé con rapidez y me hundí en el asiento.

—Le deseamos mucha suerte hoy, señorita Mason. La subasta se llevará a cabo en inglés; hemos proporcionado cascos para la traducción. Empecemos.

¡Pam! La puja se abrió en 2,3 millones de dólares estadounidenses. Matilda esperaba doblar esa cifra. El subastador comenzó a abrirse paso a través del bosque de brazos que se alzaban a ambos lados del pasillo. Respondía con tanta rapidez, que parecía que nadara a brazas. También llovían las pujas telefónicas anónimas, y la rubia que había llegado más tarde que nosotros permanecía sentada al extremo del renglón de teléfonos, agitando la pierna con gesto nervioso.

—¿He oído dos millones cuatrocientos mil? ¿Dos millones cuatrocientos mil? Ofrecen dos millones seiscientos mil; dos millones seiscientos mil al fondo. Tres millones aquí; he oído tres millones en la primera fila...

Yo tenía que mover la cabeza de un lado a otro para seguir la rápida puja.

—Ofrecen cuatro millones, cuatro con doscientos mil; cuatro millones doscientos mil. Cuatro millones ochocientos mil... y dan cinco, señoras y señores.

Al llegar a aquella cifra, algunos de los representantes de los postores colgaron el teléfono. Cuando se alcanzaron los seis millones, la mitad de la sala permanecía en silencio mientras yo me mantenía erguida en el borde de mi asiento. A los siete millones, casi todos los presentes abandonaron la puja, excepto dos que seguían en liza: una mujer corpulenta con gafas gruesas que competía con un postor telefónico especialmente entusiasta, representado por la rubia, que no bajaba el brazo en ningún momento y cuyo dedo aceptaba cada vez que alguien subía la puja.

—Ofrecen ocho millones y medio... ocho y medio, y aquí ofrecen nueve. ¡Nueve millones el postor del teléfono! Nueve millones doscientos mil...

«¡Santo cielo! Van a llegar a los diez millones. Eso servirá para financiar muchas fantasías.» Estiré el cuello para buscar a mi chófer, que había dejado de ser mi sombra. A lo mejor se había unido al resto de los chóferes en el vestíbulo.

—Diez millones de dólares, dan diez millones. Diez millones cuatrocientos mil; ofrecen diez millones cuatrocientos mil...

Izquierda, derecha, derecha, izquierda; los dos postores se retaban mutuamente; la rubia del teléfono no perdía la compostura mientras que la mujer de las gafas

estaba cada vez más inquieta. Mi corazón latía al ritmo de la puja, y se aceleraba cada vez que una de las dos levantaba la mano. ¡Aquello era mucho más emocionante que el deporte!

—Señoras y señores, dan once millones cien mil dólares. ¿He oído doscientos mil? Ofrecen... once millones doscientos mil —dijo el subastador, señalando con el mazo a la mujer de las gafas, cuyo brazo cada vez le pesaba más.

La rubia continuó con el suyo en alto.

—¿Once trescientos? Sí, ofrecen once trescientos por teléfono. ¿Alguien ofrece once cuatrocientos?

La pausa cayó como un peso sobre la sala. Todas las caras se volvieron a mirar a la mujer de las gruesas gafas negras. Tal vez porque no era una voz incorpórea a través del teléfono, de repente sentí deseos de que ganara ella. Pero, por desgracia, el brazo de la rubia volvió a alzarse con gesto tranquilo para subir el precio.

—El postor anónimo número ocho ofrece once cuatrocientos... once cuatrocientos... ¿Alguien ofrece once y medio?

La mujer de las gafas levantó una mano vacilante.

—Ofrecen once y medio...

—¡Quince millones! —bramó desde el fondo de la sala una voz que me resultaba familiar.

Tardé un segundo en caer en la cuenta de quién era, pues ya no llevaba uniforme. Allí estaba mi chófer, Dante, con un traje negro que parecía recién planchado, una camisa blanca metida pulcramente por dentro de los pantalones. La gorra, las gafas de sol y la chaqueta de talla pequeña habían desaparecido. Resultaba inquietantemente sexy, con una mano metida en el bolsillo.

—¿Es usted un postor registrado?

Él señaló a la última en llegar, la nerviosa rubia sentada a la mesa de los teléfonos.

—Isabella es la representante de mi empresa, el Banco Central de Argentina. Puede dar fe de mis fondos. Ya puedes colgar, Isabella. Siento mucho llegar tarde.

Dante —o como se llamara en realidad— elevó la temperatura de la sala, que pareció llegar al punto de ebullición. El subastador, aturullado, se volvió y se encontró que la mujer de las gafas había apoyado la cabeza en la mano, vencida.

—Así pues... serán quince millones... a la una... a las dos... y vendido al caballero del traje oscuro. *Rabia roja* de Carolina Mendoza se ha vendido por quince millones. Se trata de un nuevo récord, señoras y señores. ¡Un récord increíble!

El teatro estalló en aplausos, pero yo permanecí con las manos sobre los reposabrazos mientras observaba cómo Dante se dirigía a la otra postora para estrecharle la mano. La gente siguió aplaudiendo y Dante posó para varias fotografías frente al cuadro. El subastador, tras hablar en voz baja con Isabella, me hizo señas para que me acercara por la escalera a la mesa de los teléfonos, ahora despejada excepto por un complejo certificado centrado sobre un vade de cuero.

—Isabella me ha confirmado que los quince millones ya se han hecho efectivos. A menos que tenga alguna objeción a que un postor no registrado compre el cuadro, puede firmar la orden de transferencia de propiedad —me indicó el subastador, y me tendió una bonita estilográfica con una pluma de pájaro—. Se trata de una enorme suma de dinero. Impresionante.

También él parecía perturbado por aquel atractivo hombre que había introducido unos métodos tan poco ortodoxos y de una forma tan teatral. Pero ¿qué se puede decir cuando alguien desembolsa quince millones de dólares y triplica la cifra que esperabas obtener? Se dan las gracias y se firma en la línea de puntos, que fue lo que hice, con la rúbrica correspondiente. Me moría de ganas de explicarle a Matilda lo de aquel dinero que nos acababa de caer del cielo.

Le tendí los papeles al subastador.

Dante, o quienquiera que fuera, se acercó a la mesa y completó la transferencia con su propia firma. Luego cruzó su mirada con la mía, que seguía reflejando la confusión que experimentaba.

—Encantado de conocerla formalmente, señorita Mason. Le aseguro que el cuadro de la señora Mendoza irá a parar a un muy buen hogar. Soy un gran entusiasta de todos sus proyectos. Supongo que se imaginará mi tristeza al ser excluido de la lista de postores, y lo agradecido que estoy de que no haya rechazado mi oferta.

—¿Quién es usted? —pregunté, y con gesto cauto enlacé mi brazo en el que él me ofrecía—. ¿Y a qué venía toda esa treta de la limusina? Lo de no hablar inglés y aparecer aquí sin haberse registrado, ¿de verdad era necesario? Sin duda podría...

—Dauphine, querida, te lo explicaré todo a su debido tiempo. Pero ahora tenemos que irnos, antes de que la curiosidad se adueñe de la sala y nos engulla a los dos. La gente va a empezar a hacer preguntas, sobre mí, sobre ti y sobre... el grupo al que representas.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Lo suficiente para preguntarte... si aceptas este paso.

«¡Claro! Es uno de ellos. ¡Es uno de los nuestros!»

Mientras la multitud se congregaba alrededor de *Rabia roja* para fotografiarlo antes de que lo embalaran y lo facturaran, él me escoltó por la escalera hacia la salida del teatro. Ahora todo tenía sentido, aunque mi corazón seguía acelerado.

El vestíbulo estaba vacío, excepto por media docena de chóferes aburridos que miraban el reloj. Dante me llevó con decisión en la dirección opuesta, a través de unas altas puertas de cristal cubiertas con cortinas de encaje. De pronto nos encontramos solos en un bonito y estrecho corredor pintado de color marfil, bordeado de columnas y con un revestimiento de madera bañada en el mismo tono dorado que mi pulsera. Me soltó el brazo y encaró su cuerpo al mío.

—¿Y?

—¿Y? —dije yo, y retrocedí hasta chocar y caer sobre un diván muy mullido colocado bajo el busto de algún compositor famoso—. ¿De verdad te acabas de gastar quince millones de dólares en un cuadro?

—Así es.

—¿Por qué?

—Para impresionarte. ¿Ha funcionado?

Me hice a un lado para que pudiera sentarse a mi lado.

—Es posible.

Estaba claro que aquél era un hombre al que todo le resultaba fácil, pero yo no estaba segura de querer contribuir a ello. Se inclinó sobre mí y su cara quedó a escasos centímetros de la mía. Sus narinas se dilataron como un animal que aspirara el olor del miedo... y le gustara.

—Te lo preguntaré una vez más: ¿aceptas este paso?

Me cogió la mano y estaba a punto de examinar mi pulsera cuando retiré con un gesto brusco la muñeca y la escondí a mi espalda. Era muy atractivo, y conocía S.E.C.R.E.T., pero había algo oscuro en él que me inquietaba.

—¿Cómo te llamas en realidad? —pregunté—. ¿Y cómo es posible que no supieras dónde se llevaba a cabo la subasta si tu banquera estaba aquí, la chica rubia?

—Ella nos seguía en coche, pues tampoco había recibido una invitación. En fin, responderé con mucho gusto todas tus preguntas, Dauphine, pero sólo hay una verdaderamente importante. ¿Aceptas este paso?

Con la boca pegada a mi oreja, introdujo mi lóbulo entre sus labios y lo succionó con suavidad. Una corriente eléctrica me recorrió el cuerpo y lo convirtió en lava. Me tocara donde me tocara, mi piel se derretía bajo sus manos. Avanzaba con rapidez, con tanta rapidez que pronto no podría detenerlo, ni aunque quisiera.

—He deseado hacer esto desde el momento en que te vi en el hotel —susurró mientras me separaba las rodillas y subía con languidez la mano por mis muslos.

Me quedé paralizada al oír voces procedentes del vestíbulo.

—He cerrado la puerta con llave; nadie nos encontrará —me tranquilizó.

Yo tenía la falda subida casi hasta las caderas; le puse una mano en el hombro y lo aparté con delicadeza.

—¿De dónde eres?

Él volvió a pegarse a mí y su boca encontró mi cuello. No estaba contestando a ninguna de mis preguntas. Yo ardía de deseo y mis instintos empezaban a adormecerse debido a su talentosa boca.

—Dauphine, acepta y te lo contaré todo.

–Aceptaré –murmuré con los ojos cerrados–, si me dices... qué paso es éste.

Volví a buscar el brazalete con la mirada, pero yo ya había colocado inteligentemente el brazo a mi espalda.

Se irguió y se bajó los puños de las mangas.

–No es una pregunta difícil –insistí–. ¿Por qué no lo miras en el amuleto, el que has traído para darme luego? Ahí encontrarás la respuesta.

–Ya conoces las reglas, Dauphine –contestó tras una pausa–. Si no aceptas, no puedo enseñarte el colgante.

Repasé mentalmente las iniciales del acrónimo S.E.C.R.E.T. y lo que significaban. Sin duda aquel hombre era cautivador, y nuestro encuentro habría sido romántico y erótico. Quizás al final yo me habría sentido eufórica y transformada, pero sólo había un problema: no me sentía segura. Todo se reducía a eso. Si el paso cinco implicaba superar mis miedos, su negativa a contestar mis preguntas me impedía hacerlo.

–Tú también conoces las reglas, Dante, o como te llames. Si no acepto el paso, la cosa acaba aquí. Y no lo acepto. De todas formas, ¿quién eres? Por como hablas, pareces del Sur, de Louisiana, de hecho.

–Vaya –replicó con un resoplido al tiempo que se ponía en pie–. Para haberme rechazado, diría que preguntas mucho.

–Tal vez –convine, y me bajé el vestido por debajo de las rodillas.

Durante nuestro breve forcejeo, el moño se me había aflojado, así que me saqué el pasador que lo sujetaba y me dejé el pelo suelto.

–*Rabia roja*, no cabe duda –comentó admirando mi melena pelirroja, y alargó la mano para acariciar un rizo. Yo se la aparté–. Será un placer pedirle a mi chófer que te lleve de vuelta al hotel.

–No es necesario –repuse–. Puedo volver sola.

–En ese caso... será mejor que me vaya.

Se levantó, se acercó a la puerta, hizo girar la llave y la cerró a su espalda después de salir. ¿Quién demonios era ese hombre y qué buscaba? Esperé unos segundos antes de regresar al teatro, donde un grupo de personas seguía alrededor del cuadro. ¿Sería demasiado tarde para rechazar la transferencia de propiedad? Tenía que intentarlo.

El subastador mantenía una conversación discreta con la banquera, Isabella.

–Disculpe –los interrumpí–. Antes de marcharme, ¿podría decirme si es posible anular la transferencia? Es que... tengo la sensación de haber cometido un error al vender el cuadro a un postor no registrado.

Intercambiaron una mirada, como si hubieran estado discutiendo acerca del mismo tema.

–El problema es que ahora también necesitará la firma de él –explicó el subastador–. Oficialmente, es el propietario del cuadro.

–Y un comprador muy ansioso –añadió Isabella en un inglés con acento pero perfecto–. Yo no era consciente de que no estaba registrado; en caso contrario, no podría haber participado en la subasta en representación del señor Castille.

–¿El señor qué?

–Castille –repitió–. Pierre Castille. Debe de ser muy conocido en su ciudad, pues es el dueño de la mitad.

–Y de una pequeña parte de ésta, también –bromeó el subastador.

¿Pierre Castille? Por supuesto que conocía aquel nombre, pero fuera de contexto no había reconocido su cara. No existían muchas fotos de él; para ser alguien tan rico, era muy celoso de su intimidad, pero si vivías en Nueva Orleans, aquel nombre era el equivalente a la realeza.

¿Por qué demonios iba Pierre Castille, Pierre *el Heredero*, el multimillonario de Bayou, a colarse en una subasta privada, gastarse quince millones en un cuadro y luego intentar seducirme en un diván de un teatro de Buenos Aires? ¿En qué lío me había metido?

Noté cómo el rubor me teñía la cara. Seguro que Cassie y Matilda tendrían algo que decir al respecto. A lo mejor era una señal. A lo mejor lo más conveniente era detenerse en el quinto paso. Pedí que me indicaran dónde se hallaba la parada de taxis y me dirigí al exterior, derrotada. Ya había superado suficientes miedos, pensé, al tiempo que miraba mi pulsera. Aunque sólo estuviera completa a medias, resultaba bastante bonita bajo el brillo de los faros de los coches que pasaban en la noche.

Al sentarme en el taxi que me llevaría de vuelta al hotel, seguía teniendo el corazón desbocado, y me ardía la piel allí donde Pierre Castille me había tocado.

Cassie

La última vez que había sido invitada a la Mansión había acudido desnuda bajo un abrigo largo hasta los pies, y me habían llevado con los ojos vendados al piso de arriba, donde me esperaba un sensual festín (y un amante). Esta vez fue distinto. Era Matilda quien, con expresión sombría, me esperaba en el porche aquel caluroso sábado de agosto. Yo ya estaba al tanto de sus preocupaciones. Después de hablar por teléfono con una irritada Dauphine la noche anterior, no había podido volver a dormirme, así que llamé a Matilda y le conté lo de la subasta y la artimaña de Pierre.

–No puedo creerme lo que ha hecho Pierre –dije después de saludar a Matilda–. Dauphine está muy alterada.

–No me extraña. En los casi cuarenta años que llevamos haciendo esto, hemos tenido problemas con un solo hombre: Pierre. Debería haber confiado en mi instinto cuando lo reclutamos y rechazarlo, pero nos obnubiló con sus encantos.

–Bueno, nos queda un consuelo: con sus quince millones de dólares, S.E.C.R.E.T. podrá seguir durante mucho tiempo –señalé.

–Sí nos los quedamos.

Yo ni siquiera me había planteado la posibilidad de no aceptar el dinero. Pero por cómo hablaba Matilda, de repente devolverlo parecía una posibilidad.

–En cualquier caso –continuó–, quedarnos o no el dinero es una decisión que debe tomar todo el Comité, no sólo yo. Ahora iba a casa de Dauphine.

–¿Quieres que te acompañe? ¿Puedo posponer esta... sesión?

–No. Es algo que tiene que hacer la jefa del Comité, y el tiempo es esencial. Tal vez pueda convencer a Dauphine para que permanezca en S.E.C.R.E.T., pero si no es así, al menos espero poder convencerla de que acepte nuestras disculpas. Mientras tanto, tú, querida, tienes una emocionante tarea por delante que también se ha de realizar. ¿Seguro que estás preparada?

–Más que nunca.

–¿Nerviosa?

–Sí.

–¿Jesse te ha llamado?

–Hemos quedado esta noche.

No pude evitar esbozar una sonrisa, pero Matilda no compartió mi entusiasmo. En lugar de eso, su voz adquirió un tono de preocupación.

–Después de todo lo que ha pasado, y de lo mucho que me equivoqué con Pierre, espero no haberme equivocado también con Jesse.

–No creo que lo hayas hecho –repuse, preguntándome por qué continuaba plantando aquellas semillas de duda sobre él.

La seguí al interior de la Mansión por la escalera y por un largo y fresco pasillo, donde se detuvo frente a una puerta. Hizo girar la llave en la cerradura. Dentro de la pequeña estancia se hallaba un único sillón gris frente a una pared de cristal. Matilda me indicó que me sentara. La habitación del otro lado del cristal estaba tenuemente iluminada pero era espectacular, con ventanales que ocupaban toda la pared a mi derecha, gruesos cortinajes color granate y cupidos grabados en las molduras de madera. De las paredes color marfil colgaban óleos antiguos de mujeres hermosas con vestidos que dejaban los hombros al descubierto. La propia cama era una obra de arte: cada poste estaba tallado de modo que pareciera el tronco de un sauce, y la parte superior, de madera de nogal, representaba las hojas. En el centro de la habitación había un sillón acolchado, sin brazos, con patas doradas y un tapizado de rosas granates bordadas.

Me sentía más nerviosa de lo que me había sentido durante mis propias fantasías.

–Ésta es la habitación Imperial –indicó Matilda.

–¿Así que aquí es donde se lleva a cabo el entrenamiento?

–Una parte sí. ¿Estás lista?

Asentí, respiré hondo y le dediqué mi sonrisa más segura. Estaba a punto de contemplar la primera sesión de entrenamiento de Mark Drury con Angela Rejean. Mark había superado todas las pruebas, se había sometido a dos sesiones previas y había obtenido unos resultados excelentes en sus entrevistas. Ahora, antes de materializar la fantasía de Dauphine, tenía que superar la prueba con Angela.

–Contemplar a hombres con los que hemos estado puede despertar emociones, Cassie. Es necesario tener entereza.

–Estoy bien –repuse, tanto para ella como para mí–. Él es para S.E.C.R.E.T., para Dauphine, no para mí.

–De acuerdo.

–¿Él sabe que estoy mirando?

–No, sólo sabe que alguien de S.E.C.R.E.T. les mira, pero nunca revelamos su identidad. Estaba bastante emocionado.

–¿Y Angela sabe que miramos?

Me dedicó una sonrisa condescendiente.

–Cassie, cielo, esto es lo tuyo. Muy bien, pues. Disfruta, pero también estudia con atención. Tenemos que evaluarlo, buscar formas de que mejore para encarnar mejor la fantasía de una mujer. Debe encontrar placer en dar placer. Y tiene que aprender a hacer que una mujer se sienta completamente deseada, lo que sin ninguna duda es el mejor afrodisíaco. Le transmitiré cualquier consejo que me des. Diría que uno de sus talones de Aquiles es la paciencia. Buena suerte –se despidió con una sonrisa, y añadió–: Has recorrido un largo camino, Cassie. Llámame luego; te contaré cómo me ha ido con Dauphine.

–Gracias. De verdad. Por todo –respondí–. Y espero que Dauphine se quede. Le queda tanto por descubrir...

–Eso es lo que tenía intención de decirle.

Apagó la luz y se marchó, cerrando la puerta a su espalda. Me quedé sola en mi pequeño cuarto a oscuras, sin saber muy bien qué hacer. Crucé y des crucé las piernas y esperé a que la sesión comenzara al otro lado del espejo falso.

Poco después, Angela apareció por una puerta color marfil que se mimetizaba con la pared de la habitación Imperial. Su pelo, por lo general peinado de manera formal, lucía un estilo afro más atrevido, y llevaba un vestido blanco cruzado de una tela muy fina, casi translúcida, que le marcaba los pezones. Calzaba unos tacones de quince centímetros que torneaban sus pantorrillas bronceadas. Ignoré el cristal, que desde su lado de la estancia era un espejo, se acercó a la repisa de mármol de la chimenea y se inclinó en un gesto provocativo. Había muchas cosas que una podía envidiar de Angela, pero en ese momento antepuse en primer lugar de la lista su calma y su indolencia.

De una puerta de la izquierda, que daba al mismo pasillo que yo acababa de recorrer con Matilda, apareció lentamente Mark, con una sonrisa en la cara que no hizo sino ensancharse al ver a su nueva «entrenadora». Se le veía muy guapo y limpio, con una camisa de cambray metida por dentro de unos pantalones de pana holgados, y el pelo húmedo. Casi podía oler su champú de manzana verde.

–Por Dios bendito y todos los santos –murmuró, y en ese momento me di cuenta de que no sólo iba a verlo todo, sino también a oírlo a través de unos altavoces.

–Muy bien, punto número uno: no me sonrías tanto –le indicó Angela–. Queremos que nuestra chica sienta que te alegras de verla, pero sin tanto entusiasmo y con más picardía.

–Lo pillo –dijo él, y literalmente se sacó la sonrisa de la cara pasándose la mano por delante.

Me reí. No sé, era divertido; él era divertido. Pero Angela no se inmutó.

–Siéntate.

Mark tomó asiento en la silla acolchada como un niño obediente, lo que hizo que Angela apoyara su puño en la cadera. «Oh, por favor, no la cagues, Mark –pensé–. Si la cagas, se acabó Jesse.»

–Sí, señora.

–No me llames señora –le espetó Angela–. Ninguna mujer se va a poner cachonda con eso.

–Perdón.

Mark examinó la habitación y su mirada se detuvo por un momento en el cristal. Angela siguió sus ojos y de repente ambos estaban mirándome directamente a mí. ¡No! Me hundi en el sillón y me llevé la mano a la garganta, que se estaba cerrando en una especie de *shock* anafiláctico provocado por el terror. Angela chasqueó los dedos para que él volviera a prestarle atención. Uf. «No pueden verte. ¡No pueden verte, Cassie!», me recordé, y dejé escapar el aire de los pulmones.

Ella se acercó a él contoneándose y se detuvo lo bastante cerca para rozar casi las rodillas de Mark con las suyas.

–Recuerda: sólo te emparejamos con mujeres que quieren lo mismo que tú, que desean lo mismo que tú, que quieren hacer lo mismo que tú o quieren intentar lo mismo que tú.

Él se llevó una mano a los músculos del cuello y se los masajeó levemente. Vaya, también estaba nervioso.

–Así pues, Mark, ¿a qué quieres jugar hoy?

¿A qué quieres jugar hoy? Aquella frase era muy sexy, así que tomé nota mental de ella. Él bajó la vista hacia sus zapatos blancos de tacón y los miró con expresión pensativa. Yo seguí su mirada mientras recorría lentamente las piernas de Angela.

–Jugaré a lo que quieras jugar tú.

«Ése es mi chico –me entraron ganas de gritar–. Puedes hacerlo, Mark.»

Angela se pasó la mano por la parte delantera de su vestido.

–¿Por qué no te quitas la ropa, Mark?

–No me importaría nada. –Se puso en pie para desnudarse; era unos buenos quince centímetros más bajo que ella–. Eres una diosa –le dijo mientras se quitaba los zapatos, y alzó la vista para mirarla a la cara, con los pechos de Ángela a la altura de sus ojos–. No me importa si no debo decirlo. Es lo que eres.

Ella lo cogió del mentón, pero en lugar de besarle, lo soltó, dio media vuelta y se dirigió a un escritorio con tallas muy elaboradas. Abrió un cajón y sacó algo que parecía una cuerda enrollada. La única palabra para describir el modo en que se movía era «felino». Era una mujer que amaba su cuerpo y estaba acostumbrada a que la miraran. Mark no podía apartar los ojos de ella. Y yo tampoco. Se quedó de pie detrás del escritorio mientras él se quitaba la ropa, empezando por los pantalones.

–Mark, Mark, Mark. Te estás desnudando como uno de esos tíos de las fraternidades. Vuelve a vestirte y empieza de nuevo, cariño.

Él obedeció. Una vez vestido, empezó de nuevo, y esta vez se quitó el cinturón más poco a poco.

–¿Ahora eres un bailarín de striptease? No resulta sexy.

–Joder –maldijo Mark, cabreado consigo mismo.

–Empieza por la camisa. Intenta desabrocharte los botones con una sola mano y mírame todo el rato.

Eso hizo él, y la cosa fue mucho mejor. Ella sujetaba la cuerda en la mano.

–Ahora la cuerda –dijo Angela mientras él se desabrochaba el cinturón con un gesto relajado, sin sacarlo de las trabillas y se bajaba los pantalones y los calzoncillos, que echó a un lado con el pie.

Sin duda estaba preparado, pero ella no prestó ninguna atención al hecho. Le empujó hacia la silla y balanceó dos cuerdas frente a su cara.

–Tú también deberías estar desnuda –dijo él, y se le escapó una risita nerviosa.

–No me gusta esa palabra –replicó ella.

–¿Desnuda?

–No, «deberías». Aquí no es muy popular.

Se colocó a su espalda y le ató con firmeza las muñecas a la silla. Luego se puso de nuevo frente a él y le separó las rodillas. Sin apartar la mirada de la de él, deshizo el nudo lateral de su vestido y lo abrió para él como si fuera un envoltorio. No llevaba nada debajo.

–Déjame decirlo de otra forma –dijo él, admirando su cuerpo–. Sería maravilloso si fueras desnuda todo el tiempo. Por el bien de la humanidad.

Ella dejó caer el vestido y se quedó de pie frente a él, desnuda excepto por los zapatos blancos de tacón. Contemplé a Mark mientras él la observaba. Entonces, con una mano, ella se cogió el pecho, mientras se pasaba la otra mano por el torso. Yo estaba hipnotizada y notaba la excitación de Angela, que se introdujo su propio dedo anular.

–Se te ha puesto dura, ¿verdad? ¿Y qué vamos a hacer al respecto?

–¡Santo Dios! –murmuró él, y echó la cabeza hacia atrás con la mirada clavada en las manos de ella, en sus dedos.

Quería tocarla, alargar los brazos hacia ella, pero no podía. Incluso yo percibía su frustración, su deseo, que me excitaba. Nunca había sentido algo así; no había visto mucha pornografía y no me gustaba mirar. Pero esto... esto era intenso. Y me ponía cachonda. Me hundi un poco más en mi sillón, embriagada por el deseo.

Calzada aún con los zapatos de tacón, Angela se puso a horcajadas, se inclinó hacia delante y colocó las manos sobre los hombros de él, de modo que sus pechos se apretaban contra su torso, y lo besó. Empezó lentamente, con languidez, arqueando su cuerpo esbelto con el culo alzado. Le recorrió el cuello con los labios, deteniéndose de vez en cuando para mirarlo a los ojos y comprobar su reacción. Él estaba desesperado.

–¿Crees que podrías desatarme? –preguntó–. Joder, me gustaría mucho tocarte.

Ella se lo pensó un segundo. Entonces se sacó los zapatos, levantó la pierna y colocó el pie desnudo sobre el muslo de él. Con la pierna así apoyada, se abrió a él, manteniéndole a treinta centímetros de distancia de lo que ansiaba.

–¿Quieres tocarme? –le preguntó.

Él asintió, intentando sostenerle la mirada, pero no pudo evitarlo: sus ojos recorrieron su cuerpo perfecto para mirar lo que ella estaba haciendo con su mano.

–Me gusta que un hombre me haga esto –dijo ella; los músculos de su brazo se tensaban con cada círculo que dibujaba–. Pero también me gusta hacerlo yo sola.

Él emitió un sonido, entre un gruñido y un gemido.

–¿Crees que podrías hacerlo mejor que yo?

–Sí –dijo él, forcejeando con las cuerdas; aquello lo estaba volviendo loco.

Noté cómo me humedecía, y me sorprendí cuando mi mano salió disparada hacia mis pechos, se metió por dentro del sujetador y encontró mi pecho derecho, que apretó levemente. Aquello era absolutamente nuevo para mí.

Contemplé cómo Angela flexionaba aún más la rodilla, acercaba su sexo a la cara de él, le cogía el pelo con las manos y le acercaba la boca hacia ella, en un gesto casi tierno. En cuanto su boca la tocó, la cabeza de Mark empezó a moverse de arriba abajo mientras la lamía y alzaba la vista cada pocos segundos por encima del muslo de Angela para comprobar su reacción, con las manos todavía atadas a su espalda. Mark era todo boca, entregado en cuerpo y alma a darle placer y satisfacerla.

Ella echó la cabeza hacia atrás.

–Mmm, qué gusto, qué gusto... –ronroneó, y contoneó las caderas para seguir el ritmo de la lengua de él.

En ese momento me acordé de cómo no hacía tanto había sentido yo aquella misma lengua, aquellas manos...

–Dios, sí –susurró Angela aplastando las caderas contra su cara, su lengua–. Oh... mmm... vas a hacer que me corra y luego... voy a follarte.

Él asintió, entregado. Era casi un acto de adoración, el modo en que movía rítmicamente la cabeza entre las piernas de Angela, hasta que ella echó la cabeza hacia atrás con un espasmo, le agarró del pelo y alcanzó el orgasmo a través de él, que se lo ofreció gustosamente. Derrotada, alargó los pies hacia la espalda de Mark y le liberó las manos de las ataduras con un tirón. De inmediato, él se rodeó la erección con la mano, incapaz de ignorar por más tiempo su creciente deseo. Angela se acercó, con paso tambaleante, a la mesilla de noche y cogió un condón que, al regresar junto a él, desenrolló y le puso con un movimiento rápido. A continuación se colocó a horcajadas sobre él.

–Voy a follarte, Mark –dijo–. ¿Te parece bien?

Él asintió con gesto vehemente, la agarró por los muslos y la guio hacia su glande palpitante. Ella se introdujo su miembro sólo hasta la mitad, contoneándose levemente, volviéndolo loco pero sin dejarle entrar hasta el fondo.

–Tu coño es la puta perfección –gimió él mientras la contemplaba y se consumía.

–Chiss... buen chico –ronroneó ella, y le acarició la cabeza.

Bajó unos centímetros y, entonces, cogida a los hombros de Mark, se dejó caer de golpe, metiéndose dentro entera, al tiempo que él echaba la cabeza hacia atrás y apretaba con fuerza sus muslos. En ese momento empezó todo: las salvajes contorsiones de Angela, sus exquisitas caderas extrayendo de él todo lo que él podía darle. Angela era puro apetito y él era su comida, y le encantaba; probablemente estaba alucinando de ser capaz de proporcionar semejante placer a una mujer como aquella. Angela se lo estaba follando, y yo noté cómo me ponía caliente al tiempo que los dedos de Mark se hincaban en la piel tersa de ella y los músculos vigorosos de su cuello se tensaban y latían. Alcanzado un punto, él le sujetó la cabeza y la besó con fuerza, como si quisiera comérsela. Después de eso, ella bajó la vista por encima de las curvas de sus pechos y se corrió. Sus gritos apenas se habían desvanecido cuando él se puso en pie y la levantó con gesto experto, se volvió sobre sí mismo y la lanzó sobre la cama, provocando la risa de Angela.

–Bien hecho –dijo ella.

Por extraño que parezca, en ese momento yo también me sentí orgullosa de él. «Vamos, Mark, ahora hazla tuya.»

Ahora él estaba sobre ella y le separó las piernas para rendirla. Entró en ella con una embestida rápida y brusca.

–Oh, Dios –gritó ella al mismo tiempo que yo también lo murmuraba y mis dedos se sumergían en mí para hacerme lo que él le estaba haciendo a ella.

Y entonces lo noté, noté cómo me recorría el cuerpo mientras los miraba. Con una mano enredada en el pelo de ella, Mark no cesaba de penetrarla mientras ella gemía debajo, con las piernas alrededor de su esbelta cintura, los brazos extendidos por encima de la cabeza, dejando que él la follara con fuerza... y haciendo que yo quedara totalmente mojada en el proceso.

Entonces, con un movimiento, ella lo tendió de espaldas y se colocó sobre él a horcajadas, tomando otra vez el control. Él se rio al ver sus brazos sujetos y usó toda su fuerza para tratar de atraerla hacia delante y saciar su avidez con un beso, sin dejar de separar sus labios con los dedos y mover la cabeza en círculos. Ella contempló por encima de su hombro su implacable erección, se dio media vuelta y le sacó el condón, dejando su vulva frente a la lengua de Mark. Cuando ella lo tomó en su boca, Mark tardó sólo unos segundos en arquearse debajo de ella y correrse entre gemidos.

–Angela... oh, joder –dijo mientras presionaba la pelvis contra ella.

Yo estaba impresionada por la habilidad de aquella mujer, su entusiasmo mientras lo chupaba hasta vaciarlo. Y cuando ella volvió a correrse, yo también lo hice, con una intensidad que nunca había experimentado antes; todos mis sentidos estallaron mientras mis gemidos se mezclaban con los suyos. Desfallecida sobre el respaldo del sillón, respiré pesadamente junto con ellos dos.

Tras una pausa, Angela se deslizó sobre el cuerpo de Mark y se tendió a su lado. Sus cuerpos estaban hundidos en una nube de almohadas. La ternura con la que él la rodeaba con el brazo, la delicada forma en que ella le pasaba el dedo por el estómago revelaban demasiada intimidad como para que yo siguiera mirando, así que, arrebatada y satisfecha, salí en silencio de la estancia y cerré con cuidado la puerta a mi espalda. Luego entré en un pequeño baño para mojarme la cara y las manos con agua fría.

Según mi móvil, eran las tres. Me daba tiempo a pasarme por el colmado, comprar un vino y tal vez incluso descansar un poco antes de que Jesse viniera a casa. El chico no tenía ni idea de cuánto provecho iba a sacar también él de aquella sesión.

Pasé casi una hora en el colmado intentando decidir qué preparar para cenar, distraída en parte por la disyuntiva en que se hallaba Dauphine, pero también por la increíble escena de la que acababa de ser testigo. Así que cuando el taxi se paró delante del hotel Spinster, me quedaba menos de una hora para preparar una bullabesa, poner la mesa y darme una ducha. Pero el hecho de disponer de poco tiempo para pensar, meditar y rumiar era algo bueno. Me puse unos tejanos gastados, una blusa de seda azul y pulseras de plata. Por alguna razón, no quería que Jesse viera mi pulsera de S.E.C.R.E.T.; me resultaba extraño, era demasiado parecido a un talismán.

Mientras me secaba el pelo con la toalla y removía la sopa con la otra mano, sonó el timbre. Llegaba pronto. Muy pronto. «Mierda, mierda, mierda.» Abrí la puerta y allí estaba: esa sonrisa, el hoyuelo, los ojos fruncidos, el acento cajún. Me quedé sin palabras... y sin maquillaje. ¡Argh! Y mi pelo...

–Eh, ¡hola! –me saludó y entró.

–Llegas pronto.

–Llego justo a tiempo –replicó, y me dio un beso en el pelo húmedo. Oía muy bien, a hierba recién cortada y a verano-. Es una costumbre que tienen los padres separados: no hagas esperar nunca a tus hijos, así crecerán sintiéndose importantes.

–Una buena norma. Pero dame unos minutos.

–¿Para qué? Yo te veo bien.

Me tendió un ramo de flores y una botella de vino.

–Guisantes de olor y un rosado frío.

–Gracias. Eres un sol.

Mi casa era pequeña; la cocina, el comedor y la sala constituían un solo espacio alargado, y al fondo se veía el dormitorio a través de unas puertas de cristal. La altura de Jesse contribuía a que el apartamento se pareciera más al ático de techos bajos que era. Ambos teníamos una sonrisa tonta en la cara.

–Me alegro mucho de verte.

Se puso la mano sobre el pecho y se mordió el labio inferior mientras me miraba de arriba abajo y se mecía levemente sobre las botas de cowboy. Yo me puse roja como la grana.

–Me alegro mucho, sí. Ponte cómodo; yo voy a... acabar de arreglarme.

Me siguió con la vista mientras yo retrocedía hacia el lavabo.

–¡Enseguida vuelvo! –le aseguré, y cerré la puerta del baño a mi espalda.

Me había quedado sin respiración. «Madre mía; está aquí. Cálmate.» Me estaba comportando como una quinceañera. Encendí el secador y me lo pasé unos minutos por el pelo antes de decidir: «A la mierda; éste es el aspecto que tengo, y soy así». Me miré en el espejo para darme un último consejo y recordé las palabras de Matilda: «Es sólo un chico. Los dos sois sólo personas».

Al salir lo encontré poniendo la mesa, con un trapo echado al hombro y los tatuajes asomando por debajo de las mangas de su camiseta. Estaba colocando con esmero las cucharas junto a los cuencos desaparejados. Una corriente cálida me recorrió el cuerpo.

–La sopa casi está. Espero que no te importe que haya agregado un poco más de laurel en polvo. Pero no te preocupes, no te encontrarás hojas enteras.

Me olvidaba de que él era chef; de repostería, pero aun así, sabía de cocina.

–Muy bien, a partir de ahora me encargo yo. Eres mi invitado. Y lo más probable es que hayas estado liado todo el día con tu hijo. ¿Habéis hecho algo especial?

«Respira.»

–No; unos amigos suyos que viven cerca han venido a casa y han estado jugando en el jardín de atrás mientras yo reparaba el cortacésped. Todo muy glamuroso.

–Pues suena bien –repuse mientras cortaba la *baguette* y ponía la panera en la mesa acompañando el pan de sal marina y mantequilla-. Me encantaría ver alguna foto suya.

–Claro. Pero antes siéntate un momento.

Se había dado cuenta de que estaba nerviosa e iba de un lado a otro de la cocina: coger el salero y el pimentero, las copas de vino, sacar las servilletas raídas de lino, regalos de boda de una época muy remota. Apenas recordaba quién era yo por aquel entonces.

Me senté en la silla junto a él y mis rodillas rozaron las suyas.

–Y bien, ¿de qué se me acusa?

–No... de nada, hombre. Sólo pedí volver a verte, fuera de S.E.C.R.E.T. Y aquí estás. Podrías haber dicho que no.

–Estoy bromeando. –Le dió un buen bocado a una rebanada de pan-. He pensado en ti de vez en cuando.

–«Yo» he pensado en ti de vez en cuando –repliqué, y también comí un poco de pan.

–Me alegro de que pidieras verme. Últimamente tengo ganas de encontrar algo... más significativo.

–Yo también –dije. ¿Adónde nos estaba llevando aquella conversación?–. Pero vaya... que no tengo ninguna expectativa. Soy consciente de cómo nos conocimos, y es sólo que de todas las personas con las que... Bueno, con la única que sentí una conexión fue contigo. Así que... sí.

–Creo que lo que tendría que hacer ahora mismo es llevarte a la cama, Cassie, porque me da la sensación de que vas a empezar a pensar demasiado en todo esto, y entonces nos quedaremos atascados en ese mecanismo mental que guardas aquí dentro.

Me golpeó suavemente la sien.

–E... es increíble que la bullabesa no pueda pasarse –tartamudeé, y me puse en pie con gesto vacilante.

–Sí que puede. Pero ¿a quién coño le importa?

Se inclinó y me cargó encima de su hombro. Solté un grito, emocionada y sorprendida. Probablemente mis vecinas del piso de abajo, las hermanas Delmonte, habían apoyado unos vasos en el techo para oír mejor. «Que les den», pensé mientras él me llevaba hasta la cama y me lanzaba encima, lo cual provocó una erupción de almohadas y que por lo menos una de las patas de la cama golpeará con fuerza sobre el suelo que también era el techo de las hermanas. Luego sacó un condón de la cartera y lo tiró a mi lado.

«Allá vamos.»

–Las vecinas –susurré, mientras él reptaba lentamente sobre mi cuerpo hasta acabar con sus brazos cubiertos de tinta a ambos lados de mi cabeza.

El rostro de Jesse, que en la cocina había parecido tan abierto, ahora adoptó una expresión más sombría. Cernido sobre mí, extendió una mano para cogerme de las muñecas, me las colocó por encima de la cabeza y las inmovilizó entre sus manos.

–¿Entonces?

–¿Entonces?

«Jesse está aquí, ¡encima de mí! Sujetándome por las muñecas en la cama.»

–¿A qué quieres jugar, Cassie Robichaud?

Tuve una sensación de *déjà vu*: aquella tarde Angela le había hecho a Mark la misma pregunta.

–¿A qué quieres jugar tú?

De repente me sentía muy poca cosa. El corazón se me salía del pecho y sentí náuseas. Él bajó las ingles hasta quedar totalmente pegado a mí; notaba su erección contra la parte interna de mi muslo. No había ninguna duda de lo que aquello le estaba provocando.

–Me encanta hacer cualquier cosa contigo, Jesse, pero... lo que busco no es una fantasía más.

–Lo sé –dijo él, y se dejó caer sobre el codo; sus ojos adoptaron una mirada cálida y penetrante, y me echó el pelo hacia atrás con una caricia–. No tenemos que hacer nada raro. Yo me conformo con... achucharnos.

Fue la forma en que lo dijo: «Achucharnos», lo que me hizo estallar en carcajadas. Y eso le hizo reír a él.

–¿Así que lo único que quieres es achucharme? –dije imitando su acento cajún–. Muy bien, vamos a achucharnos entonces.

Oh, ésa era la boca que yo recordaba, la boca sedienta, inquisitiva. Se inclinó hacia mí para besarme, para hacerme callar, en realidad. Sujetándome la cabeza con la mano y enredando sus dedos en mi pelo. Con la otra mano me desabotonó lentamente la blusa y luego dejó la mano entre mis pechos y la bajó en un recorrido agonizante hasta el botón de mis tejanos, que me quitó junto con las bragas.

–Todo fuera –dijo al tiempo que deslizaba una mano por mi espalda para desabrocharme el sujetador y lo lanzaba por los aires.

Se puso en pie junto a la cama para quitarse los tejanos y luego los calzoncillos, y no tardó en quedar claro hasta qué punto estaba excitado. Me cogió la mano y la guio hacia él.

–Tócame la polla, Cassie –susurró–. Dilo.

Estaba tan dura, era tan suave.

–¿Decir el qué? –pregunté mientras deslizaba la mano arriba y abajo por su polla.

–Que quieres que meta mi polla en tu precioso coño –murmuró, y un destello brilló en sus ojos bajo mis inexpertas caricias.

Nunca le había visto desnudo del todo, pero allí estaba ahora, de pie sobre mí, todo músculos y fibra, tatuajes y deseo, y sabía, aquel hombre atrevido y poderoso, sabía que me tenía a sus pies.

–¿Qué quieres, preciosa?

–Quiero sentirte dentro, ahora –supliqué.

–¿Quieres que te folle, Cassie?

–Sí, Jesse.

–Dilo.

–Fóllame –murmuré.

–Di: «Quiero que me folles con fuerza, Jesse».

Cerré los ojos, el cuerpo embargado por un increíble deseo, mientras me separaba las piernas sobre el colchón.

–Mmm, mírate, a ti y a tu hermoso coño –dijo, alargando las palabras–. ¿Qué podría hacer un hombre con esto?

–Tú lo sabes –repose, deseando que se me ocurrieran con más facilidad expresiones atrevidas.

Aquello era algo que podía hacer con Jesse: aprender a dejarme llevar más, a ser más libre...

–Dilo, Cassie.

–Fóllame, Jesse. Quiero que me folles con fuerza –le pedí, a punto de desmayarme de excitación.

Él se inclinó a los pies de la cama y me recorrió la pierna con la lengua, hasta la curva de la cara interior de mi muslo, y su lengua jugueteó con la delicada zona donde mi sensible piel entraba en contacto con los labios inferiores. Dios, me estaba poniendo a cien. Me estaba volviendo loca.

–Jesse, fóllame –le supliqué mientras él me acariciaba el muslo con la mano y reseguía mis surcos con el pulgar y lo dejaba suspendido sobre mi clitoris, apenas tocándolo.

Me resultaba imposible soportar el anhelo durante un solo segundo más, así que empecé a contonear las caderas para que me tocara allí donde ansiaba que me tocara, que me follara donde ansiaba que me follara. Pero él si limitó a abrirme con un dedo perezoso y me encontró tan húmeda que jadeé y me arqueé hacia él con un gesto salvaje. Jamás había sentido tanta hambre de nada.

Me retorcí debajo de él al tiempo que él me agarraba un pecho y uno de mis pezones se endurecía dentro de su boca. Hizo lo mismo con el otro, y mi respuesta fue un gemido desesperado. Aquellas ansias de él. Empecé a moverlo con las rodillas a ambos lados de su torso, para colocarlo allí donde quería entre mis piernas.

–¿Más?

–Síiiii.

Se sentó entre mis piernas para ponerse el condón; tenía los brazos tensionados y me saboreaba con los ojos. Me di cuenta de por qué deseaba a ese hombre, de por qué lo anhelaba: porque era un anhelo que podía aliviarse. Con Will, lo único que existía era la sed, una sed imposible de mitigar. Yo necesitaba a Jesse porque deseaba a Will, y Jesse era el único hombre capaz de apaciguar aquel deseo. De hecho, iba a dejar que me follara hasta que no me quedara deseo alguno.

Y lo hizo. Entró en mí con ímpetu, como un salvaje, y se introdujo centímetro a anhelante centímetro, y sus embestidas se encendieron a medida que yo sacudía las caderas contra él. Volvió a agarrarme de las muñecas y me las sujetó cerca de la cabeza.

–¿Te gusta? –preguntó entrando hasta el fondo, con un gruñido grave.

Yo asentí, como si de verdad al follarme estuviera aniquilando mi deseo. Cuanto más me embestía él, más se tensaban y se contraían los músculos de su estómago, convirtiendo su cuerpo en un pistón bien engrasado. Doblé las rodillas hacia arriba para agarrarme con ellas a su torso, cubierto por una pátina de sudor. Y entonces

sucedió: le apreté desde el centro de mis entrañas, y él también lo notó. En su cara se dibujó una expresión de sorpresa que le dio pie a follarme aún con más fuerza, sin descanso, con mi clitoris atrapado entre su pelvis y la mía mientras sus ansiosas caderas se contoneaban en círculos perfectos, hermosos, que elevaban la temperatura de nuestros cuerpos. Sentí deseos de gritar al tiempo que todo mi ser se rendía. Mientras me corría, grité: «Oh, Dios», y eso desencadenó su orgasmo; sacudió las caderas mientras me penetraba con ímpetu y decía:

—Oh, Cassie... Sí.

A ninguno de los dos nos importaba el ruido o los vecinos. Finalmente Jesse se dejó caer sobre mí, jadeando y desmadejado.

—Creo que se me ha parado... el corazón. Chisss, calla, a ver si lo oigo —murmuró con la cara enterrada en mi pelo—. ¿Estoy... muerto? ¿Tú oyes algo?

—Creo que te recuperarás —bromeé, mientras él salía y se separaba de mí.

Me volví para quedar de cara a él, que estaba cubierto de sudor, y reseguí con gesto adormilado las líneas de los tatuajes de sus hombros, donde tenía una cicatriz. Me cogió los dedos.

—¿Cómo te la hiciste? —le pregunté.

—Haciendo el loco con la moto de cross. Tenía catorce años —me explicó mientras me besaba las yemas de los dedos.

Se sentó en la cama, de modo que pude ver todos los dibujos de su cuerpo, y se dio la vuelta para que pudiera contemplar mejor su espalda.

—¿Eso es un roble?

Como si fuéramos adolescentes, después del sexo salvaje poco a poco nos deslizamos en una conversación cómplice en la que él me contó el significado de sus tatuajes más grandes: el árbol cuyas ramas se retorcián hasta formar una calavera en su hombro, y el del otro hombro, cubierto por una bandada de pájaros.

—Es el roble de la casa de mi abuela en Kenner. Allí fue donde me crié tras la muerte de mis padres. Éste me hizo daño —añadió señalándose un rostro de un hombre joven representado con gran belleza a la izquierda de sus costillas—; es mi hermano mayor. Me enseñó a leer cuando yo tenía diez años. Aprendí tarde. Murió en la primera guerra del Golfo. —Había tantas tragedias reflejadas en su cuerpo: familiares muertos, viejos recuerdos—. Y éste es mi tatuaje sexy —dijo, y se inclinó para enseñarme la parte baja de su espalda, donde podía leerse la palabra «sexy» sobre el sacro.

—¡ Ja!

—¿Qué esperabas, una mariposa? —preguntó.

—Creo que contigo es una mala idea esperar nada —repose.

¿Estaba tanteando el terreno? ¿Buscaba una certeza que me permitiera albergar expectativas con ese hombre? No estaba segura. Él se estiró a mi lado para abrazarme.

—Me parece muy inteligente, Cassie —dijo, en tono sincero y grave, mientras me cubría con la pierna—. Yo pienso lo mismo sobre ti.

¿Sobre mí? Estuve a punto de hacer eso tan típicamente femenino para tranquilizarlo, y decir: «Oh, no, no, yo estoy aquí; puedes contar conmigo. Voy a entregarme». Pero ya no era tan tonta. El hecho de que un hombre lleve la historia de su vida dibujada sobre la piel para que todo el mundo la vea no lo convierte en un libro abierto. Y el mero hecho de haberme acostado con él no me convertía en suya. Ambos arrastrábamos sombras de nuestro pasado hacia cualquier futuro que nos esperara. Pero por primera vez en mi vida, no me importaba. Me parecía maravillosa y perfectamente bien.

Dauphine

Nunca he sido una gran viajera, así que no esperaba experimentar aquel arrebato de alegría pura al volver de Buenos Aires y ver mi porche, mis macetas con caléndulas y crisantemos que se marchitaban en el calor de última hora de la tarde. Después de subir la escalera, dejé caer la última maleta y solté un suspiro de gratitud al hallarme de nuevo en mi apartamento polvoriento e iluminado por el sol. Mi viaje, que había comenzado siendo transformador y reparador, había adquirido un tinte sombrío y atemorizante tras mi encuentro con Pierre Castille. El hecho de estar en casa me proporcionaba una sensación de seguridad. En ese momento, descubrí que lo que decían de la morriña sureña es cierto: no existe mayor nostalgia.

Después de regar las plantas, me di un baño para liberarme del agobio del vuelo de regreso (las turbulencias habían sido un poco más intensas y ya no había ningún comandante Nathan para ofrecerme «consuelo»), y los empleados de aduanas habían curioseado todas mis compras con ayuda de un beagle al que no me dejaron acariciar. Buscaban salchichas y marfil, probablemente las dos únicas cosas que no me había traído de Argentina. Había comprado dos maletas de más para la bisutería, la ropa de cama, los vestidos y cuatro trajes de tango antiguos que había adquirido para venderlos en el Funky Monkey. Así es la vida de una «compradora internacional». Pero mientras el beagle husmeaba mis pertenencias, me fascinó darme cuenta de que mi intención era vender todo aquello. No quería aislarme más, y ése había sido el verdadero propósito de acumular cosas en mi cueva del tesoro. Todos esos futuros imaginarios en los que encontraba tiempo para organizarlo todo, ese futuro estaba sucediendo en aquel mismo momento.

Al sonar el timbre di un respingo; aún tenía los nervios a flor de piel. Tal como esperaba, era Matilda, con una expresión de disculpa que abarcaba todo su amable rostro.

—Dauphine, cariño, ¿puedo entrar?

Al ver su cara, me di cuenta de que se me había pasado el enfado por el fallo de seguridad que había permitido a Pierre acercarse a mí. Aun así, no la abracé.

—Claro, pasa, por favor. Haré un poco de té.

Como buenas sureñas, intercambiamos cumplidos y le conté anécdotas del viaje. Incluí una discreta mención a mi visita a la cabina del avión y la noche en el escenario del club de tango; ambas experiencias arrebataadoras me habían generado una inmensa sensación de agradecimiento.

—Me alegro mucho de que disfrutaras de esos pasos. Pero no te culpo por querer dejarnos, Dauphine. Sólo he venido a decirte lo aliviada que me sentí al enterarme de que habías frustrado la peor parte de los planes de Pierre.

—Cassie siempre ha insistido en que podía abandonar cualquier situación que no me inspirara una total confianza... y él no me la inspiraba.

—Tienes un instinto muy desarrollado. Te conoces a ti misma. Eso es envidiable. Por esa razón me gustaría darte algo —añadió, y sacó del bolso una pequeña caja violeta que colocó delicadamente frente a mí.

—¿Es el amuleto de mi sexto paso? ¿De verdad?

—Ábrelo —me pidió.

A decir verdad, una de las cosas en las que había pensado era que si dejaba S.E.C.R.E.T. me quedaría sin el resto de los amuletos. ¿Qué puedo decir? Me gustan mis joyas. Y por eso me resultó difícil contener el júbilo tras abrir la caja, pues no sólo contenía el sexto colgante con la leyenda «Seguridad», sino también el resto de los amuletos.

—Oh, Dios mío —exclamé, y busqué en el bolso mi pulsera, que guardaba envuelta en un paño de terciopelo.

—Aprendiste a confiar y a tener seguridad en ti misma al dejarte llevar por lo que tu instinto te decía sobre Pierre. Me alegro mucho de que no pudiera arrebatarte eso. El séptimo es por la «Curiosidad» —me recordó Matilda a medida que colocaba los amuletos sobre la encimera—. Por plantearle a Pierre las preguntas adecuadas. El octavo, «Arrojo», por supuesto, por cómo te mantuviste firme ante él. Y el noveno es la «Exuberancia»; y espero que sigas sintiéndola, Dauphine, después de todo lo que has experimentado con nosotras.

Los colgué uno a uno de mi pulsera, y la agité frente a mis ojos. Resplandecía bajo la luz.

—Es muy considerado y generoso por vuestra parte —le agradecí—. Lo guardaré como un tesoro, igual que el tiempo que he pasado en S.E.C.R.E.T. Para siempre.

—Tengo una propuesta más que hacerte —continuó ella al tiempo que se inclinaba hacia mí—. Por supuesto eres libre de rechazarla, pero te pido favor que te lo pienses. Nos gustaría que experimentaras una última fantasía, la final, y estamos bastante seguras de que el voto de confianza que tendrás que darnos merecerá la pena. Nosotras también estamos muy disgustadas por lo que te sucedió en Buenos Aires, así que nos encantaría poder compensarte. Te aseguro que lo hacemos no sólo para devolverte la sensación de seguridad, sino también para consolidar todo aquello que defiende S.E.C.R.E.T. Y sé de buena fuente que esta fantasía sobrepasará cualquiera de las que ya has experimentado. De hecho, sospechamos que te dejará sin palabras.

No sé si fue la expresión de su cara, suplicante y sincera, o que de repente caí en la cuenta de lo estúpido que era castigarme tanto a mí misma como a S.E.C.R.E.T. sólo por los actos de un hombre ruin. Miré mi pulsera, con sus ocho amuletos bailando sobre mi muñeca. ¿Qué respuesta cabe dar a una oferta como ésa? Lanzar los brazos alrededor del cuello de la persona que te la propone y decir:

—Muy bien, de acuerdo. Una más.

El día que llegó la tarjeta de mi última fantasía me sentí sorprendentemente tranquila. Fue a Elizabeth a quien le costó contener la emoción después de pedirle que me ayudara a elegir ropa para una cita «informal pero sexy» en el Tipitina's.

—¿En serio? ¿Una cita? ¿Vas a salir con alguien? ¿Con un hombre de carne y hueso? ¿A un concierto? No sé si mi pobre corazón va a poder soportar tantos cambios.

Elizabeth aún estaba asimilando mi nueva autoridad, la que me había traído desde Argentina junto con todos mis bonitos hallazgos. Al preguntarme, como siempre, qué parte del género era para vender y cuál para guardar, le contesté: «Véndelo todo. Y cuando digo todo, quiero decir todo. Todo el stock que guardo para nada. Todo lo que hay en la parte de atrás. Todos los pendientes de oro de oro y los pijamas de seda y los guantes de cuero y los casquetes. —Y añadí—: Y lo que no podamos vender, lo regalaremos. Necesito espacio para poder respirar».

Elizabeth parecía abrumada, al borde de las lágrimas, mientras sujetaba entre los dedos unos quevedos de cristales azules. «Dauphine, ¿sabes cuánto tiempo hace que espero oírte decir eso?», preguntó.

Y hoy volvía a pedirle ayuda, en esta ocasión para verme a través de sus ojos, para poder contemplarme desde otro punto de vista. Elizabeth se quedó sin aliento.

—Vale. Hace bastante tiempo que vengo pensando en algunos conjuntos para ti. ¿Me dejas que los pruebe?

Empezó a ir de un lado a otro de la tienda, cogiendo pañuelos y blusas, pulseras y camisetas, vestidos y tejanos. La búsqueda culminó en la cueva del tesoro de mi despacho, de donde sacó pulseras, brazaletes anchos, zapatos de tacón de aguja y un cuerpo suelto de tirantes de color lavanda con puntillas, nuevo. Nada de lo que había elegido era de segunda mano; todas las piezas eran ajustadas, atrevidas, en colores azules y lilas, que yo no llevaba casi nunca. Pero, al sacar su plancha para el pelo, me di cuenta de que íbamos a jugar a transformar de verdad mi aspecto. Si no llevaba la rebelde melena pelirroja recogida de cualquier forma, la verdad es que no sabía qué hacer con mi pelo.

Al cabo de una hora y media de vestirme y desvestirme, mientras comíamos batidos y patatas fritas, y de atender a los clientes entre prueba y prueba de conjuntos, me decidí por unos pantalones de cuero negro, y el cuerpo de tirantes con puntillas por debajo de una camisa blanca transparente y una americana gris marengo. El modelo lo completaban un conjunto de finas cadenas doradas, un brazalet de oro y unos botines de ante negro con cuña. Resultaba llamativo y, debo admitirlo, sexy.

—¿Ves como el toque lavanda del cuerpo le da al conjunto un aire femenino? —señaló Elizabeth, que me examinaba con gesto pensativo en el espejo, como si yo fuera su creación.

—¿Por qué nunca te he dejado hacer esto antes? —pregunté.

—Ni idea. Pareces una diosa del rock —dijo ella.

Me parecía a mí misma, aunque en una versión más contemporánea y moderna. Me sentía fuerte, poderosa y libre.

—¿Qué te parece si en lugar del brazaletes me pongo esto? —sugerí trayendo mi pulsera de amuletos.

—Sí señor. Vaya, es preciosa. Tienes tan buen ojo, Dauphine, tan buen ojo.

—Y tú acabas de conseguir un aumento —contesté, y luego cogí a Elizabeth de las mejillas y le planté un beso en sus labios de Clara Bow.

La limusina me recogió en casa a las diez en punto. El aire frío de la noche me cortó la cara, señal de que el otoño estaba a la vuelta de la esquina. La última vez que había estado en el Tipitina's fue durante el festival de jazz en compañía de un Luke bastante reacio, en una de nuestras últimas salidas como pareja. La música nunca fue lo suyo. En ese sentido aquellas mujeres me habían leído el pensamiento. Si aquella fantasía consistía en escuchar buena música con un hombre estupendo al que también le gustara, tenía más que suficiente.

—Fin del trayecto, señorita Mason —me indicó el chófer al ver la cola que rodeaba el edificio y se extendía a lo largo de toda la manzana.

El corazón me dio un vuelco al ver el cartel de la marquesina iluminado en el que se leía: CARELESS ONES. ¡Sí! No podía haber una banda sonora mejor que su música para mi fantasía, consistiera ésta en lo que consistiese. ¡Hasta ahora, todo perfecto! «Acuérdate: respira», me dije.

Al percibir mi nerviosismo, el atento chófer me acompañó a través de la miriada de fans; se comportaba como si fuéramos los dueños del local, como si yo fuera una VIP. Cerca del escenario, donde tocaban los teloneros, divisé a dos mujeres que me resultaban familiares y que retiraron una silla para mí.

—¡Dauphine! ¡Ya estás aquí! ¿Te acuerdas de nosotras? Yo soy Kit y ella es Pauline —gritó Kit por encima de la música—. Te haremos compañía hasta que llegue tu cita de verdad. ¿Te he dicho alguna vez lo mucho que me entusiasma mi trabajo?

—¡Estás espectacular! —exclamó Pauline, atractiva en su estilo natural, con la cara lavada y el pelo corto.

Llevaba un minivestido negro compensado por una cazadora tejana y unos botines negros hechos polvo. Kit vestía unos shorts tejanos y una camisa blanca holgada; un dramático mechón gris destacaba en su pelo, ahora azabache.

—Gracias por venir —les dije—. Significa mucho para mí. —Y así era. No estaba acostumbrada a salir sola; vaya, ni siquiera estaba acostumbrada a salir—. Entonces ¿estás aquí? —pregunté mientras echaba un vistazo a la sala abarrotada.

—Está de camino —explicó Pauline, que intercambió una mirada con Kit.

—¿Me avisaréis cuando llegue? —quise saber, y me atusé en un gesto nervioso el pelo alisado, que parecía de seda.

—Cuando llegue, lo sabrás —me tranquilizó Kit—. No te preocupes.

Frente a mí apareció una copa de Chablis frío, mi vino favorito, y después de que los teloneros abandonaran el escenario, la sala a rebosar se quedó a oscuras. Unos minutos después, los Careless Ones atacaron un tema con sus instrumentos y se me erizó el vello de los brazos. Allí estaba él, Mark Drury, iluminado desde atrás en el centro del escenario. Al dirigirse al micrófono y acercárselo a la boca, los focos alumbraron de lleno su increíble rostro. Durante unos segundos, el único sonido que se oyó en la gran sala fue su respiración al micrófono. Tenía cuerpo de músico, esbelto y fibroso, con huesos que parecían vaciados para que la música fluyera a través de ellos. La ropa le sentaba a la perfección, pero empequeñecía al lado de su voz. Todo quedaba relegado a un segundo plano por ella. Nunca sabría por qué las cosas no le habían funcionado con Cassie, pero me bastó con echar una mirada a la sala y a todas las mujeres que le contemplaban embobadas mientras se balanceaban en sus sillas para confirmarme que no tardaría en recibir nuevas atenciones.

Durante unos segundos no dijo nada; se limitó a quedarse allí de pie con los ojos cerrados. Y entonces: flash, las luces explotaron mientras él se lanzaba con el mejor single del grupo, «Days form Here», con un toque decadente que puso en pie a todo el auditorio. Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos de concierto, me olvidé de la fantasía, dejé de buscar al hombre con el que pronto estaría y me limité a maravillarme ante el talento de Mark para exteriorizar sus emociones y derramarlas sobre la gente. Eso es lo que consigue la mejor música en directo: que una habitación llena de personas sienta lo mismo. Y allí estaba yo, en primera fila, aplaudiendo y sonriendo con otras dos mujeres de S.E.C.R.E.T. y el cuerpo rebosante de dicha. Quienquiera que fuese el hombre de mi fantasía, aquella noche iba a disfrutar de la mejor versión de mí misma.

—Vamos a cambiar un poco de onda. Poneos cómodos —pidió Mark, que sacó un taburete y se acomodó la guitarra acústica sobre la rodilla—. Este último tema es para mi chica —añadió, y señaló con la cabeza una mesa cercana a la nuestra.

«¿Lo ves? ¿Cómo no va a tener “chica”?»

En lugar de experimentar resentimiento hacia esa «chica», de repente me sentí... magnánima, como si hubiera suficiente amor, suficiente cariño, suficiente dicha para todo el mundo. Mark hizo visera con la mano y escrutó a la multitud por encima de mi hombro. Me volví para contemplar a la afortunada. No sabía a quién se dirigía, así que me di la vuelta.

—Ahí está —dijo él, mirando a nuestra mesa—, esa preciosa pelirroja de la primera fila. Ésa es mi chica. ¿Todo bien?

El foco de la sala se dirigió hacia mí y me iluminó la cara, paralizada por el terror. ¿Yo? Sentí que Pauline me agarraba el brazo con mano firme, como si quisiera evitar que huyera, o que me elevara hasta el techo.

—Se llama Dauphine —anunció Mark al público—. Espero que entre todos me ayudéis a convencerla de que haga algo por mí —añadió, rasgando las cuerdas de la guitarra y sonriéndome—. Espero que... acepte este paso.

Empezó a tocar los primeros acordes del tema, ¡y yo sentí que estaba en el cielo! «¿Esto está sucediendo de verdad? ¿A mí?» Los miembros del grupo parecían desconcertados, pero al reconocer las notas, se unieron a la introducción.

—Sé que no tenéis ni puta idea de lo que significa eso —le dijo al público, sonriendo—, pero ella sí lo sabe. ¿A que sí, preciosa?

Esa sonrisa. La gente empezó a animarme: «Acepta el paso, acepta el paso». Incluso Kit y Pauline se unieron a los gritos, riendo y aplaudiendo.

—¿Qué me dices? Quizá después de esta canción podríamos ir a algún lado —continuó, y yo me eché a reír y me cubrí la boca con las manos.

Luego la destapé y grité:

—¡Sí! —y en ese momento el público prorrumpió en aplausos y Mark atacó la versión más desgarradora del tema de Margaret Lewis «Reconsider Me».

Durante los siguientes tres minutos, obligué a mi corazón a bajar por mi garganta y regresar a su lugar habitual, dentro de mi caja torácica. Tenía las mejillas encendidas, y me emocionaba que Mark hubiera compartido sin ninguna vergüenza nuestra conexión con el resto de la sala... aunque nadie sabía nada de nosotros, excepto Kit y Pauline.

Al terminar la canción, mientras la gente aplaudía puesta en pie, colocó la guitarra en el soporte y vino directo hacia mí, y mientras la sala se rendía al paroxismo y el tiempo se detenía, me levantó de la silla y se fundió en un embriagador beso conmigo.

—Vámonos ahora mismo —me susurró al oído.

—Vale —acepté, aunque no tenía muy claro que las piernas fueran a aguantar mi peso.

Me despedí con la mano de Kit y Pauline mientras Mark tiraba de mí por entre la gente, que seguía aplaudiendo, y me llevaba detrás del escenario, al camerino. Pasamos junto a los otros miembros del grupo, que charlaban sudorosos; uno se estaba cambiando de camisa, otro estaba junto a su mujer o su novia, otro fumaba y echaba el humo por la puerta de atrás. Atravesamos la estancia sin detenernos, salimos a un pasillo estrecho y oscuro, giramos a la derecha, luego a la izquierda, y llegamos a una pequeña oficina con un escritorio metálico y una bombilla colgada del techo.

—Vaya, a qué sitios tan bonitos me llevas —comenté, un poco achispada por su presencia y por el vino.

Él cerró la puerta tras nosotros y un calendario amarilleado cayó al suelo. Y entonces Mark Drury se acercó a mí lentamente, con el hambre reflejada en los ojos.

Retrocedí hasta notar la pared de cemento a mi espalda. Él alargó los brazos y colocó uno a cada lado de mi cuerpo.

—Así que eres tú —dijo mientras clavaba los ojos en mí.

—¿Qué quieres decir?

—Me dieron un nombre y una foto. Me pareció reconocerte, pero no me lo creí hasta que he buscado entre el público y te he encontrado. Te he visto en otros conciertos —añadió, con sus labios perfectos a centímetros de los míos.

—¿Ah, sí?

—Sí, y siempre voy a buscarte al acabar la actuación pero ya te has ido. Entonces te vi en la terraza del Ignatius, hace unos meses, pero me paré a hablar con alguien.

—¿Te refieres a Cassie? —pregunté—. Es... amiga mía.

—Y mía —dijo él—. Es curioso como todo acaba poniéndose en su sitio, ¿no crees?

Tenía razón. Tenía toda la razón. Y asentí. Oímos a la siguiente banda preparándose a través de la pared, y las notas de la canción vibraron a través de mi cuerpo y sus manos.

—Se supone que debo llevarte a la Mansión —dijo mientras me acariciaba la oreja con la nariz y me olía el pelo. «Oh, Dios»—. Un coche nos espera en la parte de atrás, pero me he pasado toda la noche deseándote. Saber que estabas allí entre la gente; saber que eras tú. No creo que pueda esperar.

Olía tan bien, con un leve toque de manzana, y su aliento era cálido, mentolado.

Volví a asentir mientras él me desabotonaba la blusa. Me quedé con mi camiseta color lavanda y bajó una mano por mi clavícula, me rodeó el pecho y con la yema del pulgar me acarició el pezón por encima de la seda. Me quitó la camiseta con delicadeza y luego liberó mis pechos del sujetador.

—Fóllame —me pidió, y me cogió ambos pechos con las manos, los besó y dibujó un camino húmedo de un pezón erecto a otro.

Luego deslizó la mano hacia abajo por dentro de mis pantalones de cuero y pareció sorprenderse al ver lo mojada que estaba.

«Madre mía.»

Incapaz de hacer nada, cubrí su boca con un beso firme que no tardó en volverse salvaje. Me dejé derretir por él, mientras Mark me presionaba con todo su cuerpo contra la pared.

—Voy a hacerte gritar —dijo, y suspiré al sentir su boca recorrerme el cuerpo.

De rodillas frente a mí, me quitó los pantalones y empezó a lamerme con suavidad, jugueteando, por las caderas y el ombligo, y me separó los muslos con su hermoso rostro, su sabia lengua. Me levantó una pierna y enterró la cara en mi sexo, casi haciéndome caer hasta que encontré apoyo en una silla. Estaba empotrada contra la pared de frío cemento del Tipitina's, ¡y con Mark Drury! Bajé la vista mientras con sus incansables movimientos encontraba mi clitoris y le daba vueltas dentro de su cálida boca como si hubiera encontrado un tesoro. Arquee las caderas hacia delante y él siguió jugueteando y rodeándome con su lengua, metiéndome y sacándome un dedo hasta llevarme al borde de mis sentidos, separándome más, y más, hasta que su boca se adueñó por completo de mí.

Entonces lo noté, el torbellino que me recorría mientras me corría, rápido, gritando, hasta el final, y las oleadas de placer me embestían y yo agarraba a Mark del pelo. «Oh, Dios; oh, Dios; oh, Dios, Mark», fue todo lo que pude decir antes de derrumbarme totalmente sobre su cuerpo. Él se levantó poco a poco y me besó todo el cuerpo de nuevo hasta llegar a mi cara, que acunó entre sus manos. Pero las piernas no me sostenían y me dejé caer sobre la destartada silla de despacho, con las rodillas abiertas y los pantalones enrollados alrededor de un tobillo, como un calentador de cuero negro.

—¡Joder! —resollé.

—Llevo todo el día fantaseando con hacer esto —dijo, y se secó la boca con gesto victorioso.

—¿Qué más fantasías has tenido? —quise saber; mi deseo por él no estaba saciado.

—Ésta es tu fantasía, Dauphine. Tú eres la protagonista. No me malinterpretes: a mí también me encanta.

Me incliné hacia delante y tiré de la trabilla de su pantalón para que quedara frente a mi cara. Levanté la vista hacia él, con la boca abierta, buscando su permiso silencioso.

—Y eso también me gusta —dijo, mientras se acariciaba por encima de los tejanos.

Se los desabroché con manos ligeramente temblorosas y liberé su perfecta erección, Dios mío, y me metí su suave punta en la boca; jamás había deseado tanto algo. Volví a mirar hacia arriba mientras empezaba a lamer la parte superior de su polla y él se sintió morir y en su cara se dibujó una mueca de placer al percibir mi creciente entusiasmo. Entonces me la metí entera en la boca mojada, con un gemido, y lo masturbé rítmicamente con mano firme, con la otra mano ahuecada debajo de él, notando como el inclemente deseo lo endurecía cada vez más. Cerró los ojos mientras me la introducía más profundamente en la boca. Succioné con las mejillas, mis labios abiertos en un círculo firme, la garganta relajada, mis jadeos mezclados con sus gemidos. Aquello se me daba bien; siempre se me había dado bien, pero nunca como entonces había querido ser la mejor.

Mi boca y mis manos llevaban a cabo su magia, pero era el contacto visual lo que lo volvió loco, mientras yo deslizaba un dedo mojado arriba y abajo, presionándole en el momento justo en que se corría, con fuerza e ímpetu, en lo más hondo de mi garganta, mientras me acariciaba el pelo con una mano y con la otra se apoyaba en la pared, y decía «Dios» y mi nombre una y otra vez hasta que terminó de correrse. Después de unas cuantas caricias, me aparté y me apoyé en el respaldo de la silla, satisfecha. Con el rabillo del ojo distinguí el calendario tirado en el suelo; era de hacía cinco años. «¿Quién era yo entonces?», me pregunté.

—Madre mía, eso ha sido... jodidamente increíble, Dauphine. —Tenía las manos apoyadas en las rodillas y los tejanos hechos un ovillo en los tobillos—. Yo nunca... ha sido tan... ¡joder!

—¿La mejor de tu vida?

—Oh... ¡Sí!

—Bueno, ésa es mi fantasía —dije—. Cumplida.

—Ya, pero aún no ha terminado. Larguémonos de aquí. ¡Nos espera la suite Domino!

—¿Qué es eso? —pregunté mientras recogía el sujetador.

—No tengo ni idea, pero pronto lo sabremos.

—Entonces ¿hay más?

—Mucho más —contestó, recogiendo nuestra ropa y ayudándome a levantarme—. Más de lo que te imaginas.

Nos vestimos mientras intercambiábamos miradas de complicidad. Y luego nos escabullimos por la puerta trasera del local, donde el mismo coche negro que me había traído acogió ahora a un pasajero extra. Sentados en el asiento trasero, me cogió de la mano, y de alguna forma aquel gesto fue más íntimo que lo que acabábamos de hacernos con nuestras respectivas bocas en el Tipitina's.

—El tema de Margaret Lewis... ha sido espectacular —comenté.

—¿La conoces?

—¿Que si la conozco? Tengo todos sus discos. En vinilo.

—Quién me iba a decir que así sería como conocería a la chica de mis sueños —dijo él, y me alzó la mano para besármela en el dorso.

«¿La chica de sus sueños?»

Reparó por primera vez en mi pulsera.

—Te los has ganado, ¿verdad?

Asentí.

—Creo que esta noche vas a disfrutar aún más —declaró, y me besó los dedos.

Matilda tenía razón: aquella fantasía se estaba desarrollando de un modo que yo no había imaginado. Nos besamos durante el resto del trayecto, y sólo paramos a tomar aire cuando la limusina cruzó las puertas revestidas de marfil. La Mansión estaba a oscuras, con una única luz encendida en una ventana del segundo piso.

—Este sitio es extraño, ¿no crees? —preguntó Mark mientras salía de la limusina delante de una pequeña fuente con pequeñas esculturas de ángeles.

–¿Ya has estado aquí?

Mark me miró.

–Vale –dije.

–Voy a dar por hecho que tú también has estado aquí antes.

–Una vez, y sólo allí –expliqué, y señalé al garaje que se alzaba sobre una colina, al final del camino de entrada.

–¿Y qué hacías allí?

Por mi expresión, dedujo que era mejor no preguntar.

–Vale. Todo esto es una locura –dijo con una amplia sonrisa–. Me encanta.

La puerta lateral estaba abierta, y en lugar de llevarme hacia la derecha, donde yo suponía que la escalera del vestíbulo nos llevaría al piso de arriba, tiró de mí hacia la izquierda, por un largo pasillo con baldosas blancas y negras, y unas puertas dobles de roble en el extremo.

Avanzábamos en silencio como ratones y, cogidos de la mano, nos escurrimos por la enorme cocina. Una única lámpara encendida sobre los fogones dibujaba sombras sobre los electrodomésticos, de tamaño desproporcionado. Las sartenes y las cazuelas que colgaban del techo eran lo bastante grandes para preparar un festín vikingo.

Mark abrió la puerta de una nevera de tamaño industrial que almacenaba comida suficiente para alimentar a un ejército. Tras sacar una bandeja grande de uno de los armarios de la cocina, y una caja de tostadas, se inclinó sobre la nevera y cogió trufas de chocolate, uvas y queso.

–Todo lo que tienen es comida para veladas románticas –señaló mientras me tendía la bandeja para poder seguir llenándola–. Tendrían que empezar a comprar pan y embutidos.

–Ejem. Hola. –La voz procedía de la puerta de la cocina.

A causa de la sorpresa, solté un grito que resonó en toda la cocina, y Mark lanzó por los aires la caja de tostadas mientras una mujer menuda vestida con un uniforme de doncella almidonado encendía las luces.

–Siento haberos asustado. Soy Claudette. Os esperábamos más pronto, pero el chófer nos ha comentado que ha habido un pequeño retraso. ¿Tenéis todo lo que necesitáis?

–Sí, gracias –contesté mientras trataba de calmar el ritmo de mi corazón.

–Os mostraré vuestra suite –continuó ella, y me cogió de las manos la bandeja con comida–. Yo la llevaré, querida. También os traeremos algo para beber.

Éramos como un par de adolescentes a los que hubieran pillado colándose en la cafetería del instituto, pero en lugar de castigarnos, nos ofrecían las llaves de toda la escuela.

La suite Domino estaba en lo alto de la escalera lateral, al final de un amplio pasillo del ala oeste. Tal como el nombre sugería, estaba decorada en su totalidad en blanco y negro, y el elemento más destacado era una bañera de mármol con patas de garras colocada a los pies de una cama blanca elevada cubierta de cojines redondos y negros.

Claudette depositó la bandeja encima de un banco con el sobre de cristal, de cara a un ventanal encuadrado por cortinas de terciopelo negro. Un segundo después, otra mujer, vestida también con uniforme, nos trajo un botellero con champán frío y varias botellas de agua con gas.

–Si necesitáis algo, sólo tenéis que avisar –nos indicó Claudette al marcharse, y cerró las puertas dobles tras ellas.

Esperamos un instante para asegurarnos de que estábamos solos de verdad. Entonces, con el rostro abierto en sendas sonrisas, nos tiramos sobre la cama y caímos hechos un revoltijo. Hacía mucho, mucho tiempo que no me sentía tan feliz.

–Esto mola un montón –dijo él–. Y tú también.

Sobre la repisa de la chimenea vi un iPod y unos altavoces.

–¿Alguna petición? –pregunté mientras me levantaba y cruzaba la habitación.

–Sorpréndeme –contestó Mark, en una réplica de lo que yo le había pedido a S.E.C.R.E.T.

En ese momento caí en la cuenta de lo bien que lo habían organizado todo. Me habían sorprendido una y otra vez, pero aquella era, de lejos, la mayor sorpresa: mi músico favorito me había señalado en medio de una sala abarrotada, me había llevado a la parte de atrás del local y me había dado placer, y luego me había llevado a aquel lugar tan hermoso, haciéndome sentir deseada, especial, valiosa, aunque sólo fuera por una noche. Busqué en el iPod, cargado con el mejor blues y jazz de Louisiana, y escogí a Professor Longhair, lo que hizo que Mark se retorciera de alegría en la cama.

–¡Sí! Es el mejor.

–Mi preferida es «Willie Mae» –dije, y me reuní de nuevo con él en la cama y metí la mano por debajo de su camiseta–. ¿No te habría gustado verlo tocar en el Tipitina's?

–En el Tipitina's, sí. Desde ahora, para mí siempre será el sitio donde nos conocimos –dijo, y me colocó sobre él.

Nos dedicamos a meternos mano, en una deliciosa sesión que no había experimentado desde mi época del instituto, hasta que me tumbó de espaldas. Sus besos eran sabrosos y profundos, y me pasó un brazo por debajo mientras yo me arqueaba hacia su cuerpo tenso.

–Nunca había conocido a nadie como tú –susurró–. Podría pasarme toda la noche hablando contigo.

–Yo también –dije, y así lo sentía–. Pero hay muchas otras cosas que también podría pasarme la noche haciendo contigo.

Enredé un dedo en un mechón de su pelo y jugué con él distraídamente mientras permanecíamos tendidos, tomando uvas y chocolate y queso, cabeceando al ritmo de las canciones que él me cantaba y que yo le cantaba a él. Embriagados con la música y uno con el otro.

Cassie

Tengo que admitir que fue un poco extraño ver a Angela Rejean glaseando un pastel en su cocina, ataviada con un vestido veraniego y un delantal, con el pelo recogido en una coleta baja en la nuca. La última vez que la había visto se hallaba en el otro lado de un espejo falso merendándose a Mark Drury.

Dauphine debía de haber tenido su fantasía con él la noche anterior y suponía que había ido bien, aunque ella aún no me había contado nada. No quería que se marchara de S.E.C.R.E.T. enfadada o resentida, y me satisfacía pensar que había acertado al elegir a Mark.

Angela me invitó a echar un vistazo a la casa, mientras ella daba los últimos retoques al bonito pastel para la *baby-shower* de Tracina y Kit cerraba con un lazo las pequeñas bolsas de regalo para las invitadas. La estrecha sala de su impecable casa criolla en North Roman tenía adornos de flores de papel rosas y azules alrededor de las ventanas, puesto que aún no se sabía el sexo del bebé. Pero los adornos cursis no ocultaban el estilo adulto de la vivienda. Los suelos originales de pino de la salita estaban cubiertos con alfombras orientales rojas, y había dos confidentes antiguos sorprendentemente cómodos, tapizados con un vivo estampado de cachemira violeta. Las paredes estaban pintadas en coral oscuro, no en rosa, sino un tono más parecido al del pintalabios que Angela llevaba siempre. Las paredes del estrecho pasillo que llevaba a su dormitorio estaban decoradas con fotos enmarcadas de Nina Simone y Billie Holiday, y en la habitación, sobre una imponente cama con dosel y vaporosa mosquitera blanca, descansaba su majestuoso gato blanco y negro, *Boots* como un enorme barco. Sobre la cómoda antigua había una colección de muñecas hawaianas y, encima, una foto aérea en blanco y negro de Puerto Príncipe en los años sesenta, junto a un televisor de pantalla plana fijada a la pared. Todo el lugar desprendía un aire femenino, sin caer en la cursilería, acogedor sin parecer abarrotado.

—Pásame el trapo, Cassie —me pidió Angela cuando volví a la cocina. Estaba retirando de la bandeja el exceso de glaseado con el dedo—. ¿Te importaría sacar los platos? Sólo los tenían en azul, pero eso no quiere decir que vayan a tener un niño. Espero que la gente no piense que va a ser un niño. Quiero decir que no sabemos lo que será. Tal vez debería mencionarlo. ¿Tú qué crees? Déjalo, no importa.

Resultaba conmovedor verla aturullada; por lo general, siempre controlaba las situaciones. Era una buena amiga de Tracina y estaba claro que quería que la fiesta saliera bien. En aquel momento, me alegró que Tracina tuviera una amiga como ella, pues estaba claro que yo no me había comportado como tal. Entre mi reticencia a cubrir sus turnos y mis estúpidos devaneos con Will, que gracias a Dios seguían siendo un secreto, mi presencia en la vida de Tracina sólo le había traído complicaciones. Mientras colocaba un gran lazo amarillo sobre un paquete de pañales para recién nacido, me prometí portarme mejor con ella y el bebé, a pesar de mis sentimientos por Will, una promesa que la presencia de Jesse Turnbull en mi vida me facilitó enormemente. Ahora ya conocía su apellido, Turnbull, una tontería que de algún modo lo hacía más real para mí.

Desde nuestra primera cita, que había terminado en mi habitación, nos habíamos visto un par de veces más: una para ir a una sesión matinal en un cine donde me había sorprendido metiéndome la lengua en la oreja y deslizándome la mano por dentro del pantalón y haciendo que me corriera en silencio. Al salir, los dos de pie en la acera frente al cine, me había besado en la frente y se había marchado a buscar a su hijo. La otra vez habíamos ido hasta Metarie para echarle un vistazo a una moto que estaba pensando en comprarse. Me había llevado a un callejón y me había tomado contra la pared de ladrillos de un garaje. Todos nuestros encuentros eran excitantes, breves y dulces, y tras cada uno de ellos no me habría sorprendido no volver a verlo. Era como un gato afectuoso, que se alegraba de verdad de verte, de que le alimentaras y le cuidaras, pero que podía sobrevivir perfectamente por su cuenta.

Mientras removía la ensalada, Kit llevó varias bandejas a la sala y las colocó en las esquinas para dejar las cosas de picar y los caramelos. Disponíamos de un rato antes de que llegaran las invitadas, así que naturalmente terminamos hablando de S.E.C.R.E.T.

—Es mucho dinero para renunciar a él —comentó Kit—. Pero el Comité ha votado esta mañana. La decisión ha sido unánime.

—Quince millones que se van por el desagüe —señaló Angela con un silbido.

Kit le dio un golpe en el brazo.

—Tú has votado que sí.

—¿Qué otra cosa podía hacer, después de que Matilda dejara meridianamente claro que no quería aceptar dinero de un misógino impenitente?

—No sé —intervine—, tal vez sea el momento de que hagamos algo más por las mujeres que mejorar su vida sexual.

—No te estarás quejando, ¿verdad? —me preguntó Angela blandiendo frente a mi cara la zanahoria que estaba pelando.

Yo le di un mordisco y sonreí.

—En absoluto.

—Hablando de sexo —dijo Kit—. Matilda me dijo que podía invitar a quien quisiera para el trío de Dominic. —Kit iba a participar en la formación de los jugadores de fútbol—. ¿Qué me dices, Cassie? ¿Te apetece jugar?

Conocía la respuesta antes incluso de que yo abriera la boca.

—Sólo bromeaba. Por cierto, ¿cómo va con Jesse? ¿Es amor?

Yo sabía que ellas estaban al corriente de que me había visto con Jesse fuera de S.E.C.R.E.T. Pero aún no habíamos hablado de ello.

—Estamos tanteando el terreno —expliqué, y me encogí de hombros como si la cosa no fuera más allá—. No espero nada.

Kit y Angela intercambiaron una mirada de: «Sí, ya».

—¿Vas a permanecer en S.E.C.R.E.T. mientras continúa el tanteo? —quiso saber Kit.

—Aún no hemos llegado a ese punto —contesté.

—Siempre me he arrepentido de no haber tenido la fantasía del chófer con Jesse después de que lo reclutáramos —comentó Angela, mientras se metía un dedo cubierto de glaseado en la boca—. Es un fanático de la velocidad; le gusta correr. ¿No íbamos a juntarlo con Dauphine para que la llevara en el descapotable por el desierto? ¿No era a Sedona? ¿A pasar un fin de semana? Le fue tan bien con aquel piloto que creíamos que se lo pasaría en grande, pero mira por dónde... Cassie lo quiere sólo para ella.

—¿Quién fue la entrenadora de Jesse? —pregunté con la máxima indiferencia posible.

—Pauline mejoró sus habilidades orales. Lo recuerdo porque tuve que observarlos. Me puse a cien —comentó Angela, y sacudió la mano como si acabara de quemársela—. Y ahora que lo pienso... ¿No practicó Matilda el *bondage* con él?

Una oleada ardiente me recorrió. Huy. ¿Qué era aquello? ¿Celos? No, algo distinto, más profundo. Fuera lo que fuese, escocía, y disimulé rápidamente el efecto que esa información había tenido en mí.

—Jesse es uno de los favoritos de Matilda. Incluso se planteó cambiar las normas para que pudiera participar más de tres veces. Hasta que tú te quedaste con él. Ay.

Matilda y Jesse. ¿Por qué no me lo había comentado nunca? Tal vez por eso se había mostrado tan reticente a que S.E.C.R.E.T. renunciara a él, incluso tiempo atrás, cuando compartí con él mi fantasía del tercer paso y pensé en la posibilidad de abandonar por él. Fue ella quien me convenció de que no lo hiciera. Y respecto al *bondage*, ¿por qué me sorprendía tanto? Por supuesto, ella seguía entrenando a los reclutados. ¿Por qué no iba a hacerlo? Seguía siendo hermosa, y atractiva. Dios, ¿cuándo haría efecto toda aquella grandeza, la confianza, la misma que tenían Angela y Kit? Yo me sentía como una maldita colegiala, con tanto que aprender.

—Ahora Matilda tiene planes para entrenar a Dominic. Por lo visto, a él le gusta la escalada. Ir bien atado.

—Hum, me gusta cómo suena eso —comentó Angela.

—Bernice se ha ofrecido a ocuparse de Dominic —nos informó Kit—. Por lo visto a él le gustan las mujeres negras y exuberantes.

—Eso no es justo. ¡Yo soy negra!

—Pero no exuberante.

–Ni siquiera me lo han propuesto...

–¡Hola, chicas!

Tracina apareció por la puerta lateral, acompañada por su hermano de quince años, Trey. Era un chico majo, aunque su autismo le impedía jugar mucho con sus compañeros, de modo que Tracina había empezado a introducirlo en algunas actividades sociales con sus amigos; y a veces Will le dejaba ayudar arriba, en el restaurante, para que se distrajera con algo cuando lo de colorear ilustraciones dejaba de funcionar.

–¿A quién le gustan las chicas negras y exuberantes? –preguntó Tracina–. Porque si algo soy yo, es una mujer con muchas curvas.

–El nuevo camarero de La Maison al que le he echado el ojo –contestó Angela–. ¿Habéis venido andando?

–Sí, Trey me ha ayudado. Cariño, ve a jugar con *Boots*. Las chicas tenemos que hablar.

Angela buscó encima de la nevera.

–Aquí está el mando de la tele –dijo, y se lo lanzó a Trey–. Te acuerdas de cómo funciona, ¿verdad?

Él asintió y se dirigió al dormitorio, y Angela se puso en modo hermana mayor.

–Vas a tener un bebé en menos de tres semanas ¿y has venido andando hasta aquí? A Will le habrá sentado como una patada en su blanco y flaco culo.

–Le he dicho que me apetecía caminar. Y a Trey también le viene bien el ejercicio. Will vendrá a recogerlos para llevar todos los regalos –añadió, y se estremeció de alegría.

Las contemplé a las tres: Kit, Angela y Tracina, y calibré su grado de intimidad.

¿Sabía Tracina algo de S.E.C.R.E.T. o se lo habían ocultado? Era imposible decirlo.

Tracina me dedicó un lánguido:

–¿Qué hay, Cassie? –por encima del hombro, seguido de–: Claire, la sobrina de Will, funciona muy bien, ¿no?

–Sí, Will ha tenido suerte con ella –convine mientras depositaba las zanahorias baby en una bandeja de verduras.

–No, la suerte la hemos tenido nosotras, tú y yo –repuso ella–. A mí va a hacerme de canguro y a ti te va a cubrir los turnos de noche. Dejemos que los jóvenes tomen el relevo, es lo que yo siempre digo. Dell debería sentarse en un taburete delante de la caja y dedicarse sólo a eso. Y que me aspen si alguien cree que voy a hacer algo en el nuevo negocio. No quiero volver a servir mesas nunca más. Lo único que quiero es organizar el horario, decidir el menú y probar los vinos.

¿Le había contado ya Will que me había ofrecido ser la encargada? ¿Tenía alguna importancia? Tarde o temprano se enteraría, y con suerte para entonces ya estaría demasiado ocupada con su bebé para que le importara.

El resto de las invitadas empezó a llegar, incluida Dell, que lucía el sombrero amarillo claro que siempre solía ponerse para ir a la iglesia y los guantes a juego. Tracina se desplazaba con cuidado de un lado a otro de la pequeña estancia, ofreciendo ponche; su enorme barriga estuvo a punto de tirar los jarrones y las fotos enmarcadas de Angela en varias ocasiones. Ésta había aceptado la única condición de Tracina: nada de juegos estúpidos, pero aun así la obligaron a pegarse los lazos de todos los regalos a un sombrero de papel. Quizá porque toda la sala estalló en carcajadas al abrir el último regalo (unas bolas chinas de Kit para «recuperar la forma tras el parto»), nadie oyó que llamaban a la puerta. Ni siquiera yo, que estaba sentada al lado, me di cuenta hasta que los golpes se volvieron tan insistentes que al final me levanté para abrir.

Me encontré con Will, que me miró con expresión pétrea; y no estaba solo. Junto a él se hallaba el mismísimo Carruthers Johnson, que acababa de ser reelegido fiscal del distrito de Nueva Orleans. Algo me dijo que no estaba allí para dar las gracias a sus electores. Di un paso atrás como si la ira que poseía a ambos hombres fuera contagiosa.

El rostro de Tracina estaba sombrío, incluso ceniciento. Sentada en su estúpida «silla de honor», ornada con un sombrero cubierto de lazos festivos que ahora resultaba tremendamente ridículo, sostenía las bolas chinas de ébano en la mano.

–Tracina, chicas, siento interrumpiros de esta forma –empezó a decir Carruthers, hablando no como un político, sino como un hombre destrozado–. Te he visto pasar por la calle y llevo media hora dando vueltas a la manzana.

–¿Quién es este tío? –preguntó entre dientes Will a Tracina, y entró en la estancia atestado.

Tracina pasó la mirada de un hombre a otro, con la boca entreabierta. Tardó un momento en hablar y, al hacerlo, pasó de cero a sesenta en su termómetro emocional.

–¿Qué haces aquí? –le gritó a Carruthers mientras intentaba ponerse en pie sin ayuda y casi se caía hacia delante–. ¡Te he dicho que no necesito nada de ti!

–Estoy aquí porque te quiero, Tracina –estalló Carruthers–. Te dije que no iba a resultarte tan sencillo deshacerte de mí. Y si ese bebé es mío, te será imposible.

Todas las mujeres de la sala tomaron aire al mismo tiempo, vaciándola de oxígeno. Tal vez por eso Will parecía a punto de desmayarse y alargó la mano para apoyarse en la pared de detrás. Sentí deseos de salir disparada hacia él, pero había demasiada gente entre ambos: obstáculos reales, no sólo metafóricos.

–¿Y qué pasa con tu mujer? –le espetó Tracina, aún de pie, con los puños apoyados en las caderas.

Carruthers agachó la cabeza.

–Se lo he contado. Hemos roto.

El resto de la sala interpretó sus palabras como una señal para dedicarse también a examinar el suelo. Y la expresión de genuino asombro no abandonó el rostro de Will. Durante todo ese rato, Dell permaneció sentada completamente inmóvil, con el tenedor suspendido en un gesto reverencial sobre un trozo de pastel, como si todo aquel desagradable asunto no fuera con ella.

–¡Esto es increíble! –murmuró Tracina.

–¿Puede explicarme alguien qué coño está pasando? –dijo Will.

Carruthers se volvió hacia él.

–Te pido disculpas por haber soltado todo esto en público, pero lo cierto es que creo que soy el padre de ese bebé –explicó. Y añadió, dirigiéndose a Tracina–: Y siento haber arruinado tu encantadora fiesta, pero no querías verme y no contestabas mis llamadas telefónicas, así que no me has dejado otra opción.

–¿Lo que dice es verdad?

La voz de Will estaba desprovista de cualquier emoción.

La mirada de Tracina se suavizó al mirar a Will, y su expresión lo dijo todo, incluso aunque sus palabras («No lo sé») no lo hicieran. Como para enfatizar el momento dramático, un repentino chorro de agua empezó a caerle por las piernas y formó un charco a sus pies, sobre el suelo de madera de pino. Ella bajó la vista para tratar de ver algo por encima de su barriga.

–Oh, Dios mío, me estoy meando.

–No, cielo –dijo Dell, que finalmente se llevó el tenedor a la boca y masticó un bocado de pastel–. Has roto aguas.

–¿Que he roto qué?

Angela fue la primera en gritar. Carruthers salió disparado hacia Tracina y la ayudó a sentarse en una silla. Will se quedó de pie observando toda la escena, mientras yo corría a buscar toallas. El agua seguía cayendo por las piernas de Tracina cuando volví, y Carruthers había asumido su papel como fiscal del distrito.

–No vamos a esperar a que una ambulancia venga hasta Treme –indicó, señalando el teléfono de Will–. Tengo el Escalade fuera. Yo te llevaré, cariño –y añadió, gritándome a mí, a mí–: Cógela por el otro brazo.

Y de esta manera me vi arrastrada por el séquito maternal, mientras Tracina pedía a gritos a Kit y Angela por encima de su hombro que se quedaran con Trey y lo vigilaran, y que le dijeran que no se preocupara.

Al amontonarnos en el asiento trasero del coche, eché un último vistazo a la cara cenicienta de Will, cuyo cuerpo temblaba mientras intentaba abrir la puerta de su furgoneta y luego rodeaba el vehículo corriendo hasta el lado de pasajero y se escurría desde allí hacia el volante. «Debería estar a su lado –me dije–, apoyándole.» El hecho de que acabara cogida de la mano de Tracina en lugar de la de Will fue la sorpresa más insólita del día.

Tracina tuvo una contracción y me clavó los dedos en el muslo.

–¿Todo va a ir bien? –preguntó.

–Claro. ¡Claro que sí! –le contesté con la mayor calma posible, y le aparté el pelo de la cara cubierta de sudor.

–Aguanta, cariño. Te llevaré tan rápido como pueda –dijo Carruthers mientras pisaba el acelerador.

Tracina se volvió hacia mí.

–Soy una persona horrible –susurró con las mejillas surcadas de lágrimas–. Me siento tan horrible.

–Ahora no te preocupes de nada que no sea el bebé, ¿vale?

Noté cómo me agarraba la mano con más fuerza y apretaba los ojos.

Me di la vuelta y vi la furgoneta de Will detrás de nosotros, avanzando peligrosamente en zigzag para no perdernos. Pobre Will.

Si resultaba ser cierto, si en realidad no era el padre del bebé, se moriría. A pesar de todos los dramas y la incertidumbre que rodeaban el embarazo, la única cosa de la que Will parecía estar seguro era de cuánto deseaba aquel bebé.

Carruthers conducía rápido, pero de vez en cuando comprobaba por el retrovisor cómo estaba Tracina.

–Todo va a ir bien, cariño. No te preocupes.

Tracina no le contestaba y mantenía su mano sudada aferrada a la mía, sin otra expresión en el rostro que la provocada por las oleadas de dolor.

Llegamos al centro de maternidad Touro en un tiempo récord; por el camino, Carruthers había realizado una llamada por el teléfono de manos libres y una enfermera nos esperaba con una silla de ruedas. Una vez sentada, Tracina alargó de nuevo la mano hacia mí y me cogió la mía.

–Cassie, quédate con Will. Va a necesitar a una amiga –me pidió.

¿Qué? ¿Lo había oído bien? Tracina me soltó y cogió a Carruthers de la mano mientras empujaban su silla hacia el interior del centro.

Encontré la sala de espera de maternidad. Al cabo de unos minutos, Will entró resoplando, con los ojos desorbitados y una línea de sudor que le bajaba por el centro de la camiseta.

–¿Adónde han ido?

–Se han ido por allí –expliqué–, pero no creo que...

No esperó a que terminara. Salió en estampida por la puerta y desapareció por el pasillo. Yo estaba tan alterada que en un primer momento no relacioné la vibración de mi bolso con una llamada al móvil. Lo contesté al tiempo que por los altavoces vociferaban un anuncio, así que me apreté el teléfono al oído para oír mejor.

–Hola, preciosa. ¿Dónde andas? Parece que estés en el hipódromo. No te apuestes todo el sueldo.

Era Jesse, con voz melosa y acogedora.

Le expliqué lo de la fiesta para el bebé, el parto prematuro, la carrera hasta el hospital, la sala de espera vacía de maternidad donde en ese momento me dedicaba a vigilar unas cuantas sillas. Me abstuve de contarle que estaba a la espera de que se dirimiera una delicada cuestión de paternidad. Una enfermera señaló mi móvil y luego un cartel que quedaba a su espalda: «SÓLO SE PERMITE EL USO DE TELÉFONOS MÓVILES EN URGENCIAS. PARA HABLAR, VAYAN AL EXTERIOR». Levanté el dedo índice, el gesto universal que indica: «Sólo un minuto».

–Bueno, entonces me imagino que lo de cenar y ver una peli ya no es una posibilidad –comentó Jesse.

–Tengo que quedarme aquí.

–Eres una buena amiga –dijo–. Oye, he estado pensando.

–¿Sí? ¿Sobre qué?

–Sobre tú y...

Ay. ¿Por qué me había dado un vuelco el corazón?

–¿Y...?

–Y yo. Y el hecho de que me alegra que quisieras verme. No me había dado cuenta hasta ahora, pero creo que es posible que llevara tiempo esperando una chica como tú.

Yo estaba alucinando.

–¿Demasiado acaramelado? –preguntó.

–Un poco. Pero... me gustan los caramelos. ¿Qué hay de nuestro plan de no tener expectativas?

–No esperabas que siguiera ese plan, ¿verdad?

Me reí. No era el momento de tener esa conversación con él. Le dije que le llamaría más tarde y luego colgué y apagué el móvil.

Justo cuando crees que lo tienes todo solucionado, aparece un desconocido en una estúpida fiesta y amenaza con cambiarlo todo. Y eso en cuanto a lo que yo sentía. Sólo podía imaginarme lo que les estaría pasando por la cabeza a Will y Tracina. Carruthers, en cambio, parecía haber tomado su decisión antes de llamar a la puerta.

Contemplé las puertas dobles. La única certeza que quedaba era que el primero que apareciera por ella me diría algo que podría cambiar... bueno, cambiarlo todo. Aunque en ese momento, lo único que sabía era que Jesse Turnbull estaba dispuesto. Dispuesto a intentarlo conmigo. ¿Acaso no era eso lo que yo quería?

Dauphine

Seguramente, Mark y yo deberíamos habernos marchado en el mismo momento en que nos dimos cuenta no sólo de que yo iba a abandonar S.E.C.R.E.T., sino también de que iba a llevármelo conmigo.

Había teléfonos por todas partes, en todas las habitaciones en las que entramos. Podríamos haber llamado a alguien, a cualquiera. Podríamos haber pedido el coche o hablado con Claudette... o haber llamado a Matilda. O también podríamos habernos limitado a marcharnos de la Mansión.

En lugar de eso, después de nuestro revolcón en la suite Domino, envueltos aún en una extraña sensación de aturdimiento, a los dos nos apetecía hacerlo otra vez. Así que cuando me propuso hacer una visita guiada secreta por la Mansión, incluidas algunas de las habitaciones en que él había seguido su entrenamiento, me puse un albornoz, más que dispuesta.

–Enséñame el camino, Romeo –bromeé.

Vi la suite Emperador, ricamente decorada, con su espejo falso, y otra sala llamada el Cubil, con lo que parecía un montón de artículos de sadomasoquismo.

–¿Te va este rollo? –le pregunté, nerviosa (¿excitada?), mientras pasaba los dedos por una mesa con correas de cuero, y sin saber muy bien qué respuesta deseaba escuchar.

Él se encogió de hombros.

–Tengo la sensación de que contigo me gustaría cualquier cosa –dijo, y me alzó en brazos y me sacó de la habitación.

–Creo que en eso tienes razón.

Me incliné para besarle en la boca; ¡esos labios! No quería conocer detalles de sus aventuras del mismo modo que él tampoco quería conocer detalles de las mías; lo único que nos importaba en ese momento era en qué medida podíamos aprovecharnos mutuamente de nuestras experiencias.

La habitación de la casa que más me gustó fue la habitación Harén del sótano, con una barra metálica para striptease, el suelo cubierto de cojines y un jacuzzi.

–¿Qué aprendiste aquí abajo? ¿A comportarte como un jeque? –le piqué, y di una, dos vueltas a la barra, hasta que me convenció para que me abriera el albornoz y me contoneara para él, que se quedó tumbado y acariciándose sobre los cojines.

–Sin tocarnos –le dije al tiempo que me daba la vuelta y me inclinaba sobre él para martirizarlo.

Con Mark todo era tan divertido, tan tonto, estaba tan lleno de felicidad.

Es verdad, probablemente deberíamos haber avisado a alguien. En cambio, nos sumergimos durante media hora en el jacuzzi y luego, envueltos de nuevo en aquellos prácticos albornoces, saqueamos la nevera del bar: cogimos agua y frutas destinadas a elaborar cócteles (sobre todo naranjas y rodajas de piña y cerezas confitadas al Maraschino) y subimos varios tramos de una escalera que llevaba a los cuartos de los trabajadores, en el segundo piso. Al final del corredor, encontramos una bonita y acogedora habitación con paredes de ladrillo visto, los suelos de pino pintados de blanco y muebles de mimbre dispuestos estratégicamente. Me hizo pensar en la habitación de invitados de una encantadora casa de campo junto a la playa. Nos subimos a la cama alta, tapamos nuestros cuerpos agotados por el sexo con la colcha calada y hablamos. Yo le conté algunas cosas de mi pasado, mis miedos, y cómo Luke y su estúpido libro habían torpedeado mi seguridad en mí misma.

En lugar de ofrecerse a darle un puñetazo a Luke, me dijo que escribiría una canción para dejar las cosas claras.

–No tienes por qué hacerlo –repuse–. Ya lo he superado, de verdad.

–Entonces la canción irá sobre eso.

Y luego dormimos profundamente, rodeados de cojines mullidos, pieles de naranja y por lo menos cuatro botellas vacías de agua.

Por la mañana, hicimos el amor una vez más, con ternura, lentamente, pues tenía la piel de las piernas cubiertas de pequeños moratones allí donde él me había agarrado. Me colocó las piernas primero arriba, luego abajo, empujando con las caderas, pero con ternura; nos movíamos a la par, porque nuestros cuerpos estaban hechos el uno para el otro. Entrelazó sus dedos con los míos, me colocó encima de él y yo eché la cabeza hacia atrás, y lo cabalgué con tanta delicadeza como pude, mientras él me pasaba las manos por los pechos, por la barriga, y su rostro se maravillaba al ver cómo el sol debía de bailar con mi pelo, confiriéndole un llameante tono rojizo. Y me corrí sin más; fue fácil, gracias su maestría a la hora de acariciarme. Era un milagro que conociera así mi cuerpo tras sólo una noche.

Después de eso, no hubo ninguna vacilación, ninguna duda, ningún miedo. No tuvimos ni que hablar de ello.

A la primera persona que llamé fue a Elizabeth. Le dije que me encontraba mal y que no iría a trabajar, una mentira que la hizo emocionarse porque enseguida se dio cuenta de qué ocultaba: significaba que mi cita había ido bien.

–¿Hasta qué punto fue bien?

–Ahora no puedo hablar.

–¡Porque él aún está ahí! ¡Olé! ¡Me alegro tanto!

En la siguiente llamada, a Cassie, me saltó directamente el buzón de voz, y después llamé a Matilda.

Estaba sentada al otro lado de su escritorio en la Coach House, donde nos había pedido que nos reuniéramos con ella una vez nos hubiéramos vestido. Sentado a mi lado, Mark me cogía la mano con ternura entre las suyas.

Todavía no podía creerme que aquello estuviera pasando.

–Teneis los dos una expresión de culpabilidad que espanta –comentó–. ¿Por qué? Entonces ¿tú también nos dejas, Mark?

Yo contemplé su perfil. Mi estrella del rock, tan audaz sobre el escenario, parecía un corderillo frente a Matilda.

–Yo siento lo mismo que ella, señora. No es habitual tener una revelación como ésta. Sólo quiero estar con ella –contestó, y parecía tan sorprendido de haber pronunciado esas palabras como Matilda no lo estaba de oírlas.

–¿Por qué no ibas a sentirte así? No eres tonto del todo. A lo mejor incluso siento un poco de envidia, porque tienes razón: lo que os ha pasado a vosotros no ocurre a menudo. Pero cuando sucede, es bastante especial.

Hizo una pausa. «No es sólo especial –quise decir–, es crucial, trascendental, sobrecogedor.» Yo había estado preocupada por si Matilda intentaba persuadirme para que no lo hiciera, por si me advertía de que no confundiera el buen sexo con el verdadero amor. Pero en lugar de eso nos ofrecía todo su apoyo.

–Esto significa que tendremos que encontrarte un sustituto, Mark, y buscar otra candidata para S.E.C.R.E.T., Dauphine, pero a eso es a lo que nos dedicamos. Si no te importa, Mark, ahora me gustaría hablar a solas con Dauphine. ¿Por qué no la esperas en el patio? Será sólo un momento. Y gracias por tus servicios, aunque hayan sido breves. Está claro que has sido... profético.

–El placer ha sido mío, señora.

Se puso en pie, me miró a la cara y me acarició el mentón.

–Y Mark –añadió Matilda, con dulzura, mientras él se dirigía a la puerta–, no vuelvas a llamarme señora.

Él asintió, avergonzado, y nosotras le seguimos con la vista hasta que salió por la puerta. Una vez solas, me volví hacia ella.

–He intentado hablar con Cassie, pero tiene el móvil apagado –dije.

–Está en el hospital. Una compañera suya se puso de parto ayer por la noche. Se lo diré –me aseguró, y me cubrió la mano con la suya–. Escucha, debes saber que ayer el Comité votó para donar todo el dinero que hemos recibido de Castille Industries a varias causas de apoyo a las mujeres. Pierre no va a devolvernos el cuadro, pero hemos decidido que no podemos dirigir una organización destinada a liberar a las mujeres aceptando dinero de un hombre que se dedica a manipularlas.

–Pero ¿y todas las mujeres a las que podríais ayudar con ese dinero?

–S.E.C.R.E.T. ha funcionado a las mil maravillas durante cuarenta años. Creo que aún nos quedan algunos más, y sacaremos lo mejor de ellos. Y en caso de necesidad, aún nos queda un cuadro, aunque espero no tener que desprenderme de él. –Dejó a un lado esos tristes pensamientos y me dedicó una sonrisa franca–. Habrías sido una guía estupenda, Dauphine. Pero seguiremos en contacto. Quiero saber qué haces, cómo te va todo, hasta el mínimo detalle. Y estoy segura de que Cassie también.

–No sabes todo lo que habéis hecho por mí, Matilda. Me habéis devuelto mi espíritu, mi alegría. Soy incapaz de explicar lo agradecida que estoy por que exista esta organización.

Rodeé la mesa para fundirme en un abrazo con ella. Por mucho que me encantara aquel lugar y la magia que desprendía, me moría de ganas de volver a mi cuchitril polvoriento, mi ordenada tienda y mis maravillosos clientes y la encantadora Elizabeth.

Y Mark.

Mi hombre me esperaba fuera, bajo el sol, con el pelo revuelto, su deliciosa sonrisa, sus cálidos brazos y el estómago rugiéndole como un león.

–Cariño, necesito una tortilla grande y grasienta, patatas fritas, beicon, tostadas –dijo, y me besó en el cuello–. Y te necesito a ti.

Aquello no era una fantasía; era real. «Mira lo que pasa cuando sueltas las riendas y dejas que las cosas sucedan –pensé–. El mundo entero se alinea contigo.»

–Me has leído el pensamiento. Vámonos de aquí.

Tracina escogió el nombre de su hija, Rose Nicaud, en honor al café, que a su vez homenajeaba a una de las primeras empresarias afroamericanas de Nueva Orleans.

—La llamaremos Nekko —comentó mientras arrullaba a la niña y la besaba en la frente, no más grande que un dólar de plata.

Decir que el bebé era pequeño sería describir tan sólo uno de los numerosos aspectos que lo convertían en algo tan extraordinario de contemplar. Era casi translúcida; una red de diminutas venas rosadas le cubría la cara y el cuerpo, y le confería un tono ligeramente morado. Cuando nadie la tenía en brazos, la colocaban en una incubadora portátil junto a la cama de Tracina; el pañal, del tamaño de una taza de café, cubría toda la parte inferior de su cuerpo, y sus puños no eran mayores que capullos de rosa. Tracina disponía de una habitación individual, cortesía del adinerado padre de la criatura.

—El médico dice que la niña estará bien —me susurró Tracina, no porque no quisiera hacer ruido, sino porque se había quedado sin voz mientras gritaba durante el parto, tanto a Carruthers como a Will, pues dadas las circunstancias, les habían permitido a ambos entrar en la sala de partos.

Ahora Carruthers, el aparente vencedor, vestido con bata y gorro verde de hospital, se había arremolinado en el enorme sillón, su chaqueta, su chaleco y la corbata desparramados por la habitación, y dormía con la mano apoyada en un gesto protector sobre la pared de cristal de la incubadora.

—Tendré que quedarme unos días más, pero no debería haber ninguna complicación —me explicó Tracina.

Al menos no complicaciones médicas.

Del resto me enteraría más adelante, cuando Tracina y yo iniciamos una especie de amistad durante las semanas y meses que siguieron al dramático parto, al descubrir que tenía mucho más en común con ella de lo que yo creía.

Me explicó que su insistencia en esperar hasta el último momento para que le practicaran una cesárea se debía a la analítica que seguramente le harían: quería evitarle el disgusto a Will hasta que fuera posible. Nadie dudaba de que Will era muy importante para ella, pero durante el parto y después de éste quedó claro que a quien amaba era a Carruthers. Aun así, creía que Will habría sido mejor padre: más responsable, más práctico, y su amor por el bebé habría sido menos complicado. Carruthers era un político poderoso, tenía mujer (que pronto se convertiría en exmujer) y dos hijos en la universidad. Y aun así, resultaba conmovedor el modo en que había permanecido junto a Tracina durante toda esa noche, escurriéndose fuera para recibir y efectuar llamadas, esforzándose incluso por tratar a Will con cordialidad, aunque éste se mostraba reacio a devolverle el gesto.

Ésa era la razón por la que había contado tantas mentiras. Al igual que yo, Tracina no quería ser un parche en la relación de nadie. Aunque Carruthers se había mostrado apasionado desde el principio, la verdad era que no estaba preparado para romper con su vida. Tracina era consciente de lo fácil que sería acabar convirtiéndose en la amante y no estaba dispuesta a aceptarlo: no quería tener que esconderse y mentir, sobre todo ahora que Trey se estaba espabilando y un buen hombre como Will estaba disponible. Así que cortó con Carruthers... pero entonces descubrió que estaba embarazada. Al haber crecido sin padre, quería hacer todo lo que estuviera a su alcance para asegurarse de que su hijo disfrutara de uno, y pensó que en tanto mantuviera la boca cerrada sólo alguien que desconociera el árbol genealógico de Will y el de ella cuestionaría la paternidad sólo porque el color de la piel del bebé no encajara exactamente con el de Will. Las dos abuelas de éste eran afroamericanas, y Tracina tenía parientes blancos en ambas ramas familiares. El color de la piel del bebé, igual que el de sus padres antes que ella, sería siempre el resultado de una infinita y bendita mezcla de tonalidades.

Sin embargo, los resultados del análisis de sangre que se le había practicado llegaron de inmediato. Tracina me contó después que si Will, con la cabeza agachada, se hubiera dedicado a arrastrar una mantita sucia por el suelo de la sala de maternidad, la imagen no habría resultado más patética.

Ella intentó que se quedara para hablar y Carruthers se ofreció incluso a dar una vuelta con él. Pero Will no atendió sus ruegos.

Concentrada en comprobar mis mensajes en la cabina, porque hacía rato que el móvil se había quedado sin batería, apenas lo vi pasar.

—¡Will, espera! —grité, y dejé el auricular colgando, sin saber muy bien qué había pasado, aunque por su expresión resultaba bastante fácil adivinar cuál había sido el resultado de las pruebas.

Le llamé tres, cuatro veces a través del aparcamiento hasta que finalmente se detuvo y se volvió, y para entonces la llave ya había vuelto a encallarse en la cerradura de su furgoneta.

—¿Quieres que conduzca yo? Déjame que te lleve a casa, Will —le pedí, doblada en dos y con las manos apoyadas en las rodillas para recuperar el aliento.

Oficialmente ya estábamos en otoño, pero el sol de mediodía abrasaba como si fuera pleno verano. Los dos llevábamos veinticuatro horas en el hospital, turnándonos para dormir en la cabina de la furgoneta.

Will se dio la vuelta lentamente y dejó las llaves colgando.

—¿Sabes qué es lo peor? —preguntó sin mirarme a los ojos, con la vista perdida en el vacío en busca de respuestas—. Que yo nunca he querido tener hijos. Creo que ni siquiera te lo había dicho. Todos mis amigos tienen: mi hermano, mis primos, todos; pero yo pensaba: «Bah, ya hay demasiados niños en el mundo». Y trabajo mucho, y no gano suficiente dinero para criar a un hijo como debe hacerse. Mi padre era el dueño del café, y yo no lo veía nunca. Y siempre estaba al borde de la ruina. Pero te diré una cosa —concluyó, señalando hacia el edificio—: deseaba a ese bebé. Oh... mierda.

Se vio superado por sus emociones, por todo lo que llevaba nueve meses reprimiendo, todas sus dudas y miedos sobre si sería un buen padre para un hijo a cuya madre se esforzaba por amar, por no hablar de que mientras tanto se había dedicado a expandir su negocio mediante préstamos precarios y con el sudor de su frente. Todo aquello se le vino encima en ese momento... y rompió a llorar. Pero no por mucho rato. De hecho, menos de quince intensos segundos. Yo le lancé los brazos al cuello y olí el aroma a hospital de su pelo. Él no me devolvió el abrazo; en su lugar, siguió cubriéndose el rostro con las manos manchadas de pintura. Y cuando me separé de él, a regañadientes, se alejó de mí y se sacudió el dolor de encima, de modo que si alguien hubiera entrado en el aparcamiento en ese preciso momento (cosa que, de hecho, hizo Jesse Turnbull), lo único que le habría sugerido nuestro lenguaje corporal era que éramos dos conocidos que acaban de encontrarse y se estaban despidiendo.

Fue por eso por lo que Jesse se asomó por la ventanilla de su furgoneta (más nueva y mejor que la de Will, por supuesto) y dijo:

—Hola, preciosa. He pensado que podía traerte un café de camino al trabajo —y me tendió un vaso de tamaño mediano con soja.

Si Jesse hubiera sabido a quién acababa de abrazar yo y todo lo que había vivido Will aquella noche (que los dos habíamos vivido), no me habría llamado preciosa. No era de esa clase de machos alfa que marcan el territorio, jactanciosos. Y Will casi nunca era maleducado. Pero en ese momento, con los sentimientos a flor de piel y el corazón destrozado, lo único que pudo hacer fue ignorar a Jesse, lanzarme una mirada de dolor, sacar las llaves de la cerradura de su estúpida furgoneta destartada, dirigirse al asiento del acompañante y entrar en el maldito coche. Fue triste y embarazoso verlo apartarse lentamente unos centímetros del lugar donde nos encontrábamos y salir derrapando del aparcamiento, como uno de esos chulos adolescentes imbéciles que queman rueda en el parking del WallMart.

—¿Era tu jefe? —preguntó Jesse, y me tendió el café.

Yo asentí.

—¿Está bien?

—La verdad es que no.

—Vaya, lo siento. ¿Te llevo a alguna parte?

—No, no te queda de camino. Y creo que necesito una buena caminata. Y luego una siesta muy larga. Han sido una noche y una mañana de locura.

—¿Ha ido todo bien?

—El bebé está bien, la madre está bien... el padre está bien. Es Will el que me preocupa.

—Yo creía que... Entonces ¿él no es el padre?

Hice una mueca.

–Vaya. ¿Y tú qué? ¿Estás bien?

Le dije que sí, que sólo cansada, pero la realidad era que aún no lo había asimilado. En los hospitales, no se presta atención a nadie que no esté tendido en una camilla o una cama. Pero ¿qué más podía decirle a Jesse en ese momento? No podía explicarle que me alegraba de verle pero que al mismo tiempo me embargaba una alegría más oscura y profunda por aquel giro inesperado de los acontecimientos que había hecho de Will un hombre libre y sin ataduras. Me alegraba de ver la cara de Jesse, con sus gafas de cristales azules, sus manos, con el dorso nudoso y las palmas suaves y tersas, resultado de pasarse el día con los brazos hundidos hasta el codo en mantequilla de coco y mazapán, las mismas manos que habían comenzado una maravillosa relación con cada centímetro de mi cuerpo. Lo deseaba incluso en aquel momento, y mi cuerpo se vio atraído automáticamente hacia la puerta de su camioneta como si tuviera un imán, mi cara a centímetros de la suya. Me cogió por la nuca, me atrajo hacia él y me dio un largo beso con sabor a café del bueno.

–Muy bien, cariño. Te llamo después –se despidió, y se alejó con el coche, dejándome con un nuevo hervidero de pensamientos.

«Quiero a Jesse. Quiero a Will. ¿De verdad quiero a Will? Y ¿quién dice que después de todo este drama Will me querrá a mí o, lo que es más, a cualquier otra mujer? Además, lo más probable es que crea que tengo hombres a patadas. Primero un músico desgarbado se presenta en el restaurante y ahora otro tío alternativo viene a traerme un café.» Era mejor tomárselo a risa. ¿Y si Will me consideraba una descocada, o peor, una «zorra», una palabra prohibida por Matilda... Sin embargo, hacía sólo un momento había visto en sus ojos un destello destinado a mí.

Así que hice lo que siempre hacía cuando necesitaba poner mis pensamientos en orden: me puse a caminar. Recorrí las diez manzanas que me separaban de la Mansión en busca de la única persona que siempre me decía las cosas claras.

Aunque era domingo, Matilda estaba allí. Y sola.

–¿Sabes algo sobre desgravaciones por donaciones empresariales a organizaciones caritativas? –me dijo en lugar de «Hola».

La seguí a su despacho, sobre cuyo escritorio había abierta media docena de libros de contabilidad.

–Me temo que no. ¿Te pillo en mal momento?

–Oh, sólo estaba haciendo las cuentas. Averiguando los costes operativos. Cuánto tiempo podemos mantenernos a flote. ¿Cómo está la niña? ¿Es adorable?

–Pequeña y preciosa, sí.

–¿Has podido hablar ya con Dauphine?

–Me he quedado sin batería. ¡Dios mío! ¡La fantasía con Mark, ayer por la noche! ¡Me había olvidado por completo! ¿Cómo fue? ¿Has hablado con ella?

–Se ha ido hace una hora.

Comprobé el reloj. Eran casi las dos de la tarde.

–¿Una fantasía de dieciocho horas? Así pues... deduzco que fue bien.

–Tal vez demasiado bien incluso.

Me puso al corriente de todos los detalles jugosos, y tuve que admitir que me daba envidia. Y aunque ya sabía que Mark era su tipo, no tenía ni idea de que los dos estaban tan dispuestos a profundizar en una relación, y tan rápido.

–A Pauline le pasó hace un par de años –comentó Matilda–. Algo parecido. Pero Pauline se quedó. Lamento decir que Dauphine ha dejado el grupo. Y Mark también. Los dos parecían muy felices. Y ahora tengo la sensación de que vamos a perderte a ti también. ¿Me equivoco?

–¿Lo dices por Jesse? No estamos en ese punto. Todavía no. ¿O te refieres a Will? La historia con Will está destinada al fracaso.

–¿Estás segura?

La puse al corriente de todo el follón de la paternidad y de la disyuntiva a la que me enfrentaba. ¿Will o Jesse? No podía tenerlos a los dos.

–¿Will te ha pedido que estéis juntos?

–No.

–¿Y Jesse?

–Más o menos. Bueno, él... yo... lo que tenemos es bueno, ¿sabes? Me gusta de verdad y el sexo es increíble. Pero creo... creo que amo a Will.

–¿Le has contado todo esto a Will?

–No.

Juntó las yemas de las manos en gesto pensativo.

–Bueno, ¿y a qué esperas? No puedes seguir estando sólo con él entre mujer y mujer, Cassie.

–Pero ¿y Jesse?

–Algo me dice que Jesse sobrevivirá. Y éste siempre será su hogar.

Se me hizo un nudo en el estómago al imaginármelo con otra mujer. Matilda sentía debilidad por él, eso lo sabía. «¿Qué he hecho? ¿Qué voy a hacer?»

–Cuando hayas decidido, háznoslo saber. Yo esperaba que el año que viene te unieras al Comité y que con tu voto conseguiríamos por fin que un pelirrojo superara la primera selección. Mientras tanto, hemos enviado esto a la prensa y otros invitados importantes –dijo al tiempo que abría un cajón y me tendía una invitación–. Espero que puedas venir. Y asegúrate de traer pareja. Sea cual sea.

*S.E.C.R.E.T. les invita cordialmente a la inauguración oficial
de nuestra iniciativa benéfica a favor de las mujeres
y niños desfavorecidos de Nueva Orleans,
que tendrá lugar en el
Latrobe's, en Royal.*

Se requiere etiqueta.

Me impactó ver «S.E.C.R.E.T.» escrito con aquella característica tipografía florida en una invitación pública.

–¡Matilda! Es el nombre de nuestro grupo. Has escrito S.E.C.R.E.T. tan tranquilamente. No puedo llevar a Will; empezaría a hacer preguntas. En plan: «¿De qué va esto, Cassie?».

–Oh, no te preocupes por eso. Todo el dinero que recaudemos lo donaremos bajo el nombre oficial de S.E.C.R.E.T., el que aparece en los libros: Sociedad para el Estímulo del Civismo Responsable y la Ecuanimidad Total. ¿Ves? De esa organización sí podrías formar parte, ¿no?

Giró uno de los libros para mostrarme los recibos y facturas con el nombre completo, no aquel al que yo estaba acostumbrada.

–Pagamos nuestros impuestos. Tenemos una hipoteca. Somos buenas ciudadanas. Y cuando la gente nos pregunta a qué nos dedicamos, contestamos que a mejorar la vida de las mujeres que lo necesitan. Puedes traer con toda tranquilidad a Will a una gala como ésta; nos tomamos muy en serio nuestro anonimato. Y, por supuesto, si al final decides venir con Jesse, no tendrás que preocuparte por nada.

–De alguna forma eso resume mi dilema.

–Por supuesto. Pero qué dilema más maravilloso. Yo lo llamaría un avance –añadió–. ¿Tú no?

«Por supuesto.»

Cassie

Tras mi encuentro con Matilda, me sentía agotada, pero sabía que a aquellas alturas Dell debía de ser un cadáver andante, pues había tenido que cerrar el café la noche anterior y abrirlo por la mañana. Así que, en lugar de escurrirme hasta la cama, me di una ducha, me cambié de ropa y recorrí el largo camino hasta el trabajo para ver cómo estaba Will.

Su furgoneta no ocupaba su sitio habitual en Bywater y tampoco estaba aparcada delante o detrás del café, y él no cogía el teléfono, así que supuse que se había marchado a alguna parte a aclararse las ideas... o a llorar sin reprimirse, durante más rato del que había sido capaz de hacerlo conmigo.

El restaurante estaba vacío. Claire salió de la cocina con una redcilla colocada con gracia en la cabeza y que a duras penas contenía sus rastas rubias, con las manos cubiertas de aceite y trozos de col rizada. Me gustaba su expresión franca e ingenua; las pocas semanas que llevaba viviendo con Will habían borrado su carácter huraño, convirtiéndola en una adolescente locuaz. También se estaba camelando a Dell, que no había tardado en enseñarle a cocinar sus platos, algo que había tardado meses en hacer conmigo.

—¿Dónde está el jabón desinfectante de manos? Ese rosa que utiliza Dell.

—Te lo enseñaré —le dije—. ¿Estás sola?

—Sí. Después del turno del mediodía Dell no daba más de sí y se ha ido a casa.

Para tener diecisiete años, era una chica muy espabilada, lo cual no tenía por qué ser algo bueno, decidí. No cabía duda de que para mi edad, muy pasados los treinta, yo llevaba un retraso sexual evidente, pero Claire y sus nuevas amigas de la escuela estaban perturbadoramente adelantadas. Me daban un poco de miedo cuando entraban en el café fumando, con sus *piercings*, sus seductores *selfies* y sus conversaciones sobre sexo.

Una semana atrás le había preguntado a Claire cómo era posible que fuera vegana y al mismo tiempo fumara.

—Por la misma razón por la que tú puedes ser un coñazo y simpática —se burló.

Palpé el estante de encima del fregadero, encontré el bote de jabón desinfectante rosa y le eché un chorro en las manos.

—¿Will ha pasado por aquí?

—No lo he visto —contestó.

Se secó las manos en las piernas y consultó su móvil, que estaba vibrando. Will le dejaba llevarlo por dentro del delantal de camarera. Su argumento era que no lo usaba para llamar, sólo se enviaba mensajes, y eso no era de tan mala educación. Yo ya le había advertido que si trabajaba en el piso de arriba yo no se lo permitiría. «Ni tampoco los *piercings*», había añadido. «Ningún problema: tú serás la jefa, tú pones las normas», aceptó Will.

A pesar de todo, Claire era muy trabajadora, así que no me quejaba. Y tenía un don innato para la cocina.

—He empezado a preparar las ensaladas —me explicó—. Ya he acabado con la col; ahora me pongo con las zanahorias.

—Gracias. Seguramente podré apañármelas yo sola esta noche —le dije.

—Qué bien. Quiero ir a ver a la niña.

Estuve a punto de soltarle todo lo que había pasado en el hospital entre su tío y su casi tía, pero se trataba de un asunto familiar, y tendría que hablarlo con Will.

Mientras ayudaba a Claire a preparar las zanahorias, pensé en Dauphine y Mark, que probablemente estarían desfallecidos en alguna parte, con los brazos y las piernas enredados. Envidiaba su aparente seguridad, la entereza de Dauphine a la hora de decidir coger a su hombre de la mano e irse con él. Pero hay gente capaz de hacer estas cosas; forma parte de su naturaleza. Cuando yo tuve la oportunidad de hacerlo, cuando pude probarlo con Jesse fuera de S.E.C.R.E.T., había llegado tan sólo al tercer paso. Estaba convencida de que conectaba con él, pero aún no había conectado conmigo.

¿Y ahora? ¿Hasta dónde me conocía a mí misma: mi cuerpo, mi mente y mi corazón? Tal vez la pregunta más pertinente fuera: ¿en qué punto se sobreponían estas tres cosas y dónde permanecían separadas? En S.E.C.R.E.T. nos ocupábamos de los placeres del cuerpo, un ámbito de mi vida que siempre había ignorado. Había pasado tanto tiempo viviendo dentro de mi cabeza, que había dejado que se me atrofiara el corazón. Decididamente, Mark y yo habíamos establecido una conexión física. Y con Jesse también. Además, este último se estaba abriendo camino hacia mi corazón sin hacer ruido. Pero hacía ya mucho tiempo que Will había conquistado las tres cosas. Amaba su cuerpo, su mente y su corazón, ese día más que nunca, cuando su ausencia no sólo me preocupaba sino que me producía un dolor físico al imaginármelo por ahí solo y triste.

Así que antes incluso de conocer los verdaderos sentimientos de Will hacia mí, me fui con el móvil al callejón de la parte de atrás mientras Claire atendía las mesas, el último favor que le pedí antes de mandarla para casa.

Jesse contestó al primer timbre.

—¡Hola, preciosa! ¿Sigues en el hospital?

—No, estoy en el trabajo. ¿Y tú?

Me explicó que estaba a punto de entrar en una reunión con unos clientes que querían un pastel de bodas de cinco pisos.

—Debes de estar agotada —me dijo—, así que supongo que esta noche tampoco hay plan.

—No... tengo que quedarme aquí, Jesse.

El silencio que siguió podía cortarse con un cuchillo; de hecho, sentí su peso en el teléfono. Tal vez fue el tono con el que pronuncié su nombre, como si fuera un signo de puntuación, con un toque de irreversibilidad.

—Vale... Tengo la sensación de que mañana tampoco te irá bien.

Inspiré.

—Jesse, creo que... no, lo sé: estoy enamorada de otra persona.

Otro silencio, esta vez más liviano, ahora que se había revelado parte de la verdad.

—Ya veo. Vaya, ¿quién es el afortunado? —preguntó con un dejo de amargura.

Le conté que se trataba de Will, mi jefe y amigo durante muchos años. No entré en detalles; Jesse no tenía necesidad de conocer nuestra odisea mayormente platónica que se había alargado durante ocho años, el anhelo, los miedos, las inseguridades, los celos, las traiciones, todas las dramáticas circunstancias que habían concurrido para mantenernos separados.

—¿Él también te quiere?

—No lo sé, Jesse, pero tengo que averiguarlo. Y no quiero tenerte esperando o utilizarte como salvavidas en caso de que me rechace. Y es posible que lo haga. Pero tengo que arriesgarme. Después de lo que le ha pasado, quiero poder ser sincera si me pregunta sobre ti. Y tú no mereces menos. Eres un hombre increíble, Jesse. De verdad.

—Vaya. Suenas tan... odio decirlo, pero suenas jodidamente sexy, porque me estás rompiendo el corazón, y me muero de ganas de ser el otro chico.

¿Qué más podíamos decir? Ambos nos deseamos lo mejor; nos hacía falta y era genuino.

—No me gusta la frase «espero que podamos seguir siendo amigos», Jesse. Me parece hueca. Pero espero de verdad que podamos ser... algo para el otro.

—Cassie, no te lo tomes mal, pero no se me da bien ser amigo de las mujeres con las que quiero acostarme.

El silencio se alargó. Quedaba poco por decir.

—Lo entiendo.

Nos despedimos con cariño y colgamos. Besé la pantalla del móvil. Había sido bendecida con hombres tan buenos en S.E.C.R.E.T., hombres que, además de despertar mi sexualidad, me habían ayudado a olvidar mis frustrantes experiencias pasadas. Y luego estaba Will. Esperaba estar renunciando a algo bueno por algo mejor, pero

hasta donde yo sabía, Will no quería saber nada de mí.

Aun así, era muy extraño en él desaparecer de aquella forma. Consulté la hora y miré a un lado y otro del tranquilo callejón, mientras empezaba a preocuparme. La noticia sobre el bebé había constituido un golpe devastador, pero ¿y si estaba de verdad enamorado de Tracina? ¿Y si se había dado cuenta ahora que no sólo no podía tenerla sino que acababa de descubrir que en realidad nunca había sido suya?

Con el rabillo del ojo vi revolotear una cortina en una de las ventanas del piso superior del café. Las mosquiteras a medida aún no habían llegado. Y fue entonces cuando lo supe. Entré disparada por la puerta, crucé la cocina y luego la sala, donde dos clientes se habían sentado a una mesa de la ventana junto a Claire, que estaba inclinada sobre su móvil flanqueada por dos amigas que también contemplaban la pantalla.

—¡Claire! —Las tres dieron un respingo, como si acabara de interrumpir una delicada operación quirúrgica—. ¿Puedes quedarte un rato más? Y, por favor, llévale unos menús a esa gente. Te pagaré el doble de una hora extra; tengo que comprobar algo en el piso de arriba. No tardaré.

Ni siquiera esperé a que me contestara, y mientras subía tranquilamente la escalera, decidí que habría sido una madre desagradable y mandona. El pomo de la nueva puerta de roble tampoco había llegado aún, así que tuve que abrirla con el hombro. En su momento, la puerta serviría de separación entre el viejo café y el espacio nuevo, una vez que la escalera directa al exterior estuviera acabada, pero por el momento Will lo mantenía cerrado para que el polvo de las obras no se colara en el Café Rose.

La luz de media tarde apenas iluminaba el espacio. Entonces me di cuenta de que todas las cortinas estaban corridas. El suelo continuaba cubierto de papeles de periódico para protegerlo de las gotas de pintura del techo, pero ya habían traído las mesas, doce, con la superficie de mármol y las patas de madera. Acaricié la superficie fría y suave. Y entonces lo vi: los pies desnudos de Will que asomaban sobre el suelo por detrás de la barra, y una botella de whisky, con una cuarta parte vacía, encima. Will no era un gran bebedor, y nunca bebía durante el día, así que probablemente aquello era su idea de darle un buen meneo a la botella.

—¿Es usted, agente? —preguntó con voz pastosa.

—¿Por qué? ¿Te busca la policía? —le seguí el rollo mientras rodeaba lentamente la barra del bar hasta quedar a sus pies.

Llevaba puestos los tejanos pero no la camiseta; la colcha le servía de almohada y el colchón estaba doblado como un taco para encajar en el angosto espacio. Su cara mostraba las marcas de arrugas de haber dormido, probablemente, mal.

—Lo harán cuando encuentren mi furgoneta en la calle North Peters, en el barrio francés —señaló al tiempo que juntaba las manos en la nuca y se estiraba para desperezarse.

Su tono de voz no me reveló nada. No tenía forma de saber si seguía triste o enfadado, si ya se le había pasado o si incluso había entrado en una zona emocional que jamás antes había visitado.

«Oh, Will.» Deseaba acurrucarme a su lado, rodear su dolor con mis brazos y mis piernas.

—¿Qué hace tu furgoneta allí? —pregunté en cambio.

—Cogí la curva de Saint Ferdinand —me explicó, y dibujó con la mano el recorrido de la furgoneta— y de repente me encontré con una zarigüeya enorme en medio de la calle y... ¡pum!

Se golpeó una mano con el otro puño.

—Pobre zarigüeya.

—La zarigüeya está bien. Mi camioneta se quedó en la zanja, atrapada entre unos postes cerca del almacén de madera. Tuve que romper el cristal trasero para salir. Al menos, espero que la camioneta siga allí. En realidad, más me valdría denunciar que me la han robado.

Se rio débilmente, pero yo fui incapaz.

«¿Se lo pregunto o no? ¿Dónde has estado y qué estás pensando y ahora ya puedes ser mío? ¿Y yo tuya?»

—Pero estás bien, ¿no?

—¿Bien? Oh, sí, de maravilla. Estoy en medio de un puta canción country, Cassie. En un solo día el chico pierde todo lo que creía tener. Que también haya perdido la furgoneta es como cerrar el círculo, ¿no crees?

Allí estaba, el sarcasmo para ocultar la tristeza; aquél era el hombre que tan bien conocía. Al que tanto amaba. «Éste es el momento, Cassie. Dilo.»

—No lo has perdido todo, Will.

—Es verdad. El día aún no ha terminado. ¿O sí? Con las cortinas corridas ni me he enterado. ¿Qué te parecen? Son bonitas, ¿verdad?

—Muy bonitas. ¿Lo ves? Tienes las cortinas... y...

Will dejó de admirar las cortinas y me estudió con la mirada.

—¿Qué más tengo?

Se incorporó sobre un codo y me dirigió una mirada penetrante.

«Dilo, Cassie.»

—Tienes... esas mesas de mármol. Son p-preciosas —tartamudeé.

—Es verdad. Son preciosas —dijo él.

Yo no podía parar de dar golpecitos en el borde de la barra.

—Y... ¿qué más tengo?

«Por el amor de Dios, dilo. Ahora.»

—Lo tienes todo, Will, justo aquí, en esta habitación...

—¿Te tengo a ti?

«Basta, Cassie. Está aquí, todo lo que querías, delante de tus narices.»

—Sí, Will.

—¿Estás segura, Cassie? Porque yo quiero tenerte, y antes, cuando apareció ese tío con el coche y pensé que tampoco podría tenerte a ti, fue cuando pensé...

—Will. Me tienes.

No sé si fui yo quien se agachó hacia él o si él se incorporó para atraerme hacia el colchón, pero no tardé en estar arrodillada frente a él, dejando que me despojara de la camiseta, de mi estúpido sujetador, del plasta de mi cinturón, para quitarme de un tirón los desagradables tejanos, los dos enfadados con cada pequeña cosa que se interponía entre ambos, aunque sólo fuera nuestra ropa.

Sentada a horcajadas sobre él, entrelazamos nuestros dedos y me sentí feliz y muy, muy agradecida.

—Deberías verte la cara justo ahora —susurró—. Estás preciosa.

Estuve a punto de decir: «Eres tú quien me hace sentir así». Pero no, ya me sentía preciosa antes de que él lo dijera, lo cual era un milagro en sí mismo.

—Gracias, Will.

Reseguí su esternón con el dedo. Aquel hombre era todo lo que siempre había deseado.

Él se incorporó, me cogió la nuca con una mano firme y me atrajo con él hacia el colchón, hasta que mis pechos quedaron aplastados contra su cálido torso. Su mirada reflejaba tranquilidad; su pelo era un revoltijo producto de la angustia y el sueño. Se lo peiné con los dedos.

—Bésame, Cassie —me pidió—. Bésame como si lo que acabas de decir fuera verdad. Que eres mía.

Tenía los labios entreabiertos y me sumergí en su boca. Nuestro deseo no era apremiante, ni salvaje. Aún no. No había ninguna prisa. Le besé rotunda, plenamente, una vez, y luego le succioné el labio inferior, saboreándolo, y volví a besarlo mientras su lengua se lanzaba vacilante entre mis dientes, saboreándome a su vez.

—Will —le dije mientras nos besábamos—, te he echado tanto de menos.

Me agarró y se sentó conmigo encima, mis piernas alrededor de él, su erección apremiante entre ambos.

—Yo también te he echado de menos... como puedes ver —se rio, y me apartó el pelo de los ojos.

Instintivamente, alargué la mano hacia él y rodeé con las yemas de los dedos su suave glándula, notando cómo se endurecía aún más. Él abarcó con la mirada las

partes de mi cuerpo que ahora podía saborear: mi cuello, mi hombro, mis pechos. Dio vueltas alrededor de mis pezones con su cálida lengua, y los succionó con delicadeza hasta convertirlos en dos firmes colinas bajo sus besos. Satisfecho, alejó mi torso del suyo y me apoyé con las palmas de las manos en sus rodillas. De repente no me apeteció estar tan lejos de él, pero lo que él quería era deslizar su mano por debajo de mi cuerpo, para empaparse de mi flujo con las desarmantes caricias de sus dedos.

–Llevo tanto tiempo deseando esto, Cassie –susurró, y me metió dos dedos, curvándolos para alcanzar mi punto sensible, con tanta maestría que los ojos se me abrieron de par en par–. Quiero verte la cara mientras te corres. Mientras hago que te corras –dijo, chupándose los dedos con un movimiento rápido y cubriéndome el clítoris, ahora anhelante, con la suave yema de su pulgar–. Llevo tanto tiempo deseando hacerte esto, Cassie.

Frunció los labios a medida que incrementaba la velocidad pero no la presión, dando golpecitos a mi punto perfecto con un ritmo insistente y delicioso.

–Córrete para mí, Cassie. Córrete para mí.

Y vaya si lo hice, justo en ese momento, justo allí, echando la cabeza hacia atrás, abriendo las rodillas contra el colchón, arqueando todo el cuerpo hacia él. Me corri y liberé todo el dolor, la angustia, todo el anhelo en aquella polvorienta y perfecta habitación del primer piso, la misma que no paraba de acumular cosas bonitas cada vez que nos encontrábamos allí solos y desnudos. Mientras me hacía gemir, siguió moviendo los dedos dentro de mí hasta que le supliqué que parara, para recuperar el aliento, dejarme caer entre sus brazos, los de mi hombre, Will.

Con todo el cuerpo tembloroso, alargué la mano para acariciar su cara sin afeitarse, medio dormida, y me prometí en silencio cuidar mejor de aquel hombre estupendo y no volver a dejarlo escapar. Me busqué el pulgar con la mano y lo succioné y dio vueltas con la lengua a su alrededor, y dio una pequeña sacudida cuando me metí la otra mano entre las piernas y le agarré la polla.

–Yo también he echado esto de menos –dije, rodeándola con la mano mientras él se apoyaba en las suyas.

Contempló cómo deslizaba los dedos arriba y abajo, sin apretar mucho pero sí con rapidez; ante su obvia reacción apreté con más fuerza y mis dedos se movieron más rápido hasta que no pudo aguantar más y levantó los ojos al cielo. Yo aún aceleré un poco más el ritmo, me incliné hacia delante, mi boca junto a su oído, mis pezones retozando sobre su brazo.

–Eres tú, Will. Siempre has sido tú. Siempre serás tú –susurré, mientras él gemía mi nombre.

Buscó con la mano la cartera en el bolsillo de los tejanos tirados y me apartó la mano para poder ponerse un condón. Luego volvió a colocar mis piernas a ambos lados de él y me rodeó la cintura con los brazos.

–Me gusta tanto estar dentro de ti –dijo mientras se introducía en mi interior, hasta el fondo, y me llenaba como nadie me había llenado ni me llenaría jamás.

Nos quedamos un momento quietos, unidos; con las manos en sus mejillas, deslicé mis labios húmedos por los suyos con dulzura, respiré su aliento, balanceé mis caderas contra él, con suavidad, sintiéndolo dentro, con uno de sus fuertes brazos apoyados detrás y él otro rodeándome la cintura y presionando mis caderas hacia él. Entonces empezó a penetrarme con más intensidad y me agarré a sus hombros mientras sentía cómo entraba en mí y yo me abría a él.

–Oh, Dios, Will.

–Cassie... te quiero; sí, te quiero así –dijo con la cara contraída en un gesto de dulce agonía.

Yo seguí cabalgándolo, todo mi ser centrado en apretarlo dentro de mí, y haciendo girar las caderas de tal modo que al final lo llevé al éxtasis y se corrió. Yo hice que se corriera, y luego se dejó caer hacia atrás durante unos segundos.

Saboreé mi hermoso triunfo hasta que su cuerpo empezó a echar de menos el mío y me atrajo hacia sí para tenerme otra vez pegada a él. Me abrazó por detrás, mi culo apoyado en la curva de su sudado estómago, su mano rodeando la mía con fuerza, mientras me estremecía por lo que él acababa de hacerme, por lo que le había hecho yo, por lo que nos habíamos hecho el uno al otro.

–Prométeme una cosa –me pidió.

–Lo que quieras.

–Prométeme que nunca más volveremos a dejar que nada ni nadie se interponga entre nosotros.

–Nunca –dije, cerrando los ojos–. Te lo prometo.

Cassie

A pesar de que hacía casi diez años que Will y yo nos conocíamos, y de que ya nos habíamos visto desnudos (al menos tres veces más después de aquella gloriosa noche; una en su casa, otra en la mía y una última en ese colchón, antes de que lo tirara cuando llegaron las sillas nuevas), la noche que vino a recogerme para acudir a la gala de S.E.C.R.E.T. en el Latrobe's fue, técnicamente, nuestra primera cita.

Las semanas anteriores a aquella funesta noche habían sido las más felices de mi vida. Ya no teníamos que disimular ni escondernos. Alejada del restaurante, Tracina estaba construyendo su nueva vida, así que nosotros éramos libres para empezar la nuestra, y el restaurante se convirtió en nuestro discreto campo de pruebas: un beso aquí, un abrazo allí a la vista de todos, miradas lascivas en cada rincón. Y no me importaba que Dell levantara la vista al cielo o que Claire no entendiera muy bien lo que pasaba, demasiado joven para ser mi confidente pero lo bastante mayor para saber que «ha habido una movida en plan adultos que te cagas», como le oí decir a sus amigas mientras fumaban en la parte de atrás.

Después de aceptar mi invitación, me llevé a Will al Funky Monkey para que se comprara su primer esmoquin y para ver a Dauphine, tan resplandeciente por su recién descubierto amor que era como mirarse en un espejo. Frente a Will, contuvimos la desbordante alegría que sentíamos al vernos, y a él le contamos que nos conocíamos porque las dos pertenecíamos al grupo de mujeres a cuya gala íbamos a acudir.

Mientras él permanecía de pie delante del espejo de los vestidores, tan atractivo con su esmoquin, Dauphine marcaba con alfileres el dobladillo de los pantalones.

–Menos mal que me quedé este esmoquin –comentó–. A Mark le va grande. Aunque me da la sensación de que enfundar a ese chico en un esmoquin que le vaya bien va a ser mucho más difícil de lo que pensaba.

Una semana después, la noche de la gala, tras un torpe intento de enderezar la maldita pajarita, Will me preguntó por qué nunca le había contado que formaba parte de aquella organización benéfica, que además tenía pasta suficiente como para donar quince millones de dólares.

–Porque es un secreto. De alguna manera, en parte ésa es la gracia: el anonimato, el servicio discreto, esas cosas. Pero me has visto con Matilda mil veces. No te he escondido nada.

Oh, Dios mío, ¿me estaba convirtiendo en una mentirosa? ¿O me sentía más cómoda con la verdad? Cada vez resultaba más difícil establecer la diferencia.

–¿Y de repente esta organización quiere que toda la ciudad se entere de que va a donar millones de dólares?

Yo le había hecho la misma pregunta a Matilda, y ella me había explicado que en su experiencia lo mejor era esconderse a plena luz. En una donación de semejante cuantía y a tantas organizaciones era difícil conservar el anonimato, así que ¿por qué no celebrarlo abiertamente? Y S.E.C.R.E.T., bajo su otro nombre, necesitaba desesperadamente los beneficios que daba una desgravación fiscal para mantenerse un tiempo más a flote.

–Si no quieres que nadie se entere de que existe un grupo clandestino dedicado a la realización y la exploración sexual de las mujeres –dijo–, instala la sede en una mansión en plena ciudad. ¿Por qué? Porque nadie se lo creería ni aunque se lo contaras.

Mientras me ceñía la pulsera con los amuletos en torno a la muñeca, por un momento me olvidé de Will y empecé a ponerme nerviosa por haber decidido llevarlo a aquella fiesta tan extraña. Pero confiaba en que esas mujeres, sobre todo Matilda, no traicionarán mi secreto. Además, era la última muestra de solidaridad que podía ofrecerles antes de abandonar S.E.C.R.E.T.: habían hecho tanto por mí y me habían pedido tan poco a cambio. Incluso me puse un bonito vestido negro para la ocasión: largo, con la espalda escotada y cruzada por tirantes.

Salí del dormitorio enfundada en él para que Will me subiera la cremallera; una mala idea. En cuanto la cogió, el vestido estaba a mis pies y él me arrastraba de nuevo a la cama, desnuda, mientras yo pateaba y gritaba:

–Recoge el vestido, ¡no lo dejes tirado en el suelo, Will! ¡Se arrugará! ¡Me ha costado una fortuna!

Me eché a reír mientras él se dejaba caer encima de mí.

–A la mierda el vestido –me dijo mientras se bajaba los pantalones de esmoquin recién planchados hasta los tobillos, se ponía un condón y me penetraba con suficiente ímpetu como para acabar con las risas de golpe.

Dios, la mirada ardiente y salvaje de sus ojos esa noche, mientras me penetraba una y otra vez, sosteniendo mi cara entre sus fuertes manos; no quería renunciar nunca a aquella mirada.

Aunque también tenía ganas de que llegara un momento en que estar a solas con él no me hiciera arder en deseos de quitarme toda la ropa. En realidad, aunque sonara extraño, deseaba aburrirme un poco de todo aquello, que llegara un momento en el que el más mínimo roce de su piel en el café no me hiciera humedecerme de deseo.

Era amor, sí, pero era algo más. Will era mi mejor amigo, el más íntimo. Tenía la sensación de que, aparte de Matilda, era la única persona del mundo que me conocía de verdad. Y ahora, mientras se movía sobre mí con la pericia de un hombre que comprendía mi cuerpo tan bien como el suyo, mientras me buscaba la cara, casi la estudiaba, me echaba el pelo hacia atrás y me penetraba, me penetraba, y yo le clavaba las uñas en la piel y él cerraba los ojos, era incapaz de imaginarme con otra persona. No me acordaba de ningún otro hombre. Me echó las rodillas hacia arriba y nos llevó a los dos al límite, el mío con un anhelo exquisito y el suyo anegado de placer; se tensaba y se contraía al borde de otro orgasmo que yo le estaba provocando, mientras me contoneaba y me retorció debajo de él, hasta encontrar el punto perfecto, hasta que, poseídos por un placer que nos asaltaba en oleadas, ambos nos llevamos mutuamente más allá del límite, gritando el nombre del otro, nuestros cuerpos convertidos en un fogonazo de lujuria. Jadeantes, ambos nos echamos a reír, porque eso es lo que uno hace cuando el amor te asombra más allá de lo que creías posible.

–Santo Dios, Cassie –dijo Will, tendido a mi lado, y me agarró la mano hasta que recuperó el aliento.

Me levanté para darme una ducha rápida, pero él tiró de mí y me estiró de nuevo en la cama. Luego rodó y se apoyó sobre el codo.

–¿Sabes qué? Ha valido la pena.

–¿Qué es lo que ha valido la pena?

–Todas las sandeces del año pasado, todo lo que pasó, las mentiras que nos separaron. Ha valido la pena. Hace unas semanas yo estaba enfadado de cojones. Me dije a mí mismo: «Nada de mujeres». No quería ni oír hablar del amor. Mi intención era tomarme un buen y largo descanso. Y hoy, ahora... ahora me siento como si acabara de salir de un túnel muy largo. Me siento liviano. Como nuevo. Como si hubiera recuperado la fe.

–Yo también –le dije, y le acerqué la cara para darle un beso.

Se puso a toquetear mi pulsera.

–Hacia tiempo que no te la veía.

–Sólo me la pongo en las ocasiones especiales –repose, y dejé que la examinara, sabiendo que ya no había nada que esconder.

–A ver si lo entiendo: cada vez que haces una buena acción, o superas un reto, o lo que sea, ¿te dan uno de estos amuletos? –preguntó mientras leía por lo bajo algunos de los pasos: «Generosidad», «Arrojo», «Confianza»–. Me recuerda a las Girl Scouts.

–Ja. Es algo así –repose, y me escurrí fuera de la cama.

–¿Qué amuleto te dan si alguien le pone tu nombre a un restaurante?

–¿Qué quieres decir?

–He decidido que el nuevo local se llame Cassie's. Mañana traerán el rótulo. Y mira –añadió, y sacó una hoja de papel de la chaqueta después de recogerla del suelo, donde estaba tirada con el resto de nuestra ropa, y me enseñó una maqueta del nuevo menú; con una hermosa caligrafía, en lo alto se leía: «Cassie's».

Ahogué un grito y me quedé sin palabras mientras gruesos lagrimones me caían por las mejillas.

–¿Hablas en serio?

–Nunca he hablado más en serio –contestó, y me dio un beso.

–Yo no... no puedo... nadie nunca...

–Cassie, sólo tienes que decir «gracias». Ahora será mejor que nos vistamos y vayamos a esa gala.

–No voy a darte las gracias ahora. Te las daré después, cuando estemos aquí otra vez los dos solos.

–Entonces ¿no nos quedaremos mucho rato?

–Ni hablar.

Nos duchamos, primero uno y después el otro, porque mi ducha era demasiado pequeña para los dos, y después, mientras me subía la cremallera del vestido, me sentí bendecida y, si se me permite, muy amada. Si hubiera sabido que era la última vez que estaríamos juntos, nunca habría salido de esa cama o ese apartamento, y sin duda no lo habría apartado tan rápido de mi lado antes de ajustarme aquel bonito y maldito vestido.

El Latrobe's era un íntimo edificio de estuco color crema, ubicado en una esquina en pleno barrio francés. Con sus techos moriscos curvados y la tenue iluminación, era el lugar perfecto para celebrar una fiesta privada o una pequeña boda elegante, un sitio discreto que no llamaba la atención. Así que fue una sorpresa encontrar a un bullicioso grupo de reporteros a ambos lados de la entrada; aunque claro, se iban a donar quince millones de dólares a ocho entidades benéficas locales dedicadas a ayudar a mujeres y niños víctimas de abusos, hambre, abandono o que se hallaban en una situación muy precaria. Era una cantidad de dinero capaz de cambiar vidas. Así que aquel acto era importante, y merecía una cobertura a la altura de las circunstancias.

Matilda se ocupaba de la prensa, atendía sus preguntas y repreguntas. Nos dijo que nos relajáramos, que nos mezcláramos con la gente y comiéramos. Al día siguiente había convocada una reunión del Comité; entonces averiguaríamos cuánto dinero quedaba en las arcas de S.E.C.R.E.T. Yo había decidido aprovechar aquella reunión para presentar mi renuncia formal, pero no antes de dar profusamente las gracias a todas y cada una de aquellas mujeres por mi buena suerte y mi maravillosa vida.

Atravesamos una nube de cámaras y entramos en el estrecho vestíbulo que daba al comedor principal. La flor y nata de la sociedad de Nueva Orleans llenaba la sala, incluido, para nuestro asombro, el recién reelegido fiscal del distrito Carruthers Johnstone, solo, secándose el sudor de la frente mientras saludaba a los invitados vestido con un esmoquin demasiado ajustado, con la relaciones públicas a su lado, contestando preguntas.

–¿Te importa que esté aquí? –le pregunté a Will al tiempo que lo apartaba de la cola para esquivar a Carruthers.

Había pasado casi un mes y, aunque yo había ido varias veces a ver a la pequeña, y a una Tracina mucho más serena tras la maternidad, Will seguía sintiéndose como un idiota. Aún albergaba cierto resentimiento, pero yo esperaba que pronto se le pasara para que Tracina pudiera traer a la niña al café al que debía su nombre.

–No ocurre nada –contestó Will mirando a Carruthers de reojo-. La verdad es que el pobre desgraciado me da pena: aguantando los lloros, los gritos... y, además, un bebé.

La noticia de la aventura extramatrimonial de Carruthers había salido a la luz demasiado tarde para afectar a su reelección, pero ahora empezaban a producirse las primeras consecuencias. Sin duda, todo el mundo se hacía preguntas que evitaba responder mientras su mujer trasladaba sus pertenencias de la mansión del Garden District a una encantadora casita en Exposition Boulevard, frente al parque Audubon, donde Tracina y él podrían criar a la niña con relativa privacidad hasta que el escándalo remitiera.

Kay Ladoucer, miembro del Consejo Municipal, también estaba en la fiesta. El año anterior había presidido el baile benéfico de la Sociedad de Revitalización, y esa noche se comportaba como una abeja reina, saludando a los invitados y posando para las fotos, aunque en realidad se trataba de la gala de Matilda. Will insistió en ir a saludarla; sus obras pronto tendrían que superar la última inspección técnica y, después de eso, siempre que no hubiera problemas, lo único que se interpondría entre nosotros y la inauguración del Cassie's (el *Cassie's*) sería tramitar la licencia para vender alcohol y cortar la cinta. En el pasado, Kay había denegado todos los intentos de Will de expandir el negocio al piso de arriba, aludiendo a un exceso de crecimiento en Frenchmen Street. Así que esta vez Will no pensaba arriesgarse, y llegó al extremo de alabar su peinado y su vestido; cuando se lanzó a hablar de sus zapatos, le di un leve codazo.

Nos paramos a hablar con Dauphine y Mark, ella enfundada en un despampanante vestido azul de cóctel con los hombros al descubierto y con un peinado que homenajeaba a Veronica Lake; él, con chaqueta de esmoquin y tejanos, por supuesto; ambos exhibían una sonrisa boba en la cara, una pareja perfecta si es que tal cosa existe.

–¡Cassie! ¡Qué alegría verte! –me saludó Mark, que me rodeó la cintura y me levantó del suelo-. Te debo una –me susurró al oído.

Yo le había dejado bien claro a Will que el «tío delgado» que se había presentado aquel día en el café para invitarme a su concierto y yo éramos «sólo amigos». Y diría que me había creído. Pero el entusiasmo de Mark hizo que colocara su cálida mano sobre mi espalda en un gesto instintivo.

–Estás preciosa, Cassie –dijo Dauphine, y luego se inclinó hacia mí para añadir sin que Will la oyera-: Y prométeme que vendrás más a menudo a la tienda. Esto no es una despedida. Me has cambiado la vida.

–Y a vosotros más os vale ser clientes habituales de mi restaurante –contesté, y les anuncié cómo se llamaría.

Will parecía tan complacido como me sentía yo.

–Felicidades –dijeron los dos.

Mark nos prometió que el día de la inauguración tocaría la guitarra en el local, y luego ambos se marcharon hacia el bar a través del gentío. Me volví para deslizar los brazos por dentro de la chaqueta de Will y rodearle la espalda.

–No tienes nada de qué preocuparte –le dije alzando la vista, con la barbilla apoyada en su pecho-. Nunca hubiera dicho que eras celoso, Will.

–¿Qué? Ya lo sé –repuso, y me apartó un mechón de pelo por detrás de la oreja-. Y no lo soy. Estoy... No sé, supongo que estoy un poco sensible. Ya se me pasará. Y dentro de poco empezaré a creerme que vas a estar ahí siempre.

–Me muero de ganas –le dije de corazón.

La noche estaba siendo perfecta, incluso después de que Angela Rejean hiciera su aparición con un minivestido plateado criminalmente corto, que centró en su persona la atención de toda la sala, incluido Will. Sus piernas me dejaron fascinada, hasta el punto de que no me di cuenta de que alguien ponía una mano sobre mi hombro. Supuse que sería Will otra vez: ahora que su contacto se había convertido en una maravillosa constante, casi era más consciente de cuándo no me tocaba que de cuándo sí lo hacía.

–Cassie Robichaud, qué placer volver a verte. Estás deslumbrante con ese vestido de raso negro.

Me di la vuelta y ahí estaba Pierre Castille, con una copa de vino tinto en la mano; su rostro, tan desgraciadamente atractivo como siempre, se iluminó al cruzar nuestras miradas. Con la mano libre me cogió del brazo y me besó en las mejillas; el contacto con su piel me puso la carne de gallina. Había bebido. Bastante. «Oh, mierda, ¿qué hace aquí?»

–Hola, Pierre –lo saludé con voz vacilante.

Preocupada por Dauphine, miré a mi alrededor por si la veía.

–Menudo vestido. Oh, y mira quién está aquí, mi viejo compañero de la escuela, Will Foret. Sólo por verte con esmoquin ha valido la pena pagar por entrar.

–Pierre, veo que te sigue encantando acudir a cualquier evento –comentó Will, que me dedicó una mirada que decía: «¿Qué coño hace éste aquí?».

Me encogí de hombros y seguí buscando frenéticamente a Dauphine con la mirada.

–Esta noche no podía faltar, Will, amigo. Al fin y al cabo, los quince millones que va a donar esta organización son... o mejor dicho, eran míos.

Will se volvió hacia mí.

–¿El dinero es tuyo?

–Pero qué le vas a hacer –continuó Pierre, y se esforzó por disimular un leve eructo-. Intentas apoyar las causas que te importan y, a veces, deciden no aceptar tu dinero. ¡Mujeres! Lo que yo te diga: un hombre tiene que aguantarles tantas gilipolces... Y hablando de eso, aquí viene nuestra encantadora Matilda Green.

«Gracias a Dios», pensé mientras Matilda se acercaba a nosotros con gesto tenso.

—Señor Castille, qué sorpresa verle aquí —dijo.

Su voz sonó firme, pero yo la conocía bien, y por el modo en que toqueteaba sus amuletos me di cuenta de que estaba descolocada. Me empezó a sudar la frente.

—Apuesto a que lo es —dijo Pierre—. Supongo que en Correos perdieron mi invitación. Teniendo en cuenta mi apasionado apoyo a S.E.C.R.E.T., no creo que hayan excluido deliberadamente mi nombre de la lista de invitados.

—Es muy amable al perdonar nuestro descuido —le agradeció ella, e hizo una mueca al percibir el olor de su aliento cuando él se inclinó para besarla en la mejilla.

Matilda se volvió hacia Will.

—Me alegro mucho de volver a verte, Will. Y Cassie... espero que no te importe que te lo diga, pero estás un poco colorada. Lo mismo que Dauphine; la pobre acaba de marcharse. Espero que no hayan sido las gambas.

La expresión de su cara era implorante, y parecía estar haciendo un gran esfuerzo para pronunciar cada palabra. Me puso la mano en la frente.

—De hecho, estás caliente. Entenderé perfectamente si queréis marcharos pronto de la fiesta, antes de que lleguen los aburridos discursos. Sé cuánto detestas estas cosas.

Eso fue lo que dijo, en lugar de: «Pierre está aquí para hacer daño, mucho daño, no sólo a S.E.C.R.E.T., sino también a ti. Vete ahora mismo. Y llévate a Will».

—¿Estás bien? —me preguntó Will al percibir la preocupación de Matilda—. Si te encuentras mal podemos...

—Sí, mejor vámonos. Tengo un poco...

—¿De sed? —preguntó Pierre, que cogió un vaso de agua de la bandeja de un camarero y me lo tendió—. Si te vas ahora te perderás lo mejor, Cassie. Y a ti te conozco —añadió, dando golpecitos a Will en el pecho—, y sé que lo que va a pasar te interesará. No más secretos. No más mentiras. Son tan tóxicos, ¿verdad, Will?

—¿De qué coño hablas, Pierre?

Pero antes de darme oportunidad de decir: «Will, por favor, llévame a casa ahora, antes de que escuches algo que podría matarte, que podría matarnos a los dos», Pierre se terminó la copa de vino y la depositó sobre otra bandeja que pasaba.

—¿Que de qué hablo? Hablo del divertido grupito al que pertenecen estas señoritas. ¿Te ha explicado Cassie cómo se financian? Venden cuadros. Muy valiosos.

Hace poco compré uno por quince millones. Pero resulta que no quieren mi dinero. Y yo no les voy a devolver el cuadro, así que deciden donarlo todo. Qué generosos. Qué magnánimas. Qué beatas.

—Pierre, ya has hablado bastante —intervino Matilda, intentando llamar la atención de seguridad.

Éramos un grupo pequeño: Matilda, Will, Pierre y yo, pero a nuestro alrededor la gente empezaba a aguzar el oído, y no eran precisamente miembros de S.E.C.R.E.T.

—Y les hace falta el dinero. Las fantasías sexuales no son baratas, Will. Sobre todo cuando incluyen pequeños premios guardados en pequeñas cajas —dijo, y sostuvo mi pulsera frente a la cara de Will—. ¿Te ha contado alguna vez Cassie cómo consiguió estos amuletos? ¿O dónde? ¿Éste no te lo di yo, en el asiento trasero de mi limusina?

Pasó con brusquedad los colgantes para encontrar al que hacía referencia. Solté la mano.

—Aparta tus putas manos de ella —siseó Will.

—Will, vámonos de aquí —le pedí, presionándolo con todo el cuerpo para alejarlo de nuestro pequeño círculo, de aquel horrible lugar.

Él debió de percibir mi ira y mi miedo.

Matilda trató de calmar a Pierre, de hacerlo callar, como si aún estuviera a tiempo de salvar la noche, como si el golpe no se hubiera descargado ya. Pero en los ojos desorbitados de Will detecté una mirada de confusión. Angela y Kit se acercaron y usaron sus cuerpos como escudos para que los curiosos no pudieran contemplar la escena, para que no se filtraran más detalles de nuestro pequeño grupo al resto de la sala.

—A veces, en fiestas como ésta —señaló Matilda, cogiendo a Pierre del codo—, donde el alcohol circula más libremente que la comida, decimos cosas que no queremos decir y hacemos un daño terrible a la gente, gente que no lo merece.

—Y a veces, Matilda, decimos la verdad —le espetó él, y se soltó. Luego se volvió hacia Will y continuó—: Tío, diría que últimamente en tu vida la verdad ha brillado por su ausencia. Me he enterado de lo del viejo Carruthers y tu novia, o mejor dicho, exnovia. Una vez más, apoyé con mi dinero al candidato equivocado. Valores familiares... ¡y una mierda! Aunque veo que el duelo no te ha durado mucho. Ya ves, Cassie, el día que te enteraste de que su exnovia era aún más puta que tú debió de ser el más feliz de tu vida.

El puño salió disparado por encima de mi hombro e impactó en el rostro de Pierre, y después lo remató con una patada en las costillas, antes incluso de que Pierre hubiera tocado el suelo, o eso me pareció. Pero cuando me recuperé de la sorpresa, me di cuenta de que lo que estaba inclinado sobre el cuerpo retorcido de Pierre no era la chaqueta del esmoquin de Will, sino el traje blanco de chef de Jesse Turnbull.

En ese momento, el tiempo pareció detenerse, lo que por un breve segundo me permitió contemplar la escena como una observadora, flotando por encima de los acontecimientos: miré cómo Angela y Kit sujetaban a Will para evitar que terminara el trabajo que Jesse había empezado, vi a dos corpulentos guardaespaldas llevarse a un Pierre ensangrentado, que seguía gritando a pesar de la sangre y del diente que había perdido.

—¡Pregúntale, Will! ¡Pregúntale cómo consiguió esos amuletos, cómo los consiguieron todas!

En lugar de «pregúntale» sonó más como «*pefúntale*», algo que habría resultado divertido, que algún día, en un futuro muy lejano, aún lo sería para otras personas, a las que no afectaba la diatriba de borracho de Pierre. No se detuvo ni siquiera al sacudirse de encima a los guardias de seguridad.

—Porque utilizan a los hombres, Will, los usan para su propio placer y luego los tiran a la basura, ¡y contigo hará lo mismo, colega! Así que adiós, zorras —concluyó, y nos dedicó un saludo lánguido antes de que se lo llevaran rápidamente y lo lanzaran al asiento de su limusina, que esperaba fuera.

Todo el mundo lo había oído, había oído a un Pierre Castille borracho que sonaba más como un ex celoso que como un hombre resentido por el rechazo de un grupo de mujeres. Así que aparte de algunos susurros y miradas, los asistentes a la fiesta no tardaron en hacerse una composición de lugar, y cuando la limusina se alejó volvieron a centrarse en sus bebidas y sus canapés, y se olvidaron del tema. Le di las gracias en silencio a Jesse con los ojos anegados en lágrimas y luego cogí a Will de las solapas y lo aparté suavemente del gentío hacia un pasillo tenuemente iluminado que llevaba a los lavabos. Allí me pegué a su cuerpo contra la pared y apoyé por un segundo la frente en su pecho para sostenerlo erguido, y recé un poco, para que fuera capaz de entender todo lo que tenía desesperadamente que contarle.

Él estaba sin aliento.

—Estoy hecho un lío, Cassie —dijo en un tono de voz una octava más alto de lo habitual—. Estoy hecho un lío por algunas de las cosas que acaba de soltar ese capullo. ¿Puedes... iluminarme?

—No lo sé. Creo, supongo... que Pierre quiere hacernos daño.

—¿Hacer daño a quién?

—A S.E.C.R.E.T., nuestra organización; a ti y a mí.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué coño le importa tanto?

—Porque... le rechacé. Nosotras le rechazamos.

Will se rio, una risa sincera.

—Lo siento. A ver si lo entiendo: rechazaste al hombre más rico de la ciudad y luego él compró un cuadro de quince millones de dólares a vuestro... grupo. Pero no queréis el dinero porque es una mala persona. Así que él se cabrea y os llama putas y zorras...

—Dicho así, parece una historia absurda.

—Absurda no: incompleta —replicó él—. ¿Sabes? Tracina me contó una vez que Angela y Kit hacían algunas cosas muy atrevidas en una mansión del Garden District. Ésa fue la palabra que usó: «Atrevidas». No insistí en el tema porque habíamos salido por ahí y ella había bebido. Y nunca creí que fuera asunto mío. Pero hoy me encuentro con que Kit y Angela y tú pertenecéis todas a este grupito, este rollo de S.E.C.R.E.T. ¿Era de esto de lo que hablaba Tracina?

Las lágrimas, cargadas de arrepentimiento, empezaron a rodarme por las mejillas. ¿Por qué me arrepentía? No había hecho nada malo. Pero allí estaba, en los ojos de Will: una mirada de aversión.

–Will, no me mires así.

–Dimelo, Cassie. Porque te voy a decir una cosa: una puta mentira más, un secreto más, y me partiré directamente en dos. Sí o no: ¿formas parte de una especie de... grupo sexual?

La pesadumbre se apoderó de mí: empezó en mis pies y se extendió por todo mi cuerpo. No le había mentido, sólo le había ocultado las partes de la verdad que no tenía por qué saber, o que estaban más allá de mi capacidad para explicárselas. En ese momento tomé una decisión: si Will no podía aceptar todo lo que S.E.C.R.E.T. implicaba, lo que había hecho por mí, cómo me había ayudado a volver a ser yo misma, era mejor que yo lo supiera en ese momento. Abrí los ojos y los puños y reuní el valor para contarle la verdad. Le cogí de la mano y miré sus ojos azul oscuro, perplejos.

–Will, ¿me prometes que me escucharás?

–Todo oídos, cariño. Soy todo oídos.

–Bueno... te he contado la verdad. S.E.C.R.E.T. es un grupo que ayuda a las mujeres. Esa parte es cierta. Pero las ayuda... sexualmente... organizando una serie de fantasías sexuales que les ayudan a desarrollar aspectos como la valentía y la confianza y la... seguridad en sí mismas. Cosas que a mí siempre me habían faltado – expliqué. Su rostro se mantuvo impasible, pero me di cuenta de que su cerebro era incapaz de procesar la información-. A lo largo de un año, viví diversas... situaciones. Me sentí aterrorizada, me sentí exultante. Me perdí y me encontré. Y, al terminar, era una persona distinta, y también la misma, pero más fuerte, más yo. Tú mismo dijiste el año pasado, la primera vez que nos acostamos, que me veías diferente, aunque más parecida a mí. Era justo eso. Eso es lo que me dio S.E.C.R.E.T.

Hice una pausa esperando que interviniera, que dijera algo, lo que fuera, pero su expresión se mantuvo tan imperturbable como la de una estatua de la isla de Pascua.

–Así que después de mis fantasías, me ofrecieron la oportunidad de quedarme en el grupo y ayudar a otras mujeres, aunque si quería vivir otra cosa, algo real, tenía libertad para marcharme. Tras estar contigo, escogí abandonar S.E.C.R.E.T., hasta que me enteré de lo del bebé y de que ibas a volver con Tracina. Me sentí desamparada. Formar parte de S.E.C.R.E.T. me proporcionaba consuelo, una distracción, una razón de ser. Cuando descubrimos lo del padre de la niña, decidí que era el momento de dejar S.E.C.R.E.T., porque por fin podía estar contigo.

Esperaba que mis palabras le ayudaran a entenderme, pero parecían haber apagado la luz de sus ojos.

–A ver –dijo, parpadeando con fuerza–, a ver si lo entiendo. Entraste en un grupo sexual secreto. Tuviste fantasías sexuales con... ¿cuántos hombres el año pasado? Respiré hondo.

–Nueve. Incluido tú.

–Incluido yo. Y este año, ¿cuántos? ¿Tienes intención, no sé, de doblar la cifra? ¿Es así como funciona?

–No, es algo totalmente distinto. No va de cifras. Haces que parezca...

–¿Cuántos hombres? ¿Cada uno te regala un amuleto? ¿Así es como funciona? «¿Consigue los diez?»

Oculté la pulsera, mi hermosa pulsera, tras la espalda y se me enganchó en el vestido de raso negro, que hacía sólo unos minutos me había hecho sentir tan atractiva y que ahora me parecía demasiado excesivo, vulgar. Oí una voz en el pasillo, cargada de cariño:

–¿Estás bien, Cassie?

Distinguí la silueta de Jesse al otro extremo del oscuro corredor. Dio un paso hacia nosotros y la luz le iluminó.

–Hombre, mira –dijo Will–. ¡Si es el chico del café con un prodigioso gancho de izquierdas! ¿Qué me dices de éste, Cassie? ¿Es de la hornada de este año o es un modelo del año pasado? ¿Bailasteis bajo la luz de los candelabros? Algo me dice que no. Apuesto a que fueron cuerdas y cadenas.

–Will, déjalo.

–O a lo mejor te gusta que te azote.

–¡Will!

–Eh, oye, tío –intervino Jesse, con las manos levantadas en gesto conciliador–. No quería interrumpir una discusión personal. Sólo soy un amigo que ha venido a ver si está bien.

–Seguro que sí. Cassie, ¿prefieres irte a casa con tu compañero de fantasías, aquí presente, o conmigo, un tío aburrido y conocido? –Se le rompió la voz–. Un tío que nunca sabe cuándo coño le toman por un completo gilipollas.

Sacudí la cabeza y se echó al pelo hacia atrás de la forma en que solía hacerlo cuando necesitaba la ayuda de las manos para pronunciar las palabras.

–Will, siento que te hayas enterado así. Y sé que tienes que asimilar muchas cosas, pero hay una verdad que es la única que importa: que te quiero. Y siento no habértelo contado todo antes, pero me preocupaba que reaccionaras así –añadí, y me di cuenta de que, probablemente, en mi intento por consolar a Will hubiese herido a Jesse.

–¿Sabes qué? Antes de decir algo de lo que vaya a arrepentirme, será mejor que me largue. Porque todo esto... todo esto es un poco demasiado atrevido para mí. Sólo soy un tío normal, al que le gusta el sexo con mujeres normales, nada demasiado raro o especial. Nada de sexo en grupo. Siento decepcionarte, Cassie, pero será mejor que te informe de que conmigo te vas a aburrir la hostia. Así que preferiría que, a partir de ahora, nuestra relación se limitara a lo estrictamente profesional, ¿vale? Así, lo que hagas fuera de las horas de trabajo será tu puto problema. Porque ¿sabes qué? Yo ya he tenido bastantes dramas de pareja para toda una puta vida. Así que disfrutad mucho juntos, a mí me la suda.

–¡Will! –le llamé mientras él se alejaba, y Jesse me retuvo para que no lo siguiera.

–No creo que sea el mejor momento para razonar con él, Cassie. Deja que se vaya a dormir.

Apoyé la espalda en la pared, incapaz de mirar a Jesse a los ojos.

–Dentro de unos días lo verá todo distinto, Cassie –insistió él–. Dale un poco de tiempo.

–¿Y tú qué haces aquí? –le pregunté.

–Nos avisaron en el último momento. Matilda necesitaba un servicio de catering.

–No me refería... Claro que estás aquí, gracias a Dios que estás aquí. Menudo puñetazo le has dado a Pierre –dije, y entonces me eché a llorar, desconsolada–. Lo siento, Jesse. Lo siento mucho.

–Eh, eh, eh, a mí no tienes que pedirme perdón, Cass. Nunca me has mentido –dijo, y me atrajo hacia él para abrazarme con fuerza mientras yo lloraba en silencio sobre su chaqueta de chef.

Cuando dejé de estremecerme, me tendió un trapo que le colgaba del bolsillo.

–Toma. Te sacaré de aquí.

Y eso fue lo que hizo: me acompañó a través de la sala principal, donde la fiesta estaba en su apogeo. Era como si no se hubiera destrozado ninguna vida, no se hubiera roto ningún amor, no se hubiera desvelado ningún secreto. Matilda conversaba con un periodista y me siguió con la mirada al pasar junto a ella. Se disculpó con su interlocutor con un gesto de la mano y se acercó a mí.

–Cassie –dijo, y me cogió con delicadeza del brazo para susurrarme al oído–. Todo va a ir bien. Te lo prometo.

–No, Matilda, no va a ir bien. Te llamaré mañana –repuse en tono neutro, con la cara inexpresiva.

Ella miró a Jesse.

–Cuidala bien.

Él asintió, con la mano en mi espalda mientras yo me rodeaba el cuerpo con los brazos, como si toda yo fuera una gran herida. Jesse sostuvo la puerta para que pasara y fuera nos recibió una bocanada del primer frío aire otoñal. En silencio, bajamos caminando por Royal hasta Saint Louis, donde él tenía la furgoneta aparcada a media manzana. Mi cuerpo, vaciado de toda emoción, era un amasijo de carne y huesos bajo un vestido que me moría de ganas de quitarme y quemar. Will conocía mi secreto y ya no me quería. Difícilmente podía aceptar el nuevo trabajo en el nuevo restaurante bautizado con mi nombre. ¿Cómo íbamos a soportarlo, sabiendo él lo que sabía y sintiendo yo lo que sentía?

Jesse y yo no cruzamos una sola palabra mientras él conducía por las estrechas callejuelas del barrio francés y los turistas borrachos se tambaleaban por delante de

nuestro vehículo, que avanzaba a poca velocidad. Cruzamos Esplanade y Elysian Fields, y nos detuvimos junto al hotel Spinster, en la esquina de Mandeville con Chartres, donde sin duda las hermanas Delmonte seguían despiertas, espiando mi regreso a casa. ¿Se darían cuenta de que el hombre que me dejaba no era el mismo con el que me había marchado? Y, de hecho, ¿qué decía eso sobre mí? Nada, decidí. Decía que había aceptado ayuda cuando más la necesitaba, y al hacerlo había cambiado mi vida. Había forjado vínculos reales, también con los hombres, y decididamente con el hombre que en aquel momento estaba sentado a mi lado, mirándome con unos ojos llenos de ternura.

—Ya hemos llegado. ¿Quieres que suba y te prepare un té? ¿Y luego te arroje? Te prometo que no haré nada más. Ya sé dónde tienes la cabeza.

Me entraron ganas de decir: «Sí, en el mismo sitio que mi corazón: con un hombre muy herido que me ha dejado hecha polvo y me ha hecho sentir sucia». Un hombre al que amaba y que creía que me amaba incondicionalmente. Pero me equivocaba: claro que había condiciones. En lo que se refiere a los hombres y las mujeres y el amor y el sexo, siempre hay condiciones. Pero si para conseguir que Will me amara como una vez me había amado tenía que convertirme en mi antiguo yo, Will podía quedarse con su amor. Nunca volvería a ser aquella mujer pequeña, casta y tímida. Jamás.

Miré el rostro de Jesse, sus ojos dulces en la oscuridad de la cabina de la furgoneta.

—Y bien, ¿qué me dices, señorita Robichaud?

Y entonces la noté. Nació detrás de mi ombligo, me trepó por el cuerpo y se asentó alrededor de mi corazón: firmeza. De la positiva, la que rechazó cualquier juicio que pudiera haber visto en los ojos de Will, en esa mirada que me había hecho sentir indeseable, indigna de ser amada. Ese sentimiento no provenía de él: estaba ya en mí, y ya era hora, ya era hora de liberarse de él: «Se acabaron los prejuicios, los límites y la vergüenza, Cassie»; a partir de aquel mismo momento.

Me volví hacia Jesse. Me volví hacia el hombre que conocía mis secretos más oscuros, mis miedos y deseos, y aun así no se alejaba de mí.

—Pues me gustaría mucho que subieras, Jesse. La verdad es que he tenido una noche de mierda... y me vendría muy bien tener un amigo cerca.

Se mojó el pulgar con la lengua y me limpió el rímel seco de la mejilla.

—Pues aquí estoy —dijo—. Aquí estoy.

Agradecimientos

Tengo que dar las gracias a varios «Comités», tanto personales como profesionales, que me han ayudado a transmitir mi «secreto»: a Susan Gabriele, Lisa LaBorde, Jenn Goodwin, Sarah Durning, Debra Thier, Charlene Donovan, Arlene Dickinson, Vanessa Campion, John Campion, Lee-Anne McAlear, Jim Harris, Meredith Oke, Arwen Humphreys, Joanne Morra, Katrina Onstad, Becki Rose, Steve Erwin y al resto de mi familia.

En Random House y Doubleday Canadá: a Kristin Cochrane, Brad Martin, Adria Iwasutiak y, en especial, a Nita Pronovost, el cerebro al mando de la operación.

A mis chicas de Gowlings: Susan Abramovitch y Shelagh Carnegie, y a Andrew Kay y Marisa De Luca de Kay Warburton.

En la editorial Random House en Estados Unidos: a Alexis Washam, Molly Stern, Dyana Messina, Danielle Crabtree, Julie Cepler y Sheila O'Shea.

Gracias a todo el equipo de Fletcher and Company NYC: Melissa Chinchillo, Kevin Cotter, Mink Choi, Rachel Crawford, Grainne Fox y, por supuesto, mi maravillosa agente Christy Fletcher.

Mi amor y agradecimiento a todas las editoriales y lectores del mundo entero (¿qué escritor no ha querido escribir esta frase?) que han abrazado el «secreto» y lo han hecho suyo.

L. MARIE ADELINE es el seudónimo de la autora y productora de TV canadiense Lisa Gabriele. Nació en Windsor y se crió en Belle River, Ontario. Actualmente vive en Toronto. La serie «S.E.C.R.E.T», su primera incursión en el mundo de la literatura, ha despertado un enorme interés mundial.

Secretos compartidos

L. Marie Adeline

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *S.E.C.R.E.T. Shared*

Diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial Grupo Planeta
© de la ilustración de la portada, © Michel Aubry - Istockphotos - Getty Images

© L. Marie Adeline, 2013

Publicado de acuerdo con C. Fletcher & Company, LLC

© de la traducción, Begoña Prat Rojo, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2015

ISBN: 978-84-08-13992-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.,

www.newcomlab.com